

D. CELESTINO GONZÁLEZ

PENITENCIARIO DE LA S. I. C. DE CANARIAS



**MEMORIAS
DE UN VIAJE
— A —
TIERRA SANTA**



PRIMER TOMO



MEMORIAS DE UN VIAJE
≡ A TIERRA SANTA ≡



POR D. CELESTINO GONZALEZ
PENITENCIARIO DE LA S. I. CATEDRAL
DE CANARIAS

*Quien cede el dominio directo e indirecto
en favor de la benéfica Obra Salesiana
establecida en la Ciudad de
Las Palmas*



M C M X X V
FUNDACIÓN DE ALEJANDRO HIDALGO Y ROMERO
ESCUELAS PROF. SALESIANAS DEL SGDO. CORAZÓN DE JESÚS
LAS PALMAS

AL LECTOR

Sin que me lo digas, caro lector, adivino lo que vas a preguntarme: ¿que por qué doy a la estampa las *Memorias de un viaje a Tierra Santa*, después de los años mil y no cuando aún estaban frescas y como quien dice vivitas y coleando? ¿Que por qué prescindo en absoluto del *pro more* que impone su correspondiente prólogo a cualquiera cosa que se parezca a un libro? Y hasta adivino las razones que para ello tienes. Es la primera que, de haberse publicado a raíz de mi viaje, hubieran inspirado más vivo interés y despertado mayor entusiasmo por leerlas, pues llevarían en todas sus páginas el fuego prendido en mi alma, a vista de los lugares que señalan las huellas divinas de Jesús, durante su vida mortal. Y la segunda, que en los tiempos que corremos el éxito de un libro o de algo que se le parezca, pende, en gran parte, del prólogo que escriba, no cualquiera pelafustán de las letras, sino un intelectual, aunque no sea de cuerpo entero.

Después de esta penetración *pacífica* en tu pensamiento, ruégote benévolo lector, que me atiendas, siquiera sea porque, lo que te voy a decir, tiene al menos, el mérito de la sinceridad.

Ni durante mi viaje a Oriente y Tierra Santa, ni durante algunos años después, pensé nunca en dar a luz mis impresiones, anotadas en mi cartera. Las anotaba, no para publicarlas, sino para recordarlas de vez en cuando, por lo grato que siempre resulta este recuerdo. Es más: no habría motivos para pensar en ello, porque la Junta organizadora de la peregrinación había llevado consigo al Director del «Guadalete» (que veía la luz pública en Jerez de la Frontera), como cronista para publicar las *Memorias de*

la misma peregrinación. Era D. Javier Piñeiro, a quien con frecuencia veíamos emborronando cuartillas, que mandaba a su periódico.

Publicóse, en efecto, la crónica o las tales memorias en Abril de 1911. Pero, lo confieso con toda ingenuidad, mi gozo en un pozo. Y no porque en su forma y estilo dejaran algo que desear, pues, aquélla era correcta, y éste elegante, castizo, sino por deficiencia del pensamiento dominante de la obra. Es que tenía más, mucho más de profano que de religioso; cosa que no dice bien con el carácter y finalidad de estas peregrinaciones. Debe ser un pensamiento que deje profunda huella en el ánimo del lector. Sin embargo, ni aún así pensé en dar forma a mis notas particulares para publicarlas. Parecióme algo superior a mis fuerzas económicas y difícil de compaginar con mis múltiples deberes de Párroco. Lo primero, es decir, la cuestión económica y financiera creía, por lo que a mí toca, que solo podría resolverse el día del juicio, y eso por la tarde, aunque solo se tratara de adelantar dos o tres mil pesetas. Lo segundo podía crullarse con una notable reducción de los deberes que sobre mí pesaban.

Redujéronse éstos, tomando posesión de la Penitenciaría de esta Santa Iglesia Basilica Catedral, y heme aquí ya consagrado a la improba labor de dar forma a las notas de mi cartera de viaje, alentado por la esperanza de publicarlas un día no lejano. Pero ha sido tan lejano, por estar en pie la cuestión económica, que a los años mil de terminar mi labor, he podido echarlas a la calle con la agravante de salir por esos mundos de Dios, sin un lazarillo que las lleve de la mano, ni un hombre bueno que las defienda si fuera necesario; y sin un intelectual que las presente, por lo menos, a los aristócratas del saber, es decir, sin un prólogo. Y digo que es una agravante, no por lo que respecta al pueblo creyente y fiel, sino en orden a los señores que se dicen intelectuales, formando entre ellos una sociedad de elogios mútuos. Para aquel basta y sobra la índole y naturaleza de estas *Memorias*, que las recomienda más que todos los prólogos híbridos y por haber, pues no para mientes en lo desconocido del autor ni en la insuficiencia literaria, sino en lo interesante que le resulta siempre todo lo que al país de Cristo se refiere,

SR. DIRECTOR DEL COLEGIO SALESIANO DE LAS PALMAS.

A los que poco o nada hemos sido mimados de la fortuna, no mereciendo de ella más que miradas desdeñosas, pero recibiendo en cambio, por la ley de las compensaciones, un corazón que se inclina ante todos los infortunios, compadece todas las desgracias y siente vehementes deseos de coadyuvar a todas las obras que llevan el sello de la beneficencia, de cualquier orden que sea, nos preocupa muy mucho el modo de hacerlos eficaces y convertirlos en hermosa realidad. Es lo que me ha pasado a mí respecto de la Obra Salesiana, poco ha inaugurada entre nosotros y que V. tan dignamente y con tanto acierto dirige.

Asiduo lector del Boletín Salesiano, conocíala desde hace veinte años. Su nobilísima misión en pro de los niños quedóse en todas mis simpatías, con todo mi cariño, así como cautivaba la admiración de mi espíritu su labor meritísima en todos los pueblos, en todos los países que conociendo su trascendencia social no cesaron de trabajar hasta verla entre ellos, ofreciendo ejemplos de espléndidas manifestaciones de generosidad.

Pero desgraciadamente son muchos los que no paran o no quieren parar mientes en esa trascendencia social, alentando con esa pasividad, hija casi siempre de una sórdida avaricia, a los señores de la acera de enfrente a quienes saca de quicios todo lo que tenga sabor religioso, aunque sea nobilísima la misión que ha de cumplir en pro de la niñez desvalida y pobre, sin medios de hacerse útil a sí mismo y a la sociedad, en pro de la juventud incauta y débil, expuesta a caer en las fauces del vicio que más degrada y envilece, y en pro de la vejez achacosa y necesitada, que una sociedad que se dice altruista y fi-

lantrópica y a quien, no obstante, ofenden los harapos que cubren sus carnes, parecidas a los restos de un naufragio, arroja de su seno, como espectáculo vergonzoso. Pero peor para ellos, que son los únicos que tienen con que alimentar mañana la fiera social. Esos niños, sin instrucción, sin educación ni social ni religiosa, que pasan sus mejores días en el arroyo, sin vigilancia de padres ni autoridades, contrayendo hábitos de vagos y bohemios, enemigos del trabajo que ennoblece y amigos de la ociosidad que aegra y envitece por el vicio a que naturalmente conduce; esos niños caerán mañana sobre ellos con la audacia que dan los vicios y la falta de religión; entrando a mano armada en las arcas, en donde su irritante egoísmo ha escondido los tesoros, sin que les inspiren la más mínima compasión los desheredados de la fortuna, en favor de los cuales el dueño absoluto de todos los bienes, de todas las riquezas, pronuncia una frase, cumplida la cual, no hubiera surgido nunca el pavoroso problema social. Quod superest date eleemosynam. Por ella, constituye a los ricos, ecónomos de los pobres. Es una distinción honrosísima para aquéllos y una providencia consoladora para éstos.

Desgraciadamente hay muchos que no saben agradecer semejante distinción; pero peor para ellos, que indirectamente cooperan a la obra antisocial de la gente del bronco y de la cáscara amarga, consagrada a recoger del arroyo antireligioso y de la ola de cieno que amenaza invadirlo todo, el veneno que, en el libelo iníame y procaz, lleva a la inteligencia y al corazón de los masas analfabetas y crédulas que empujarán a los hombres del mañana para hacer mil pedazos el freno moral que los contiene en el cumplimiento de todos sus deberes, quedando éstos a merced de la fuerza armada, convertida en señor de horca y cuchillo para impedir que las olas de las bajas pasiones humanas inunden nuestras calles y nuestras plazas, pero sin que pueda llegar, con la punta de su espada, hasta el santuario de la conciencia porque allí solo Dios puede penetrar. Y arrojado Dios de este santuario, nada queda en pie que pueda obligar al hombre en privado u oculto a las miradas de los demás a cumplir los deberes que su misma naturaleza racional

le impone. Todo en ese santuario cae por tierra, convirtiéndose en un montón de ruinas y escombros y quedando sepultados entre ellos la dignidad y el honor, que sólo temen las miradas de los hombres.

A prevenir antes males, en la medida de sus fuerzas, viene la Obra de Don Bosco, que V. tan dignamente dirige en nuestra ciudad. Ciertamente penetrados de su importancia social no han faltado patricios tan ricos en generosidad como en bienes materiales, que han echado los cimientos de esa Obra con una esplendidez que los honra y enaltece y hará impercedera su memoria aquí, en la historia de nuestra patria chica, y fuera de aquí, en los anales de la Obra Salesiana, sin faltar la protección de nuestro Cabildo Insular, pronto siempre a ponerse al lado de toda obra benéfica y social, sino en la medida de sus deseos por impedirsele múltiples y necesarias atenciones, por lo menos, en la medida de sus fuerzas económicas. Pero tanta esplendidez no ha bastado para el desarrollo de la vida de la Obra Salesiana, cual reclaman las necesidades sociales que se dejan sentir entre nosotros, no obstante la cooperación también de algunos particulares, a cuyas puertas han llamado entusiastas admiradores de la misma Obra. ¡Y triste es confesarlo! No se han penetrado de su trascendencia social. Por eso, esta hermosa Obra tarde llegará a su cima. Tarde la veremos con esa vida lozana y robusta que ostenta en tantos países más afortunados que el nuestro, sin que puedan participar de ella tantos niños pobres de la isla que sienten deseos de hacerse hombres útiles a sí mismos, a su patria y a la sociedad, y sin que podamos evitar el espectáculo vergonzoso de tantos desarraigados que vagan por nuestras calles y plazas.

En vista de ello, Señor Director, y ya que la pícara fortuna sigue siempre con sus desdenosas miradas, me ocurrió la idea de contribuir a la Obra Salesiana cediendo, a beneficio de la misma, la propiedad de las Memorias de un viaje a Tierra Santa, que escribí hace tiempo y que aún permanecen inéditas, para que imprimiéndolas en sus talleres, vean, cuánto antes, la luz pública.

Así se conseguirán dos cosas. Es la primera que el pueblo cristiano ponga su grano de arena en la obra de

referencia. La segunda es, que conozca todo lo que se refiere al país de Cristo, que siempre tiene para él un interés sumo; amén de las impresiones que siente el cristiano en aquellos lugares, santificados con su presencia y con las huellas de sus pies. Y si por males de mis pecados o por ser obra mía resultare un fracaso, lejos de mí hacer a V. responsable de los gastos que no se hayan podido sufragar. Las utilidades son para la Obra Salesiana, las pérdidas son para este humilde y fiel servidor que B. S. M.

EL PENITENCIARIO DE CANARIAS.



así como a los Santuarios más venerandos. Para éstos, el prólogo es algo así como la marca de fábrica que recomienda el género, como el sello oficial de la sociedad por ellos constituida, como el *Visto Bueno* de la autoridad competente. Sin este *Visto Bueno*, sin este sello, sin esta marca, el éxito de una obra es muy dudoso, pues, sino la desprestigian y dicen horrores de ella, le hacen el vacío con un silencio profundo, así sea una filigrana literaria y un derroche de ciencia. Y al revés: si logran llevarlo, el éxito será colosal, hasta el punto de comprarla aún aquellos a quienes estorba lo negro para leer. He visto casos de cantar sus excelencias, cuando la criatura estaba aún en el período de gestación, y como dicen los latinos: *in mente auctoris*; hablando, ya de la elevación y profundidad de sus ideas, ya de la originalidad en su exposición y de la corrección de la forma. Y apenas acaba de nacer y abrir los ojos a la luz, hay que taparse los oídos para no oír lo que dicen en las tertulias y en el periódico de su devoción, con agravio y ultraje a la verdad. Y, ¡ay del que se ponga de parte de ésta! Zascandil y osado es lo menos que le dicen, por querer vérselas con un hombre más sabio que Séneca, más filósofo que Aristóteles, más erudito que el Tostado y tan literato como cualquiera de ellos.

Pues bien: yo, a pesar de todo esto, no quiero vérmelas con ninguno de ellos. Me contentaré con un éxito modesto, pero verdad.

Y para terminar, caro lector, cúpleme decirte dos cosas: Es la primera que no extrañes que no me detenga en enumerar todos los detalles y pormenores, así como toda la riqueza material y artística de las poblaciones, templos y museos, que visité. Así no se restarán influencias y simpatías al pensamiento dominante. Y la segunda, que si mis esperanzas, en orden al resultado moral y religioso de estas Memorias, salieran fallidas, quedaríame aún la inmensa satisfacción de haber laborado en ellas, con la intención más recta y noble, ajena a cualquiera otra finalidad que la pueda rebajar y empequeñecer.

EL AUTOR.

MEMORIAS DE UN VIAJE A TIERRA SANTA⁽¹⁾

En derredor de un ideal.

VISITAR el país de Cristo Nuestro Señor fué el *desideratum* de toda mi vida. Soñaba con esa visita y vivía de su ilusión cuando aún no tenía motivo fundado y racional para esperar que esos sueños se convirtieran en hermosa realidad.

Pasada la edad feliz del candor y de la inocencia en que las espinas del mal no llegan todavía a punzar amargando nuestra existencia, y a medida que iba entrando en años, esos deseos se intensificaban más; pero siempre veía cerrado el horizonte; nunca vislumbraba un rayo de luz, un rayo de esperanza. Es que poco favorecido por la fortuna, me era imposible realizar mis ensueños.

Iniciado en el sacerdocio, al cual me sentía llamado por Dios, el horizonte empezó a despejarse. A los días tristes y oscuros sucedíanse otros alegres, hermosos, de cielo espléndido, que inundaban mi alma de luz y esperanza. Era ya cosa de tiempo y de paciencia para orillar las dificultades, que nunca faltan y siempre sobran a los que, como yo, han tenido una humilde cuna.

Quince años de profesor en el Seminario Conciliar y Universidad Pontificia no bastaron a ponerme en condiciones económicas para emprender mi viaje. Tengo para mí que ni cincuenta años hubieran bastado. Tal es la mezquina retribución, que allí tienen los Catedráticos, y no por culpa de la Iglesia que ha sido despojada de todos los

(1) Escritas estas Memorias desde el año 1916, han permanecido inéditas por causas ajenas a mi voluntad.

bienes que para ellos disponía, sino por obra y gracia de los que se alzaron con la cera y los santos, en favor del Estado, según ellos decían, para poder atender a las necesidades de los obreros (si bien nunca llegaron a tener participación en el festín), a cambio de una retribución que es lo suficiente para morir de hambre, como que no llega siquiera a lo que gana un portero de los centros de enseñanza del Estado. Era la única manera de que el negocio fuera más lucrativo para ellos y más vergonzoso para la Iglesia, pues en adelante, carecería de medios necesarios para saciar el hambre de tantos pobres que, a su sombra vivían, lo mismo que para instruir a sus ministros que siempre han estado a la cabeza del movimiento científico y para amparar a todas las ciencias y a todas las artes que siempre vieron en ella una protección decidida y generosa. Pero, en fin, sea de ello lo que fuera, lo cierto es que solo por obediencia puede uno resignarse a semejante retribución a no ser en aquellos años en que empieza la edad de *pauze lucrando*, es decir, el rudo batallar de la vida para buscar un porvenir que proporcione tranquilidad y bienestar a nuestra vejez que es la edad de *commoditate augetur*. Solo, entonces, podemos avenirnos a ello, cuando una peseta nos parece un capital y nos creemos unos potentados si, a fuerza de sacrificios y privaciones, llegamos a reunir un ciento de duros.

Nombrado Párroco de Santo Domingo, de esta Capital, en 1902, vi más cerca la realidad de mis esperanzas, pero aun no pude tocarla. Desde luego cambiáronse mis condiciones económicas, si bien de nada me sirvieron en orden a la realización de mis deseos. Es que me tocó en suerte una parroquia en que abundan los obreros, a los cuales apenas alcanza la sal al agua, y cuando son visitados por la enfermedad carecen de lo más necesario para la vida y para atender a su mal humorado huésped. Y yo entendía y sigo entendiendo que un Párroco debe ser el paño de lágrimas de sus feligreses menesterosos. No basta predicar con la palabra y con una vida ejemplar; es necesario además predicar con el bolsillo, hoy, sobre todo, en que tan vivo interés inspira la cuestión social.

Sin embargo, la ocurrencia de un amigo mío a quien tenía dado plenos poderes para cobrar la tan cacareada

asignación del Estado, (125 pesetas mensuales), puso a tiro de piedra la realización de mis deseos y esperanzas. Se constituyó en depositario de mi haber, sin que pudiera arrancarle un céntimo; y cuando se anunció la quinta peregrinación a Tierra Santa, contaba ya con dos mil pesetas. Era para mí un capital, pero insuficiente para llegar a la Palestina.

Me determiné, sin embargo, a alistarme en la quinta peregrinación mencionada, en la íntima confianza de que el resto, que no era poco, me lo proporcionaría un amigo de infancia y de siempre, ausente del terruño por azares de la vida y a quien la fortuna había mimado haciéndole rico, aunque no tanto como lo era su corazón en nobleza y generosidad, virtudes que la muerte no tuvo en cuenta, al arrebatarle en la plenitud de la vida, cuando aún le esperaban días de gloria. Y tal fué su deseo de complacerme, que no se hizo esperar. Por telégrafo, dió órdenes a una casa bancaria en esta ciudad para que me entregara tres mil pesetas. Y heme aquí ya dispuesto a emprender mi viaje al país de Jesús.

De las Palmas a Barcelona.—La gran urbe. Timo frustrado.

Era el año de gracia de 1909. El día nueve de Abril era el señalado para embarcarnos en el grande pero viejo vapor Barcelona, de Pinillos, con rumbo a la ciudad condal, de donde había de partir la Peregrinación el 28 del mismo mes. Seis eran los peregrinos que salíamos de Gran Canaria, tres sacerdotes y tres distinguidas damas de Las Palmas. Estas eran la Señora Doña Dolores de la Rocha, viuda de Manrique de Lara, y sus dos hijas Señorita Rafaela y Cayetana Manrique de Lara y de la Rocha. Aquéllos, el Venerable Párroco de San Mateo, Don Agustín Domínguez, el Capellán del Sagrado Corazón, Don Donato Rodríguez y el autor de estas Memorias.

Eran las seis de la tarde cuando levó anclas el vapor, y a la media hora habíamos perdido de vista las más altas montañas de nuestra isla. El viaje hasta Cádiz no fué muy feliz ni para mis compañeros a quienes las fatigas del

mareo no dejaban ni a sol ni sombra, ni para mí que no estaba restablecido ni completamente curado de la gripe que me tuvo tumbado en la cama más de un mes.

A las diez de la mañana del día doce estábamos en la bahía de Cádiz. Como habíamos de salir de tres a cuatro de la tarde, no quise saltar a tierra. Me contenté con ver el panorama que ofrecía la ciudad desde su bahía reservándonos visitarla en sus detalles y pormenores al regresar de la peregrinación.

Llegamos a Málaga a las siete de la mañana del siguiente día, trece de Abril. Huelga decir que atracado al muelle el vapor, casi todos los viajeros saltamos a tierra. Y a la verdad que merecía la pena. La Caleta es lo primero que se presenta a nuestra vista. Es una considerable extensión de terreno robado al mar, con hermosos paseos llenos de árboles frondosos, ricos y monos chalets y otros grandiosos y artísticos edificios.

La Catedral me pareció hermosa, aunque no es muy grande, con sus capillas laterales, cerradas por precioso vallado, y con retablos ricos y artísticos, si bien el coro carece de todo arte.

Allí nos encontramos con un sacerdote, Beneficiado de la misma Catedral, quien nos acompañó durante nuestra estancia en la ciudad. Era hombre alto, enjuto, algo entrado en años, muy simpático y amable, de fe religiosa profundamente arraigada y carlista en política. Con tal compañero se imponía la visita al Círculo de su devoción en donde pasamos un rato delicioso departiendo como si hubiéramos sido amigos de toda la vida. Y después de recorrer la población, regresamos a bordo.

A las tres de la tarde ya íbamos con rumbo a Barcelona. Llegamos a la una de la tarde del siguiente día, catorce de Abril, después de pasar un mal rato con la densa niebla que se presentó, la cual impedía vernos a los tres o cuatro metros de distancia. El ruido de las sirenas y de las bocinas de los vapores de gran calado, que entraban y salían, contribuía más y más a llenarnos de espanto. Aún los acostumbrados a espectáculo tan desagradable llevaban un pánico horrible. Al menor descuido, hubiéramos encontrado la sepultura en el fondo del mar; en momentos tales, no hay alma que no ore. Aunque nuestros labios no se

muevan, del fondo de nuestro espíritu, de lo más íntimo del corazón que se siente humillado y pequeño ante un poder misterioso, sale una plegaria invocando la protección divina.

Pasado el peligro, avistamos la ciudad conal, cuya visión hizo olvidar el enorme susto que nos llevamos. Yo la llamaría la gran urbe española por ser el nombre que corresponde a su grandeza y preponderancia material. No exagero si afirmo que en comercio e industria está mil codos por encima de las demás ciudades de España. Vista desde el Tibidabo sorprende y cautiva el ánimo por su puerto inmenso, lleno de naves de todos calados y de todos los países, por el movimiento vertiginoso de trenes, tranvías, automóviles, por aquel ir y venir constante del pueblo obrero y de las gentes de la nobleza y de la burguesía y por las columnas de humo que suben hasta las nubes en las afueras de la ciudad.

Nos hospedamos en la fonda del Sr. Manso, Canuda, 10. Es la casa de los Eclesiásticos a donde van a parar todos o casi todos los sacerdotes, por ser de su confianza más absoluta, aparte de que allí parece que se vive en familia. No habrá ese lujo en salones y muebles ni manjares exquisitos que suelen engendrar el sibaritismo, pero se sirve perfectamente bien y a un precio muy módico. No pasaba de 3'50 pesetas diarias. Creo que donde mejor y más barato se come es en Barcelona.

Desde el primer día de nuestra llegada quisieron timarnos pidiéndonos el doble de lo que marcaba la tarifa por el coche que nos condujo desde el puerto a la fonda. El áuriga era listo, despierto, y en la cara nos conoció que éramos noveles, y dijo para su capote: «aquí, que no peco.» Nos pidió lo que quiso, pero afortunadamente, impidió el timo el Sr. Manso, jefe de aquella casa clerical, quien de tal modo increpó al conductor que éste se achantó y se resignó a la cantidad señalada en su tarifa.

Dicen que el tiempo es oro, pero para el viajero es diamante de valor incalculable. Por eso nos echamos a la calle apenas tomamos posesión de nuestras respectivas habitaciones. Parece que, a vista de tanto movimiento, el vértigo se apodera de uno, y lo quiere ver todo de prisa y corriendo.

Era natural, tratándose de sacerdotes, que tuviéramos

reservadas para la Catedral las primicias de nuestras visitas. Y lo confieso con toda ingenuidad que no me llamó la atención por su belleza arquitectónica ni por su riqueza y grandiosidad. Sólo hay en ella una cosa, no de valor artístico, pero sí de un valor histórico incalculable; el Cristo que Don Juan de Austria llevó consigo a las aguas de Lepanto, en donde quedó hundido el poder de la media luna. En el ábside del templo, detrás del altar mayor, se ve expuesto a la veneración del pueblo barcelonés, durante todo el día, con una rica profusión de luces. El Cristo de Belén, frente a la Rambla de las flores, es el único que puede igualársele en veneración y en culto. Sin detenernos en otros detalles y pormenores, (que dejamos para otro día), salimos de allí y visitamos al estudiante de Medicina David Ramírez, quien nos acompañó en la visita al Parque zoológico y al Palacio de bellas artes. Parecióme que no responde a la magnificencia e importancia de la ciudad.

Manresa y Montserrat.

A las dos de la tarde del siguiente día, 15 de Abril, salimos para Manresa con el objeto de visitar la cueva de San Ignacio. Llegamos a las cuatro y media, con tiempo suficiente para ver con sol y buen día lo más notable de aquella población, no muy grande ni con sobra de habitantes.

Como el móvil principal que nos llevó a Manresa era la visita de la cueva de San Ignacio, a ella nos dirigimos, apenas pusimos el pie en tierra. Hállase sobre el Llobregat este Santuario donde el insigne Fundador de la Compañía de Jesús escribió el libro de los Santos ejercicios, que tantas conversiones ha hecho. De muy cortas dimensiones, es rica en decoración, si bien todo esto apenas llama la atención del peregrino. Es que toda la atención del alma se concentra en el hermoso cuadro del altar que nos recuerda el maravilloso hecho que allí mismo tuvo lugar, a saber, San Ignacio escribiendo los ejercicios bajo la inspiración de la Santísima Virgen. Solo del cielo pudo recibir aquellas luces extraordinarias que brillan en cada página del histórico libro.

Lo más notable que vimos en la residencia de los Padres encargados de aquel venerando santuario fué un cuadro de la muerte de San José. Viéndole, la muerte no inspira horror, ni siquiera temor. Danle ganas a uno de morir y de decir con toda el alma: «Preciosa es la muerte del justo». Aquella es la muerte ideal del cristiano y sobre todo del sacerdote. Es que San José exhala el último suspiro en brazos de su esposa y de su hijo legal y nutricio, y la muerte parece acercarse tímida y vacilante tocándole ligeramente, sin dejar en su rostro ni una huella, ni un vestigio de su presencia. Es un ángel que duerme un sueño dulce, encantador. Pocos cuadros he visto de tanta inspiración.

De allí pasamos a la iglesia de la Seo. Es una Catedral con su cripta, teniendo para su culto Canónigos de honor y Beneficiados de fundación particular. Es un templo hermoso y bastante amplio y espacioso. Entre los demás templos sobresalen Santo Domingo y el Carmen.

Al siguiente día celebramos en la cuevita de San Ignacio, respirando un ambiente de santidad que invita a orar. Y, en el tren de las ocho, salimos de Manresa con rumbo a Montserrat.

A la media ora estábamos en la estación de Monistrol, donde tomamos el tren cremallera para subir a Montserrat, gastando en ello una hora. En aquellas alturas disminuye la presión atmosférica, es enorme e intenso el frío que, durante la noche, se deja sentir, y las nubes parece que pueden tocarse con las manos. Es que estábamos a ochocientos metros sobre el nivel del mar.

Pocos lugares habrá de vistas más encantadoras y de panoramas más hermosos. A sus pies, el Llobregat, que suavemente se desliza en esta época de la primavera; más allá inmensas llanuras cubiertas de verdor y pueblos que se divisan en lontananza con casas que semejan castillos feudales, y allí mismo, en aquella altura, un bosque de árboles frondosos y en medio de él una histórica cueva con una puerta infranqueable, pero transparente, que deja ver la estatua orante de un célebre penitente, de Fray Garin, con una cadena al cuello y con las mejillas surcadas por las lágrimas. En presencia de este gran penitente, siéntese uno con deseos de morar en aquella soledad y llorar con lágrimas de

sangre los pecados cometidos; y más arriba, en la región de las nubes, a una altura de mil doscientos metros, un elevadísimo pico, el de San Jerónimo. A poco más empieza a hacerse imposible la vida animal por falta de presión atmosférica y sobra de enrarecimiento del aire. Desde esta altura, el panorama es fantástico, así como vista la montaña desde su base, desde la estación de Monistrol, es impuente. Peñascos amontonados y encajados caprichosamente con forma piramidal, montecillos, sierras y collados de forma cilíndrica, rocas formadas en su mayoría de guijarros de diversos colores, adheridos unos a otros con caliza; picos singulares que, desde lejos, semejan esfinges gigantes, encaramadas sobre ese conjunto imponente y maravilloso, sobrecogen el ánimo de admiración. No es para dicha ni escrita su natural grandeza y mucho menos su mística poesía, revelada, ora en las capillas que simbolizan las doce estrellas, que los moradores de un pueblo vecino vieron caer sobre una inmensa roca de granito en lo más abrupto de la montaña que un día sirvió de asilo y refugio a la veneranda imagen de la Madona Santa María contra las huestas agarenas; ora en las aberturas de los peñascos que nos recuerdan la vida penitente y austera de los hijos de San Benito, que poblaron la montaña durante muchos años; y en quince monumentos de mármol al naciente de la misma, que representan los quince misterios del rosario, ya, por último, en el Monasterio con su hermosa Basílica. Todo esto tiene un encanto indefinible para el peregrino. Franqueando la puerta grande que da acceso al recinto del Monasterio, aparecen los espaciosos y confortables aposentos que llaman de la Virgen, y a continuación, una grande y extensa plaza con los restos de aquel claustro gótico que levantó el abad comendatario Julián de la Róvere, que después ocupó la silla de San Pedro con un nombre que llenó su siglo, Julio II, el protector de las ciencias y de las artes, el que llevó a la capital del mundo católico a Bramante, a Rafael de Urbino y a Miguel Ángel. Y frente a aquellos restos, los claustros modernos que mandó construir Argerich; y en medio de la plaza, el monumento a la Inmaculada, que es una artística columna, coronada por una hermosa escultura que representa el singular privilegio de la Madre de Dios. Y henos aquí ya en presencia de la gran-

diosa Basílica, sentada sobre escarpados riscos, con su estilo del Renacimiento y su notable fachada por lo rico de su ornamentación, igualando su solidez al resto del templo que aún puede resistir a la acción de muchos siglos. Su decoración interior es de lo más rico y espléndido, llamando desde luego la atención la serie de capillas laterales, separadas de la nave central por una hermosa verja de hierro, y además el espacioso presbiterio.

Esta obra, tan colosal, rica y hermosa, sufrió los desmanes de las huestes napoleónicas; pero fué restaurada merced a la fe y amor de los españoles. No hay quien vaya a Montserrat y baje de aquellas alturas sin ver el Camarín de la Virgen. Es el anhelo de ver muy cerca la imagen que tantos peregrinos ha llevado a sus plantas, no por su belleza artística, no por sus finos y delicados colores, pues desde este punto de vista, no tiene el menor atractivo, no tiene encanto alguno. Anhelamos verla por algo misterioso que solo sabe explicarlo la fe. Siéntense allí deseos intensos de besar y tocar aquellas manos que han recibido los ósculos de miles de generaciones, de conocer de cerca aquel tesoro inmenso que recuerda los grandes beneficios que Ella ha concedido a sus devotos y la veneración y cariño que le han profesado los grandes de la tierra.

Aparte de los preciosos ornamentos sagrados y de los ricos y artísticos vestidos de la Virgen que constituyen una verdadera riqueza, dos exvotos llamaron poderosamente nuestra atención entre los innumerables que constituyen el tesoro. Es el primero, la espada que Alfonso XII puso a las plantas de María en señal de reconocimiento. El segundo es una prenda de vestir, el chaleco que el gran estadista español D. Antonio Maura dejó allí como ofrenda y como recuerdo de haber salido ileso milagrosamente en Barcelona, cuando acompañando al rey Alfonso XIII, un anarquista atentó contra su vida asestándole en el pecho el puñal del asesino.

La escalera que conduce al Camarín es regia, y el mismo Camarín es la admiración de propios y extraños por su amplitud, riqueza y arte. Todos los días, los escolanes suben a él para cantar la *salve* a la caída de la tarde, siendo inmenso el efecto moral que causa en el alma aquella

ñado, aparte de las diez lámparas que constantemente arden delante de la histórica y venerada imagen.

Después de almorzar tomamos el tren cremallera para bajar la montaña, esperándonos en la estación de Monistrol el que habría de conducirnos a Barcelona, adonde llegamos a las tres de la tarde.

Aquí habíamos de esperar a los demás peregrinos; pero mientras tanto, nos dedicamos a visitar despacio la población y sus barrios, acompañándonos algunos días los estudiantes canarios.

Hoy no hay quien suba a la estatua de Colón para ver desde ella el panorama que ofrece la ciudad. El Tibidabo es el lugar obligado para contemplarla, y en un santiamén nos pusimos en la cima de la montaña en un tren funicular. Hay allí todo el confort necesario para hacer agradable la estancia en aquella altura. El templo que allí se estaba levantado al Sagrado Corazón prometía ser uno de primer orden.

De todos los demás templos de la ciudad, hecha excepción de la Catedral, dos merecen solamente mención particular; Nuestra Señora del Mar y la Sagrada Familia. Aquél, adosado al palacio de los Condes de Barcelona y donde hoy se hospeda la familia real durante su permanencia en la ciudad, tiene una comunidad de Beneficiados, destinados al coro por fundación particular. Allí se conserva el cuerpo de San Alejo. Este, el de la Sagrada Familia, solo tenía la cripta dedicada al culto divino, lo demás en construcción. Terminado, será una maravilla de arte arquitectónico.

Desde el día veintiséis de Abril empezaron a llegar peregrinos de casi todas las provincias de España, pues el veintiocho del mismo habíamos de partir para Oriente, llegando en este día último la Junta organizadora, presidida por D. José María Urquijo. Su presidencia honoraria estaba reservada al Sr. Arzobispo Nozaleda.

Corría el rumor de que esta alta personalidad eclesiástica vendría de incógnito, pues los señores de la cáscara amarga o de la acera de enfrente se habían juramentado para quitarle del medio; pero era uno de tantos infundios que se propalaron en orden al P. Nozaleda, tan discutido, tan traído y llevado después de la capitulación de Manila.

Era esta una razón demás para desear verle y conocerle.

Lo confieso ingenuamente. Me pareció un niño por lo sencillo y franco, pero un hombre por la grave de su carácter. Su rostro demacrado revelaba los desengaños que había sufrido de los hombres y las persecuciones de sus enemigos, así como sus ojos apagados revelaban las angustias y amarguras de su corazón. Hablaba muy poco y cuando lo hacía era muy premioso. Me lo confirmó una plática que le oí una noche del mes de Mayo a bordo del mismo vapor. Su tema fué la virtud de la humildad, de la cual dijo cosas muy buenas, precisando su verdadero concepto y rebatiendo las calumnias y ultrajes que han arrojado sobre ella todos los aduladores que se arrastran ante los que pueden satisfacer sus secretas ambiciones sin que los menos avisados y despiertos se percaten de su soberbia refinada y de su hipocresía farisaica. No era orador, en el verdadero sentido de la palabra. Es un pensador profundo que discurre serena y tranquilamente.

DIA 28 DE ABRIL

Imposición de la insignia de peregrino en la iglesia de la Merced.—Un grato recuerdo para los canarios.— Solemne despedida de la Virgen a bordo del «Ile de France».

Las cinco de la tarde del mismo día 28 era la hora señalada para recibir la insignia de peregrino en la iglesia de Nuestra Señora de la Merced. Ignoro si en las peregrinaciones anteriores se ha hecho lo mismo en aquella iglesia. Lo que sí puedo asegurar es que la elección, en orden al templo, fué acertadísima, no por que este se distinga por su grandiosidad ni por el arte arquitectónico, sino porque allí todo revela respeto, devoción; todo convida a la oración, al recogimiento. A juzgar por su aspecto parece ser la iglesia de la aristocracia y de la flor y nata

de la piedad. Pero por encima de todo está la devotísima imagen de la Merced, llena de celestial dulzura, como en el momento de recomendar la Orden, que lleva su nombre, a San Pedro Nolasco, San Raymundo de Peñafort y Jaime I de Aragón, para la redención de cautivos que gemían bajo el yugo sarraceno.

Después de rezar el rosario, el director de la peregrinación, D. Mateo Mujica, Lectoral de Vitoria, subió a la cátedra sagrada y nos habló del espíritu de que habíamos de estar animados si queríamos que la peregrinación a Tierra Santa fuera útil y provechosa para nuestra santificación. Terminada la breve exhortación, el Sr. Arzobispo Nozaleda nos impuso el distintivo de peregrino, consistente en una cruz de plata, semejando la de Jerusalén. Hicimos, luego, un fervoroso ejercicio para impetrar el auxilio divino en el viaje que íbamos a emprender.

No podíamos salir de aquella iglesia sin despedirnos privadamente de la Reina de los cielos, dejando la despedida solemne para el momento en que la nave llevara anclas. Subimos al camarín y, con el ósculo que depositamos en sus manos sacratísimas, le dejamos nuestro corazón.

Si para el cristiano conserva esta iglesia un gratisimo recuerdo en la imagen de la Merced, para el canario lo conserva en un monumento que la gratitud del pueblo barcelonés levantó a la memoria de un insigne apóstol de la religión, del inolvidable Urquinaona.

Una estatua orante señala su tumba. Allí están sus restos mortales por expresa voluntad del preclaro Obispo que fué de Canarias y después de Barcelona, cuyos hijos, a fuer de agradecidos, quisieron perpetuar su memoria, no solo dedicándole una de las plazas más hermosas y espaciosas de la ciudad, sino también levantando sobre su sepulcro una soberbia estatua de mármol que diga a todas las generaciones futuras: «Aquí yace el Prelado insigne, de una actividad pasmosa y un celo extraordinario; aquí yace el orador de elocuencia soberana que le puso a la altura de los más grandes oradores sagrados; aquí descansan los restos del hombre que se sacrificó por su pueblo.» Es que Barcelona no podía olvidar la labor meritísima, religiosa y social que realizó Urquinaona en

favor de sus hijos, ni los servicios prestados por él ante los poderes de la Nación.

Después de admirar la gratitud y nobleza del pueblo barcelonés, recordé el olvido y la ingratitud de mi patria chica, que me causó profunda tristeza, procurando que no saliera al rostro cristalizada en las lágrimas, si bien me ví en peligro inminente de que éstas me hicieran traición. Es que no quería me preguntaran la causa de aquel estado de ánimo, pues hubiera sido para mí una profunda y vergonzosa humillación verme en la necesidad de manifestar el olvido y la ingratitud de la antigua Diócesis de aquel Prelado, pero especialmente, de su capital, de Las Palmas de Gran Canaria, respecto del mismo. Esta ciudad que presencié sus trabajos apostólicos y admiró su grande elocuencia, que arrastraba las turbas, sin excluir al indiferente ni al escéptico; esta ciudad que tiene calles para todos los que de veras lo pretendan, no tiene una siquiera que dedicarle a su antiguo Prelado. Es un olvido que jamás tendrá justificación posible; siempre será una nota infamante para nosotros.

Eran las seis y media cuando salimos de aquel devoto santuario sin hacer ostentación del distintivo de peregrino, pues pareció prudente a la Junta organizadora, para no dar ocasión a la gente del bronce a armar una bronca a vista de la insignia. Es que todo lo que tenga sabor religioso les saca de quicios, pasando por encima de todas las consideraciones sociales.

A las once de la noche estábamos todos a bordo del hermoso yatch «Illa de France»; atracado al muelle de Colón, y cuya silueta se destacaba con gallardía entre las innumerables embarcaciones que cubrían las aguas de aquel inmenso puerto. Era la nave que había de conducirnos a Oriente. Hecha expresamente para viajes de recreo de turistas, pero turistas nobles y burgüeses, tenía todas las comodidades y todo el confort que estos señores poseen en sus casas. Era un verdadero palacio ambulante con un lujo asiático y con un esmeradísimo aseo, especialmente en el corredor y camarotes. Arriba, sobre cubierta, se improvisó una capilla para celebrar y reservar a S. D. M. Es que Jesús sacramentado es el obligado huésped de una peregrinación a Tierra Santa.

De repente, suena la sirena del vapor, y en un santiamén, las familias y amigos de los peregrinos saltaron a tierra, los cuales, con la intimidad de curiosos que esperaban la salida del yatch, formaban una respetable multitud. Y mientras tienen lugar las operaciones para levar anclas, las notas acordes y llenas de armonía de una pequeña orquesta acompañando a un coro de niñas, de voces angelicales, llevan al alma una emoción dulcísima y tierna. Era la despedida solemne y pública de la Madre de Dios. Con la hermosa plegaria, *Salve Regina*, nos despedimos de Ella.

Todo contribuía a hacer más imponente y a la vez, más tierno el espectáculo, a saber: la hora avanzada de la noche, la enorme multitud, llena de ansiedad y de inquietud por nuestra suerte y el yatch que lenta y majestuosamente surcaba la mar. Y cuando la hermosa plegaria cesó de herir las fibras más delicadas de nuestra alma, cuando cesaron los acordes y armonías de la orquesta con las palabras *oh clemens, oh dulcis Virgo María*, atronaron el espacio entusiastas vivas a la Virgen de la Merced, a Barcelona y a España. Me sentí, entonces, más cristiano que nunca y más español que en todos los días de mi vida. Disimuladamente limpiaba las lágrimas que corrían por mis mejillas. ¡Lástima que estas emociones perduren tan poco tiempo!

A babor nos quedaba la gran urbe, la ciudad gigante en todos los ramos de la actividad humana, ofreciéndonos, a esta hora de la noche, un cuadro indescriptible. Profusamente iluminada de un extremo a otro, sin lagunas ni vacíos, lo primero que se ofrece a nuestra mirada curiosa y escudriñadora es el paseo de Colón con sus hermosas palmeras; y en el fondo, la elegante columna que sostiene la estatua del inmortal genovés, señalando al mar, teatro de sus heroísmos y testigo de las amarguras y tristezas que le causó el desaliento de sus compañeros. A lo lejos, se divisan las alturas del Tibidabo y del Montjuich, espléndidamente iluminados. Sólo las elevadas cumbres del Montserrat se escondieron a nuestra mirada en la oscuridad de la noche a causa de la distancia que de ellas nos separaba.

Esta mágica visión (base perdiendo lentamente a medida que nuestro yatch se alejaba de la costa, y a la una

de la madrugada, estábamos en alta mar, viéndonos en la imperiosa necesidad de bajar a nuestros camarotes y entregarnos al sueño a causa de la hora avanzada de la noche, del frío que se sentía sobre cubierta y del constante ajetreo durante el día, que nos impidió tumbarnos en la cama y hacer la consabida siesta. De un tirón pasé el resto de la noche.

DIA 29

En alta mar.—Nuestra vida a bordo.—Vela y oración al Santísimo Sacramento. — Mes de las flores.

Eran las siete de la mañana cuando desperté con un día espléndido y sin nubes, y en pleno mar Mediterráneo, cuyas olas tranquilas besaban amorosamente el costado de nuestro yatch. Me sentí completamente bueno, completamente curado de los residuos gripales que tenazmente se resistían a dejarme en paz. Se lo agradecí profundamente a Dios y ví en ello un rasgo de su Providencia para con la quinta peregrinación a Tierra Santa.

En altares portátiles, celebramos todos los sacerdotes. Al término irse las misas rezadas pasábamos frente a la isla de Menorca, cuya silueta se divisaba en lontananza como un inmenso peñascó que se levanta del fondo de' mar. Todo el mundo tiró de los gemelos para ver detalles y pormenores que no podían percibirse a simple vista.

A las nueve empecó la misa que llamaban de comunidad, pues a ella habían de asistir todos los peregrinos, sacerdotes, caballeros y señoras, estando encargado de deciría el Director espiritual Sr. Mujica. A continuación, rezamos la primera parte del rosario.

El buen orden que debe reinar en una peregrinación de esta índole exige que todos se sometan a un horario, que sea como la base y fundamento de aquel orden. Por eso la Junta colocó uno en la capilla, para conocimiento de todos.

El mencionado horario no fijaba hora para el desayuno; *cada quisque* desayunaba cuando quisiera; pero ordinariamente, todos lo hacían antes de las nueve en que comenzaba la misa de comunidad, terminando siempre por el rezo del rosario. Después de este acto, todos se esparcían de popa a proa, contemplando, unos, lo inmenso de la mar y lo azul de las aguas; rezando, otros, el oficio divino si eran sacerdotes, por más que había dispensa pontificia así como la había para todos de abstinencia y ayuno con una sola condición, la de rezar las tres partes del rosario; y algunos, emborronando cuartillas para mandarlas a los periódicos de su devoción, consignando, en ellas, lo que a cada uno le parecía más digno de darle a la estampa, y los más, tomando sus notas de viaje para su uso particular.

Las once era la hora señalada para el almuerzo que, dicho sea en honor a la verdad, no dejaba nada que desear, tanto respecto de la calidad y condimento de los manjares, como en orden a la abundancia de los mismos. A las tres de la tarde nos reunimos todos sobre cubierta para rezar la segunda parte del rosario con el ejercicio del *Via-crucis*. La tercera parte del mismo se reservaba para después de la hora del *Angelus*, y acto seguido, el ejercicio del mes de las flores, con sus correspondientes pláticas, y con exposición menor del Santísimo Sacramento.

La comida tenía lugar a la salida de este acto, haciendo, a continuación de aquélla, la visita al Santísimo, como después del almuerzo y del ejercicio del cristiano. La hora de acostarse era *ad libitum*, pero no debiendo pasar de las diez de la noche.

Como he indicado ya, llevábamos reservado a Jesús Sacramentado en la improvisada Capilla. Pero sabemos que las delicias de Jesús son estar con nosotros para ser nuestro compañero y amigo fidelísimo y para alimentar nuestras almas con su carne y con su sangre. No podía, pues, faltar la correspondencia a tanto amor, a tanta delicadeza. Por eso veíanse señores y caballeros acercarse a la sagrada Comunión desde las primeras horas de la mañana, haciendo, después, la vela y oración delante del Sagrario, durante el día, turnando con los sacerdotes.

Es este un acto de ternura inmensa, casi infinita. Velar a Jesús, enfermo de amor en el Sagrario, velar con Je-

sús que vela por los hombres, orar delante de Jesús que allí ora y se ofrece al Padre como víctima expiatoria nos recuerda las amarguras y tristezas infinitas de la gruta de la agonía y una queja de las más amorosas que salieron de los labios divinos de Jesús. «Ni siquiera una hora habéis podido velar conmigo». Pero velar y orar delante de Jesús en medio de la inmensidad del mar trae a nuestra memoria las escenas de aquel mar de Tiberíades cuando el divino Maestro caminaba con una tranquilidad soberana sobre sus aguas revelando al mundo el pleno dominio que sobre ella tenía, y alentando a sus discípulos, sobrecogidos de terror en presencia de las furiosas olas que amenazaban hundir la barquilla en donde El dormía. Y si a esto se añade un no sé qué divino que en alta mar siente el alma llena de fe al tenue resplandor de la lámpara que arde constantemente delante del Sagrario y al suave rumor de las olas que tímidas se acercan a la nave por respeto a su Criador hecho hombre que nos acompaña, se llegará al pleno convencimiento de la verdad de la afirmación que acabo de hacer. Pero había otro acto que, además de llevar al alma una ternura inmensa, era imponente; la exposición del Santísimo Sacramento que tenía lugar todos los días, durante el ejercicio del mes de las flores, poco después del Angelus, cuando el sol se había negado en absoluto a darnos su luz, reservándose a la terminación de aquél con el canto del *Tantum ergo* en el que intervenían voces al parecer divinas. Apenas se sentía el ruido de las olas. Es que el alma concentra todas sus miradas, toda su atención en aquella hostia infinita y se conmueve hondamente al considerar que allí está toda la majestad de Dios. Y cuando, en ordenada procesión se pasea sobre la cubierta del vapor, llevada en manos de un príncipe de la Iglesia, del Señor Arzobispo Nozaleda, entonces la emoción que siente el espíritu es indefinible lo mismo que cuando nos bendice solemnemente al finalizar los cultos de la noche.

Estos cultos revestían una solemnidad especial. Como cristianos y españoles no podíamos olvidar el mes de las flores, el mes de la mística poesía, consagrado por la Iglesia a la Madre de Dios. Es verdad que no podíamos disponer de las flores naturales para adornar su altar, pero en cambio, cada uno llevaba un ramillete de místicas flores,

llevaba el rosario que yo rezábamos tres veces al día, y leído el ejercicio propio del mes, contribuía a dar un realce extraordinario a estos cultos un coro de jóvenes peregrinas que cantaban divinamente hermosas letrillas y la plática que hacía el sacerdote encargado de ella. El balanceo del vapor jamás nos impidió celebrarlos con la mayor ostentación, así como decir misa, sin que hubiera que lamentar ningún accidente que pudiera exponer el Santísimo Sacramento a irreverencias, si bien inconscientes. Es que al mar no se le ahumaban las narices durante las primeras horas de la mañana y durante los cultos de la noche. En las primeras horas, por respeto al Sacramento del amor, en las últimas, por respeto a la Reina del cielo y de la tierra. En el resto del día o de la noche, de cuando en cuando, solía entretenerse, solía pasar el rato jugando y bromeando con nuestro yacht, lo cual nos sabía muy mal. Eran bromitas pesadas y nos costaban muy caras, pues para pagarlas nos veíamos en la imperiosa necesidad de cambiar todas las pesetas que llevábamos.

Durante todo el día 29 no volvimos a ver tierra. Solo alguno que otro vapor pasa a nuestro lado, saludándonos sus pasajeros, llenos de alborozo y de entusiasmo, con los cuales cambiamos el saludo agitando los pañuelos con una mano y sosteniendo con la otra los gemelos que acortan las distancias y nos permiten verlo y curiosarlo todo con más claridad. Por la noche, apenas nos entregamos al descanso, empieza el primer mareo.

DÍA 30

Un mar de fondo. — Recuerdo de nuestro poderío en Africa. — Cartago e Hipona. — Un susto enorme. — Llegada a Bizerta. — Importancia de esta ciudad. — Costumbres musulmanas. — Degradación de la mujer.

La causa de aquel mareo casi general fué un mar de fondo de muy señor mío. Jugaba y se divertía de lo lindo

con nuestro yatch, pagando los vídrios rotos los peregrinos, en los cuales hizo estragos, pero de un modo especial, en las señoras. Sus grandes quejidos, efecto de las fatigas del mareo, nos causaban verdadera angustia sin que apenas pudiéramos conciliar el sueño. En atención a esto, la junta, siempre deferente y considerada con todos los peregrinos, pero singularmente con las distinguidas damas cristianas que nos acompañaban, determinó que el vapor arribara al puerto más próximo que era el de Túnez en Bizerta.

Huelga decir que, el hacerse pública esta resolución hubo una verdadera explosión de entusiasmo, en unos, por que deseaban descansar hasta que pasara aquella sorda tormenta, y en otros por la suma ansiedad de ver y poner el pie en aquellas costas africanas de la regencia de Túnez, pobladas, en otro tiempo, de piratas, que tanto daño nos hicieron. Recordé, entonces, las mazmorras, presidios y fortalezas, levantadas allí por los españoles, que aprendimos en la historia de nuestra patria. Venían a mi memoria los castillos tomados a fuerza de mucha sangre y dinero, y poco después, abandonados; las expediciones marítimas, enviadas allí por nuestros monarcas, especialmente, por Carlos V, que tantos hombres, naves y dinero nos costaron, y más tarde, los piratas convertidos en corsarios haciendo correrías por nuestras playas de Levante, si bien sufriendo su merecido castigo, hasta que, después de muchos años de abandono por parte de España, otra nación, la nación francesa, las conquistó. Hoy Túnez está bajo su protectorado, pero con pleno dominio en su puerto, que es Bizerta, a donde habíamos de arribar, si bien no estaba en el itinerario.

A medida que nos íbamos acercando a las costas africanas, el mar calmaba sus iras y sus pesadas bromas con nuestro yatch. Pudimos celebrar todos los sacerdotes, empezando desde las cuatro de la madrugada.

Apenas desayunamos, subimos a cubierta, armados de gemelos, viendo, en aquellas costas, las siluetas de islotes y de enormes peñascos. Pasábamos frente a las ruinas de dos célebres ciudades cuyos recuerdos nos venían con las suaves brisas que de allí soplaban. Eran Cartago e Hipona. La primera, rival eterna de Roma, ambiciona-

ba la dominación del mundo conocido, con una pasión no menos intensa que su enemigo. El joven Anibal fué el genio guerrero que en Tesino, Trebia y Cannas, hizo temblar de espanto y pavor al senado romano coronándose de gloria en los mismos campos de Italia. Pero la soberbia de Roma, que no podía soportar tamaña humillación, nunca la perdonó. Respiraba odio mortal a su rival vencedora, y al fin prendido el fuego del odio en las entrañas del pueblo con el *delenda est Cartago* del célebre Catón, venga su afrenta con la destrucción completa de su eterna rival. Publio Escipión fué quien la redujo a un montón de escombros, terminando con ello las guerras púnicas. El *vae victis* que Roma había oído de labios de Breno, lo oyó ahora Cartago, pero, para nunca resucitar.

La segunda no cuenta con blasones de grandeza guerrera ni comercial ni nada que excite la envidia y emulación de los demás pueblos; nada que estimule las bajas pasiones que son germen de disolución y de muerte. A su nombre va unido el recuerdo de una grandeza que cautiva nuestra admiración. Es la grandeza de la inteligencia y del corazón, es la grandeza del sabio y del genio, es la grandeza de la santidad; San Agustín.

El vuelo sublime de su inteligencia abarcadora y sintética ha hecho que el mundo cristiano le llame el Aguila de Hipona. Es que fuera del discípulo amado y del apóstol de las gentes, jamás inteligencia alguna llegó a escalar altura semejante. Era la noble aspiración de su alma. *Noverim te et noverim me*; son las palabras que la revelan. Que yo, Señor, te conozca y que me conozca a mí. Era su oración favorita; pedir a Dios luz para llegar hasta el seno de su Ser infinito y anegarse en el piélago también infinito de sus perfecciones, bebiendo la verdad y la belleza en su misma fuente; y luz para descender hasta las últimas profundidades de su propio ser y ver en ellas su dependencia absoluta de Dios, su necesidad también absoluta de El, así como sus grandes debilidades y flaquezas.

Mientras se decía la misa de comunidad se hizo la requisa acostumbrada por la tripulación del vapor. Y ¡cuál no sería nuestro asombro al saber que, en una de las lanchas colgadas del costado del yatch, estaban tres individuos indocumentados y completamente desconocidos! Tras del

asombro vino el temor, un susto enorme con la consiguiente alarma. En un santiamén se hicieron una infinidad de cábalas y conjeturas. Para unos eran anarquistas que venían sorteados para sepultarnos en la profundidad del mar, haciendo estallar una bomba de dinamita, si bien hasta la fecha, no habían tenido una ocasión propicia, o tal vez los había detenido un sentimiento de conmiseración para con tantas almas inocentes que allí iban. Para otros eran ladrones de profesión que esperaban el momento oportuno para robar, pero los más creíamos que no habían tales anarquistas ni tales ladrones, pues aquéllos ni se arredran ante la muerte ni tienen sentimiento alguno de compasión y de misericordia. Es que son los hombres-fieras de nuestros días, y en las fieras no hay compasión; todo es odio, todo es rabia, y con tal de saciar ese odio y esa rabia se exponen a todos los peligros. Su idea es destruirlo todo, hacer rodar por el suelo las coronas y hacer mil astillas los cetros. Su *desideratum* es ahorcar al último papa con las tripas del último rey. Es la frase que condensa todo su programa. Estos otros, los ladrones de profesión y los caballeros de industria, no se caen tan fácilmente del nido para robar, valiéndose de un medio tan peligroso y pueril. Afortunadamente prevaleció nuestro criterio. Eran tres pobres obreros que, acosados por el hambre y creyendo que el vapor seguía otra ruta, la ruta de América, se metieron en él para buscarse la vida, en cualquiera parte de este continente a que arribara el vapor, con el trabajo honrado y cristiano.

Al susto y a la alarma consiguiente sucedió entonces, la compasión, la misericordia. ¡Pobres obreros! eran las palabras que se escapaban de todos los labios. No encontraban trabajo en su patria para matar el hambre y atender a sus necesidades. Encontraron todas las puertas cerradas para remediar las necesidades de un padre, de una madre que ha llegado ya a las cumbres de la vida, a la región de los fríos y de los hielos arrastrando la dura cadena de las privaciones, y tal vez para saciar el hambre de sus hijos que, demacrados y macilentos, les pedían un pan que llevar a su boca. Son tan pobres en bienes de la tierra como ricos en lágrimas que caen de sus ojos profundamente tristes y apenados. Por eso abandonan la patria

que los vió nacer, la patria de sus amores y cariños, pero de cuyos hijos no han recibido más que pruebas de ingratitud. Por eso buscan otros horizontes, otros climas menos ingratos, más benévolos, más indulgentes.

Dióseles trabajo en el vapor y se les dejó en el primer puerto para que por mediación de las autoridades o representantes de España, fueran conducidos a su país *gratis et amore*, proporcionándoles; entre tanto, medios de subsistencia.

Eran las diez de la mañana cuando nuestro yatch entraba majestuosamente en la hermosa y extensa bahía de Bizerta. Un práctico nos condujo a su dársena, y a los pocos momentos, la sanidad hizo la visita reglamentaria.

Aunque en los edificios públicos y en los cuarteles no estuviera enarbolado el pabellón francés, el menos avisado, el menos despierto, al ver aquel hermoso puerto y aquella parte de la ciudad contigua al mismo, no puede dudar que todo ello es demasiado grande para caber en la cabeza de los moritos. No es preciso ser muy listo para comprender que allí está la mano, está el poder de una nación europea. Basta y sobra, para ello, fijarse en los grandes espigones que se introducen en el mar formando amplios y espaciosos muelles, y en su derredor, deliciosos paseos sembrados de caprichosos chalets, y a lo lejos, palmeras africanas que alzan con gallardía sus elevadas copas.

Después de almorzar, todos saltamos a tierra ávidos de pisar tierra africana y ver aquella ciudad hermoseedada y embellecida por los franceses. La parte nueva está contigua al muelle, con calles anchas y aseadas, vastísimos cuarteles y obras de defensa que se están construyendo junto al puerto. Entre los edificios descuellan los destinados a Escuela, Correos y Telégrafos. La iglesia, dedicada al Sagrado Corazón, tiene tres naves espaciosas de estilo bizantino; el abate que la regenta parecíome persona culta, fina y delicada. La parte vieja refleja y retrata de cuerpo entero al pueblo musulmán, con sus calles estrechas y sucias, de aspecto desagradable con su correspondiente muro en la parte exterior donde los musulmanes pasan el día tomando siempre la horizontal y durmiendo a pierna suelta o charlando amigablemente con el vecino. Es que les en-

canta el *dolce furniente*, siendo su nota saliente la holgazanería. Mas holgazanes no sirven.

La mujer apenas sale a la calle; y cuando lo hace, nunca deja ver su rostro. Lo lleva siempre cubierto con un antifaz. Me parecía aquello un carnaval perpetuo, pero que revela tiranía y degradación.

Desde esta ciudad empecé a ver con mis propios ojos, lo que es la mujer fuera del cristianismo. No es la compañera del hombre, no es su Señora como se le llama en lenguaje cristiano. Es una esclava, careciendo, por ende, de todas las consideraciones y deferencias que, en los pueblos cristianos, se le prodigan. Es una bestia de carga, *una cosa* que se cotiza en el mercado según las circunstancias que, en ella, concurren. Y el harem, que es lo más sagrado entre los sacerdotes de Mahoma, constituye para la mujer lo más degradante, lo que más rebaja su dignidad. Es la humillación vergonzosa de su sexo. A cada paso se encuentran esos lugares de reclusión y de tiranía brutal. Los denuncian ventanas con celosías, resguardadas por defuera, con verjas de hierro, y dentro, un profundo y misterioso silencio. Ante esos lugares, la mujer cristiana no puede menos de mostrar su profundo agradecimiento a la Religión que le ha devuelto su dignidad y nobleza.

Hay otra parte de la ciudad que está en construcción. Es espaciosa y llana, con calles trazadas a cordel, que prometen ser verdaderos boulevares.

A las seis de la tarde estábamos todos a bordo. Era la hora de la comida, y debido, sin duda, al constante ajetreo, paseando por la ciudad y viéndolo todo, sentíamos verdadera necesidad de alimentarnos, aparte de que el hambre nos acosaba, sin compasión alguna.

Por segunda vez, se canta a bordo la hermosa plegaria *Salve Regina* por el nutrido coro de jóvenes peregrinas y a los acordes de nuestra pequeña orquesta. Era el 30 de Abril y empezaba el ejercicio preparatorio del mes de las flores, durante el cual estuvo expuesta S. D. M., dándonos al final, la bendición el Sr. Arzobispo. Los indígenas, atraídos por los hermosísimos cantos y notas armoniosas de nuestra orquesta, contemplaban, con respeto, la ceremonia, desde la orilla, a poca distancia de nuestro yatch, pues estaba atracado al muelle, y tal efecto produ-

en su alma lo que ven y lo que oyen que parecían ab-sortos, extasiados. A las diez de la noche estábamos to-dos en nuestros respectivos camarotes. Y como, debido a las aguas tranquilas, muertas, de aquella dársena, apenas era perceptible el movimiento y balanceo del vapor, nues-tro sueño fué reposado y eminentemente reparador.

DIA 1 DE MAYO

De Bizerta a Malta.—Entusiasmo general.—La históri-ca Pantelaria—Un recuerdo no muy grato.—La pri-mera noche del mes de Mayo.

Celebré a las cinco de la mañana, la cual presagiaba ya un día espléndido y de cielo despejado y hermoso. A las seis, hora señalada para salir el vapor con rumbo a Malta, ya estaba yo sobre cubierta armado de gemelos. Es que sentía vivos deseos de contemplar, por segunda vez, aquellas costas africanas, cubiertas de verdor, y cuyo perfume nos lo traía una ligera y suave brisa que rizaba las aguas tranquilas de la hermosa bahía de Bizerta. Nues-tro yatch pasaba, con la gallardía de siempre, por entre las embarcaciones de distintas nacionalidades que allí ha-bía, surcando lentamente el mar.

La satisfacción que se refleja en todos los semblan-tes es inmensa. Nadie piensa ya en marearse, y era tal la animación de todos los peregrinos que nos parecía estar en el mejor de los mundos, sin falta de nada y sobra de todo.

Poco a poco el continente africano fué perdiéndose en la lejanía hasta la hora de la misa de comunidad en que nos quedamos con la inmensidad del cielo sobre nues-tras cabezas y la inmensidad del mar a nuestros piés; pero no decayó el entusiasmo de la pequeña población fló-tante.

A las doce pasábamos por entre Sicilia y la isla de

Pantelaria. Aquella apenas era visible a simple vista, y solo confusamente veíamos las cumbres de sus montañas y el penacho de humo del Etna. Esta, cuya capital Oppidua-lo hállase a tiro de piedra, la veíamos clara y distintamente con los gemelos. Sus antiguas murallas, flanqueadas de elevadas torres, pueden todavía resistir, por muchos años, a la acción del tiempo, y la montaña cubierta y coronada de árboles tiene en su falda un faro que señala la ruta de las embarcaciones que navegan por aquellos mares.

Convertida su capital en presidio italiano nos recuerda el destierro de Julia, hija del emperador Augusto, así como el lugar donde Nerón mandó levantar un cadalso para Octavia, la hija de Mesalina. Hasta allí, en aquella isla solitaria del Mediterráneo, dejó sentir el monstruo coronado sus crueldades inauditas. Experimenté entonces el mismo horror, la misma repugnancia que sentí hacia estos déspotas de la Roma imperial cuando por vez primera, leí en la historia su vida y su degradación moral.

Al navegar por estos mares, próximos a las costas de la isla Pantelaria, no las llevábamos todas con nosotros. Parecíanos que se iban a repetir los fenómenos sísmicos de los años 51 y 91 del siglo pasado, surgiendo por dos veces, del fondo del mar, algunas islas volcánicas y desapareciendo a los pocos meses de su aparición. Creí que estábamos sobre un volcán, apesar de las olas tranquilas, que acariciaban nuestro yatch. Es que el mar es más inconstante o por lo menos tanto como el hombre.

Sin ver más tierra, navegamos todo el día. Nuestra vida a bordo [que] que en el día anterior. Tuvimos tiempo suficiente para consignar en nuestra cartera de viaje lo más notable que habíamos visto, amén de nuestras impresiones.

Poco tiempo después del *Angelus* comenzó el ejercicio del mes de las flores. La plática estuvo a cargo de un sacerdote bastante joven, cuyo nombre no recuerdo, pero casi tengo la certeza de que era vascongado. Me pareció un sacerdote poco avezado a estas lides oratorias y aunque de lleno se entregara a ellas, creo que siempre sería poco afortunado. Tuvo dos cosas buenas, a saber, ser breve, si bien no se hizo confuso, pues de lo contrario la brevedad nunca será una buena cualidad del orador; y

la otra cosa buena fué predicar sin pretensiones. Es una cualidad ésta que siempre agrada, aunque sea en los grandes oradores. Las pretensiones, en este terreno, constituyen siempre el *summum* de la repugnancia y hacen caer al orador desde las alturas a que le eleva su elocuencia y buen decir. Pero cuando estas pretensiones las tienen las inteligencias obtusas, los oradores murciélagos, los que solo ven en la oscuridad de la noche, entonces es el acabóse, el non plus ultra de un orgullo estúpido. Y la prueba más evidente de lo que acabo de afirmar de aquel joven sacerdote es que apenas terminó su plática, corrido y avergonzado se escondió sin que le viéramos más el pelo hasta el día siguiente.

DIA 2 DE MAYO

Malta.—Sus grandes fortificaciones.—Sus costumbres y religiosidad.—La Valette, capital de la isla.—La Catedral de San Juan de los Caballeros.—Su riqueza artística.—El Palacio de los grandes Maestros y sus recuerdos.

Al amanecer de este día, dos de mayo, havegábamos por las costas de Malta, que habíamos presenciado el naufragio de San Pablo. No es que viniera a esta isla con el propósito de evangelizar a sus moradores. Su arribo a estas playas fué forzoso. Iba camino de Roma, preso, custodiado por soldados romanos a responder ante el César al cual había apelado con el famoso *civis romanus sum*, de los cargos que se le hicieron en Cesarea; siendo una deshecha tempestad el agente de la Providencia que le conduce antes allí para llevar la luz evangélica; y un Angel el que le anuncia con su naufragio y el de sus compañeros de viaje, pero garantizando sus vidas. Era el primer lugar que visitábamos de los tantos que sirvieron de teatro a los inten-

soz trabajos y amarguras sin cuento, que el Apóstol sufrió por el nombre de Jesús. Por eso, deseaba vivamente llegar a aquellas costas. Por eso ansiaba visitar la isla que recibió al enviado de Dios con hospitalidad y cariño, presenciando grandes maravillas que abrieron los ojos de sus habitantes a la luz de la fe. Quería ver la ciudad que tantos recuerdos encierra para la cristiandad entera y para nuestra España, en particular, la ciudad de La Valette.

A las siete de la mañana entraba nuestro yatch en la hermosa bahía de La Valette, capital de la isla. Todos los sacerdotes habíamos celebrado ya, y sobre cubierta, todos los peregrinos, armados de gemelos, contemplábamos las magníficas fortificaciones que defienden la ciudad con formidables cañones que publican a los cuatro vientos el poder británico cuya bandera venimos ondear en los edificios públicos y en dos grandes cruceros que esperan allí el resto de la escuadra del Mediterráneo, que había ido a Constantinopla, con motivo de los sucesos que allí se habían desarrollado, destronando al Sultán Abul-Amid y proclamando a su hermano Mahoméd V. Subsisten también restos de las antiguas fortificaciones que levantaron los grandes Maestros de la orden de los Caballeros de San Juan de Jerusalén.

A las ocho de la mañana no quedaba un peregrino a bordo. Como domingo que era no podía haber otro día más a propósito para estudiar las típicas costumbres de los malteses, quienes se habían echado a la calle, hombres y mujeres, para cumplir sus deberes religiosos como buenos católicos.

De un caracter franco y afable, con una sencillez y modestia encantadora vestían las mujeres del pueblo de manera soberanamente rara llevando sobre su cabeza, un manto negro colgado de una armadura de cartón en forma de herradura. En muchas esquinas encuéntrase alguna imagen de San Pablo con su correspondiente lámpara, al pie, que arde constantemente. Es una prueba evidente de la fe grande y acendrada devoción de los malteses al Apóstol de las gentes, cuyo recuerdo está vivo, palpitante en los 160.000 habitantes que pueblan la isla. Hoy siguen venerándole con la fe y con el mismo amor que sus padres. Diríase que participan de la fe de Publio, representante de

Roma en el gobierno de la isla y consagrado, después, por el mismo Apóstol, obispo de aquella pequeña grey. Y tan arraigada tienen su fe que apesar de los trabajos de la sociedad bíblica de Londres que se ha gastado millones de libras esterlinas en propagar las sectas protestantes, conservan, sin embargo, incólume su fe católica. El protestantismo es allí una planta exótica.

Empleza la ciudad por un pequeño anfiteatro que arranca de los muelles con calles de escalinatas hasta la altura de cuatro o cinco metros próximamente, ocupando luego un perímetro no muy grande con una población de 45.000 almas.

Nuestra primera visita fué la de la Catedral de San Juan de los Caballeros. De estilo greco-romano, no se distingue por la extensión y altura de sus tres naves, pero lo que sí llama poderosamente la atención del viajero son tres cosas. Es la primera la bóveda de la nave central, cubierta de un notabilísimo fresco, debido al pincel de Matías Preti, conocido por el Calabrés, que representa los pasajes más notables de la vida de San Juan Bautista en diversos compartimientos, sostenidos por grupos de cautivos sarracenos. La segunda es el pavimento de mosaicos de mármoles esculpidos e incrustados con arte, los cuales señalan los sepulcros de cuatrocientos caballeros, con escudos y alegorías que lo hacen el mosaico más interesante del mundo. Y la tercera, es un hermoso grupo escultórico de mármol que simboliza el bautismo de Cristo por San Juan en las aguas del Jordán, debido al cincel de Melchor Caffa, preclaro hijo de Malta.

Las capillas laterales son joyas de arte. Son ocho, correspondientes a las ocho lenguas en que se dividía la Orden, teniendo en ellas su representación casi todas las naciones de Europa; pero dos son las que contienen más riqueza artística; la de Francia y España. En la primera, está la obra, tal vez, más perfecta del inmortal Caravaggio, un cuadro de la degollación de San Juan por los esbirros del infame Herodes para complacer a la escandalosa Herodías. En la segunda hay epitafios de multitud de caballeros, honra de la orden y de la aristocracia española, cuyos sepulcros están enriquecidos con gran número de personajes alegóricos y apuestos guerreros esculpidos en

mármol por Melchor Caffa, con una verja de planta hermosa y artística. En la capilla del Sacramento, consérvanse todavía las doce llaves de Rodas que trajeron consigo los Caballeros, al ser arrojados de allí. Era un recuerdo de su dominación en aquella isla y un estímulo en sus luchas con los infieles. Y en ninguno de ellos faltan estatuas en bronce de los caballeros que más descollaron por sus hazañas guerreras.

Mientras visitábamos aquellas joyas de arte; celebrábase los sagrados oficios. Los Capitulares vestían de morado. A juzgar por lo que vimos, los cultos revisten allí solemnidad y esplendor.

Salimos de esta hermosa Catedral con el alma extasiada ante tanta belleza y nos dirigimos a uno de los mejores edificios públicos que tiene La Valette. Fué Palacio de los grandes Maestros de la Orden. Hoy está convertido en Palacio del Gobernador civil, representante del poder británico.

Situado en la plaza de San Giorgio es de imponente severidad y sencillez de estilo, dominado por una elevada torre que fué Observatorio de las Grandes Maestros y convertido hoy en atalaya para señalar el paso de los buques por aquellas mares. En otro tiempo imponíase la necesidad de un Observatorio que dominara una inmensa extensión de mar por ser aquella la ruta de todos los piratas de Berbería y de todas las naves armadas en corso dedicadas al robo y al pillaje.

Al entrar en aquel histórico palacio lo primero que se ofrece a nuestra vista es una estatua de Neptuno en medio de un amplio patio en dondè están instaladas las oficinas del Gobierno civil, conteniendo las diversas estancias una verdadera riqueza de arte en cuadros que representan hazañas con los caballeros que las llevaron a cabo, debidos al pincel del Españolito, Calabrés, Caravaggio y otros artistas de fama y renombre.

De allí pasamos a visitar el Museo de Antigüedades. Es notable por las antigüedades fenicias, moriscas, egipcias y monetarios completos de remotas y nacientes edades, figurando también monedas acuñadas con el busto del Gran Maestro español Carafa. En sus paredes lucen valiosos cuadros de eminentes artistas.

Junto al de Antigüedades está el Museo de armas que pone de relieve las aficiones guerreras de los caballeros de Malta. En él abundan armaduras completas, distinguiéndose entre ellos la del terrible corsario Doagut, vencido por los caballeros; lanzas, morriones, espadas y cañones tomados a los turcos; y entre las cosas curiosas que vemos descuelga un reloj que da la hora por medio de cuatro figuras de bronce. Pero sobre todo hay en este museo una cosa de valor histórico incalculable que evoca el recuerdo de la generosidad y grandeza españolas. Es el acta de donación de la isla que hizo Carlos V en favor de los Caballeros arrojados de Rodas por Solimán, la cual se conserva en una urna de cristal. Firmada de propio puño y letra del monarca español, se lee perfectamente. Ante tanta generosidad nos sentimos orgullosos.

Pisábamos tierra que un día fué española, una perla preciosa engarzada en la corona de Castilla; y España por uno de sus monarcas, la cede por interés de la cristiandad entera, por interés de la civilización que nació al pie de la Cruz, la cual se ve amenazada del poder de la media luna. Y la cede generosamente porque Malta es punto estratégico para impedir la invasión musulmana, para impedir que la barbarie se paseara triunfante por Europa. Y la cede a los caballeros de Rodas porque ellos dan garantías más seguras de éxito, ora por el mismo espíritu y carácter de su Orden, ora por los grandes servicios que habían prestado al mundo cristiano en Palestina y en el archipiélago griego durante la segunda mitad de la Edad Media, así como en la primera mitad, lo había prestado a los pueblos de Europa la famosa institución de Caballería. Es que aquella pertenecía a las órdenes militares, nacidas del espíritu militar y religioso, propio de la época de las Cruzadas, obligándose sus miembros con un cuarto voto, a saber, el de combatir a los infieles, que llegaron a constituir una ola enorme que amenazaba inundarlo todo. Fué una imitación de otra institución famosa, mucho más antigua, nacida al calor del sentimiento religioso y del individualismo, la institución de la Caballería, a la cual no todos podían tener acceso por ser condición necesaria pertenecer a la nobleza y haber recibido una educación especial en el castillo del soberano o de otro

caballero, aparte de prestar juramento de ser fiel a Dios y al honor, defender la Iglesia, las viudas y los huérfanos y cumplir la palabra empeñada. Gracias a ello, la aristocracia que, por sus privilegios e independencia, no respetaba autoridad alguna, se transformó en un cuerpo destinado a sostener el orden social y político.

Ese difícil acceso a la institución de la Caballería fué una de las razones más poderosas de haberse creado en el siglo XI la orden de los Templarios primero, cuyo nombre indica su residencia junto a las ruinas del templo de Salomón y la de los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén, después, arrojados de esta ciudad por los califas de Damasco y más tarde, de la isla de Rodas, por los turcos. Apesar de su heroísmo sin igual, quedaron vencidos por el número.

Y a estos hombres de honor y profunda fe que juran ante Dios luchar por su causa y por el orden social, a estos hombres de temple de hierro y de valor indomable, cede España la isla de Malta para contener la ola de la barbarie. Creyó que su valor crecía ante el peligro como crece ante la seguridad la esperanza del triunfo y no se equivocó. Ahí está la historia llena de páginas gloriosas, que no me dejará mentir.

Tres siglos de rudos combates contra la osadía turca, con los bloqueos y privaciones consiguientes, no bastaron a quebrantar el valor indomable de aquellos varones insignes, cuyo heroísmo parecería una leyenda, si la historia no lo hubiera consignado en sus páginas. Tres siglos de sacrificios sin cuento no pudieron intimidarlos; al revés, cobraron tantos bríos y arresíos que tuvieron a raya la ambición de todos los piratas, de todos los corsarios, de todos los hijos del Profeta. La misma capital de la isla lleva el nombre de un Gran Maestro de la Orden, que se distinguió, entre todos, por sus hazañas, La Valette. Y si Napoleón pudo enarbolar la bandera francesa sobre la torre que sirvió de Observatorio a los grandes Maestres, no fué por que sus defensores capitularan; fué por traición. Y si más tarde, es bloqueada la isla por las flotas inglesa, portuguesa y napolitana, solo se rinden a los dos años de resistencia, después de agotar todos los medios de salvar al pueblo, a las mujeres y a los niños, que de hambre y mi-

sería morían a centenares. Era lo único que podía hacer rendir a aquellos guerreros, a aquellos caballeros de una Orden que, durante tres siglos había luchado por un ideal sobrehumano, por el ideal de la fe. Era lo único que podía domeñar a los hombres que al compromiso del honor, habían unido el de la religión: el voto de obediencia, el cual hace salir a la superficie todas las energías que el espíritu tiene ocultas, tiene reservadas para los casos que exigen una profunda abnegación y un desprecio sin límites a la vida.

Después de admirar tantas bellezas y ver tantos recuerdos nos esparcimos por la ciudad visitando cada uno la que más le viniera en gana. De paso y a la ligera visité yo la iglesia de San Pablo que es hermosa.

A la once de la mañana estábamos todos a bordo. Era la hora de salir con rumbo al Pireo, puerto de Atenas, navegando toda la tarde y noche con una velocidad de doce millas y media.

DIAS 3 Y 4 DE MAYO

De Malta al Pireo.—En el mar jónico.—Cabos de Matapán y Malco.—En el mar Egeo.—Archipiélago griego.—El Pireo.—Atenas.—Hermosas vistas desde la Acrópolis.—El *Areópago* y sus recuerdos.—Lugar donde Sócrates bebió la cicuta.—Ruinas de la Acrópolis.—Los Prosciteos, Erecteión y Partenón.—Un sol abrasador.—Hambre canina.—Palacio real.—Estadio.—Musco Nacional.—Academia de ciencias.—La catedral católica.—Salida del Pireo.

Amaneció el día tres de Mayo en pleno mar jónico con un cielo despejado y un mar tranquilo, acariciado por una brisa suave que llevaba a nuestros pulmones una respetable cantidad de yodo. El mareo había desaparecido por com-

pleto, desarrollándose tal actividad digestiva que a las dos horas de haber comido nos acometía un hambre canina. A esto atribuíamos el mal humor del encargado de proporcionarnos los víveres y alimentos. De seguir así la cosa, perdería hasta la camisa. A las nueve de la noche pasábamos muy cerca del cabo de Matapán, y poco después del cabo Maleo, los dos puntos más meridionales de la península de Morea o Peloponeso. Confieso con toda ingenuidad; tuve mis temores al dejar el mar jónico y pasar frente a estos dos cabos. Es que recordaba la histórica cueva del primero que aún se conserva y que los antiguos consideraban como una de las entradas del infierno. Y al doblar el segundo venía a mi memoria el proverbio tan conocido de los marinos «si pasas el cabo Maleo olvídate de tu patria» significando con ello lo difícil que era el regreso al lado de los suyos. Por eso los navegantes cristianos, le han dado el nombre de cabo del Santo Ángel, a cuya protección se encomiendan. Tales recuerdos unidos a la bravura de aquel mar cuyas olas jugaban con nuestra yatch como juega un niño travieso con la pelota que lleva en las manos, llegaron a sobrecogerme de temor apesar de las excelentes condiciones maríneas del yatch, las cuales nos infundían mucha confianza.

Al entrar en el mar Egeo o archipiélago griego, cuajado de islas, las olas se calman y nuestro yatch surca majestuosamente aquellos mares tranquilos y serenos, y entonces, pudimos conciliar el sueño. Pasamos junto a la isla de Paros, donde se suicidó el celeberrimo orador Demóstenes.

Eran las siete de la mañana del día cuatro de Mayo cuando llegamos al puerto del Pireo, que forma tres radas o dársenas comunicándose, por una de ellas, con el golfo de Salamina, donde fué derrotada la flota de Jerges rey de Persia, en una de las guerras médicas. A la entrada, hay dos columnas de regular tamaño, muy próximas entre sí, levantadas, en tiempo de Temístocles, para sujetar los extremos de la cadena que cerraba el puerto. Hoy sostiene dos farolas. A la derecha, está la ciudad del Pireo sobre un pequeño promontorio. Es una población moderna, de anchas calles y hermosos edificios y de treinta a cuarenta mil almas, siendo grande, al parecer, el movimiento

de su puerto, pues había anclados, en él, veinte buques de alto bordo y algunos cruceros de guerra.

A las ocho estábamos en tierra, esperándonos, en la estación, el tren eléctrico que había de conducirnos a la ciudad de Atenas, la cual dista siete kilómetros, en la misma dirección que tienen las ruinas de la célebre muralla empezada por Temístocles y completada por Cimón y Pericles. A los quince minutos estábamos en la estación de la pequeña, pero hermosa e histórica ciudad de Atenas, capital de Grecia.

Allí, nos esperaban infinidad de coches para conducirnos a la colina de la famosa Acrópolis. Merece la pena de subir la cuesta bastante pendiente por las hermosísimas vistas que aquel lugar tiene.

A la derecha, las ruinas del templo de Teseo con trece columnas de mármol a cada lado y seis en el pórtico; y más allá, en el horizonte, el célebre Pantelio, de mármol blanco, que ha servido a todos los artistas antiguos y a muchos de los modernos para hacer sus obras más notables. A la izquierda, los jardines de la reina con quintas modernas muy preciosas. A nuestros piés y en una llanura, la hermosa ciudad de Atenas, cuna que fué del arte y del saber.

Hay en esta colina, lugares llenos de gratisimos recuerdos para el cristiano, para el sabio y para el artista. Es el primero el solar del Areópago. No es que exista allí señal alguna que lo indique; es la tradición que lo señala antes de llegar a las ruinas del templo de la Victoria. Allí se reunían los sabios de Grecia para deliberar sobre asuntos de interés general, sobre aquellas cosas que afectaban a la vida de la nación, a la grandeza material y moral de su pueblo. Era una asamblea de jueces y de sabios encanecidos en las ciencias; de los hombres gigantes que, bajando ya por la otra pendiente de la vida, es decir, por la pendiente de los desengaños, llevan consigo el tesoro inmenso e inapreciable de una larga experiencia, que les sirve de lastre para navegar, con seguridad, por el mar proceloso de la vida.

Ante estos hombres se presenta San Pablo para predicar a Jesucristo. Es el recuerdo más interesante que tiene aquel lugar para el cristiano. Allí viene el Apóstol de las

gentes, no arrojado por las olas como en Malta, no sin el propósito de evangelizar a aquellos sabios. Al contrario, viene a valerse de la ciencia como conductora de la fe. El no teme la luz, la busca para darle más intensidad, para hacerla más clara, más radiante, más hermosa. El no teme la ciencia, la busca como el medio más eficaz de llevar la religión que predica a la inteligencia y de hacerla descender hasta el corazón, pues la fe no tiene otro auxiliar más poderoso que la ciencia. Es su mejor conductor cuando no está divorciada de la virtud y honradez natural, cuando éstas corren parejas con aquélla, así como no tiene otro aislador más eficaz que la ignorancia, y sobre todo la ignorancia afectada. San Pablo no teme a los grandes de la tierra, porque era el vaso de elección de Jesús para llevar su nombre ante los reyes y ante todos aquellos que lleven grabado, en su frente, el sello de alguna grandeza.

Una inscripción misteriosa, que lee en el altar de un templo de Atenas, le sirve de tema, en su primer discurso dirigido a aquellos sabios reunidos en la cima de aquella colina, junto al templo de la Victoria, *Deo ignoto*. Al Dios desconocido. He ahí la misteriosa inscripción.

Insinuarse en el corazón de aquellos sabios fué su primer intento. Por eso, empieza su admirable discurso dándoles a entender su gran solicitud por la religión como lo demostraban, adorando al verdadero Dios sin poder comprenderle, porque es infinito e incomprensible. Era la razón de llamarle desconocido. Y ese Dios desconocido por lo infinito e inefable venía él a predicarles.

Desde luego extraña la demasía y indulgencia de aquellos sabios reunidos en asamblea para discutir puntos profanos y religiosos de interés capital con un hombre desconocido a quien tenían por un charlatán. *Quid vult semi-verbis hic dicere?* Era lo que decían de él apenas empezó a predicar en la ciudad. Sin embargo, el llevarle allí para dar razón de su doctrina, halagaba sobremanera su amor propio, su excesiva vanidad científica.

Para cualquiera otro que no fuera San Pablo la situación era difícil, comprometida. Necesitábase una autoridad moral grande o luces especiales del Cielo para dejarse oír en aquella asamblea. San Pablo tenía ambas cosas. La autoridad, por su educación esmerada en la escuela de

Gamaliel, y las luces especiales del Cielo por ser el enviado de Dios. En su arrobamiento hasta el tercer cielo, fueronle reveladas cosas sublimes que no están al alcance de los más sabios de la tierra. Con este bagaje de sabiduría terrena y de sabiduría celestial y divina, habla el Apóstol en el Areópago, de Dios, de Cristo y de su resurrección, combatiendo, con una autoridad soberana, los errores de muchos de su distinguido auditorio, pues, además de académicos y peripatéticos, se sientan allí epicúreos y estoicos con sus ribetes, aquéllos de deístas, y éstos, de fatalistas, aquéllos, negando la Providencia que todo lo ordena y gobierna, aparte de su nota característica, que es constituir la suprema felicidad del hombre en el placer, como si fuera un puerco, de la pira de su maestro, y éstos, sujetando al Omnipotente a la rigurosa ley del destino, aparte también de su nota esencial, constituyendo aquella felicidad en la sabiduría terrena y en la práctica de la virtud.

Mientras San Pablo les habla de Dios, de su ser purísimo y del culto en espíritu y en verdad que le es debido, amén de su inmensidad que todo lo llena, sin ceñirse al lugar ni al tiempo ni al espacio, y dando a todo el ser, la vida y el movimiento *in eo vivimus, movemur et sumus*, mientras habla de Cristo, de su poder e inmensa caridad, todos le oyen con suma atención, todos parecen inclinar su frente ante la verdad que ven en sus palabras; pero, apenas pronuncia la palabra *resurrección*, rumores de desagrado le interrumpen. Eran los epicúreos que se burlan y le ridiculizan. No es extraño. Es que ellos enseñaban que, con la muerte, se destruye el alma, del mismo modo que el cuerpo. Es la consecuencia regimista de su moral filosófica, poniendo en el placer grosero la suprema felicidad. El triunfo de Cristo sobre la muerte les escandalizó porque no cabía en su cabeza. Ya lo habla dicho la Escritura: *Animalis homo non percipit ea quæ sunt spiritus Dei*. Los demás sintieron la interrupción, pero se resignaron a oírle, otro día, sobre el mismo asunto, creyendo muchos de ellos y allegándose a él. Es que buscaban la verdad sin intenciones torcidas y sin otra pasión que no fuera el amor a ella.

En los Hechos de los Apóstoles consigna San Lucas el nombre de uno de ellos, San Dionisio Areopagita, a

quien sus pasiones no le estorbaron creer en la divinidad de Cristo crucificado, y cuyo corazón recto y sencillo sintió hasta simpatías naturales por aquel otro corazón que experimentaba honda pena ante las miserias físicas y morales de la humanidad.

Es el mismo sabio del Areópago que, al contemplar el trastorno de la naturaleza, en la muerte de Jesús, exclamó *Aut maquina mundi dissolvitur aut auctor vitae moritur*. «O muere el autor de la naturaleza o el mundo se acaba». Era un rayo de luz divina, un destello del Cielo con que Dios preñaba una inteligencia no influida por las pasiones, no puesta al servicio de una voluntad extraviada, pervertida. Y una inteligencia tan clara y un corazón tan recto no podía menos de dejar consignado un testimonio de la grandeza de la Madre de Dios, como éste, al verla por primera vez. «Sino supiera que era la Madre de Dios, la adoraría como a la misma divinidad». Diríase que era un reflejo de la misma divinidad.

En la misma colina, y a unos doscientos metros del lugar del Areópago, hay otro recuerdo interesante para los sabios. Una casa de aspecto pobre y miserable señala el lugar, donde dieron a beber la cicuta a Sócrates por sostener una moral completamente contraria a la del paganismo, una moral áustera, más perfecta y más conforme con la dignidad y nobleza de hombre, sin esas condescendencias con las pasiones brutales y degradantes.

Ha sido la manía de todos los tiempos perseguir a todo el que enseña el verdadero camino que nos conduce a la perfección, y grandeza moral. Este patrimonio de la verdad moral y religiosa. Estas ~~persecuciones~~ víctimas fueron los profetas; más tarde, Sócrates en el mundo pagano, y en la plenitud de los tiempos, Jesucristo con su Iglesia, la cual, por la misma razón, será perseguida, odiada hasta la consumación de los siglos.

Quedábanos por ver las ruinas de la Acrópolis propiamente dicha, que evocan el recuerdo de una grandeza que abrumba, de una gloria inmensa que ha producido el genio del arte y de un sentimiento, el más noble del hombre, el religioso, en la plenitud de su desarrollo.

Han pasado veinticinco siglos y aún se conservan aquellas admirables ruinas. Ni el tiempo que se encarga de des-

truirlo todo, de hundirlo todo en el polvo del olvido, ni los enemigos de aquel pueblo, que han llegado a anularlo ante los demás, han podido aventar aquellos restos, aquellos mudos testimonios del arte helénico.

Los Propíleos son las primeras ruinas que se nos presentan. Eran como el vestíbulo de la Acrópolis, y ante ellas un joven, simpático, instruido, de fácil palabra, que sirve de *cicerone* por encargo de la Junta Directiva, hace una sucinta relación de todos los monumentos de la Acrópolis y nos explica su historia. Como hablaba en francés y no todos lo entendíamos, el conde de Lariz se dignó repetir en castellano la explicación.

De ellos se conservan seis columnas dóricas de metro y medio de diámetro por ocho de alto, algunas con sus capiteles jónicos de lo más bello que ha producido el cincel de los primeros artistas griegos en el mármol pantélico. De los bajo-relieves que las adornaban no queda uno siquiera, merced a la rapacidad de un arqueólogo inglés que tuvo a bien llevárselos al museo británico, así como capiteles, caballos de bronce y estatuas por valor de cuatro millones de pesetas, según decía el joven *cicerone*.

Saliendo del vestíbulo por una gradería también de mármol pantélico, encontramos a la izquierda el Erecteión con sus famosas cariátides en el pórtico, y que fué el santuario de la diosa Atena o Minerva que reemplazó al Partenón, dedicándolo los cristianos, en el siglo VI, a la divina Sabiduría. Más tarde, los turcos, lo convirtieron en harem; y por último, sus cañones lo convirtieron en ruinas, lo mejor de las cuales está en el museo británico por obra y gracia del mencionado arqueólogo inglés. Pero la gran maravilla del Erecteión era el pórtico de las cariátides. Sus ruinas se conservan en buen estado y se reducen a una serie de estatuas de mujeres que hacen las veces de columnas para sostener el peso de las cornisas y entablamentos. Alude el arquitecto al castigo que los griegos impusieron a las mujeres de Carias, ciudad del Peloponeso, por haber peleado, en una de las guerras médicas, a favor de Persia. Triunfantes aquéllos pasaron a degüello a los hombres e hicieron esclavas a las mujeres, obligándoles a llevar sobre sus cabezas un peso enorme.

Frente a este pórtico está el Partenón que fué el pri-

mitivo santuario de la diosa Atena o Minerva, edificado, en tiempo de Pericles, bajo la dirección del escultor Fidias, a cuyo cincel se debe la estatua de oro y marfil, que había a la entrada y que representaba a Minerva. El mármol pantélico que aún queda de sus paredes, del pavimento y de las cuarenta y seis columnas dóricas de la galería que lo rodea, constituye una verdadera riqueza. Allí también llegó la rapacidad del arqueólogo inglés, llevándose a Londres todas las esculturas del inmortal Fidias.

Después de admirar estos recuerdos del arte helénico y de la grandeza del siglo de Pericles, visitamos en la vertiente meridional de la Acrópolis, las ruinas del teatro de Dionisos y de Baco y el Odeón de Herodes Atico; aquél, dedicado a la representación de dramas; y éste al canto, pudiendo contener el primero treinta mil personas y el segundo seis mil.

Terminada la visita de la Acrópolis, bajamos a la ciudad moderna que empieza desde la falda de la colina.

En el jardín público esperamos la hora del almuerzo. A pesar de la sombra de sus frondosos árboles sentimos un calor asfixiante, castigándonos sin piedad, el astro rey. En la Acrópolis nos defendían las brisas del mar que llegaban a la colina, pero, en la ciudad, no llegaban hasta nosotros. Pasaban a una altura tal, que era imposible el contacto con nuestros sudorosos cuerpos. Fué la primera vez que nos trató el sol con verdadero ensañamiento.

A las doce nos dirigimos al hotel y aún tuvimos que esperar un cuarto de hora para almorzar. El hambre se había cebado en nosotros con más furia que el mismo astro rey. En Atenas no se comen mal.

Terminado el almuerzo, todos los peregrinos se esparcieron por la ciudad en grupos más o menos nutridos para visitar los principales monumentos que, en ella, se encuentran.

Con mi grupo me dirigí al Palacio real, cuya fachada principal da a la plaza de la Constitución, que es uno de los centros de Atenas en que se nota más movimiento, más vida y donde convergen todas las calles principales. Es de mármol pantélico, pintado de amarillo y medianamente decorado, excepción hecha del salón del trono que es soberbio, con una capilla protestante, por ser luterano el jefe

del Estado que lo es Jorge I. No le vimos ni en Palacio ni fuera de Palacio.

Nos dirigimos luego al Estadio, formado por tres colinas que ha unido la mano del hombre, siendo restaurado recientemente por Jorge I. No es muy grande, pero el antiguo parece que podía contener cincuenta mil espectadores. Aún se ve, a un lado, el túnel que servía, según unos, para que huyeran los vencidos en la carrera, librándose de las silbas del pueblo, y según otros, para estancia de las fieras que, en tiempo de los romanos, habían de luchar con los gladiadores.

Del Estadio pasamos al Museo Nacional, el más interesante, tal vez, del mundo, el cual tiene veintiséis salas que comprenden antigüedades, obras mitológicas, dioses del paganismo y esculturas y pinturas de todas las artes, en las diferentes épocas, griega, romana, cristiana y bizantina.

De aquí nos dirigimos a la Academia de Ciencias que es uno de los mejores edificios de Atenas, destinándose la parte central a Universidad y Biblioteca, que contiene ciento ochenta mil volúmenes. Realza su valor el mármol pantélico de que está hecho, así como las dos soberbias estatuas que custodian su entrada; a la derecha, Platón, a la izquierda, Sócrates. Son los representantes de la Filosofía y de la Moral. Apenas entramos, otras dos estatuas se ofrecen a nuestra vista, la de Minerva y la de Apolo. Son los representantes de la religión. Si las primeras evocan el recuerdo de la grandeza intelectual y científica de Atenas, las segundas evocan el recuerdo de su sentimiento religioso.

La catedral católica nada tiene de particular. Es pequeña, de construcción relativamente moderna, con una mezcla de estilos que chocan entre sí, pero predomina el bizantino.

Eran las seis de la tarde cuando dejamos aquella ciudad llena de recuerdos inmortales por su heroísmo y valor guerrero, viendo vencida a la Persia en Maratón y Salamina; y más tarde, bajo el cetro de Alejandro Magno, a todo el mundo conocido. A las seis de la tarde, dejamos la ciudad famosa por sus oradores como Demóstenes, por sus artistas como Fidias, por sus filósofos como Sócrates, Platón y Aristóteles, por sus legisladores como Solón, Licurgo y Pericles. Tomamos el tren en la estación del Gran Monas-

terio que comunica con otra estación subterránea y a las siete estábamos todos a bordo de nuestro hermoso yatch; y a los pocos momentos, levó anclas con rumbo a Constantinopla, viendo, por última vez, el sitio desde el cual Jerges, sentado en trono de plata, presenciaba, con la angustia consiguiente, la derrota de los suyos. Después de pasar el cabo de las Columnas entramos en pleno mar Egeo.

DIA 5 DE MAYO

En pleno mar Egeo.—Su peligro para los navegantes.—
Extraordinaria animación.—Entrada en los Dardane-
los.—Sus fortalezas.—La tradición y el puerto de
Jerges en el Estrecho.—Gallípoll.—Mar de Már-
mara.

Amaneció el día cinco, navegando en pleno mar Egeo, sin ver ya las costas del continente europeo, pero ofreciéndose, en cambio, a nuestra vista, una infinidad de islas e islotes que constituyen un verdadero peligro para las embarcaciones durante la noche, apesar de los innumerables faros que señalan aquellas islas. Necesitase un experto capitán, acostumbrado a navegar por estos mares, y el nuestro tenía estas condiciones de garantía. Por eso, la Peregrinación había depositado en él una absoluta confianza, la cual era una de las concausas de la extraordinaria animación que hubo a bordo todo este día. Las otras eran la temperatura tan deliciosa que llevábamos, un mar tranquilo y sereno y unas brisas tan suaves, que nos tenían siempre sobre cubierta para aspirarlas, aparte de la sorpresa, de la curiosidad, y alegría que causaba en todos el frecuente encuentro con las mencionadas islas. Parecía que iban saliendo de la profundidad del mar a medida que nos acercábamos; y apenas perdíamos de vista una, aparecía la silueta de otra que, a veces, no era más que un

enorme peñasco casi inhabitado. No había quien no llevara los gemelos constantemente en las manos.

A las tres de la tarde entrábamos en el Estrecho de los Dardanelos. Nos dimos cuenta de ellos, al ver, con sorpresa, que el vapor hizo alto, quedando completamente parado. Es que había prohibición absoluta de pasar el antiguo Helesponto de los griegos sin el *visto bueno* de las autoridades turcas. Había que recabar un permiso especial, y a los pocos momentos una embarcación se dirige hacia nosotros con unos turcos. Eran los representantes de la Sublime Puerta, que venían a revisar la documentación, y refrendarla para dar el *pase*. No me enteré de los derechos que habían de abonarse para poder visitar a Constantinopla siguiendo esta ruta; pero con seguridad que se aprovecharán de la ocasión, porque no siempre la pintan calva. En un santiamén cumplieron su misión los turquitos y nuestro yatch siguió navegando por el Estrecho, el cual, es bastante ancho a su entrada, pero paulatinamente va estrechándose hasta llegar a unos mil metros de separación las dos orillas, la asiática, y la europea, en donde la traición señala el lugar en que Jerges levantó un puente para el paso de su ejército a Europa durante las guerras médicas.

Apenas empezamos a navegar por el Estrecho, divisamos en la parte asiática una inmensa llanura de la Anatolia, en donde están las ruinas de la famosa Troya, cuyo fundador Dárdano, dió nombre al referido Estrecho, el cual está bien fortificado, por ambos lados, con cañones modernos. Por eso, es de creer *pué*, con buenos y expertos artilleros es muy peligroso para una *escuadrá* enemiga un combate naval. Su derrota parece segura por la estrategia de aquellos lugares y el cruce de dos fuegos. Antes de la puesta del sol pasábamos frente a Gallípoli, que semeja una formidable fortaleza con sus casas y minaretes en una pequeña península, que señala el paso al mar de Mármara. Pasamos de largo, sin hacer escala en su puerto.

Cuando la noche nos sorprendió navegábamos en pleno mar de Mármara, y apenas hicimos los ejercicios de costumbre nos recogimos en nuestros camarotes con el firme propósito de levantarnos muy temprano para contemplar, desde el mar, el panorama encantador que ofrece Constan-

tinopla. A las cinco de la mañana estaría el vapor frente a Constantinopla, como en efecto, así sucedió.

DIA 6 DE MAYO

Llegada a Constantinopla. — Interesantes recuerdos. — Soberbio panorama. — Nuestros temores. — El representante de España garantiza la seguridad personal. — Constantinopla desde el punto de vista material. — La torre de Gálata. — Santa Sofía. — Mezquita de Aj-med. — Solmán I y la Validé. — Gran Bazar de Constantinopla.

La visita a la capital de Turquía europea era para todos de un vivo interés. Su admirable situación geográfica, su pasada grandeza y su famoso y soberbio panorama despertaban en todos los peregrinos vehementes deseos de llegar a ella. Aquella situación es tan hermosa, tan ideal y de tanto interés estratégico para su defensa, como de suma importancia para el comercio, que aún la antigua Bizancio fué objeto de la codicia de los pueblos más guerreros de la antigüedad. Ahora son los persas; después los espartanos y más tarde los atenienses los que la dominan y subyugan. Y si Filipo de Macedonia encuentra en cada ateniense una muralla infranqueable, un muro de bronce que no puede derribar, apesar del formidable asalto que da a la ciudad aprovechando las tinieblas de la noche, por fin cae gloriosamente vencida bajo la espada de su hijo Alejandro, hasta que Roma dueña del mundo la declara ciudad libre y aliada, que era el blasón de mayor gloria que ella podía conceder a los pueblos conquistados.

Pero su verdadera grandeza comienza con la corte imperial de Constantino, quien la traslada allá apenas concede la paz a la Iglesia por su edicto de Milán. Es que el vicario de Cristo y él no caben juntos en la Roma cristiana

donde Pedro había dejado el primado de honor y de jurisdicción. Era inmensa la grandeza moral que ese primado confería al representante de Dios en la tierra, al supremo Jerarca de la Iglesia, haciéndole brillar como brilla el sol en nuestro sistema planetario, que eclipsa a los demás astros que giran a su alrededor, porque ese primado es un reflejo de la grandeza de Cristo, una participación de todos los poderes que El trajo a la tierra para salvar la humanidad.

Y al lado de tanta grandeza, Constantino se considera achicado, anulado por completo. Por eso, busca, en su vasto imperio, un lugar donde ninguna otra grandeza iguale a la suya, donde su gloria eclipse a todas las demás que le rodean, pero que se distinga por lo pintoresco y bello de su situación, por lo estratégico para su defensa y por lo céntrico para el comercio. Lo encontró a orillas de la Prepóntide. Bizancio fué ese lugar privilegiado, haciendo en él un derroche de su munificencia, con murallas, pórticos, acueductos y suntuosos monumentos dignos de una corte imperial, si bien el más bello y el más colosal, Santa Sofía, estaba reservado a Justiniano, con el cual llegó al apogeo de su grandeza. La gratitud hizo cambiar el nombre de la primitiva ciudad. En adelante, se llamó Constantinopla.

Pero, si las bellezas de Constantinopla y su pasada grandeza tanto interés inspiran a todos, no es menor el que despierta en todas las personas de alguna ilustración eclesiástica lo que la ha hecho tristemente célebre, el haber sido cuna del cisma de Oriente que aún perdura.

Nació al lado de tanta grandeza, protegida por los mismos Césares. Después de los rugidos de los monstruos coronados, de las fieras disfrazadas con una púrpura real, se oyen los rugidos de otras fieras, de otros monstruos funestos, los de las bajas y bastardas pasiones. Ya no son los Nerones y Dioclecianos los que llevan la desolación y la muerte a todas partes; son el orgullo, la vanidad y la adulación indigna y rastrera. Constantinopla se convierte en foco de todos los errores, de todas las herejías, de todos los cismas.

Paulatinamente va perdiendo el respeto y la consideración que todos los pueblos profesan a Roma, lo mismo

en el orden político, que en el orden religioso, contribuyendo a ello los mismos emperadores con sus ingerencias en asuntos disciplinares de la Iglesia y aún en cosas de fe.

Lejos del Vicario de Cristo y cerca de los Césares, los Prelados de Constantinopla se creen postergados ante los metropolitanos y patriarcas de Oriente. Fueron los primeros hispazos del cisma, si bien este teme todavía manifestarse a cara descubierta. Era un vergonzante que teme las miradas de los que le rodean, que busca las sombras y las tinieblas en donde vive a todas sus anchas.

Si de cuando en cuando, deja asomar su cabeza, es para acechar la ocasión más propicia de hacer víctimas. Primero, se manifiesta por un simple resentimiento; después, por una injusta pretensión de que se reconozca el primado del Patriarca de Constantinopla sobre todos los obispos de Oriente, apesar de llevar consigo el despojo de derechos y privilegios seculares, y más tarde se reviste de una falsa e hipócrita humildad acudiendo al Papa para que sancione sus pretensiones; pero, ante la negativa y resistencia de éste, el orgullo llega al paroxismo, la fiera disfrazada se deja ver con toda su fealdad, y malicia, lanzando un rugido que pone espanto y miedo. Es la primera vez que el mundo católico oye un grito de rebelión parecido al *non serviam* del ángel caído. Es que el patriarca de Constantinopla se cree con derecho, se cree con poder para excomulgar al sucesor de Pedro. Pero su excomunión no encuentra eco en los demás obispos de Oriente, quienes no podían olvidar ocho siglos de respeto y obediencia filial al Pontífice romano. Por eso los varones más insignes vienen a Roma, apoyados por la autoridad de los emperadores, con la pretensión de que el Papa confirmara la elección de Focio para Patriarca de Constantinopla.

Era esta pretensión una injusticia y una indignidad y por ende el Papa no podía aprobarla. Una injusticia, porque sería confirmar la deposición de San Ignacio del patriarcado de Constantinopla, llevada a cabo por intrigas de los palatinos que no podían soportar la entereza de aquél en el cumplimiento de su deber. Es que había clamado privada y públicamente contra las inmoralidades de los palatinos sin que le arredrasen las amenazas con la deposición y el

destierro, con los tormentos y la muerte, porque los santos son los héroes de la virtud, y estos héroes desprecian la muerte, no la temen; y sin que se doblegase ante los honores y amistad de los grandes y cortesanos con que le brindaban, porque él no busca otro honor que el cumplimiento de su deber ni otra gloria que la gloria de Dios, ni otra amistad que la amistad de Cristo. Los aduladores podían prestarse a ello, pero los santos, jamás. No conocen la adulación, les inspira horror, pues es un vicio demasiado rastrero que degrada a quien lo prodiga y a quien lo admite. Es propio solamente de espíritus ligeros, de cabezas huecas y de corazones ambiciosos.

Era una indignidad, porque Focio era la adulación personificada, prestándose a patronizar todas las injusticias y todas las bajas pasiones de aquella corte corrompida. Por eso, de caballero mayor fué elevado a la dignidad de Patriarca de Constantinopla. Mayor indignidad no se concibe.

La Iglesia, pues, no podía transigir en este punto. Hubiera hecho traición al que le dió amplios poderes para continuar su altísima misión. El le trazó la norma de conducta que había de seguir con los indignos negándose a hacer un milagro ante el incestuoso Herodes.

Después de este *non possumus* de Roma, no faltaba más que la gota que hiciera rebosar el vaso del odio y de la indignación de Focio y de la corte imperial. Y esa gota fué la excomunión contra aquél. Desde aquella fecha el cisma de Oriente no ha cesado de causar males sin cuento a la Iglesia de Cristo.

Con él vino la herejía, si bien, al principio, fingió inclinar su frente ante el dogma católico. Es que el cisma y la herejía se dan las manos. El cisma conduce a la herejía y la herejía conduce al cisma, porque no reconocer la autoridad suprema de la Iglesia es negarla, y negar su autoridad es negar un dogma, y al revés, negar un dogma es no reconocer la autoridad de la Iglesia a quien Cristo confió el depósito de la fe y de la revelación.

Pero, si la misma razón no nos dictara la verdad de nuestra afirmación, bastaría la historia de la Iglesia. La Iglesia cismática oriental ha echado por la borda el dogma del Purgatorio y de la procesión del Espíritu Santo del Padre y

del Hijo como lo ha afirmado siempre la doctrina católica; y los cismáticos de la Iglesia occidental llamada protestante, empiezan por negar el valor de las indulgencias. Era lo que más interesaba a su padre y maestro el famoso Lutero por la profunda tristeza que produjo en él la envidia de haber sido encargado de predicarlas el dominico Juan Tezell. Esa pasión degradante fué la chispa que produjo el voraz incendio que llegó a convertir en ruinas y escombros todo lo que encontraba a su paso, llevando el pánico a todas las almas verdaderamente cristianas. Y puesto en aquella pendiente el corifeo del protestantismo ya no tiene reparo en negar todos los demás dogmas que le venga en gana. Es que hay la misma razón para negar uno que para negarlos todos. Y la consecuencia final lógica y necesaria fué declararse en abierta rebeldía contra la suprema autoridad de la Iglesia. La herejía le condujo al cisma.

Estaba pues justificada nuestra ansiedad por llegar pronto a la perla de Oriente, a la ciudad de Constantinopla.

Desde los primeros albores de este día había ya muchos peregrinos sobre cubierta tirando de gemelos. Querían ser los primeros en ver la capital de Turquía europea, razón por la cual, apenas pudieron conciliar el sueño durante la noche, aparte del temor a quedarse dormidos sin presenciar, a primera hora y antes de llegar al puerto de Gálata, el tan famoso panorama de Constantinopla.

A las cinco de la mañana no quedaba un solo peregrino en los camarotes. Todos, señoras y caballeros, aun aquellos que, en la larga jornada que llevábamos, no habían presenciado un día siquiera, el hermoso espectáculo que ofrece la salida del sol visto desde el mar; aun aquellos que dormían a pierna suelta hasta la hora en que sonaba la campana, llamando a la misa de comunidad, (*que indefectiblemente se celebraba a las nueve de la mañana*), todos, absolutamente todos estaban sobre cubierta aspirando aquel aire tan puro cargado de yodo y esperando la majestuosa salida del sol para que iluminara la ciudad que tanto nos habían ponderado con sus mezquitas, agujas y minaretes. Pero el astro rey se tardó más que otros días en dejarse ver y enviar sus dorados rayos. Es que el cielo estaba un poco nublado y le impedía ejercer en su plena intensidad toda la actividad de que está dotado. Al fin se

abra paso por entre las nubes. Confieso, con toda sinceridad, que quedé altamente sorprendido, sin que jamás llegara a sospechar siquiera que pudiera haber nada igual en el mundo.

Veíase la ciudad sin las irregularidades que encierra, sin sus pendientes bastante pronunciadas y calles estrechas ni dividida por el Cuerno de Oro. Aparecía como en medio de una inmensa llanura con un poco de declive que permite verla con sus soberbios edificios, descollando entre ellos, ochocientas mezquitas con otros tantos minaretes y agujas que se elevan, muchos metros, sobre las cúpulas, en forma de extenso semillero, contribuyendo a realzar y embellecer más y más este cuadro una variedad casi infinita de formas, de colores y de arquitectura, amén de jardines frondosos, fortalezas antiguas y murallas que el mar besa y acaricia.

Y nuestro yatch, que apenas se mueve en las aguas tranquilas de aquel hermoso mar avanza muy lentamente hacia el puerto de Galata, resignando el mando su capitán en el práctico que acababa de subir a bordo. Es la primera vez que un práctico turco dirige nuestro yatch.

Pero no era el práctico a quien vivamente descábamos ver entre nosotros. Era el representante de España en Constantinopla. No podíamos saltar a tierra sin que se nos dieran garantías de seguridad personal, pues desde que salimos de Barcelona traíamos nuestras dudas y temores. Es que ya se decía que los turcos estaban en plena revolución y que el Sultán corría peligro de ser destronado. Cuando llegamos a Atenas, ya le habían desterrado a Salónica. Fué la obra de los jóvenes turcos que le odiaban de muerte por su desmedida ambición y su enorme crueldad.

De haber seguido en el trono unos cuantos años más, hubiera empobrecido la nación. Parecía que empuñaba las riendas del Estado para llevar la Hacienda a la bancarrota y hacerse rico él. Era un verdadero cleptoma. Por otra parte, no podía ver, ni en pinta, a los cristianos. Perseguirlos era su obsesión constante, de tal modo, que el telégrafo nos anunciaba, cada momento, matanzas de armenios. Era que aquel monstruo de crueldad las ordenaba bajo cuerda y tras de bastidores, sino es que los llamaba

a su presencia y clandestinamente, sin formación de juicio sumarisímo siquiera, mandaba arrojarlos al Bósforo. Esta era la versión más general, pues corría como un hecho rigurosamente cierto que el Estrecho tenía su fondo cubierto de cadáveres de cristianos armenios.

Todos, pues, tanto tirios como troyanos, anhelaban con toda el alma, que dejara el trono, que tan indignamente ocupaba. Todos sentían vivísimas ansias porque cayera de su cabeza, que tan crueles pensamientos encerraba, la corona imperial y porque se hiciera mil astillas el cetro que sostenían sus manos tan hábiles para la rapacidad.

La revolución no fué más que el instrumento de la Providencia y de las venganzas divinas. En pocos días dió en tierra con aquel trono. El monstruo desapareció con todos sus cómplices y aduladores. Estos, que conocían lo negro de su alma, lo abyecto de su corazón, lo cruel de su voluntad y, lo ambicioso y perverso de sus intenciones, arrastrados por el móvil indigno de la lisonja y vil adulación, cooperaron a la realización de todos sus injustos y bastardos planes, y por ello, fueron decapitados en la misma ciudad. A nuestra llegada a Constantinopla, aún estaban calientes sus cenizas. El día anterior los habían ejecutado en una de las plazas públicas para escarmiento y ejemplo de los demás. El práctico nos refería todo esto como un triunfo de la justicia.

Era, pues, una imprudencia saltar a tierra sin tener garantías de seguridad personal, pues ya sabemos que, en todas estas revueltas políticas, los desarrapados, los que viven en el arroyo, los que llevan vida de bohemios, explotan las anormales circunstancias para dar rienda suelta a todas las bajas pasiones con una osadía que pone miedo.

A las ocho llegó el representante de España, quien nos dió todas las garantías de seguridad personal, pues, saciada la sed de venganza del pueblo, que había pedido, con el destronamiento y destierro del Sultán, la cabeza de todos sus cómplices, había renacido la paz más completa.

Después de doblar la puerta del serrallo y cruzar el Cuerno de Oro, llegamos al muelle de Galata. Eran las

ocho y media cuando nuestro yatch echó anclas. A los pocos momentos nos asaltó una turba de gente mora y vieja y desarrapada que nos proporcionó una infinidad de cosas a precios muy módicos. Por deferencia y cortesía, todos compramos algo. Yo compré un bastón muy historiado que regalé a un amigo mío al llegar a esta ciudad. De cuando en cuando oíamos algunos vivas a la libertad, lo cual no nos preocupó ni poco ni mucho. Desde luego comprendimos que eran vivas a la verdadera libertad, cosa muy notable y muy justa en aquellas gentes que, durante tanto tiempo, habían soportado el ominoso yugo del monstruo. Aquella expansión del alma era una aspiración que nada tiene de temible. Lo es de temer cuando es efecto de las bajas pasiones, cuando significa rompimiento del freno moral que contiene al hombre en su deber.

Apenas terminó la misa de comunidad, salimos a visitar la ciudad que, por allí, llaman *la perla del oriente*. Tres villas la integran, formando cada una, un triángulo, casi rectángulo, cuyos vértices convergen en el mar de Mármara a la entrada del Bósforo, siendo dos europeas y una asiática. Aquellas son Estambul, y Galata, y Pera, y ésta Escutari. Su población pasa hoy de un millón de habitantes.

Los coches, contratados por la Junta, nos estaban esperando sobre el muelle. Nos dirigimos a la célebre torre de Galata, llamada antiguamente, en tiempo de la dominación genovesa, Torre de Cristo. Construida por los mismos genoveses, les sirvió de atalaya y fortaleza; pero hoy está destinada a retén de bomberos y como lugar de observación respecto de los incendios que ocurran en la población. Situada sobre una colina a una altura de 150 metros sobre el mar, tiene dos pisos, con catorce ventanas grandes y espaciosas para ver en todas direcciones, el hermoso panorama de Constantinopla. De un solo golpe de vista se abarcan, desde allí, el incomparable panorama que ofrecen las tres villas, Estambul y Galata y Pera separadas por el Cuerno de Oro, pero unidas por dos puentes; y Escutari, separada de los anteriores por el Bósforo y mar de Mármara. La media hora que estuvimos en el piso superior nos supo a poco. Nadie tenía prisa por bajar. Tal es la inmensa satisfacción que, en aquella altura, experimenta el espíritu.

En frente teníamos a Estambul, ocupando el lugar de la antigua Bizancio, con su perímetro de 20 kilómetros y su bosque de agujas sobre otras tantas cúpulas, descollando la de Santa Sofía. A nuestros piés Galata y Pera con sus hermosos y soberbios edificios que pueden competir con los de las primeras naciones del mundo, siendo la residencia de los embajadores, cónsules, banqueros y comerciantes europeos. Y más allá, al otro lado del Bósforo, Escutari, con su gran cementerio, donde se guardan los restos de todos los que se precian de musulmanes ortodoxos, semejando un bosque de cipreses, pero con sus casas de aspecto pobre y miserable que contrasta con su admirable situación en forma de anfiteatro.

Con sentimiento bajamos de la torre y entramos en la gran calle de Pera, en la cual se concentra la vida elegante a la europea de Constantinopla, visitando, en ella, el convento de Padres Franciscanos con su Iglesia de Santa María de Tierra Santa, la Iglesia Católica Armenia de la Trinidad y la de San Antonio de Padua. Son muy pobres en arquitectura y decoración.

Eran las once de la mañana cuando regresamos a nuestro yatch para almorzar, pues el hambre nos acometía ya sin compasión alguna. El tema de todas las conversaciones en la mesa fué el hermoso y soberbio panorama que ofrecía la ciudad desde el mar de Mármara y desde la Torre de Galata.

Apenas almorzamos, ya nos esperaban los coches junto al muelle para visitar a Estambul. Cada minuto que pasaba nos parecía un año, hasta que al fin sonó la hora.

Setenta era el número de coches que nos conducían pasando por uno de los puentes tendidos sobre el Cuerno de Oro que une a Galata con Estambul. Fué una desilusión completa, una decepción enorme la que sufrí al entrar en la población. El suelo de Estambul es muy irregular con algunas calles estrechas y llenas de inmundicias, amén de tan pendientes que es difícil y peligroso bajarlas en carruaje. Sin embargo es digna de ser visitada por los monumentos que encierra llenos de maravillas arquitectónicas y de bellezas de arte oriental. Tales son las mezquitas que corresponden a las ochocientas agujas que se elevan sobre sus atrevidas cúpulas, descollando entre ellas, Santa

Sofia, la Validé, la de Solimán II y la de Ajmed, aparte de algunos mausoleos que guardan los restos de sultanes y de muchos bazares que llaman la atención por su grandiosidad y por la infinidad de cosas que allí se expenden.

Santa Sofia es sencillamente un prodigio de grandiosidad y belleza, debido al genio cristiano. Se levanta sobre el solar de la primitiva Basilica consagrada por la piedad de Constantino el Grande a la divina sabiduría. Justiniano fué quien concibió y realizó el proyecto de edificar sobre las ruinas de la primitiva Basilica un monumento de tal magnificencia que asombrara a todas las generaciones venideras contribuyendo todas las naciones conocidas y ciudades principales de su imperio con lo más precioso y rico que tuvieran en mármoles, columnas y estatuas. Allí estaba representada Efeso con sus ocho columnas del templo de Diana, con otras ocho que las había tomado del templo consagrado al sol en Balbek; Atenas con sus mármoles pantélicos y soberbias estatuas debidas al cincel de sus mejores artistas; Egipto con lo más rico y espléndido de sus templos tan famosos; Rodas con sus ladrillos ligerísimos, finos y delicados. Y fué tan espléndida la decoración del interior con sus paredes y bóvedas de metales preciosos y riquísimos mosaicos y al mismo tiempo tan grandioso su exterior, que Justiniano, rodeado de su corte, el día de la solemnisima consagración de aquella maravilla, exclamó lleno de asombro: «Gloria a Dios que me ha juzgado digno de llevar a su término esta obra. Salomon, te he vencido».

Durante la sucesión de los siglos la atrevida cúpula ha sufrido algunos desperfectos a causa de los terremotos con que ha sido castigada aquella ciudad; pero en pequeña parte ha podido resistir esta Basilica a la acción demoleadora de tantos siglos, siendo Basilica cristiana hasta el año cincuenta del siglo XV y la primera del mundo en grandiosidad y belleza hasta que en Roma se levantó la de San Pedro.

Desde aquella fecha el mundo católico no ha podido recuperar esta joya del arte, este monumento de tantos siglos, convertido en mezquita por Mahomet II, que fué el primero que enarbó el estandarte de la media luna en Constantinopla.

A medida que nos íbamos acercando se ajigantaban los

cuatro grandes alminares que rodean la cúpula de sesenta y siete metros de altura por treinta y cinco de ancho con su inmensa media luna. Pero al llegar a ella sentí una profunda tristeza acompañada de un sentimiento de indignación. Es que los edificios adosados a ella le hacían perder mucho de su majestad y grandeza, ahogando su forma y esbeltez e impidiendo que el viajero contemple aquella mole que desafía al tiempo y al huracán. Aquellos alminares y aquella cúpula colosal están pidiendo el derrumbamiento de los edificios adosados, lo está pidiendo la espaciosa plaza de que la rodeó su fundador para que se destacara toda su grandiosidad externa, toda su belleza arquitectónica. Aquella obra de arte exquisito, aquel gigante de la resistencia no quiere, no consiente a su lado nada que le moleste, nada que le impida respirar libremente, nada que oculte las harmónicas proporciones de todas sus partes detalles y pormenores.

Las autoridades turcas jamás debieron permitir semejante adefesio, jamás debieron consentir que prevaleciera el sórdido interés al interés artístico, convirtiendo los alrededores de la mezquita en solares para edificios, así sean muy hermosos, muy bellos, y aunque reditúen un tanto por ciento fabuloso. Nada revela más el bajo nivel del gusto estético que ese espíritu mercantil que todo lo subordina a la peseta y por la peseta es capaz de destruir todo lo que lleve algún sello de grandeza y de arte. Cuando esto se consiente, no se puede llegar a menos.

El interior de Santa Sofía no es para descrito, excede a toda ponderación.

Una enorme puerta de bronce da acceso al atrio de las abluciones en donde hay muchas y hermosas fuentes con sus correspondientes grifos, que dan en abundancia, agua muy fina y cristalina. Son las fuentes que el Korán exige en todas las mezquitas para la preparación previa a la oración, que siempre tiene lugar a las tres de la tarde después del llamamiento que hace el *muecín* desde una plataforma que tienen los minaretes. Esta preparación consiste en purificarse lavándose la cara, los brazos y las extremidades de las piernas hasta las rodillas. Hecho este lavado, que es de absoluta necesidad para orar, entra el musulmán en la mezquita, dejando en el atrio los zapatos.

A nosotros no nos obligan a tanto si queremos admirar la belleza y grandiosidad de la mezquita, pero, sí, a calzarnos un par de sandalias que nunca faltan junto a la puerta de entrada, en un número considerable. Temen que, con los tacones de nuestros zapatos, interrumpamos el religioso silencio que debe reinar en el templo de Dios y Mahoma su profeta, amén de profanarlo con el contacto de los mismos. Data esta condición de la guerra de Crimea, después de la cual, se levantó la prohibición absoluta de que entraran los cristianos, pero haciéndoles pasar por las horcas caudinas de calzarse las sandalias mediante una propina. Así se estableció en el convenio de la Sublime Puerta con las naciones extranjeras. Pero ha resultado una verdadera mina que está explotando el Estado.

Cumplida esta condición de las sandalias y después de admirar el pórtico o vestibulo de la mezquita, que mide sesenta metros de largo por diez de ancho, sostenido por hermosas columnas y revestido de preciosos mármoles y ricos mosaicos, entramos en ella, pero siempre vigilados por algunos turcos que no nos dejaban ni a sol ni a sombra. Decían que era para cerciorarse del cumplimiento de la mencionada condición; pero tengo para mí que eran policías secretas que tiene el gobierno para custodiar aquellos monumentos, los cuales, con toda seguridad, han sido declarados nacionales. Si es así, apruebo y alabo tanta solicitud.

Quédase uno sorprendido ante tanta magnificencia. No se cansa el ánimo de admirar aquel maravilloso conjunto lleno de armonías en todas sus proporciones, semejando una rotonda casi perfecta con un perímetro de cinco mil metros cuadrados próximamente y descansando su enorme y elevadísima cúpula central sobre cuatro grandes arcos que, a su vez, descansan sobre cuatro pilares de grandes dimensiones con sus columnas de mármol, intercaladas de las ocho que Justiniano hizo venir de Efeso, amén de otros cuatro pilares que, con ocho columnas de pórfido, traídas de Balbek, sostienen dos grandes medias cúpulas de las siete que arrancan de la central. Y las columnas de granito, que el mismo Justiniano hizo venir de Egipto, separan, entre sí, las siete naves de que se compone la mezquita con su pavimento de variados tapices orientales, produ-

ciendo sus ciento siete columnas de todos colores y matices el efecto de un bosque de esbeltas palmeras y de frondosos árboles sobre un suelo de infinita variedad de plantas y de flores. Pero falta una cosa que con nada han podido suplir los musulmanes apesar de sus gigantescos esfuerzos para que no se notara su deficiencia. Es la inmensa riqueza artística que ellos mismos enterraron allí por odio sectario, los preciosos mosaicos sobre fondo de oro con pasajes de la Escritura, que han desaparecido bajo una capa de pintura amarilla, escapándose solamente de aquel insulto al arte, las alas de cuatro querubines que adornan la cúpula central. Es más: aparte de los odios sectarios, el mismo Corán les hubiera obligado a sepultar aquel inmenso tesoro de arte cristiano. Es que Mahoma prohibió, en absoluto, toda representación plástica, humana o divina. Es una prueba más de que era un hombre sin letras, y sin gusto estético, pues, con la prohibición, cortó los velos del genio y de la inteligencia de sus creyentes, cortó las alas del espíritu para llegar a las regiones purísimas donde el alma se extasia en torrentes de luz y de belleza.

Sus prosélitos han trabajado lo indecible para sustituirlo por otra cosa semejante, pero se han frustrado sus colosales esfuerzos. Ni las alfombras que cuelgan de unos de los arcos del ábside y que aquellas gentes veneran como insignes reliquias de Mahoma, ni los diversos discos adosados a las paredes, que contienen versículos del Corán, descollando el que hay en la cúpula central con letras de nueve metros con esta inscripción *Dios es la luz del cielo y de la tierra*, ni la infinidad de lámparas y de huevos de avestruz que penden ~~del techo~~ en las tribunas adosadas a los pilares que sostienen las bóvedas, desde donde los multi o sacerdotes vestidos de túnica blanca, capa amarilla y turbante también blanco, explican el Korán, nada de esto ha podido sustituir a aquellas joyas del arte.

De aquel semillero de columnas tan esbeltas y atrevidas, dos llaman particularmente la atención. La una por la huella de una mano que, según la leyenda, es la de Mahomet II, conquistador de la ciudad, quien, montado en un brioso corcel, entró en el templo, el día de su triunfo, pasando por encima de los cadáveres de que estaba cubierto y dejando estampada la huella de su mano al tocar,

con ella, la columna, y por un bloque de mármol rojo, hueco, que pasa por ser la cuna de Jesús, a quien los musulmanes veneran como a un insigne profeta. La otra es la *columna que suda*, según la leyenda, revestida de bronce, con una pequeña abertura que permite tocar el mármol siempre húmedo.

A propósito de esta entrada triunfal de Mahomet en Santa Sofía, hay otra leyenda muy curiosa. Y es que al entrar, estaba celebrando un sacerdote quien, apenas sintió el tropel de los soldados turcos que, alfanje en mano, hicieron la horrible y bárbara carnicería que cuenta la historia en la inmensa muchedumbre de hombres, mujeres y niños que allí se habían refugiado, se retiró del altar llevándose consigo el cáliz, desapareciendo por una puerta de las galerías laterales, la cual instantáneamente se cerró quedando tapiada con un muro de piedra. Añade la leyenda que cuando Santa Sofía vuelva a ser lo que fué, Catedral Católica y se restablezca el culto en ella, la puerta se abrirá de nuevo y el sacerdote terminará la misa interrumpida. Yo no tendría inconveniente en admitir esa leyenda, si para vivir tantos siglos solo fuera suficiente tener una cómoda habitación, ancha y espaciosa, pues, dado el grueso de aquellas paredes, pueden hacerse, en su interior, sala, alcoba y demás dependencias necesarias. Es que las paredes son verdaderas moles de piedra, inmensos bloques que pueden resistir otros quince siglos,

Santa Sofía aparte de ser una maravilla de arte y grandiosidad, es una de las mezquitas más veneradas por los musulmanes. A ella sólo pueden compararse en respeto y veneración las de la Meca, Medina, Damasco y Jerusalén, siendo además el modelo que el islamismo ha tomado para levantar de nueva planta todas la mezquitas más notables y de más mérito artístico.

No es extraño, pues, que su dotación ascienda a cuatrocientos sesenta mil francos anuales con una infinidad de mufti o imanes, cantores, lectores, etc.

Salimos de Santa Sofía y visitamos la plaza que ocupa el lugar del antiguo hipódromo de los bizantinos, del cual restan tres monumentos, el Obelisco de Teodosio el Grande, la Pirámide de Constantino y la Columna Serpentina. Tres cosas que hacen digna de ser visitada a la menciona-

da plaza, aparte de ser uno de los puntos más interesantes y centros de reunión y solaz de Constantinopla.

El Obelisco, construido diecisiete siglos antes de la era cristiana en el Bajo Egipto, fué trasladado a Constantinopla por orden de Teodosio el Grande. Es un enorme trozo de granito rojo de treinta metros de alto por dos de ancho en su base, lleno de jeroglíficos y descansando sobre un pedestal de bronce con diferentes pasajes de la vida de Teodosio y de sus hijos Arcadio y Honorio.

La Pirámide de Constantino, más comunemente conocida por el Coloso, fué rival del de Rodas. Las láminas de bronce dorado que le cubrían fueron arrancadas por los soldados de la cuarta cruzada creyendo que eran láminas de oro. A ello les obligó el hambre que padeció aquella ciudad durante su estancia en ella.

La columna serpentina fué erigida por los griegos como trofeo de gloria, como monumento para perpetuar el recuerdo de la victoria sobre los persas en Platea. Es de bronce y la formaban tres serpientes enroscadas cuyas tres cabezas componían el capitel sobre el cual descansaba un trípode de oro consagrado al Dios Apolo. Hoy ha quedado reducida a una simple columna salomónica de unos cinco metros de altura. Junto a esta plaza hallase la célebre mezquita de Ajmed, rodeada de un vasto y espacioso recinto plantado de árboles muy frondosos, en donde abundan fuentes de claras y cristalinas aguas. Por una de las puertas de la mezquita se entra en el harem con su pórtico de columnas de granito que sostienen cuarenta cúpulas, hallándose en el centro la fuente de las abluciones, cercada de sus columnas. En grandiosidad se parece mucho a Santa Sofía, llamando la atención los hermosos azulejos de que están revestidas las paredes, amén de las arañas y huevos de avestruz que cuelgan del techo, siendo la segunda por su culto y celebrándose en ella el cumpleaños del Profeta y la despedida de las peregrinaciones que van a la Meca.

A dos pasos de la mezquita visitamos el supulcro del Sultán Ajmed, coronado por una elegante cúpula con magníficos sarcófagos. Es una obra de arte.

Salimos de aquí y fuimos a la mezquita de Solimán I. Me pareció la más suntuosa y espléndida. Tiene dos patios

con infinidad de columnas de granito y pórfido y con pavimento de mármol blanco, habiendo, en uno de ellos, un bloque enorme de pórfido, de historia muy curiosa y original. Refiere ésta, que el obrero encargado de labrarlo era griego católico y creyó éste hacer una obra meritoria si esculpía, en él, la imagen de una cruz sin que Solimán se percatara de ello. Su intención era digna de alabanza pues esperaba la conversión de aquellas gentes por la influencia del signo de nuestra redención. Pero Solimán se dió cuenta de ello, y el obrero pagó bien cara su obra, pues aquél le hizo decapitar sobre el mismo bloque que había labrado. Para Solimán, este obrero fué un criminal; para Dios fué un mártir. El odio sectario le quitó la vida.

Visitamos luego la mezquita de la Validé, levantada por la sultana de este nombre. Dista mucho de las anteriores en grandiosidad y en estilo, que es del Renacimiento, mientras que aquéllas llevan el sello del estilo bizantino.

Otra de las cosas dignas de ser visitadas es el Gran Bazar de Constantinopla. El perímetro es inmenso, con ocho puertas de entrada, y calles, callejuelas, plazas, encrucijadas, fuentes, cafés, etc. cubierto por elevadas bóvedas y rematando el edificio en numerosas cúpulas. Cada calle es un bazar de mercancías especiales. No hay prenda de vestir ni comestibles, de cualquier género que sea, que allí no se expendan. Hay para todos los gustos, por muy raros que sean, y para todas las necesidades habidas y por haber. Solo falta allí una cosa esencialísima, el aseo. Las inmundicias que arrojan en las calles los carniceros y las que dejan las bestias de carga y de los coches que allí esperan a sus dueños y aurigas horas y horas, saturan aquella atmósfera, muy poco ventilada, de miasmas pestilentes que obligan al visitante a llevar tapada la nariz y contener la respiración lo más posible para no contraer la enfermedad del Ganges, el cólera morbo.

De regreso pasamos junto al cuartel turco, acribillado por los revolucionarios a balazos. Estos habían dejado señales en todas las paredes exteriores.

Cansados de tanto ajetreo llegamos rendidos al vapor. A las diez de la noche todos estábamos en nuestros respectivos camarotes, durmiendo a pierna suelta. Yo me la llevé de un tirón.

DIA 7 DE MAYO

Primer viernes de Mayo a bordo.—Excursión por el Cuerno de Oro.—Extraordinaria animación.—Visita a la quinta del Sultán.—Oración pública y oficial del nuevo Sultán en su mezquita.—Excursión por el Bósforo.

Amaneció un día lluvioso, con un cielo encapotado, de color gris; pero afortunadamente, a las ocho y media estaba completamente despejado y espléndido. Era el primer viernes del mes, consagrado al Corazón de Jesús. Lo celebramos con exposición mayor de su D. M. en la misa de comunidad con el correspondiente ejercicio después de la misa. Se suprimió la procesión del Santísimo Sacramento a bordo por no exponerlo a la irreverencia de los turcos que se acercaban al vapor llevados de la curiosidad.

Terminado el ejercicio, ya estaban preparados unos cuantos remolcadores juntos al vapor para hacer la excursión por el Cuerno de Oro. No es para dicho ni escrito el entusiasmo, la alegría franca y sincera que se reflejaba en el semblante de todos. Aún el más misántropo se sentía decididor y bromista. Una hora duró la excursión sin hacer escala en ninguna de las once estaciones que se encuentran en las riberas de Estambul y de Galata y Pera. Hubo que ir de prisa para recorrerlo en ese tiempo, pues mide once kilómetros de largo por medio de ancho.

El primer puerto que encontramos fué el Gran Puerto del Comercio, donde había anclados muchos vapores mercantes de alto bordo. Hállase antes de llegar al puente nuevo de hierro, que tiene tres trozos, uno de los cuales se abre, todas las noches, para que puedan pasar los buques de vela, que fondean en el Puerto pequeño de comercio y los buques de guerra que lo hacen en el puerto militar, después del puente viejo de madera. Al llegar al fondo de aquel brazo de mar que se interna en la ciudad, vimos la célebre mezquita de Ayub, que guarda la espada del Profeta, y la que se ciñe todo Sultán a su advenimiento al

trono. Esta ceremonia es la consagración oficial y religiosa del poder de los sultanes, y en ella no pueden entrar los cristianos. Nosotros nos dimos por muy satisfechos con verla desde nuestros remolcadores sin que uno siquiera mostrara empeño en visitarla como tampoco el arsenal, cuartel de marina, hospital y el Ministerio también de Marina. Después de contemplar aquellas hermosas riberas de Estambul y de Galata y Pera con el espléndido paisaje que ofrecía aquella parte de la ciudad, inclinada un poco hacia nosotros por su natural declive para dejarse ver hasta en sus menores detalles no nos quedaban ganas de visitar arsenales, ni cuarteles ni Ministerios de Marina.

Regresamos al vapor y después de almorzar salimos a visitar la quinta del Sultán en las afueras de la población de Galata y Pera. Setenta coches conducían los peregrinos pasando junto a un Casino de recreo en donde se expansionaban doscientos turcos por lo menos. Tomando café y fumando en sendas pipas se les notaba en la cara los defectos del opio. Son el tipo de la holgazanería y de la molición, con un temperamento flemático que desconcierta a cualquiera. Apenas nos miraban la cara, pues ni el número de coches les llamaba la atención.

La quinta merece la pena de ser visitada por los jardines de preciosas flores y por los árboles frondosísimos que la rodean. Es una vegetación tan exuberante que a las plantas parece se les ve crecer. Cuarenta días son suficientes para que den fruto.

Al regresar encontramos cubierta de soldados la calle que conduce del Palacio del nuevo Sultán a la mezquita, que se levanta sobre el mismo vértice del ángulo que forman el Bósforo y el Cuerno de Oro. Era que el Sultán había ido a su mezquita a orar como viernes. La oración de los demás días es privada, la del viernes es pública, es oficial, la cual siempre tiene lugar a las tres de la tarde. Hubiera querido presenciar la ceremonia pero llegamos tarde.

Como Escutari, la tercera villa que integra la ciudad, es casi inaccesible a los cristianos por ser morada de los musulmanes fanáticos, nos contentamos con verla desde la Torre de Galata y desde la orilla europea del Bósforo. Nuestra presencia en ella hubiera profanado el suelo sagra-

do de la metrópoli del islamismo de donde éste partió para extenderse por Europa y donde se fundó la dinastía de los Otomanes, y no queríamos dar un mal rato a los ortodoxos de Mahoma, que, no obstante su profunda veneración respecto de su cementerio, han levantado en él un mausoleo al caballo favorito de Majnond, cuyos restos los guardan allí, como si fueran de un insigne personaje. Es la prueba evidente del bajo concepto que tienen de la dignidad humana.

Para las cinco estaba señalada la hora de hacer la excursión por el Bósforo hasta llegar a vista del mar Negro, y a esa hora salía nuestro yatch del muelle de Galata con rumbo al mar Negro.

Eran veintisiete kilómetros los que habíamos de recorrer, y a las seis estábamos en la boca de aquel célebre mar donde habían unas cuantas embarcaciones.

No es extraño que yo y otros como yo, que nunca habíamos contemplado los hermosísimos paisajes que fuera de aquí ofrece la naturaleza, afirmáramos tan rotundamente que nada más bello podía haber en el mundo; que, en ninguna parte, podía mostrarse más pródiga la naturaleza, como en las riberas de aquel canal, que nos recuerda el antiguo Ponto Euxino y la Prepóntide, uniéndolos entre sí para el comercio de Turquía y Rusia, así como el antiguo Helesponto, hoy Dardanelos, une la Prepóntide con el mar Egeo o Archipiélago griego, para el comercio entre aquellas dos naciones y las restantes de Europa. Para no perder el menor detalle y no vernos privados de ver y admirar una siquiera de tantas bellezas como contienen ambas riberas, convinimos todos en contemplar primero en nuestra ida, las de la orilla europea y después, a nuestro regreso, las de la orilla asiática. Por eso, a nuestra ida, íbamos más cerca de la parte de Europa y a nuestro regreso, veníamos más cerca de la de Asia, si bien esto no era absolutamente necesario, pues el estrecho apenas mide quinientos metros de ancho, y en la parte más estrecha, mide unos trescientos. Ambas riberas están a tiro de piedra.

Sin disputa alguna son estas riberas lo más bello que tiene Constantinopla, presentándose una serie no interrumpida de pequeñas mezquitas, con sus alminares y cúpulas, y kioskos, rodeados de jardines y en medio de bosques de

cipreses y pinos, hoteles y casas de campo, que convidan a morar en ellas; castillos, cuarteles y baterías con sus modernos cañones en dirección al canal, inmensas praderas y montes poblados de vegetación exuberante y rica. No hay personaje turco ni representante de las naciones que no tenga allí su quinta de recreo con su chalet, que ofrece todas las comodidades, todo el confort necesario para el verano. Vimos también allí las embajadas de Rusia, Alemania y España.

Sin hacer escala en ninguna de las estaciones que hay en ambas costas, regresamos al mar de Mármora, dejándose sentir en la travesía un frío intenso que nos obligó a acurrucarnos junto a las chimeneas del vapor. Fué la única vez que nos visitó ese huésped que tanto tonifica.

Cuando llegamos al mar de Mármora, aún pudimos ver el hermoso panorama de Constantinopla al tenue resplandor del crepúsculo de la tarde. La noche esperó a que entráramos en pleno mar para cubrirnos con su negro manto regresando al Archipiélago griego por el mismo mar de Mármora y estrecho de los Dardanelos.

Constantinopla desde el punto de vista higiénico. — Necesidad de los canes. — Constantinopla desde el punto de vista religioso y moral.

Antes de pasar adelante, quiero consignar un hecho que dice muy mal de las autoridades turcas, lo mismo que del estado religioso y moral de Constantinopla.

Una de las cosas que más contrastan con las bellezas físicas que acabamos de ver y admirar en Constantinopla es lo sucio y asqueroso de sus calles. Hay algunas llenas de inmundicias, sobre todo, las calles de los grandes Bazares. Residuos de las bestias que transitan por ellas, basura que arrojan por las ventaninas de las casas, carnes muertas que apestan si los canes no están prontos para devorarlas, he ahí lo que hace un tanto desagradable la estancia en aquella ciudad, lo mismo que en las demás po-

blaciones turcas. Parece que no tienen la más ligera y remota idea de la limpieza y de la higiene pública.

Añádase a esto que las autoridades no se preocupan ni poco ni mucho de tanta suciedad. En la calle, jamás vi un barrendero siquiera. Estos humildes obreros no se conocen allí, ni siquiera los diurnos como los de nuestra tierra, que hacen poco menos que imposible transitar por las calles a ciencia y paciencia de nuestras autoridades, siendo necesario gritarles a media legua de distancia, si uno no quiere verse envuelto en una nube de polvo que lleva a los pulmones unos cuantos millones de microbios famélicos esperando la primera ocasión para derribarnos en tierra.

En Constantinopla, lo mismo que en las demás ciudades turcas, los perros suplen la falta de estos barrenderos diurnos y nocturnos. Por eso, se encuentran en las calles, a docenas. Diez conté yo, en una, que apenas tenía cincuenta metros de larga. Sin ellos, cada calle sería un foco de infección y el cólera morbo estaría siempre a la orden del día. Sin ellos, las calles se convertirían en un basurreo y para recorrerlas habría que taparse las narices y los ojos si se quiere conservar el estómago en buen estado. De mí sé decir que, sin tener olfato de perro ni mucho menos, los malos olores en las calles me producían el efecto de la hipocacuana; y de tal modo llegaba a impregnarse la ropa, que percibía aquellas *esencias* hasta después de algunas horas.

De aquí la predilección especial que sienten los turcos por la raza canina, holgando toda asociación, cuya finalidad sea protegerla y defenderla. Todas las demás no les preocuparán ni les importarán un comino, pero ¡ay de aquel que llegue a maltratar y despreciar a los canes! Por eso, el Gobierno ha tenido serios conflictos con el pueblo apenas ha tomado alguna determinación encaminada a hacerlos desaparecer.

Respecto de su estado religioso pude observar que, entre los turcos, permanece vivo y vigoroso el sentimiento de religión. Más aún: llega, en ellos, hasta la exaltación. Negar la existencia del Ser supremo, como nos tienen acostumbrados, por aquí, todos los que no tienen religión positiva o aquellos que tienen algún interés en que no

exista; blasfemar de Alá, rehusar la suprema adoración y el culto privado y público que se le debe, nada de eso se conoce por aquellos países. Quien así se condujera pasaría por un loco de atar, que vendría a dar con sus huesos en un manicomio. Y de haber lucidez mental sería un criminal a quien le espera una cárcel o un patíbulo. Pero también pude observar que hay, en ellos, un odio sectario, el más feroz, y la moral más degradante. Odio y moral que tienen su fundamento en la misma doctrina que profesan, en la doctrina del Korán. Es la fuente de todos los odios catorce veces seculares; de todos los odios que durante catorce siglos han enrojecido la tierra de Oriente con la sangre de cristianos; de todos los odios sectarios, que han cubierto de cadáveres el fondo del Bósforo. Es la fuente de la degradación moral del pueblo musulmán desde que Mahoma, hombre sin letras y sin cultura alguna, logró imponerse por las armas y extender su doctrina, halagando las bajas pasiones de la carne, siendo esta la prueba más evidente de la falsedad de su doctrina. ¿Por qué? Porque el odio sectario es propio del error. Este no transige con la verdad y la odia. La verdad no transige con el error, pero le compadece. El error, de suyo, es infecundo; por eso necesita de las armas y del halago de las pasiones degradantes. La verdad es fecunda por sí misma y solo necesita que la inteligencia no cierre los ojos para verla y meditarla. El error teme la luz porque es la misma oscuridad. La verdad la busca y la ama porque no puede vivir sino en medio de ella.

Por eso, el islamismo, no ha dejado una señal siquiera de cristianismo en Santa Sofía desde que Mahomed II enarboló el estandarte de la media luna, y se apoderó de aquel monumento de arte y de arquitectura. Rabioso iconoclasta se ensañó contra todas las imágenes y esculturas con que el genio cristiano la había enriquecido. En esto se dan las manos el islamismo y el protestantismo.

Es que ambas religiones son frías como los hielos de nuestras cumbres. Jamás pueden llegar al corazón del hombre por que les falta el calor, la vida, dejándole siempre con todo el peso de sus miserias, sin darles bríos y alientos para vencerlas y sin impedir que, bajo ese peso, muera por asfixia.

Si no hubiera otra prueba de su falsedad, esa bastaría, pues la religión, primeramente, afecta al corazón; secundariamente, a la inteligencia. Infiérese de su misma esencia, que es el encuentro, el abrazo de Dios con el hombre. Es que Dios y el hombre son dos seres que se buscan, dos seres que se atraen. Dios busca al hombre en virtud de sus infinitas perfecciones, y el hombre busca a Dios en virtud de su pequeñez, de sus miserias. Dios es el rico generoso y espléndido que busca al pobre para hacerle partícipe de sus riquezas, y el hombre es el pobre que, sintiendo todo el peso de su indigencia, busca al rico dadivoso para pedirle lo que le falta. Dios es el médico infinitamente sabio y poderoso que busca al enfermo para curarle, y el hombre es el enfermo, exánime, sin fuerzas, sin alientos, cubierto de heridas, que busca al médico que conoce su enfermedad sin hacerle el diagnóstico y además quiere y puede curarle. Dios es el padre que siente la necesidad de comunicarse con sus hijos, y el hombre es el hijo que no puede vivir sin comunicarse con su padre, sin oírle, sin sentir los latidos de su corazón paternal.

Por eso, aquellas dos religiones se quedan en la región inferior del hombre, en la parte sensitiva donde tienen cabida todas las bajas y bastardas pasiones, todas las degradaciones de la carne. Nunca podrán subir a la región superior, a la región del espíritu, a la región de todos los pensamientos sublimes, de todos los sentimientos nobles, de todas las emociones delicadas. Por eso, su moral permite todos los placeres sensuales. La moral protestante, se reduce al *pecca fortiter et caede fortius* de su fundador Lutero, y la moral del islamismo, a la poligamia más bochornosa y degradante, siendo la mujer una cosa que sirve de instrumento de sensualidad y para bestia de carga.

Ella es una esclava que soporta los trabajos más penosos, mientras que el hombre se dedica ordinariamente *al dulce far niente*, a la vida del casino, del café. Ella está privada de los encantos que la religión ejerce sobre su delicado corazón, como los ejerce todo lo que sea divino, todo lo que lleve el sello de la misericordia, de la caridad. Es que no puede pisar los umbrales de sus mezquitas. Se lo prohíbe el Korán. Mahoma para halagar y embrutecer al hombre, deprimía y embrutecía a la mujer. El hombre

era para él señor de horca y cuchillo con todas las preeminencias sociales y religiosas, y la mujer era una esclava, sin derecho de estricta justicia a la vida, pero ni siquiera, a comunicarse con su Criador, que formó su corazón tan tierno, tan delicado, tan apropiado, por ende, a comunicarse con El. Era el modo eficazísimo de que la corrupción moral perdurara por muchos siglos y el medio de propagación y conservación de su doctrina religiosa.

En el harem, donde permanece encerrada, podrá la mujer musulmana orar, podrá comunicarse con Alá su Dios, pues nadie puede cortar las alas del corazón, las alas del espíritu para volar hacia las alturas de donde ha venido; nadie puede ejercer violencia en la región oculta de la voluntad donde se elaboran los actos ilícitos, pero no puede, no le es lícito salir de allí para cumplir sus deberes religiosos de una manera pública y solemne ni siquiera para purificarse en las fuentes de las mezquitas como se purifica el hombre. Si sale de aquella cárcel es para ser bestia de carga, para arrastrar fuera del harem las pesadas cadenas de la esclavitud; y esto sin poder revelar el encanto de sus miradas ni la hermosura y belleza de su rostro; se lo impide el consabido antifaz. Entonces surgió en mí, por segunda vez, la idea de lo que la mujer fué antes del cristianismo y fuera del cristianismo, es decir, que siempre llevó sobre su frente el estigma de maldición, el sello de rebajamiento y de la degradación, la señal de la esclavitud más brutal. Necesitaba rehabilitarse ante Dios y ante el hombre. Pero, ¿cómo la rehabilitó el cristianismo? Asociándose al Verbo divino una mujer. En esta mujer singular rehabilitó a todas las demás, les devolvió toda su nobleza, toda su dignidad. La mujer, por su misma degradación y por el bajo concepto que el hombre tenía de ella, necesitaba una rehabilitación especial, y el Hijo de Dios, haciéndose hijo de María, proveyó a esta necesidad. Y cuando de los labios divinos caen palabras de perdón, lo mismo limpian y purifican el corazón de la mujer adúltera y la pecadora pública que el corazón de Pedro que lo niega, y de un ladrón que, por sus maldades, le crucifica. Y si Jesús lleva consigo doce apóstoles para predicar el reino de Dios, también admite en su compañía a la mujer para el servicio de la manutención de su persona y de sus apóstoles.

Es más; las mismas virtudes que el cristianismo ha sabido infundir en el corazón de la mujer, la han levantado a un nivel de grandeza moral que le han conciliado el respeto del hombre.

La castidad y la virginidad, la modestia y la honestidad, el sacrificio y la resignación practicadas en un grado heroico, son el más rico, el más espléndido, el más bello ornamento de la mujer cristiana. Jamás lo conoció ni pudo sospecharlo siquiera la mujer antes y fuera del cristianismo,

Yo quisiera que presenciaran el tristísimo espectáculo que ofrece, en Oriente, la mujer del islamismo, las propagandistas del amor libre, del divorcio, las que se pasan su vida perorando *ad laudes et per horas* y despotricando contra la moral y doctrina de Cristo Nuestro Señor. Yo quisiera que se dieran un viaje, por aquellas tierras, una Belén-Sárraga y una Colombine, en vez de hacer excursiones a América y a nuestras islas Canarias.

Morirían de vergüenza al recordar su enorme ingratitude para con la religión que tanto ha ennoblecido y dignificado a la mujer.

En vista, pues, de la moral mahometana y protestante, tan ancha y tan favorable a nuestras concupiscencias, nadie puede extrañar que ambas sectas hayan hecho tantos prosélitos y que sea tan difícil la conversión de sus secuaces al catolicismo, que es la religión de la moral austera, de la moral de los grandes y constantes sacrificios, de la moral que prohíbe hasta una mirada menos honesta.

DIA 8 DE MAYO

Nuestro paso junto a las ruinas de Nicomedia.—Nicea y Lemnos.—Sus recuerdos.—Esmirna y Efeso en el continente asiático.—Sus interesantes recuerdos.—Metelin en el mar Egeo.—La patria de Homero y la del famoso Pitágoras.

Al amanecer de este día navegábamos en pleno mar Egeo. La noche anterior nos impidió ver tres poblaciones levantadas sobre las ruinas de tres famosas ciudades, Nicomedia, Nicea y Lemnos, situadas, aquéllas en la costa asiática del mar de Mármara, y ésta en la europea del estrecho de los Dardanelos.

La primera vió morir, en su seno, al vencedor de Cannas, Tesino y Trebia, al general cartaginés, Anibal; y presencié el entusiasmo con que la legión pretoriana proclamó emperador por su heroísmo a un simple soldado, a Diocleciano, que después dejó sentir en su país natal, más que en ningún otro, los efectos de su sangrienta persecución a los cristianos. La segunda vió celebrar el primer concilio ecuménico presidido por nuestro compatriota Osio, obispo de Córdoba, donde fué condenado Arrio con todos sus errores acerca de la divinidad de Cristo, y fué compuesto el símbolo que lleva el nombre de San Atanasio, amén de ser el origen del nombre de católico para distinguirse de los arrianos. Más tarde celebróse otro concilio, el octavo ecuménico, que condenó la herejía iconoclasta. La tercera es famosa por la leyenda de las Amazonas, quienes viéndose abandonadas de sus maridos, en una noche, quitaron la vida a todos los hombres de la isla, casándose luego con los argonautas. Tales recuerdos despertaban en mí vivos deseos de verlas. Con profunda pena me resigné a no satisfacerlos.

Iba nuestro yatch muy cerca de la costa asiática, circunstancia que nos facilitaba ver con el auxilio de los gemelos algunas poblaciones del continente. Esmirna es

una de ellas. Recostada en las faldas del monte Pego es una de las ciudades marítimas más florecientes por su comercio, y más famosas por sus recuerdos históricos. Santificada con la presencia del Aguija de Patmos oyó su palabra fecunda llena de ternuras inmensas, siendo una de las siete iglesias, a las cuales dirigió su Apocalipsis. Aún conserva las ruinas del coliseo donde San Policarpo, discípulo de aquél y obispo de aquella iglesia, fué arrojado a las fieras, llamándolas con toda su alma para ser pronto devorado por ellas.

Sentí verdadera contrariedad por no hacer escala el vapor en el puerto de Esmirna para ver además otras ruinas, las ruinas de Efeso, a setenta kilómetros del mencionado puerto, pero unido por un tren. No ignoraba que allí sólo había de ver ruinas y escombros con una pequeña aldea, pero nada de encantos y bellezas de la naturaleza, nada de aquellos hermosos paisajes de Constantinopla. Había, sí, bellezas de otro orden, bellezas morales, recuerdos gratísimos al corazón cristiano. Los de la ciudad antes del cristianismo no lograron interesarme, ni siquiera el recuerdo del célebre templo de Diana, que fué una de las siete maravillas del mundo y quemado en la misma noche en que nació Alejandro Magno.

No hay católico medianamente instruido que ignore que la Madre de Dios pasó en Efeso algunos años en compañía del discípulo amado, quien fijó allí su residencia, después de la muerte de Aquélla, y apenas se le levantó la pena de destierro, impuesta por Domiciano, en la isla de Patmos. Efeso le vió encórvada, bajo el peso de cien años, con el candor de su inocencia en la frente y con palabras llenas de una ternura divina en sus labios. Ningún católico ilustrado ignora que San Pablo predicó en Efeso el Evangelio por espacio de dos años y su celo por la fe de Cristo casi le cuesta la vida a manos de un pueblo amotinado y acusado por los plateros que ya no fabricaban pequeños templos semejantes al de Diana. Y cuando más tarde, Nestorio, desde su cátedra de Constantinopla, niega la maternidad divina de María, en Efeso se toma la defensa de este privilegio, base de toda su grandeza. Celebróse, en ella, el tercer concilio ecuménico que condena a aquel heresiarca con todos sus errores y

que proclama solemnemente que María es Madre de Dios en el verdadero sentido de la palabra, oyéndose por primera vez la tierna plegaria que, después, no ha cesado de repetir el mundo cristiano. *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.* Esta profesión de fe católica en orden a María produjo en el pueblo una explosión de entusiasmo tal, que, a la salida del concilio, recibieron a los Padres en medio de vítores y aplausos. Tal era la fe en la maternidad divina de María.

Eran las tres de la tarde cuando llegamos a la isla de Metelín, la antigua Lesbos, que visitamos aunque no estaba en el itinerario. Desde el mar parecía no muy grande, algo montañosa y cubierta de espléndida vegetación con árboles frondosísimos. La bahía de su capital, que lleva su mismo nombre, es hermosa.

La villa, al parecer, no tiene más de veinte mil habitantes, en su inmensa mayoría, musulmanes. Es de aspecto morisco, con calles sucias y estrechas y una mezquita muy pobre. Tiene unas fortificaciones antiguas que no pueden resistir el fuego de un buque de guerra medianamente armado, ondea en ella el pabellón inglés, al cual le viene muy bien una base naval en aquel apartado archipiélago.

Cuando el sol empezó a negarnos su luz, levó anclas nuestro yatch, con rumbo a Patmos, pasando junto a las islas de Quios y Samos, de las más florecientes en la antigüedad y patrias de Homero y Pitágoras respectivamente. Por eso al primero se le llama el ciego de Quios, y el filósofo y matemático de Samos al segundo, cuya autoridad dió origen al *Magister dixit*, como argumento el más contundente. Ante él había que inclinar la frente y era una blasfemia científica y un crimen de lesa ciencia ponerle siquiera en tela de juicio.

Ahora no era tanto el miedo que nos causaba aquel mar cuajado de islas e islotes, no tanto por la pericia del capitán, cuanto por la confianza y alientos que nos daba el haber tenido un feliz viaje cuando lo recorrimos con rumbo a Constantinopla. Por eso, la idea del peligro no llegó a perturbarnos el sueño ni por un momento siquiera. Fué tan sosegado, tranquilo y reparador, que de un tirón me pasé toda la noche. Vine a despertar cerca de la isla de Patmos.

DIAS 9 Y 10 DE MAYO

Patmos y sus recuerdos.— Santuario o gruta de San Juan.— Misa de comunidad a campo raso.— Un Pope desconsiderado.— Rodas.— Barahunda en el muelle.— Recuerdos de su grandeza intelectual, artística y guerrera.— Calle y convento de los Caballeros de Rodas.— Chipre, famosa por sus vinos.— Fama-gusta.

Eran las siete y media de la mañana cuando nuestro vapor echó anclas en la bahía de Patmos. Todos los sacerdotes habíamos celebrado ya y estábamos todos en disposición de saltar a tierra. Era la primera vez que íbamos a pisar tierra santificada con la presencia del discípulo predilecto de Jesús y del compañero inseparable de su Madre Santísima. Era la isla famosa de su destierro y de la gruta en la que Dios se inclinó para hablar a Juan haciéndole aquellas revelaciones que nos transmitió en su Apocalipsis.

Estos recuerdos me hacían sentir algo extraño en mi espíritu, pareciéndome que toda la grandeza de Dios caía sobre mi alma, y ansiaba salir cuanto antes del vapor, sin que me llamara la atención la hermosura de aquella natural ensenada en que me encontraba, ni, al saltar a tierra, el barrio de la marina con su centenar de casas blancas y limpias, ni tampoco la villa de Patmos que ocupa la cima de la montaña, que guarda la histórica gruta en la mitad de su cuesta. Mis miradas se fijaron en unas casitas blancas que parecían escalonadas hacia la mitad de la mencionada cuesta. Me pareció un siglo el tiempo que gastamos en subirla, el cual no pasaba de una hora.

Eran, pues, las ocho y media cuando llegamos al santuario venerando, cansados y jadeantes, con un calor que apenas nos dejaba respirar. La gruta, que sirvió de morada al Apóstol, se halla en su estado primitivo con su aspecto natural y agreste, y sobre ella han construido un convento los griegos cismáticos, que llaman *Escuela de San Juan*,

en memoria de haber enseñado, en el mismo lugar, las verdades de la fe a los isleños que vivían en aquellos contornos. A hurtadillas pude arrancar una piedrecita como reliquia y recuerdo de aquel Santuario, a pesar de que la mujer y esposa del cismático que lo cuida no nos dejaba ni a sol ni a sombra. Algunos compañeros, aprovechando un momento de descuido, hicieron lo mismo que yo. Lo que prueba lo sugestiva que es para el católico la idea de la cueva que fué morada del Apóstol teólogo.

Pero, en medio de la inmensa satisfacción que me produjo esta visita, sentí una profunda tristeza al ver este Santuario en poder de los cismáticos por obra y gracia de la Sublime Puerta; y verlo custodiado por un *Pope* con su costilla, que no nos perdía de vista, desconfiando hasta de su propia sombra. Adoré los inescrutables designios de la Providencia y salí de allí con mi reliquia en el bolsillo sin que pudiera sospechar siquiera que había cometido un atentado contra el séptimo mandamiento. Al contrario; me pareció un acto de fe religiosa que Dios, en su día, había de premiar.

Después de esta interesante visita, nos reunimos en una esplanada que se halla a la derecha del camino y que conduce a la villa de Patmos. Allí se levantó un altar portátil para celebrar la misa de comunidad a la sombra de unos árboles no muy frondosos.

Eran las diez próximamente cuando empezó la misa con un sol ardiente y abrasador, que dejaba sentir sus efectos con rigor inusitado. Frente al Sr. Arzobispo Nozaleda, que ocupaba el lado del Evangelio, se colocó el *Pope*, superior, al parecer, del convento levantado sobre la gruta de San Juan, con su hábito talar parecido al nuestro, sotana y esclavina, pero con un sombrero que no puede llamarse canal o teja, ni cosa que se le parezca. Yo lo llamaba chistera por la forma idéntica a la que se usa por acá en lo oficial y de etiqueta. Si alguna diferencia hay es que aquella es un poco más alta, llegando, en algunos, a ser tan exagerada, que parecía media torre, sobre la cabeza. Es que, en esto como en otras cosas, hay gustos muy raros.

Aún recordamos el de nuestros clérigos de ahora cuarenta años, que llevaban, sobre sus cabezas, tejas de muy señor mío, hasta el punto de llamar la atención de las gen-

tes, dando lugar a chistes muy salados y a risas burlonas que siempre saben mal, aún a los más místicos y espirituales.

Era nuestro *Pope* alto, corpulento, de continente majestuoso y serio, de muy pocas palabras y observador hasta el excés. Parecía una columna inmóvil, con los ojos fijos en las augustas ceremonias del Santo Sacrificio, que celebraba el Director de la Peregrinación, concentrando en ellas toda la actividad y atención de su alma. Si hubiera sido un creyente, adornado de la santidad, era para afirmar que estaba arrobado en éxtasis. Pero todo lo que tenía de simpático, respetable y edificante desde este punto de vista, lo destruía por su poca o ninguna consideración a nuestros sentimientos religiosos, faltando, en ello, a lo más elemental y rudimentario de educación social.

Desde luego, nos escamamos de verle cubierto, apesar de que él se dió cuenta de que nosotros estábamos descubiertos desde el principio de la misa. Era cuestión de educación y delicadeza. Si no pensaba, ni estaba dispuesto a guardar las formas en aquel acto, no debió asistir a él ni salir de su casa para no herir los sentimientos de los católicos, que habíamos visitado la catedral cismática griega de la ciudad de Atenas, entrando en ella con el mismo respeto y consideración que si hubiera sido una catedral católica. Es más: en nuestras visitas a las mezquitas, a donde íbamos a admirar su grandiosidad y su belleza arquitectónica, nos sometíamos a las exigencias de los musulmanes, de ponernos sandalias para entrar en ellas y no interrumpir el silencio religioso, sin que ninguno diera la menor muestra de resistencia, si bien ésta hubiera sido inútil porque los custodios de sus mezquitas observaban todos nuestros pasos y acciones para poner en la calle al que se desmandara en lo más mínimo.

Pero nuestro asombro llegó a su colmo cuando vimos que, en el supremo momento de la Consagración, no tuvo una señal siquiera de veneración y respeto al augusto Sacramento. Todos caímos en tierra, y profundamente inclinados adoramos la majestad de Dios; pero, él, o no se dió cuenta de lo que pasaba a su alrededor, (lo cual no es verosímil) o le importaba un comino nuestra humilde actitud. Era una indiferencia glacial que rayaba en desprecio.

Este proceder, que tanto hirió nuestros sentimientos, me traía a la memoria la conducta de tantos niños góticos de por acá, que tan acostumbrados nos tienen a cometer todos los desmanes que les venga en gana, en las iglesias, olvidándose de las formas sociales como nuestro *Pope*. Confiésolo con toda ingenuidad. Al ver tanta indiferencia y pasividad sentí tentaciones de derribar en tierra su enorme chistera, asestándole un golpe de piedra, pues convidaba a ello el mucho blanco que ofrecía sin que corriera el menor riesgo de herir la persona de nuestro flemático *Pope*.

Terminada la misa, el Sr. Mújica nos dirigió la palabra, realzando la personalidad de San Juan como discípulo predilecto de Jesús y compañero de María y como escogido por Dios para hacer aquella suprema revelación que se llama Apocalipsis.

A las once menos cuarto regresábamos a nuestro yatch, bajando la cuesta deprisa y corriendo, pues el hambre nos acosaba ya sin compasión, siguiéndonos dos sacerdotes cismáticos, sin duda, de la villa de Patmos, que se acreditaron de curiosos sempiternos. No nos quitaban los ojos y sobre todo, les llamaba la atención la indumentaria de los caballeros y señoras. Me resultaron unos pobres hombres de alma y de cuerpo. Lo indicaba su aspecto miserable y su estúpida curiosidad.

A la una y media de la tarde salíamos de la bahía de Patmos con rumbo a la isla de Rodas; y aún no habíamos perdido de vista la histórica isla, ya distinguíamos, en el continente, con el auxilio de los gemelos, el sitio de la antigua Mileto donde San Pablo reunió a todos los ancianos de Efeso para exhortarles a perseverar en la fe y trabajar por la grey de Cristo. Fué de las ciudades más florecientes y poderosas del Asia Menor, tomando parte en la guerra de Troya. Hoy no quedan más que ruinas.

A la puesta del sol, navegábamos bordeando una infinidad de islas, entre ellas, la de Cos, patria de Hipócrates, padre de la medicina, e innumerables arrecifes y escollos que constituían un verdadero peligro. Sin embargo, tanto nos habíamos familiarizado con él, que apenas nos preocupó, durmiendo tranquilamente toda la noche.

A las siete de la mañana del día diez de Mayo llegamos

al puerto de Rodas, donde no queda un vestigio siquiera que recuerde el Coloso que llevaba su nombre, estatua de bronce de treinta y tres metros de altura que representaba al divino Apolo, pudiendo pasar por entre sus piernas los navíos de alto bordo. Fué una de las maravillas del mundo antiguo.

Vista la isla desde el mar, no me pareció muy grande, pero, sí, muy montañosa y de una vegetación exuberante. Su capital, Rodas, apenas cuenta ocho mil habitantes, quienes, a juzgar por lo que observamos a nuestra llegada, son gente muy alegre y decidora, pues, coincidiendo nuestro desembarco con la hora de más movimiento en los bazares, que se hallan junto al pequeño muelle, había que ver cómo se agolpaban en derredor nuestro, ya no pensaban en comprar ni vender. No les preocupaba más que nuestra presencia y nuestra indumentaria, siendo para ellos un verdadero acontecimiento. Ya no era aquella indiferencia que habíamos notado en las demás poblaciones turcas. Aquí parece que nuestra presencia les interesaba sobremanera. Por eso, se acercaban a nosotros para vernos mejor, expresando sus ojos una viveza, a veces inocente, y a veces picaresca, con rostro de inmensa satisfacción y alegría, retozándose el alma en el cuerpo y moviéndose demasiado la cabeza sobre los hombros. Era aquello un bullicio ensordecedor con sus correspondientes carcajadas homéricas, tomando parte en la barahunda gente de todas las clases sociales; ancianos encorvados ya bajo el peso de los años y jóvenes de sangre vigorosa y oxigenada; hombres de vida robusta y lozana y chicos desarrapados, abandonados en el arroyo, con carnes flacas y rostro macilento, candidatos seguros del vicio, y más tarde, de la cárcel y del patíbulo, amén de niños delicados y finos con una indumentaria que denuncia su abolengo y su posición social.

Toda la grandeza intelectual y artística de que nos habla la historia ha desaparecido por completo. Aquella empleza desde que Esquines, rival de Demóstenes, es desterrado de Atenas y fija su morada en la isla de Rodas, fundando la famosa escuela de elocuencia que contó, entre sus alumnos, a Catón y Cicerón, César y Pompeyo, Bruto y Octavio Augusto. Llegó a ser emporio de las le-

tras y centro de las artes, teniendo más estatuas y cuadros de exquisita labor, que toda la Grecia, en tiempo de sus mejores artistas. Y en la edad media ha dicho un historiador, *Rodas fué el Museo más interesante*, debido a los caballeros de San Juan de Jerusalén, que derrotados por Saladino a fines del siglo doce y expulsados para siempre de los Santos lugares, conquistaron la isla, sentando allí sus reales y defendiéndola, con un valor indomable, de los ataques del Sultán de Egipto primero, y después, de Mahomet, que la sitió con un ejército de cien mil hombres hasta que, más tarde, Solimán el Magnífico, en el siglo XVI, se presentó ante la isla con doscientos mil soldados y cuatrocientos navíos, sucumbiendo aquel puñado de héroes después de regar con su sangre los campos de batalla. Estos recuerdos avivaban en nosotros los deseos de pisar la tierra que con sus plantas hollaron tantos sabios, tantos artistas y tantos guerreros.

Al llegar a la famosa calle de los Caballeros siéntese la misma impresión que ante la Majestad real caída y proscrita, la misma impresión que ante las ruinas de aquellas obras que fueron hijas del genio.

En esta calle, con sus dos aceras de mármol blanco y negro, formando una especie de mosaico, al igual que su pavimento, todo evoca el recuerdo de la Edad Media. Las casas conservan sus relieves y blasones con alguna inscripción que expresa un grito de guerra. Pero lo que más llama la atención son las ruinas del que fué convento de los Caballeros de la Orden, con su magnífica escalera que amenaza desplomarse, con los nobles blasones de los Maestres y con los sepulcros de los Caballeros. Sentí profunda tristeza al ver el abandono y olvido en que la Sublime Puerta tiene a estas ruinas que nos recuerdan tantas glorias, tanta grandeza moral.

Después de admirar la hermosa y variada campiña que está por la parte occidental de la ciudad, en la que sobresalen bosques de palmeras y árboles frondosos, regresamos a bordo de nuestro yatch, saliendo de aquel puerto a las diez de la mañana con dirección a la isla de Chipre, famosa en la antigüedad, por sus vinos exquisitos.

A nuestra izquierda llevábamos en el continente el territorio de la antigua Cilicia que nos recordaba tres pobla-

ciones célebres. Iso, la primera donde Alejandro Magno se coronó de gloria venciendo con un puñado de valientes a Dario, rey de Persia. La segunda, llámase Tarso, patria de San Pablo, y la tercera es famosa por ser su nombre el origen etimológico de *solecismo* con que se conoce a cualquier defecto de sintaxis. Llámase Soli, cuyos habitantes hablaban muy mal el griego.

Eran las cuatro de la tarde cuando llegamos al puerto de Famagusta, desembarcando casi todos los peregrinos. Ni el puerto ni la población valen un comino. De aspecto miserable, todo revela mucha pobreza; ni aún viñedos se ven por aquellos alrededores.

Lo que sí, son notables las fortificaciones de la ciudad, donde ondea el pabellón inglés y las ruinas de un templo pagano. La antigua catedral católica está convertida, hoy, en mezquita, lo que indica que es una población musulmana. No llama la atención por lo grande ni menos por lo artística.

A las seis íbamos ya con rumbo a la Siria para visitar, en ella, Beirut, Balbek y Damasco.

DIA 11 DE MAYO

Beirut.—Su admirable posición.—Su importancia por el comercio y por su actividad intelectual.—Universidad de los PP. de la Compañía de Jesús.—El santo Cristo de Beirut.—Su tradición.—Sus jardines.—Subida al Líbano.—Su altura y exuberante vegetación.—Un almuerzo de fiambre en la cima del monte. Hermoso panorama al uno y otro lado del Líbano.—Zahlé con su gran Colegio-Seminario y su escuela de artes y oficios.—Horrible persecución por parte de los drusos.

A las ocho de la mañana entrábamos en la bahía de Beirut, primera ciudad de Siria que visitamos, encontran-

do en ella algunos buques de guerra turcos que no llamaban la atención por su tamaño ni por las piezas de artillería que tenían montadas.

Vista Beirut desde el mar es una ciudad hermosísima, recostada a la falda de una de las cordilleras que forman parte de la cadena de montañas del Líbano en el mismo borde del mar y en forma de anfiteatro, con sus casas blancas y limpias, destacándose entre ellas, la Universidad de los PP. de la Compañía, la Gran Mezquita con sus cúpulas y alminares, algunos de los seis hospitales y Asilos pertenecientes a los católicos y a otras religiones, amén de muchos de los ciento cuatro establecimientos de enseñanza con treinta y seis iglesias católicas que tiene la ciudad, rodeándola magníficas huertas y jardines, especialmente por el ensanche o parte nueva con sus preciosas quintas y hoteles. Pero, al pasear por sus calles súfrase una gran decepción en la parte vieja, donde se encuentra lo que constituye la característica de las poblaciones turcas, a saber, calles sucias y estrechas, siendo muchas, callejones sin salida, formando un verdadero contraste con el ensanche, de calles anchas y limpias, en donde se respira un aire puro y oxigenado.

A juzgar por los muchos bazares y por el movimiento que hay en ellos, su comercio debe ser muy grande. Diríase que sus moradores han heredado el espíritu comercial de sus ascendientes, los antiguos fenicios. Sin duda es el centro del comercio de toda la Siria y una de las poblaciones marítimas de Asia más florecientes. Entre los establecimientos de enseñanza que visitamos, el más notable es la Universidad de los PP. de la Compañía. De estilo greco-romano, es grandioso en su conjunto y en sus detalles y pormenores. Lo majestuoso y severo de sus claustros, lo espacioso y elevado de sus aulas destinadas a enseñar lenguas a toda clase de alumnos sin distinción de raza y de religión y sin diferencia de posición social, lo grueso y resistente de sus paredes, capaces de soportar el peso de muchos siglos más, todo esto cautiva el espíritu. Lo único capaz de demoler aquel edificio es la piqueta de una revolución, la piqueta de los bárbaros y de los sectarios que no respetan siquiera lo más beneficioso para los pueblos ni lo que constituye el timbre de su mayor gloria ni

el sacrificio que, por ellos, hacen los hombres que lejos de su patria, ausentes de los suyos, se han impuesto el deber de estudiar las principales lenguas conocidas para enseñarlas a sus semejantes, aunque sean enemigos por raza y por religión.

Háciame recordar esta Universidad la famosa escuela de derecho, fundada en el siglo III, que contó entre sus alumnos al célebre San Gregorio Taumaturgo, así como el gran número de iglesias católicas con los hospitales y asilos de beneficencia, evocaba el recuerdo de su catolicismo desde los comienzos del siglo primero de la era cristiana, pues la doctrina de Cristo predicada por El, según cuenta la tradición, en esta ciudad, echó profundas raíces, que no pudieran arrancar del todo los enemigos de la Cruz, contribuyendo a ello la interesante historia del Santo Cristo de Beirut que se conserva en la iglesia de San Salvador.

La cuenta San Atanasio, en uno de sus sermones, la cual en síntesis se reduce a que un cristiano, farto de recursos, vendió su casa a un judío, quien encontró un crucifijo que aquel había dejado por un olvido involuntario en la cabecera de su cama. Exacerbóse, en su corazón, el odio que sus padres le habían inculcado contra el Cristo; y en un banquete que dió a seis amigos de su misma raza y religión, repitióse el mismo drama de la Pasión del Salvador del mundo, llegando hasta abrir el costado del crucifijo para que la profanación fuera más completa. Pero quedaron sorprendidos y llenos de temor al ver que de él manaba, en abundancia, sangre y agua. Recogieronla con sumo cuidado y reverencia en un vaso, que llevaron a su sinagoga, rociando con ella a sus enfermos. Todos recobraron la salud. Ante estos prodigios convirtiéronse los judíos que allí moraban, y su sinagoga fué, en adelante, la iglesia Católica de San Salvador, la cual, según he dicho, guarda el Santo Cristo de Beirut. Hoy tiene 45.000 católicos, entre maronitas, griegos y latinos, con un Legado Pontificio, un Patriarca griego y un Arzobispo maronita.

A las once estábamos todos en el tren que había de conducirnos a Balbek y Damasco. Bordeando el mar diríjese el tren hacia la parte norte de la ciudad, ofreciéndose a nuestra vista un panorama de los más bellos y encantado-

res sobre la ciudad y la bahía de San Jorge. Después, dirigiéndose al este, recorre un extensa llanura, cubierta de exuberante vegetación y llena de jardines, hoteles y quintas de recreo, dode veranean los aristócratas y potentados de Beirut, amén de los europeos, especialmente alemanes, que tienen allí ricas propiedades.

Después de atravesar algunos túneles con un pequeño río y de recorrer treinta y dos kilómetros, llegamos a la falda del Líbano.

Tanto lo habíamos oído celebrar en la Escritura, que su nombre solo nos sugestionaba, nos seducía. Su fama y renombre solo tienen un rival en el Carmelo.

Es que los profetas han buscado en él sus imágenes más sublimes, y los Padres de la Iglesia han encontrado semejanzas entre sus nieves perpetuas y la blancura de la pureza virginal de María, entre el perfume de sus flores y el olor y suavidad de las virtudes de María, entre lo elevado de su cima y la elevación de la dignidad de Madre de Dios, entre su fertilidad y lo fecundo de la maternidad divina.

Por su inmensa extensión, puede saludar muy de cerca al famoso Ararat y al incomparable Carmelo; y por sus cimas de unos tres mil metros de altura puede vivir siempre en la región de las nubes, donde apenas es posible la vida vegetal y animal.

Esperábamos allí, al pie del monte, un tren cremallera para subir la pendiente hasta la pequeña aldea llamada Estora, a mil metros sobre el nivel del mar y en una extensa explanada. Mientras subimos no es posible parar mientes en el peligro que corremos con aquella atrevida ascensión. Es que el tren va siempre enmedio de un bosque de árboles corpulentos y frondosos, muchos de ellos, frutales; y enmedio de hermosas y olorosas flores, que generosas, regalan sus perfumes al viajero y se prestan a acompañarle en su camino prodigándole su delicado aroma, sin que falten las humildes plantas que cubren de verdor y lozanía toda la vertiente, ni los arroyos que, en forma de cascadas, bajan por ella haciéndola fecunda y convirtiéndola en un paraíso terrestre.

Llegamos a la mencionada aldea Estora, donde nos esperaba el tren que nos había de conducir a Balbek. Des-

de aquellas alturas abarcábamos, de una sola mirada, todos los campos, todos los jardines, todas las quintas con su inmensa variedad de plantas que habíamos dejado atrás desde nuestra salida de Beirut. Las emociones que siente el espíritu al contemplar tanta belleza, no son para descritas, ni tampoco puede expresarse el inmenso bienestar que allí se experimenta aspirando un aire tan puro y tan oxigenado.

Allí nos dió la Junta organizadora una sorpresa agradabilísima. Traía preparada una comida de fiambre sin que supiéramos una palabra, por lo menos, los que no estamos iniciados en el arte culinario ni nos preocupamos mucho de la preparación y condimentos de los platos que nos van a servir.

Cuando se descubrió el secreto hubo una explosión de entusiasmo, y todo el mundo se hizo lenguas del buen acuerdo de la Junta, quedando todos profundamente agradecidos.

Huelga decir que nos supo a caramelos; y de sobremesa hubiéramos permanecido allí con mil amores hasta la puesta del sol contemplando y saboreando las bellezas del soberbio panorama que teníamos ante nuestros ojos; pero era forzoso partir cuanto antes, pues era ya la una de la tarde.

Al cuarto de hora todos estábamos en el tren y cada uno con su correspondiente grupo. Al empezar a bajar la opuesta vertiente del Líbano, en la cual va el tren serpenteando sin necesidad de hacer uso del cremallera, otra sorpresa gratísima experimenta nuestro espíritu; pero esta es de otro orden. Es que a nuestra vista se ofrece un paisaje de los más bellos. Un valle que forma horizonte entre el Líbano y Antilíbano, cubierto de robles, granados, morenas, olivos y nogales, con otras plantas frutales, y allá, a lo lejos, los últimos confines de Galilea, con su lago de Tiberiades y su monte Tabor, y a nuestra izquierda, la villa de Balbek, con sus célebres ruinas; y muy cerca de la vía férrea, la villa de Zahlé, de unos quince mil habitantes, casi todos católicos, he ahí lo que vemos en la otra vertiente del famoso monte. Pero, más que estas preciosas vistas, han hecho célebre la opuesta vertiente las persecuciones que han sufrido los pueblos situados en las faldas

de la misma. A lo largo de la vertiente viven los armenios y maronitas, cazados por los drusos, como se cazan las fieras, por el único delito de ser católicos, de una fe arraigada y de una sólida virtud. La villa de Zahlé, que hemos dejado a nuestra izquierda, ha sido, tal vez, la población más castigada por ser la que más se distingue en trabajos apostólicos y centros de enseñanza católica, debido a los Padres de la Compañía de Jesús. El principal de estos centros es un Colegio-Seminario, dirigido por los mismos Padres de la Compañía, donde se preparan los jóvenes al estado eclesiástico, con su escuela de artes y oficios donde los pobres y los huérfanos pueden aprender la profesión que quieran. En el año setenta del siglo pasado, sus moradores fueron víctimas de la crueldad inaudita de los drusos, a pesar de su heroica resistencia. Trescientos jóvenes que no pasaban de veinte años, rechazaron, repetidas veces, a sus enemigos que, en grandes masas, caían sobre Zahlé; pero la perfidia y traición de un general turco les abrió las puertas, siendo los cristianos pasados a cuchillo, sin distinción de sexo ni edades. El hecho constituye una de las mayores salvajadas y barbaries que registra la historia.

Cuando llegamos a Reyak eran las dos de la tarde. Es la primera y la única estación que se encuentra al terminar la vertiente. La fonda es regular. Allí esperó la mitad de los peregrinos al tren que iba a Balbek y la otra mitad siguió para Damasco. Era indispensable hacerlo así por la falta de alojamiento en la villa de Balbek. Tocó a mi grupo visitar primero esta villa.

Después de las cuatro y media salimos de la estación de Reyak para la villa de Balbek, adonde llegamos a las cinco y media. Pero, como la estación dista de la población unos quince minutos, *pedibus andantibus*, eran cerca de las seis cuando llegamos al hotel u hoteles respectivos, pues uno solo no era suficiente a contener los peregrinos.

Apenas pudimos hacernos cargo del conjunto de la población, pues, situada en la falda del Líbano, la noche se apresura a extender sobre ella su negro manto. Tal es la altura de aquel histórico monte, que, desde media tarde, empieza a envolver en su fresca sombra a todos los

pueblos que viven en sus faldas y vertientes del este. Dejamos para el segundo día la visita a las famosas ruinas de la villa.

DIA 12 DE MAYO

Pobre aspecto de Balbek.—Convento de los Maronitas.—La Acrópolis y sus ruinas.—Consideraciones que sugieren al viajero.—Antiguas canteras de Balbek.

El aspecto de Balbek revela una gran pobreza. Su perímetro es muy reducido como el de una insignificante aldea, contando, apenas, con cinco mil habitantes, y sin vida comercial, sin industria ni agricultura. Lo único que le da algún movimiento de viajeros y con él alguna vida son las ruinas famosas de la antigua ciudad de Heliópolis. Es la impresión que recibí desde el momento en que llegué a ella y hoy me he confirmado más y más en mi sentir.

A las siete de la mañana ya estaba yo con algunos amigos más en el convento que allí tienen los Maronitas, el cual es también muy pobre lo mismo que la iglesia. A esa hora habían celebrado todos con el fin de dejarnos libres los altares; lo que agradecemos infinito. Mientras celebrábamos el Santo Sacrificio, tenían concentrada toda la atención de su espíritu en nuestros movimientos y en las augustas rúbricas de la Misa. Es que la misma curiosidad que sentimos nosotros, respecto de su rito, sienten ellos por el nuestro.

Después de desayunar visitamos la Acrópolis. Sus ruinas revelan la religiosidad de los pasados siglos, el genio del hombre y la riqueza y esplendor de los emperadores romanos, que levantaron aquel templo a las divinidades de la ciudad que se llamó Heliópolis. Eran estas Júpiter, Venus y Baco, que simbolizan la ira, la impureza y la embriaguez respectivamente.

La primera impresión que recibe el viajero cuando se acerca a estas ruinas es la de una ciudad incendiada y destruída por el fuego de cien cañones y ametralladoras, con sus murallas casi deshechas por algunas partes y por otras, con una altura de diez o doce metros. Aquí, grandes bloques de piedras, basamentos de mármol y capiteles de pórfido; allí, hermosas y soberbias columnas, también de mármol y de pórfido; unas en pie, desafiando la ira de los vientos y el furor de la tempestad, con sus diecinueve a veinte metros de altura por dos de diámetro, y otras, derribadas por el suelo, de las que solo restan trozos enormes; allá fustes de columnas rotas, de estatuas y de cornisamentos finos y delicados que denuncian un prodigio de grandiosidad y de belleza arquitectónica. Y en ese prodigio de grandeza y de belleza, admiré yo el sentimiento religioso grande e intenso de las pasadas edades; admiré su riqueza inmensa unida a una generosidad espléndida en obsequio al Sér supremo; recordé el genio del hombre, cuya religiosidad le inspiró ideas tan hermosas, tan bellas, amén de los medios de realizarlas, y que la civilización presente aún desconoce. Pero, por otro lado, yo lamentaba el extravío del entendimiento humano, privado de la divina revelación; yo compadecía la condición de esa inteligencia que, por todas partes, busca la fuente de toda luz, de toda verdad, Dios mismo que la ha hecho a su imagen y semejanza; sin embargo, anda envuelta en sombras, en oscuridades, que la hacen desviar del verdadero camino para llegar a El; yo deploraba la condición del corazón humano que, no viendo más que por los ojos de la inteligencia extraviada, no tiene el menor reparo en degradarse hasta el punto de depositar todos sus amores, todos sus cariños en la personificación misma de la impureza, de la embriaguez y de la ira.

Otra cosa es de lamentar, al visitar estas famosas ruinas, y es que el hombre ha sido menos compasivo con ellas que el tiempo. Es verdad que éste ha derribado columnas enteras y ha cubierto el suelo de capiteles, trozos de estatuas y delicados cornisamentos; pero ha respetado otras que la barbarie, la rapacidad y la codicia humana ha tocado para convertirlas en utilidad propia, dejando en pie solamente unas treinta y ocho columnas que

bastan y sobran para darnos una idea de lo que fué aquel templo y del inmenso poder y arte exquisito de ejecución que se escapa a la penetración de todos los arquitectos y mecánicos de hoy; siendo para ellos un verdadero enigma la colocación de aquellos enormes bloques de mármol y de piedra a una altura colosal. Mayor humillación no cabe para la civilización moderna, que mira con desdén y desprecio, los pretéritos tiempos, creyéndose mil codos por encima del saber antiguo.

A las once de la mañana estábamos de regreso en nuestro hotel que apenas merece el nombre de tal. Por la tarde visitamos la población y las canteras de Balbek, de donde fué extraído el material para levantar la maravilla del templo, cuyas ruinas hemos descrito a la ligera. Estas hállanse a unos diez minutos de la villa. Quédase uno sorprendido ante un bloque de piedra que el tiempo ha respetado, lo mismo que la mano del hombre. Es que en destruirlo no ha tenido interés alguno; de lo contrario mil veces lo hubiera hecho pedazos. Tiene veintidós metros de largo por cuatro de diámetro sin que hasta la fecha se sepa cuál era su destino. Según cálculos de los peritos en esta materia, pesa unos veinte mil quintales, necesitándose para moverlo una máquina de diez mil caballos de fuerza. ¿Qué medios había en aquellos tiempos para transportar moles tan grandes y tan pesadas? Es el enigma de que se ha hecho mención.

Salida para Reyak.—Con rumbo a Damasco.—Hermosos paisajes.—Damasco.—Sus recuerdos.—Naturales deseos del peregrino.—Agradable sorpresa.—Un timo.—La cocina damascena.

A las siete de la mañana estaban todos los peregrinos en la calle, buscando iglesia, unos, para celebrar, y otros para oír misa y comulgar, como de costumbre. Yo celebré en la misma iglesia de los Maronitas del día anterior.

Apenas nos desayunamos nos fuimos a la estación sin darnos prisa para esperar allí la hora de salir el tren para Reyak, que eran las nueve. A las diez estábamos en el hotel de Reyak, en donde esperamos al grupo de peregrinos que habían ido a Damasco. A las diez y media llegó el tren de la histórica ciudad de los Califas. Durante el almuerzo reinó gran entusiasmo y cordialidad, cambiando las impresiones de viaje, cada uno, según su gusto y paladar, y como de gusto no hay nada escrito, puede decirse de él lo que de las opiniones, a saber, que son tantas cuantas son los hombres.

Si bien todos convenían en lo hermoso de los paisajes, lo exuberante de la vegetación y lo pintoresco de las campiñas que atravesaban, discrepaban respecto de las poblaciones, sus monumentos, bazares, mezquitas, iglesias, etcetera. Entonces, me confirmé en la gran verdad de aquel adagio *que todo es del color del cristal con que se mira*. En ese color influye sobremanera la instrucción religiosa y profana y la educación artística. Pero vino a interrumpir nuestra animación y alegría fraternal el jefe de una cuadrilla de bandidos, que capturaron en aquellos contornos y que venía con esposas en las manos y entre soldados turcos, armados hasta los dientes.

Allí, como aquí, los pregoneros de semejantes espectáculos son los chicos desarrapados que, en todas partes abundan, aunque no tanto como en nuestra ciudad. Como movidos por un resorte nos levantamos de la mesa para presenciar la escena. El rostro del famoso bandido inspiraba horror, y tal era el pánico que había logrado infundir con sus fechorías, en aquellas aldeas comarcanas, que todos procuraban estar a una respetable distancia, reflejándose, en el semblante, el miedo cerval que tenían.

Realmente era un pájaro de cuenta, según nos dijo nuestro dragomán. Con trece compañeros, era el terror de los pueblos situados en la llanura del valle o en las vertientes del Líbano y Antilíbano, sin respetar nada ni a nadie, como dueño de vidas y hacienda y como Señor de horca y cuchillo.

Era, pues, natural que le cazaran, como se caza una fiera, si bien una imprevisión solamente por su parte po-

día ponerle a tiro de un arma de fuego o al alcance de un alfanje traidor que quebrantara sus fuerzas y arrestos. Y la imprevisión no tardó en presentarse. La noche antes de llegar los peregrinos, aquel bandido, confiado sin duda en sus fuerzas hercúleas o en la pasividad aparente de los vecinos de una aldea, se acercó a ella valiéndose de la oscuridad de la noche. Iba solo y cae herido de un balazo que salió inesperadamente de una guarida, hecha *ad hoc*, para cazarle. Y bien sea que los cazadores se percataran de que la herida no era mortal, bien porque haciendo esfuerzos desesperados, el famoso bandido diera señales de acometerlos, éstos, de un sablazo, casi abren su cabeza, de tal modo que, después de pasar algunas horas, aún brotaba sangre. Pero ésta, en vez de tenerle extenuado, sin bríos ni energías para nada, le hacía enfurecer más, como se enfurecen las fieras cuando se sienten heridas. Y el furor llegó al paroxismo cuando en la estación se dió cuenta de que éranos cristianos. Entonces, a la desesperación de verse atado con esposas en las manos y con una gruesa cadena al cuello, al furor que sentía de verse herido, unía el odio sectario, que contra nosotros inculca el islamismo en todos sus secuaces. Mirábanos *oculis terribilibus* y pronunciando palabras que, según nuestro intérprete, expresaban el deseo de verse libre para acabar él solo con todos los *perros* cristianos que tenía delante. Pero, gracias a Dios, la cosa no pasó de un mero deseo.

Eran las dos y media de la tarde cuando partió el tren para Damasco. Apenas se sale de la estación, con una regular velocidad, el paisaje es encantador. Era aquello un jardín continuado, con frondosos árboles que nos convidaban con su fresca sombra y con el exquisito aroma que exhalaban sus flores. Huelga decir que todos nos hallábamnos en la galería del tren para recrear nuestra vista en aquel paraíso terrenal y para percibir los perfumes que embalsamaban el ambiente, reflejándose en los semblantes la gratísima impresión que todos experimentábamos. Viajar así es una verdadera delicia.

Al cuarto de hora empezábamos a subir la pendiente del Antilíbano. Para ello no es necesario usar el tren cremallera. Es que va serpenteando por entre cañaverales,

árboles gigantescos y seculares y ríos que bajan, formando hermosas cascadas que convidan con sus abundantes y cristalinas aguas. Así llegamos a la línea divisoria de las aguas del Antilibano a los mil cuatrocientos metros de altura. Desde aquí parte el río Baraba que va recogiendo afluentes de alguna importancia hasta llegar a Damasco. Ofrécese, entonces, a nuestra vista un soberbio panorama.

A la derecha, una inmensa llanura cubierta de verdor, campiñas hermosísimas, donde abundan manantiales que hacen más fecundas aquellas tierras, de suyo, feraces. A la izquierda, el caudaloso Baraba en medio de un bosque de árboles de todos tamaños y de todas clases, con una extensión de treinta kilómetros. Desde el tren disfrútase del frescor de aquellas aguas y de la sombra de aquellos árboles hasta la ciudad de Damasco, llenas de interesantes recuerdos tanto profanos como religiosos.

Su fama y renombre empieza desde la cuna del género humano, si bien es una triste celebridad. Es que un fratricidio, el de Abel por su hermano Cain, al decir de algunos, ocupa la primera página de su historia. Sobre el mismo terreno regado por sangre inocente se levanta Damasco, que en tiempo de Abraham era ya una gran población, cuando este Patriarca persiguió hasta sus puertas, vencidos, a los reyes aliados de Mesopotamia, quienes, después de saquear las ciudades de la Pentápolis, regresaban a su país cargados de un rico botín, llevando cautivo a Lot y su familia. Pero, cuando llegó a su mayor poderío y grandeza, fué con la primera dinastía de los Califas, la dinastía de los Omeyas, dominando, primero, en Asia y Africa y después, pasando el Estrecho, en nuestra España. No fué, sin embargo, su estrategia guerrera ni su valor heroico, quien les permitió atravesar el Estrecho y apoderarse de España, después de vencer al último rey godo en las aguas del Guadalete. Fué una infame traición, la traición del conde Don Julián y del obispo Don Oppas. Nos costó una lucha titánica de ocho siglos para arrojarlos al otro lado del Estrecho.

Iniciada la lucha en las montañas de Covadonga, terminó en las vegas de Granada. Pero el período de decadencia de Damasco en las ciencias y en las artes comenzó

con la segunda dinastía del Califato, la dinastía de los Abasidas. Aquel poder de la inteligencia que tuvo su más espléndida manifestación en San Juan Damasceno y aquella fuerza de las armas que la tuvo en las grandes conquistas, hechas en Africa y en Europa, se eclipsaron apenas los Abasidas empuñan el cetro. A los días de esplendor y grandeza sucediéronse otros de oscurantismo y retroceso hasta el reinado de Saladino que señala una época brillante en la historia de Damasco por el progreso material de la ciudad-metropól y por el poder de las armas, sometiendo a todos los pueblos de la Siria y de la Palestina. Pero, después del vencedor de los cruzados, volvieron a eclipsarse las glorias de Damasco para no brillar más ni en las letras ni en las artes ni en las armas. Es que cayeron sobre ella las razas bárbaras de Mongolia y Tartaria, primero, y los Mamelucos de Egipto, después, convirtiéndolo todo en un montón de ruinas, las cuales apresuraron la salida de los últimos restos de cultura que allí quedaban, sin que cuatro siglos de dominación turca hayan dejado otras huellas, que las que han dejado en todos los demás pueblos del Oriente, a saber, el sensualismo más desenfrenado en las costumbres, el sectarismo más feroz en la religión, el despotismo más incalificable en las leyes, y el abandono más desastroso en la belleza y ornato de las poblaciones, así como en la higiene pública y privada. Ahí está el harem del Sultán y de sus súbditos, apoyados por el Korán que autoriza la poligamia más descarada; ahí están las matanzas de armenios por motivos de religión, en diferentes épocas, pero especialmente, la del año sesenta del siglo pasado, que produjo la indignación universal en las naciones cristianas, y que movió a Francia a llevar al Oriente una expedición de diez mil hombres para contener los desmanes de aquellos sectarios; ahí están los privilegios y omnímodas facultades que las leyes conceden al hombre respecto de la mujer, al marido respecto de la esposa y de los hijos, que le hacen, poco menos, que señor de horca y cuchillo, mientras que a la esposa la hacen una esclava y bestia de carga, y a los hijos, unos parias e ilotas; ahí están las calles estrechas y sin salida con casas sin decoración externa o con ella, muy pobre en la parte vieja de

todas las poblaciones, aún de la suciedad grande, aún en las calles más céntricas sin que los municipios se preocupen ni poco ni mucho por asearlas, siendo un verdadero milagro que no los visite, con más frecuencia, el cólera morbo. Todo esto no me dejará mentir.

Si estos recuerdos hacen interesante la visita de Damasco, la hacen todavía mucho más los acontecimientos religiosos que han tenido lugar en ella, durante tantos siglos de cristianismo, pero, especialmente uno, la conversión de San Pablo. Su recuerdo, es de lo más atrayente. Por eso, apenas llegamos a la histórica ciudad, mi pensamiento dominante era el pensamiento del lugar de la conversión del Apóstol de las gentes. Todas las miradas de mi espíritu en él las tenía concentradas; todos los deseos de mi corazón allá se iban y lo buscaban con preferencia para alimentarse de su recuerdo, consolador para el hombre flaco y débil que tantas veces ha perseguido a Jesús. Me parecía que allí estaría más cerca de Dios, que hiere y castiga para sanar, que nos aísla y separa de las cosas que nos rodean para hablarnos; que nos priva de los consuelos del cuerpo para darnos los consuelos del espíritu; que nos oculta por momentos la luz material para comunicarnos la luz espiritual, la luz de la fe. Parecíame ver a Saulo postrado en tierra, caído y humillado *sub potente manu Dei*, formulando una pregunta que revela el deseo de la verdad, el deseo del bien, el deseo de la suprema dicha, al mismo tiempo que la aspiración de la inteligencia, a saber, donde está esa verdad que la hace feliz, donde está ese bien que llena la voluntad, donde está esa dicha en que plenamente descansa el corazón. Parecíame oír aquel *Ego sum* semejante en el sonido de sus dos palabras, pero muy distinto en sus efectos, a aquel otro *Ego sum* que los mismos labios habían pronunciado en el huerto de los olivos. Este llena de pánico a los soldados que quieren prenderle. Es que no pasa de los oídos del cuerpo, no llega a los oídos del alma. Por eso, los soldados no quedan transformados. Aquél pasa la corteza del cuerpo, penetra en el espíritu de Saulo, quebranta su voluntad, su corazón, como quebranta el rayo al roble de los bosques, y Saulo se transforma. Ya no es un perseguidor de Cristo, un agente

voluntario de la sinagoga que desea ahogar en su propia sangre a los discípulos del Galileo, exterminar su religión en su misma cuna. Es el alma intervenida por la gracia divina que ilumina y purifica como purifica o ilumina el fuego. Es el alma humilde que dice a su Dios cuando sale a su encuentro *Señor, ¿qué quieres que haga?*

Todas estas ideas sugeríanme deseos vehementes de empezar por aquel lugar la visita a Damasco; pero era necesario hacer lo que ordenaban los directores de la peregrinación, quienes no opinaban como yo.

Llegamos a Damasco a las cuatro y media de la tarde. Desde el tren aparece la ciudad en medio de corpulentos árboles, ofreciendo un hermoso paisaje. Era la parte nueva con sus calles anchas y espaciosas que son verdaderos boulevares. Nos sorprendió un enorme movimiento de gente de todas edades y condiciones en las calles como en las grandes poblaciones de Europa, con un tranvía eléctrico atiborrado siempre de viajeros y con hermosos edificios, especialmente, en la calle Recta, paralela al río Baraba, que atraviesa la ciudad de oeste a este.

Aquella tarde, apenas tuvimos tiempo para recorrer en tranvía algunas calles, pero fué el necesario para que nos dieran un timo los mismos encargados del tranvía. Subimos a él en el puente construido sobre el referido río Baraba, y pagamos religiosamente lo que nos exigieron. Pero a dos pasos, retrocede el tren al punto de partida y nos exigen otra paga íntegra como la anterior, sin haber transcurrido, apenas, un minuto. La protesta fué general con ademanes violentos, pero el agente del tranvía se hacía el sordo como quien no entendía nuestra lengua ni tampoco el lenguaje de acción. Una señora madrileña le increpó y afeó su conducta incorrecta e injusta, en francés, que suelen hablar en Oriente, los empleados de trenes y tranvías y las personas cultas; pero, ni por esas. El dilema estaba presentado; soltar el franco que él exigía o dejar el puesto libre. *Pro bono pacis* pagamos, pero a regañadientes. Es que queríamos aprovechar la tarde, satisfaciendo la natural curiosidad del que llega a una población desconocida.

A las seis ya estábamos todos en el hotel para comer. El edificio puede competir con cualquiera de Europa, pero

en cuanto a cocina, apenas se encuentra una semejante. No recuerdo su nombre ni quiero acordarme por no quitarle su fama si es que alguna tiene, si bien tengo para mí que todos los demás tendrán la misma cocina, que yo llamo cocina damascena. Sentí repugnancia, verdadero horror a la comida. Es que los sentidos del gusto y del olfato se sublevaban, apenas empezaba a comer, ocurriendo lo mismo a los compañeros que tenía a mi lado, lo cual demuestra que no era cosa subjetiva mía, sino real y objetiva. Las carnes con su correspondiente cebo, las grasas, la misma condimentación, todo era de lo peor. Había, pues, necesidad de quedarse a media ración; un poco de sopa, huevos pasados, fruta y café, y pare usted de contar.

Rendidos del cansancio y del ajeteo del día con sus dos jornadas, una de Balbek a Reyak y la otra de Reyak a Damasco, nos acostamos muy temprano aquella noche. Huelga decir que apenas caímos en la cama, un sueño profundo nos transportó del mundo de los vivos hasta el día siguiente.

DIA 14 DE MAYO

Parroquia de los latinos. — Un hermoso cuadro. — El convento de los PP. Franciscanos. — Su persecución del año sesenta del siglo pasado. — Capilla de San Ananías. — Casa de San Juan Damasceno. — Recuerdo de un gran prodigio. — Casa de los Maronitas. — Sus hermosas prendas de carácter. — El Ministro de la guerra turca y el Patriarca Griego. — El Bazar de los griegos. — La Mezquita de las Omeyas. — Un gran taller. — Lugar de la conversión de San Pablo.

Eran las seis y media de la mañana cuando yo llegué al convento de los PP. Franciscanos para celebrar en su ige-

sia, que se halla en el barrio de los cristianos. Es la parroquia de los latinos, dedicada a la conversión de San Pablo, con su soberbio cuadro en el altar mayor representando el acto de esta conversión, San Pablo cayendo del caballo a las puertas de la ciudad, herido por un rayo de luz esplendorosa y divina. No se cansa uno de contemplarlo por su belleza física, pero más por su belleza moral. Es que, al orar ante él parecíame oír el hermoso diálogo ante Jesús y Saulo. Jesús que llama a Saulo y le hace caer de sus labios una queja amorosa ¿Saulo, Saulo, por qué me persigues? y Saulo que pregunta a Jesús con profunda humildad quién era el que le hablaba. Es que Jesús no cesa de llamar al pecador que es su enemigo, ni de quejarse de su negra ingratitud desoyendo su voz *Vocavi te et renuisti*. Es que Saulo estuvo siempre lejos de Jesús y no conocía su voz, y seguramente su maestro Gamaliel, con la ciencia que había comunicado a su clara y poderosa inteligencia, infundió en su corazón una dosis enorme de odio contra Jesús, odio que abría un abismo que le separaba de Él. Pero después de aquel amoroso *Ego sum* de Cristo, el lobo se convierte en oveja, el perseguidor en vaso de elección que había de llevar su nombre ante los reyes de la tierra. He ahí todas las bellezas morales que allí percibe nuestra alma.

La iglesia es bastante capaz sin que descuelle por su arquitectura ni por su grandiosidad. Situada en el interior del convento semeja éste una fortaleza de robustos muros, ventanas con rejas y puerta de hierro, teniendo en el centro dos grandes patios y con sus claustros muy espaciosos. Es de construcción reciente, del año sesenta y cuatro del siglo pasado, y hecho a expensas del gobierno turco. Lo exigió Francia, como indemnización de las enormes pérdidas que allí ocasionaron los turcos, reduciendo a cenizas el convento y la iglesia el año sesenta del mencionado siglo. Es que la libertad de cultos que concedió el Sultán en todo su imperio exacerbó los ánimos de los fanáticos mahometanos, saliendo a la superficie el odio sectario que abrigaban en su corazón, y apenas estalló la persecución, los cristianos se refugiaron en la iglesia del convento. Pero el sectarismo no respeta siquiera el derecho de asilo. Cayeron sobre él, intimando a los religiosos

tianos allí que salieran, pues iban a prender fuego al convento y a la iglesia para acabar con los cristianos allí refugiados.

Fué una consideración que tuvieron con aquéllos en atención, tal vez a los buenos servicios que, en Oriente prestan los religiosos; pero éstos lo rechazaron, de no desistir de su bárbaro intento. Es que preferían morir con sus hermanos antes que vivir sin ellos. Huelga decir que todos perecieron en medio de un voraz incendio que no dejó otras huellas que pavesas y escombros. La nueva iglesia conserva los restos de los ocho religiosos que dieron su vida tan generosamente por Dios. Tiempo vendrá, y no será muy tarde, en que la Iglesia conceda el honor de nuestros altares a todas las víctimas que hizo, en la ciudad, el odio sectario del Korán, las cuales ascendieron a nueve mil; y de no ser un señor argelino que tenía a su disposición dos mil hombres que pudieran contener tanta fiereza, y dando lugar a que se refugiaran en el palacio de su señor las hermanas de la Caridad, los Cónsules de Francia, Austria, Rusia y Grecia, con una muchedumbre de cristianos, la chusma musulmana hubiera terminado con la iglesia de Damasco.

Después de desayunar en el convento visitamos la capilla de San Ananías. De la antigua iglesia, dedicada a este Santo, a quien Dios ordenó que bautizara a Saulo ya convertido a las puertas de la ciudad, sólo queda una cripta en el mismo lugar donde se alzaba la casa de aquel discípulo del Señor. Hoy está bajo una calle, siendo un santuario muy venerado hasta de los mismos musulmanes por respeto a San Pablo. Es muy pequeña, pero siempre alumbrada por un considerable número de lámparas y donde un religioso celebra el Santo Sacrificio todos los jueves.

De allí, nos dirigimos a la casa de San Juan Damasceno, así llamada porque ocupa el mismo lugar donde nació este gran Padre de la Iglesia, quien se distinguió por su acendrado amor a la Santísima Virgen y por su labor meritísima en favor del culto de las imágenes, siendo el martillo de la herejía iconoclasta hasta el punto de haber merecido la honra de que sus enemigos le amputaran la mano derecha con que tomaba la pluma para escribir aquellas obras admirables en que defendía, con argumentos apodícticos y contundentes, el culto de las imágenes y refuta-

ba los errores de sus adversarios. Su lógica de hierro, basada en la luz radiante y esplendorosa de su inteligencia, era inexorable para sus enemigos. Es que la verdad no transige nunca con el error ni cede a sus promesas, ni se doblega ante sus amenazas y exigencias.

Si le amputan la mano es para impedirle que escriba más defendiendo la verdad católica, pero en vano se interpone y se empeña el hombre cuando Dios quiere cumplir determinados designios sobre sus siervos; y entraba, en estos designios, autorizar sobrenaturalmente la doctrina de aquella lumbrera de la Iglesia y dar realce y prestigio a su persona; entraba, en estos designios, premiar, aún en esta vida, la meritísima labor de San Juan en pro del culto de las imágenes de los Santos y especialmente, de su Madre, por cuya mediación obra el milagro de restituirle la mano que había sido instrumento de su inteligencia para la defensa de la verdad en sus obras inmortales.

De la casa no queda más que un extenso solar, cuya entrada es por un gran corral, de donde se pasa a un patio bastante espacioso con pavimento de mármol, junto al cual está la casa que llaman de San Juan, en la cual hay un cuadro que representa a la Madre de Dios restituyendo la mano al Santo.

El santuario está a cargo de los PP. Jesuitas, quienes viven en una modesta casa levantada sobre el mismo solar. Tuvieron con nosotros muchas consideraciones y deferencias que les agradecemos profundamente.

Salimos de aquí y de paso entramos en la residencia de los Maronitas con tan buena suerte, que nos encontramos con el Sr. Obispo maronita que vestía sotana negra, pero con vivos morados, pectoral y anillo. No era hombre entrado en años, pero sí de continente grave y austero, si bien dulcificado por su modestia y humildad. Es la nota característica de los maronitas, quienes, al mismo tiempo que inspiran veneración y respeto, tienen un no sé qué de atrayente que encanta. Parece que llevan un sello de grandeza moral, revelada por su fisonomía especial. Es la grandeza moral de la virtud, acrisolada por el fuego de la tribulación.

Los maronitas constituyen la raza oriental de una fe a toda prueba, la raza que ha recibido el bautismo de dolor

y de sangre en el yunque de la persecución, que ha continuado la historia de los héroes del cristianismo, prefiriendo mil muertes antes que abjurar de su fe. Ni el cisma con todas sus promesas y adulaciones, ni el islamismo con todas sus brutales pasiones han podido hacerlos vacilar en su fe, triunfando siempre de todas las tiranías, de todas las promesas y amenazas, de todas las pasiones.

A las doce estábamos en el hotel. Era la hora del almuerzo, yo diría, la hora de hacer penitencia, no por la poca cantidad de alimentos, pues eran abundantísimos, sino por la pésima calidad de los mismos, amén de su mala condimentación.

Allí encontramos a dos altos personajes, el Ministro de la guerra turco, según nos dijeron, y el Patriarca griego cismático que vino a visitarle. El ministro, hombre de mediana estatura, vestía a la europea, pero con la consabida gorra encarnada, que los turcos no dejan ni a sol ni a sombra, desde el Sultán hasta el último de sus súbditos. Su porte distinguido dejaba entrever su elevada graduación y su noble abolengo. El patriarca, que semejaba un atleta por su corpulencia y robustez, llevaba sobre el pecho un riquísimo pectoral, cuajado de piedras preciosas, y en su mano derecha un anillo de inestimable valor. Era lo que le distinguía de su familiar, que vestía sotana negra con su correspondiente sombrero de copa. A pesar del abismo que nos separa respecto a la obediencia al Papa, era de ver la delicadeza con que nos trataba, lo mismo al llegar nosotros al hotel, que al marcharse él, correspondiendo nosotros con iguales muestras de consideración y delicadeza.

Eran las dos de la tarde cuando salimos a continuar nuestra visita a la ciudad de Damasco. Tocóle el turno al bazar de los griegos que está mil codos por encima de los demás de Oriente en suciedad y abandono de la higiene. Hay que llevar el pañuelo en la mano para taparse las narices y con una atención constante para no pisar los residuos que las bestias dejan en las calles. La visita fué deprisa y corriendo, procurando contener también la respiración para no aspirar aquellos gases tan antihigiénicos, y no percibir olores tan desagradables. Sin embargo, las señoras de distinguida posición social y mimadas de la fortuna deteníanse en él, con peligro de su salud, deslum-

bradas por los riquísimos damascos que allí había. Es que querían darse el gustazo de traer a España un buen surtido de aquel género.

Dijéronme que habían dejado, en aquel mercado, cincuenta mil francos, cosa que, ni siquiera me ocurrió poner en tela de juicio, supuesto el entusiasmo que el género había despertado en ellas, por una parte; y por otra, la gran facilidad que se notaba, en ellas, para acceder a la enormidad de los precios que suelen ser el cuádruplo de lo que realmente vale la mercancía, sobre todo, cuando el cliente se distingue por su falta de luces y no sobra de malicia.

Claro está que las señoras no adolecían de estos defectos; pero les parecía el damasco muy barato con relación al precio que tiene en España, amén de que son rumbosas, sin que, en ello, nadie les vaya en zaga, y les parece de muy mal tono el regateo, pues no dice bien con su alto rango; y antes que descender, prefieren dejarse engañar. Yo no las censuro, antes bien las aplaudo; y si la fortuna me hubiera mimado como a ellas, jamás regatearía. Pobre y todo, como soy, siento, en ello, repulsión y vergüenza. En ellas influirá su rango; en mí influye el carácter, el temperamento y hasta la misma educación social.

De este bazar pasamos al de los librereros, sin que tenga nada digno de mención; y a dos pasos, visitamos la Mezquita Mayor o Mezquita de los Omeyas que se levanta sobre las ruinas de la Basílica dedicada a San Juan Bautista, que existió desde Constantino hasta la época de los Califas, que la destruyeron para edificar la actual Mezquita.

Es uno de los santuarios más venerados del Islamismo, cuya entrada estuvo prohibida a los cristianos hasta la guerra de Crimea. Hoy se permite entrar, pero con las dos consabidas condiciones, dar la propina que ha impuesto la sublime Puerta y calzarse las sandalias que el Korán prescribe.

Toda su grandiosidad y belleza está en su interior. Como Santa Sofía, en Constantinopla, tiene adosados a su alrededor muchos edificios que le impiden destacarse desde su base y aparecer en toda su altura, grandiosidad y magnificencia. Me pareció algo así como el que está opri-

mido, sin poder apenas respirar, lleno de angustia, y sin espacio para desenvolver sus miembros y manifestar la armoniosa proporción de todas sus partes y la esbeltez y hermosura que de ella provienen.

Es el gran defecto que tienen casi todos los templos de Oriente y de Occidente. Muchos son maravillas de arquitectura y de arte, pero esas maravillas están, en parte, sepultadas por edificios adosados a ellas, los cuales siempre serán un adesio, sino en sí mismos considerados, por lo menos, lo son con relación a aquellos monumentos, cuya magnificencia y maravilloso conjunto exterior impiden ver y admirar, sin que para hacer esta afirmación se necesite poseer grandes conocimientos técnicos; basta y sobra un poco de gusto estético. Es que Dios ha dejado en el fondo de nuestra alma una fibra delicada que vibra apenas percibimos lo hermoso, lo bello, lo grande. Aún, sin la educación del gusto estético, sentimos la belleza dondequiera que la veamos. Tal vez no podamos dar la razón de lo bello. Cúlpose a nuestra falta de instrucción, a ruinas escasas luces intelectuales, pero el corazón se conmueve, y ante la belleza siente una emoción dulce y arrobadora, cómo que es una consecuencia necesaria de la naturaleza misma de nuestro espíritu. ¿Qué es el alma humana? un soplo de la boca de Dios, un aliento de su pecho, un latido de su corazón. Eso es el sér con quien no ha tropezado aún el bisturí de nuestros intelectuales cirujanos. Es, pues, muy natural que participe del amor que siente Dios hacia todo lo hermoso, todo lo bello, y que vea en ello una manifestación espléndida de la belleza y hermosura de Dios, de la cual participa también, como el efecto, de la causa. Lo que sería extraño, es que no sintiera la pasión de la belleza, que no deseara encontrarse con ella, por aquello de que todo sér busca a su semejante: y que, encontrada, no se ~~abrazara~~ abrazara con ella y sintiera todos los estremecimientos y dulces emociones de su amor.

He aquí por qué hoy tiéndese a dejar aislados todos los monumentos que descuellan por su grandiosidad y belleza. He aquí por qué se trabaja lo indecible para quitarles esos pegotes que arrebatan la mitad de su grandiosidad, de su belleza. Si las catedrales de Bolonia, de Milán, de Nuestra Señora de París, de León y de Burgos, aparecen tan mo-

numerales apenas se acerca uno a ellas, débese, sin duda, a su aislamiento. Son algo así como los oasis del desierto, que cuando más árido, infecundo y falto de vegetación sea éste, más herinosos resultan aquéllos.

La Mezquita de los Omeyas que me ha sugerido estas ideas, está mil codos por encima de las trescientas más que hay en Damasco. Es de estilo bizantino y consta de tres amplias y espaciosas naves, divididas por cuarenta columnas de orden corintio, siendo de mármol todas ellas, así como el pavimento y la parte interior de las paredes. La cúpula de cuarenta metros de altura que la remata, se alza sobre cuatro robustos pilares. Es deslumbrador el espectáculo que ofrecen sus grandes ventanales con vidrieras de colores bien combinados, y las paredes laterales con los nombres de los cuatro primeros Califas y un gran número de versículos del Korán.

Detrás de la célebre Mezquita visitamos un hermoso y soberbio mausoleo que contiene los restos de Saladino, conquistador de Palestina. Una corona de flores recuerda la visita que a la ciudad de los califas hizo, en 1903, el Emperador de Alemania, Guillermo II. Salimos de allí para visitar un gran taller donde se fabrican objetos de bronce, cobre y metal con incrustaciones de oro y plata.

Trabajan en él unos novecientos obreros, siendo delicadísima y de gran mérito la labor que realizan por el arte y ejecución de manos, que supone una gran habilidad y una paciencia admirable. Visitamos todos sus departamentos, recibiendo, de sus jefes respectivos, muestras de deferencia y afabilidad, desviándose por enseñarnos todos los objetos de más mérito artístico. Correspondimos comprando cada uno lo que más fuera de su gusto, con lo cual quedaron muy complacidos y de alguna manera compensados de la cortesía y delicadeza que habían tenido con nosotros.

Terminada esta visita, tocábase el turno ahora al túnez de la Conversión de San Pablo. Era por donde yo deseaba empezar la visita a la ciudad de Damasco, como llevo dicho, pero otra cosa había dispuesto la Junta Organizadora y había que resignarse para no ser nota discordante. Como está en las afueras de la ciudad, tomamos nuestros coches y allá nos dirigimos. Casi no llegamos por el mal estado del camino, lleno de baches que hacían que las bestias se atascaran con mucha facilidad.

Llegamos, por fin, y lo confieso con toda ingenuidad; sufrí una decepción de muy señor mío. El lugar que señala la tradición está convertido en cementerio, y menos mal que es católico. Del monumento que, en los pasados siglos, levantaron allí los cristianos para recuerdo perenne del extraordinario acontecimiento, no queda otra cosa que ruinas y escombros que se elevan sobre el nivel del terreno metro y medio en forma de un puente. Es todo lo que se ofrece a la vista del peregrino que entra en Damasco, ávido de ver un recuerdo digno de un suceso que tanto hace resaltar la omnipotencia de la gracia divina sin privar al hombre de su libertad.

Adoré los altos designios de Dios en permitir que ni siquiera una humilde ermita o una pobre cripta, como la de Ananías, recordara a las generaciones cristianas el rasgo de su misericordia infinita, tan glorioso para él y tan consolador para la humanidad pecadora, con Saulo, con el discípulo de Gamaliel, con el cómplice de la muerte de San Esteban; rasgo que le llenó de un amor tan grande e intenso como grande e intenso había sido su odio hacia todo aquello que diera olor al nombre de cristiano. Quiero creer que cuando la caridad de las naciones cristianas despeje el horizonte económico de aquellos buenos religiosos, cuando sucedan días venturosos en que aparezca otra Santa Elena, aquel lugar será de los más venerandos de Damasco por lo que recuerda y por la esplendidez y magnificencia con que lo honrará la piedad católica.

Frente a ese mismo lugar señala la tradición otro de interesantes recuerdos y que ocupaba la casa en que se hospedaba San Pablo mientras permaneció en la ciudad, predicando el Evangelio. Era la misma casa de Jurlas, del barrio Dercelio, a donde llevaron a San Pablo sus compañeros de viaje, cuando le vieron caído en tierra y ciego sin poder andar por sí solo. Era la misma casa que indica Jesús a su discípulo Ananías para que se presente en ella y bautice a Saulo, oriundo de Tarso, pues, he aquí, que está orando *Ece enim orat*. Es la frase que emplea Jesús para mostrarle que ya no era perseguidor y lobo como era antes, sino cordero manso, humilde y obediente. Es que, si el hombre ora, es porque cree, porque espera, porque es humilde. Esta fe, esta esperanza y esta humildad son inseparables de la oración.

Allí estaba Saulo hacía tres días sin ver y sin alimentarse, pero sin ver la luz del sol que nos ilumina y que lleva la fecundidad y la vida a toda la naturaleza física, y sin alimentar su cuerpo con manjares materiales. Concentró todas las miradas de su alma, toda la atención de su espíritu en admirar la infinita misericordia de Dios, en confesar su propia miseria y en prepararse para recibir el bautismo y las órdenes del Señor. Para eso le aisló Dios del mundo visible. Le habló en esa completa soledad y abrió los ojos de su alma llenándola de luz radiante y esplendorosa, y con un ayuno riguroso de tres días en que pierde las fuerzas y los bríos del cuerpo; quiere espiritualizarle para que pudiera participar, con más abundancia, de aquella vida divina, de aquellas energías celestiales con las cuales había de hacer maravillas en su apostolado. Y al descender sobre su alma esa luz esplendorosa con el Espíritu Santo, esa vida divina, robusta y lozana, con las aguas regeneradoras del bautismo, cayeron de sus ojos corporales unas como escamas. Con la luz de la fe que infunde Dios en su alma mediante el bautismo recobró la vista corporal, viendo ya las maravillas de la naturaleza como sabio y como cristiano a la vez.

Apenas San Pablo empieza a predicar a los judíos que Jesús era verdadero hijo de Dios, no pudieron contener su indignación contra él, custodiando la casa para que no escapara de la muerte que habían maquinado contra su persona. Y para frustrar los intentos de sus antiguos camaradas, los cristianos aprovechando la oscuridad de la noche, le sacaron por las ventanas con una espueña. Tanta generosidad costó la vida a San Jorge que fué su principal inspirador. Tampoco hay aquí señal alguna que recuerde este episodio de la vida de San Pablo. Nada queda de aquella iglesia que sobre el solar de la casa levantaron los primitivos fieles, la cual, restaurada en diferentes épocas, vino a ser una de las más suntuosas en Damasco.

Era ya tan tarde, que apenas tuvimos tiempo de visitar la parte nueva de la ciudad. La visita fué deprisa y corriendo, pero lo suficiente para hacernos cargo de sus buenos edificios, de sus calles trazadas a cordel, anchas y espaciosas, con sus dos filas de árboles corpulentos: Nada hay allí que revele el carácter moruno de la parte vieja,

pareciéndonos estar en una población europea de primer orden, si bien la gente dista mucho en el aseo y limpieza de su persona, cuya deficiencia salta a simple vista, así como la falta de delicadeza en los modales y de actividad intelectual y corporal. A doscientos mil habitantes asciende su población entre católicos, judíos y mahometanos.

DIA 15 DE MAYO

Regreso a Beirut.—Grata sorpresa en el vapor.—Frente a las ciudades de Tiro y Sidón.—Sus interesantes recuerdos.—La tumba de Orígenes y Federico Barbarroja.

A las siete de la mañana habíamos celebrado todos los sacerdotes y oído misa Señoras y Caballeros, y después de desayunar nos dirigimos a la estación de Beranké. A las ocho salió el tren para Reyak, recorriendo el mismo camino que había llevado a la ciudad de Damasco, y a las once llegamos a Reyak, en donde nos esperaban los peregrinos que el día anterior habían hecho la visita a Balbek. Almorzamos allí, reinando, durante el almuerzo, una animación extraordinaria y cambiándonos impresiones mutuamente y haciendo comentarios muy salados. Salimos de Reyak a las dos de la tarde y llegamos a Beirut a las cinco con una marcha regular, y a las seis todos estábamos en el vapor, levando anclas a los pocos momentos, con rumbo a Caifa.

Aún no habíamos salido de la bahía cuando sonó la campana que nos llamaba a comer. Nos resultó un verdadero banquete, recompensándonos del forzoso ayuno que algunos días tuvimos que hacer. Terminada la comida, nos reunieron a todos los peregrinos en el mismo comedor para darnos una grata sorpresa. El Presidente de la Junta organizadora, Don José María de Urquijo, colocado a una altura que permitía verle de todas partes del salón, el cual

deslumbraba por lo espacioso y por lo rico de la decoración, (amén de la esplendor que le daba la profusión de luces eléctricas), pronunció un elocuente discurso sobre el modo de aprovecharnos espiritualmente en nuestra visita a los Santos Lugares. Yo sabía que el Sr. Urquijo era un perfecto caballero, un católico a macha martillo, un benemérito de la Iglesia, pero no sabía que fuera orador.

Su figura simpática destacábase sobre la improvisada tribuna, dejándose oír en los cuatros ángulos de aquel hermoso salón, y su palabra fácil, correcta y vibrante, con su acción delicada y finos modales, revelaba que era hombre avezado a estas lides oratorias. Fué tal la gratísima impresión que experimenté desde que comenzó su discurso, que no perdí una sola palabra. Tuvo arranques hermosísimos que ponían de manifiesto fibras muy delicadas del alma y el fuego divino que ardía en su corazón. Parecióme un santo Padre por su elocuencia y por su piedad.

A media marcha iba nuestro yach para recorrer durante la noche la costa de Fenicia que separa a Beirut de Caifa. La oscuridad de la noche nos impidió ver (y por ello sentí gran pena), los lugares donde, un día, se levantaban las celebérrimas ciudades de Tiro y Sidón, emporio de la civilización antigua y centro del comercio y de la industria, que sus habitantes, de carácter sumamente emprendedor, llevaron a las costas septentrionales de Africa y meridionales de España, fundando en ellos colonias de mucha importancia y llegando en su correrías hasta Inglaterra y las costas del Báltico. Era la exuberancia de vida intelectual y comercial que no podía contentarse dentro los estrechos límites de aquellas ciudades, pero toda esa grandeza intelectual y material ha desaparecido con los siglos, y tal vez, para no renacer jamás.

Pocas serán las ciudades, fuera de la Palestina, de tan interesantes recuerdos como Tiro y Sidón, nombres que traen a nuestra memoria al hijo irrespetuoso e inconsiderado para con el patriarca Noé; nos recuerda a Cam. Allí vinieron sus dos hijos Tiro y Sidón a fundar las históricas ciudades que llevan su nombre. Allí, cerca de la segunda, arroja al profeta rebelde, a Jonás, después de engullirle y tenerle en su vientre durante tres días, un enorme cetáceo que la Providencia divina trae de la mano para castigar

su ridícula pretensión de eludir, huyendo a Tarso, los mandatos de Dios, que le ordenaba predicar penitencia a los ninivitas, degradados por los vicios más vergonzosos. Allí, a los confines de estas ciudades, vino Jesús dándose a conocer a los gentiles con un prodigio que arrancó a su poder la fe grande de una madre. Es la mujer cananea que, apenas se entera de que Jesús estaba hospedado en una casa, se presenta en ella y postrado a sus pies le pide encarecidamente la curación de su hija. Es la primera vez que Jesús, haciendo violencia a su Corazón, no dice una palabra siquiera que pueda consolar a aquella madre. El que, ante las lágrimas de la viuda de Naim y sin que ésta le ruegue, se acerca al féretro de su hijo y pronuncia palabras omnipotentes, *joven, levántate y anda, yo te lo mando*, ahora parece insensible ante las lágrimas y los ruegos de la cananea; se levanta y echa a andar como quien no quiere que se hable más del asunto, pero ni siquiera atiende a la recomendación que, en su favor, le hacen sus discípulos. *No es lícito echar a los perros el pan de los hijos*. Es la única respuesta de Jesús; pero ya no podía hacerse más violencia. Una confesión explícita y sincera de fe en su poder y misericordia bastó para que su inmensa ternura se desbordara de su Corazón divino. *Es verdad, Señor, lo que dices, pero también lo es que los cachorrillos se alimentan de las migajas que caen de la mesa de sus señores*. Tanta fe le valió la curación de su hija. *Hágase según tú deseas*. El prodigio se verificó en el acto.

— Pero lo que ha hecho tristemente célebres a estas dos ciudades fué el haberlas tomado Jesús como punto de comparación para echar en cara a Corozain y Betsaida su impenitencia, amenazándolas, con un riguroso juicio. Es el *vae tibi* más aterrador que salió de sus labios contra las ciudades de la orilla del lago de Tiberíades. Las palabras de Jesús revelan la obstinación inaudita de Corozain y Betsaida, así como la corrupción más espantosa de Tiro y Sidón. *¡Ay de vosotras, Corozain y Betsaida, por que si en Tiro y Sidón, se hubieran hecho las maravillas que vosotras habéis visto, con toda seguridad hubieran hecho penitencia, cubiertas de ceniza y cilicio, por la cual no serán tratadas con tanto rigor como vosotras en el día del juicio!*

Por último, allí guardáronse por algún tiempo los restos mortales de dos hombres eminentes, dos hombres de fama y renombre; el uno, por su ciencia y vastísima erudición que asombró al mundo de las letras y cuyas obras serán inmortales, si bien en los postreros días de su vida cayó en un gravísimo error, llevado de un celo indiscreto de la gloria de Dios y de un espíritu exagerado de penitencia; el otro, por su valor y gran poder, que pretendió enaltecer el trono de Alemania sobre los demás tronos de Europa sin respetar la independencia de la Santa Sede, pero tomando parte en la tercera cruzada y defendiendo con un heroísmo sin igual los Santos lugares. El primero se llamó Orígenes y el segundo Federico Barbarroja, que encontraron su tumba en las mencionadas ciudades.

DIA 16 DE MAYO

Llegada a Caifa.—Grandes emociones a vista de Tierra Santa. —Aspecto material de Caifa. —Subida al monte Carmelo. —Hermoso panorama sobre el mar y San Juan de Acre. —La Basílica del Carmelo. —La cripta o gruta de Elías. —La primera comunión general de la peregrinación. —Un notable sermón. —Escuela de los profetas, fuente de Elías y campo de los melones. —Recuerdos de San Juan de Acre. —Camino de Tiberíades. —Lago de este nombre. —Sus recuerdos. —Una tempestad en su orilla. —Un timo frustrado. —Noche toledana.

Eran las seis de la mañana, cuando el vapor echó anclas en la bahía de Caifa. El día era espléndido, con un cielo despejado, sin nubes, y con un mar tranquilo, sereno. En todos los semblantes reflejábase una ansiedad suma por saltar a tierra. Y no era porque pasáramos una noche toledana

a causa de habersele aventado las narices al mar, con las correspondientes angustias mortales del mareo, sino, porque nos parecían siglos todos los instantes que retardaba nuestro arribo al muelle.

Parecíanos que tardaba demasiado el momento de besar aquella tierra santificada con la presencia de Jesús y que se nos iba a escapar, de entre las manos, la dicha de subir a aquel monte Sagrado, que teníamos a nuestra vista, el monte Carmelo, y de celebrar allí el Santo Sacrificio de la misa. Fué el único día, en que a bordo, a nadie le ocurrió levantarse desde las cuatro de la madrugada, ni para oír la misa. Es que todos, sacerdotes y seglares, tenían un solo pensamiento, una sola aspiración, el pensamiento y la aspiración de besar aquella tierra bendita llena de tantos recuerdos, de visitar el santuario venerando del profeta Elías y de nuestra Señora del Carmelo, amén de alimentarse allí, con el pan de los ángeles. Las primicias del solemne acto de la comunión general de la peregrinación estaban reservadas para aquel día sobre el histórico monte y en la Basilica de su nombre, dedicada a la Augusta Madre de Dios. Todos los peregrinos habían confesado la noche anterior mientras bordeábamos las costas de Fenicia.

Por fin, llegó el momento tan deseado. Eran las seis y media, cuando por primera vez, pisamos tierra del país de Jesús. Besarla es lo primero que hicimos, y besarla con amor, con fe grande, con una devoción acendrada: Yo lo hubiera hecho, aunque la Iglesia no tuviera vinculada a este acto de humildad una gracia especialísima, un indulto pleno de la pena con que debemos satisfacer a la justicia divina, después de perdonada la culpa. Es que mi fe me recordaba la orden terminante y expresa que de Dios recibió Moisés, al acercarse al monte Moreb, para ver una tierra que ardía y no se consumía. *Descárgate, Moisés, porque la tierra que pisas, esta santificada con mi presencia.* Y ya que mi abnegación, mi sacrificio no llegaba a tanta perfección, me creía en el deber de inclinar mi frente ante el polvo de la tierra que fué testigo, un día, de las maravillas divinas, y hollada con la planta de Jesús, cuyas huellas recogió para ofrecerlas a las futuras generaciones. Ni la suciedad de que estaba impregnada y que natural-

mente inspiraba repugnancia pudo impedir satisfacer la aspiración religiosa de mi alma. Es que la fe venció a la naturaleza. Cerré los ojos del cuerpo, y abriendo los del alma, los de la fe, estampé en el suelo un ósculo llenó de todos mis amores, de todos mis cariños, sintiendo correr por mis mejillas una lágrima, al incorporarme y echar a andar. Fué efecto de un recuerdo; del recuerdo de lo mucho que había ofendido a Jesús, cuyo país fui a visitar, y en donde El había hecho un derroche de su inmensa ternura; de su inmenso amor para con los pecadores. Por eso, aquella lágrima se convirtió en una verdadera purificación preparatoria, que agradecí en el alma, a la infinita liberalidad de Dios.

El muelle de Caifa, aparte de lo sucio y mal oliente, es de un aspecto pobre; parte de piedra, y parte de madera, respondiendo a la población, con sus callejuelas estrechas y sucias unas, y sin salidas otras, con casas de aspecto muy desagradable y sin un edificio; dentro del casco, que valga la pena de levantar los ojos para verlo; pero las afueras de la villa ofrecen un verdadero contraste con ella por la colonia alemana, rodeada de hermosos jardines, por el convento de las Madres Carmelitas también rodeado de un precioso jardín, y por sus frondosos olivos y esbeltas palmeras.

A poca distancia del muelle, nos esperaban los coches para subir al Carmelo. Son estos vehiculos muy altos, de cinco asientos y muy bien ventilados, es decir, apropiado para aquellos climas de calor sofocante. Ni un pasajero más, de los cinco que le corresponde, se admite en ellos. Es que allí no lo permiten los áurigas, porque estiman y cuidan mucho de los animales, ni los pasajeros, por que se asfixian y estiman mucho su vida.

Así, holgadamente, sin las molestias que causan los abarrotamientos, pasamos por la villa, en medio de la indiferencia de la población musulmana, del odio satánico de los judíos y del cariño de los católicos, que compone la mitad de la población. Aquella indiferencia es propia de la vida sensual, que les permite el Korán; y el odio de los otros es el odio de raza y de religión, que es el peor de todos. No nos dimos ni por ofendidos ni mortificados. De antemano, lo sabíamos, y contábamos con ese odio y

con esa indiferencia; pero nos consideramos suficientemente compensados con el amor y cariño de los católicos, que son los más en Caifa, con el cariño y con el amor de hermanos en Cristo.

Apenas llegamos a las afueras de la villa, nuestros pulmones empezaron a ensancharse, en un ambiente delicioso y perfumado con la fragancia de los jardines. Después, bordeamos la montaña, cubierta de vegetación, aunque no muy abundante, hasta llegar a su cima que mide seiscientos metros de altura. Gastamos media hora para subirla, si bien nos pareció un momento, por lo agradable de la excursión, por lo hermoso del panorama que se ofrecía a nuestra vista, el cual se iba agrandando, a medida que subíamos, y por la brisa fresca y suave que nos venía de aquel mar tranquilo, cuyas olas sentíanse morir bajo nuestros mismos pies. Frente al histórico monte, veíase la bahía de San Juan de Acre, la antigua Tolemaida, de aguas tranquilas, bañando los blancos edificios que se alzan sobre la misma orilla; al norte la costa fenicia que recorrimos la noche anterior, con sus ruinas de Tiro y Sidón, y al sur, la costa filistea, tan célebre en la historia del pueblo hebreo, que nos separa de Jafa, unida con Jerusalén por un tren que explota una compañía europea. Allí se puede prolongar la vida diez o quince años más. Las hermosísimas vistas, el aire puro, plétórico de yodo y oxígeno, el apetito devorador que se siente en aquellas alturas, todo convida a vivir, todo contribuye a prolongar la vida.

Apenas llega el peregrino a la cima de la montaña, otra cosa roba su atención. Es la basilica del Carmelo que ocupa el centro del convento de los carmelitas, quienes nos llenaron de cariñosos agasajos acompañándonos, desde el muelle, hasta su residencia, en la cima del monte. Eran hermanos nuestros por sangre y por religión. Eran todos españoles, todos sentían en su corazón el fuego sagrado de la misma patria. Nuestra presencia avivó la llama, que no se extingue nunca, apesar de las prolongadas ausencias y hasta de la indiferencia que recibimos de los nuestros.

Vista a simple vista en su conjunto, no me pareció una iglesia de primer orden ni por su grandiosidad ni por su belleza arquitectónica. Al entrar en ella ya no pensaba en

otra cosa que en celebrar en el altar de Elías, sin tener tranquilidad para contemplar y examinar detalles y pormenores de la Basílica. Allá me dirigí esperando en la cripta mi turno. Era el tercero y estaba dispuesto a esperar, así hubiera sido el décimo. Tan vehemente era el deseo que sentía de celebrar en aquella cripta y en aquel altar dedicado al Profeta que mereció la honra y la dicha de aparecer al lado de Jesús en su Transfiguración, como representante de los profetas, y que en nombre propio y en nombre de todos rindió homenaje al Mesías que ellos predijeron, de celebrar en aquella cripta, desde donde vió la nubecilla, semejante a la huella de un pie de hombre, que, luego, tomó grandes proporciones, cubriendo el horizonte visible para convertirse en copiosa lluvia, que llevó el agua a todas las ríos y la fertilidad a toda la tierra, seca y abrasada por los rigores de un sol ardiente, durante tres años y medio, en castigo, de la impiedad e idolatría del rey Acab.

Mientras esperaba mi turno y ante la estatua orante del Profeta, yo recordaba, a más de este acontecimiento, que muchas veces me había servido de tema en panegíricos y novenarios del Carmen, allá, en mis buenos tiempos, cuando me dedicaba a la predicación sagrada, yo recordaba todos los episodios interesantes de su vida, desde que, inesperadamente, sin decirnos una palabra de su cuna, ni de su familia, cual otro Melquisedec, le llama Dios a ser el agente de su poder y de su Providencia, hasta su segunda vocación hacia un lugar, que Dios ha dejado en el misterio, para venir al fin de los tiempos a combatir al anticristo y convertir a los judíos a la verdadera fe.

Ante aquella estatua orante, veníame a la memoria su colosal figura moral que flota en los libros santos, descolando sobre todos los profetas de la antigua ley. Esta figura se agranda paulatinamente por el celo de la gloria de Dios que le devora y consume y por el valor sobrehumano en ejecutar las órdenes de Dios. Habla siempre a los reyes de Israel con una entereza que los exacerba, por la costumbre de no oír de los cortesanos, más que adulaciones indignas: *No vendrá rocío ni lluvia sobre Israel hasta que yo quiera en pena de tus maldades* dice a Acab. Jamás hombre alguno le había hablado así; jamás le había dicho

la verdad sin eufemismos. Ciertamente que Acab le busca y le persigue porque la persecución fué siempre patrimonio de la verdad, pero la Providencia vela por él, y prueba más evidente de ello es un cuervo que todos los días le trae pan y carne junto al torrente de Carith, adonde Dios le conduce. Y cuando el torrente se niega a refrigerar su sed, una viuda, la viuda de Sarepta es la encargada de alimentarle.

Pero no solo es Acab quien le busca y persigue. Es también su esposa idólatra, es Jezabel, la que jura vengarse de aquel gran siervo de Dios. Es que había confundido a los sacerdotes del dios Baal, a quien Jezabel adoraba. En presencia del pueblo se burla de ellos, porque, llamando a su dios para hacer bajar fuego del cielo, que consumiera las víctimas, colocadas sobre el altar levantado ad hoc, en un extremo del monte Carmelo, su dios calla como un muerto. *Gritad más por si estuviera dormido vuestro dios.* Es la frase que los humilló sobremanera y los avergonzó ante todo el pueblo, que esperaba ver bajar el fuego, para decidir cuál era el verdadero Dios.

Hablaba Elías con la seguridad y completa confianza de los grandes videntes. Sabía que Dios no podía permitir el prodigio a los sacerdotes de Baal, pues hubiera sido una confirmación del error, de la mentira, con la obra propia y exclusiva de la divinidad, el milagro.

Pero hacer el prodigio para garantizar la afirmación de Elías, en favor de la verdadera religión, era absolutamente necesario, en aquel debate público y solemne.

Y Dios no se hizo esperar, apenas el profeta, postrado en tierra, le suplica que manifieste su poder y su gloria, en aquel momento tan decisivo. No solo la víctima quedó consumida, sino hasta el agua que contenía la zanja, que mandó abrir en derredor del altar.

Después de una manifestación tan espléndida de poder, el pueblo no pudo dudar de la veracidad del profeta. Era natural y muy justo que con la muerte, pagaran aquellos sacerdotes sus imposturas, y así lo ordenaba la ley. Pero este hombre extraordinario, que tiene todos los poderes del cielo y que tan intrépido se ha mostrado hasta la fecha, ahora teme las iras de una mujer, y huye al desierto por su propia cuenta. Es la conducta de Dios con

todos los suyos que han llegado a las cumbres de la gloria humana. Los humilla haciéndoles sentir todo el peso de su flaqueza e impotencia, pero, sin que su Providencia los abandone jamás. Allí está Elías fatigado por lo largo del camino y jadeante por la pendiente de la montaña de Horeb que no me dejará mentir. Dormido a la sombra de un arbusto, una mano delicada, como la mano de un ángel, le despierta y le señala a su cabecera, un pan y un vaso de agua con que habla de alimentarse para poder llegar a la cima del monte. *Levántate y come.* Es el mandato del ángel.

Profundamente absorto en estas ideas que me sugería la estatua orante de Elías, vino a distraerme un compañero que se acercaba para celebrar, sin parar mientes en que me correspondía el turno. Me revestí para evitar lamentables equivocaciones, y al poco rato empecé la misa. Durante la misma, parecióme oír el *surge et comede* del ángel, pues aquél es figura de aquel otro pan, bajado del cielo, y que yo iba a ofrecer por mis pecados y por los del pueblo; y pedí a Dios que fortaleciera mi espíritu para cruzar el desierto de la vida y poder llegar al monte Horeb de la Gloria, como en otro tiempo, fortalecido el profeta con el pan, que un ángel le proporcionó, pudo llegar a la cumbre de aquel monte donde Moisés vió el prodigio de la zarza ardiendo sin consumirse.

A las nueve tuvo lugar la misa de comunidad, predicando en ella mi buen amigo Don Agustín Domínguez, venerable Párroco de San Mateo. Versó su sermón sobre la conveniencia y necesidad de las peregrinaciones a Tierra Santa.

Hízolo mi buen amigo con tanta unción que logró comunicar los afectos de su alma creyente y piadosa a todos los peregrinos.

Terminada la misa, nos dedicamos a ver y contemplar todos los detalles y pormenores de la Basílica, que es un templo relativamente moderno, pues data de la mitad del siglo pasado, construido en el mismo lugar que ocupó la Basílica que, a principios del siglo IV levantó Santa Elena, la cual fué completamente arrasada por Cosroes, rey de Persia, y más tarde, por el Califa Omar. Forma una Cruz griega, coronada por una elegante y elevada cúpula, con pavimento de mármol blanco y negro, muy bien combinado,

y un uso esmeradísimo, amén de la claridad suficiente para ver hasta el menor detalle.

La gruta de Elías, que está debajo del altar mayor, es muy pequeña, sin que al parecer, haya sufrido, desde los años del profeta, otra modificación, que el haberse hecho un altar de la misma roca que le servía de lecho.

Por dos escaleras de mármol súbese al altar mayor, donde se venera una hermosa imagen de la Virgen, la misma que, en su oratorio particular, tenía el Papa Pío VII. Subimos luego, por otra escalera, que está detrás del altar, al camarín de la Virgen, teniendo el consuelo y la dicha de besar sus plantas y los escapularios, que penden de sus manos. Hay dos altares con dos buenos cuadros representando el del lado de la Epístola, al Señor, dando las llaves, a San Pedro; y el del Evangelio, a San Juan Bautista, bautizando a Jesús en el Jordán. El cuadro, que está en el coro, representa la muerte de San Luis, rey de Francia.

De la Basílica pasamos a visitar el convento, que es uno de los más suntuosos edificios de Palestina, y aún de la Siria. Allí, tomamos un desayuno muy ligero, que nos dieron aquellos Padres Carmelitas, quienes nos hicieron la historia de la orden, la cual no ha cesado, desde su fundación, de ser objeto de las iras de los sectarios del Korán, lo mismo que los anacoretas que vivieron, desde los primeros siglos del cristianismo en el histórico monte, pues desde el siglo VII, en que apareció el islamismo, éste destruyó todo lo que aquéllos edificaban. Iglesias y conventos, siguiendo, después, la misma suerte que los pueblos de la Palestina, con Omar y con Saladino; y desde el siglo XVI, con los turcos. Las víctimas carmelitas ascienden a unas cuarenta mil.

De allí pasamos al jardín, que está junto al convento, en donde se levanta una pequeña pirámide, en memoria de los soldados franceses, heridos en el sitio de San Juan de Acre, y asesinados después, por los bárbaros turcos.

Está el monte Carmelo lleno de grutas, donde vivieron los profetas, desde Elías hasta Jesucristo, y en los primeros siglos de la iglesia, los anacoretas y ermitaños, así como en los siglos medios, hasta la fundación de la orden Carmelitana. Pero, entre tantos lugares de interesantes recuerdos, hay cuatro que descuellan y roban la atención del peregrino.

no, a saber, la Escuela de los profetas, la Fuente de Elías, el Campo de los melones, y el lugar en que Elías hizo bajar fuego del cielo para garantizar la verdad del Dios de Israel. Aquella Escuela es una gruta, no muy distante del convento, adonde Elías y los hijos de los profetas se retiraban para estudiar las Escrituras y entregarse a la contemplación.

Está abierta en una roca viva, con dieciséis metros de largo. Hoy está convertida en una mezquita y custodiada por un Santón. La Fuente de Elías es un peñasco, de donde brota el agua que va a llenar un estanque tallado en roca viva. Y a poca distancia de esta fuente, está el Campo de los melones, así llamado, porque según cuenta la tradición un día que el profeta tenía hambre, pidió un melón al hortelano que lo cultivaba; y éste le afirmó que no había más que piedras. Y en efecto, fué a su campo y no encontró otra cosa. El lugar en donde Elías hizo bajar fuego del cielo, está en el extremo sur del Carmelo, indicándolo una pequeña ermita, que recuerda aquel prodigio.

Eran las once y media de la mañana y el hambre nos acosaba de un modo cruel. A los pocos momentos, estábamos todos en la hospedería, situada sobre el extremo norte de la montaña, a dos pasos de la Basílica. Desde ella, vense las olas besar la playa, que tenemos a nuestros pies. Es un regalo del Bajá de San Juan de Acre, quien construyó allí un pequeño palacio para pasarse los veranos.

La comida excelente y bien condimentada. De sobremesa, nos pasamos un rato delicioso, con todas las ventanitas que dan al mar, abiertas, recibiendo una suave brisa, cargada de yodo y contemplando uno de los paisajes más encantadores del mundo. Me ratifico en lo que llevo dicho, a saber, que allí se vive muchos años más. Necesariamente la vida es allí más robusta y más larga.

Pero, si la vida del cuerpo es robusta, la vida del espíritu no le va en zaga. Se respira allí un ambiente de piedad que encanta y, al mismo tiempo, vigoriza nuestra alma.

El silencio de aquellas alturas convida a la contemplación y comunicación con Dios; el recuerdo de aquella gruta hace nuestra devoción hacia la Madre de Dios más acendrada, más tierna. *Vells nolls*, se siente uno con vocación de carmelita. La mía era condicional, es decir,

si los superiores me dejaban allí, lejos del mundanal ruido.

Era la una de la tarde, cuando nos disponíamos a bajar la montaña, con rumbo a Tiberíades. Sentimos en el alma dejar aquellas alturas donde tan buenos ratos habíamos pasado; ratos deliciosos para el espíritu por los gratísimos recuerdos, y delicioso para el cuerpo por el confort y bienestar que allí experimentábamos, apesar del sol ardiente, que parecía abrasar la inmensa llanura del Esdrelón, que a nuestra vista se extendía, rodeada del Carmelo, y del monte Gelboé. Pero, antes de bajar la montaña, la providencia, que todo lo ordena, dispuso que viéramos sobre el mar algo parecido a lo que vió Elías. Una blanquísima nube que, a manera de finísima y delicada sábana, se extendía a nuestros pies sobre el mar tranquilo y sereno. Parecíame estar muchos codos por encima de la región de las nubes, sorprendiendo su formación y sus ardorosas caricias, que prodigan al mar en prueba de profundo agradecimiento; y al mismo tiempo figurábame que aquella nubecilla estática y sin movimiento alguno no esperaba más que la señal de Dios para convertirse en copiosa lluvia.

Bajamos del monte teniendo frente a nosotros a la antigua Tolemaida, cuyo nombre evoca el recuerdo de Tolomeo, rey de Egipto. Es una de las ciudades más famosas de Oriente por lo accidentado de su historia desde que el general Vespasiano la hizo cuartel general de sus tropas para combatir a los judíos, hasta el último sitio que sufrió, puesto por el general Bonaparte, después Napoleón I.

Apenas quedaron vencidos en Hittin los cruzados bajo el alfanje de Saladín, Tolemaida cayó en poder de este general. Aquella derrota que hizo mil pedazos el cetro de Guido Lusignan, último rey de Jerusalén, y rodar por el suelo su corona, confundida con las ruinas y escombros de su trono, causó de afrenta y vergüenza al rey destronado, y de pavor y espanto a la Europa cristiana. Y este rey, para vengar su afrentosa derrota y reconquistar su reino de Jerusalén, pone sitio a la histórica ciudad, ayudado de la Europa cristiana que, por tercera vez, y a la voz de Guillermo, Arzobispo de Tiro, lleva allí la flor y nata de sus soldados y generales, ahora a las órdenes de los reyes de Francia y de Inglaterra, Felipe Augusto y Ricardo Corazón de León, unidos al emperador de Alemania, Federico

Barbarroja; pero el hambre y la peste se encargaron de diezmar a los seiscientos mil soldados que la sitiaban, amén de los nueve mil que pudieron escapar de la horrible matanza de Hittin. Si bien el sitio duró tres años, apesar de la bravura de nuestros soldados, al fin y a la postre, la ciudad cayó en poder de los cien mil cristianos que quedaron de aquella lucha titánica con sus enemigos de raza y de religión, pero favorecidos por el hambre y la peste, que hicieron en las filas enemigas, enormes estragos.

De su defensa, en adelante, se encargaron los caballeros de San Juan de Jerusalén, expulsados de esta ciudad por Saladino, llamándose, desde entonces, San Juan de Acre. Y durante la centuria que la conservaron, dos varones insignes, dos grandes santos arribaron a ella, San Luis, rey de Francia, y San Francisco de Asís; aquél, dirigiendo la séptima cruzada, y éste, con su corazón lleno de ansiedad por ver el país de Jesús, por visitar los lugares regados con su sangre divina, y con su inteligencia pléutica de grandes y elevados pensamientos, como establecer allí su naciente orden para convertir a los infieles que lo habían conquistado. Desde aquella fecha, no han cesado de trabajar lo indecible en la conversión de infieles y judíos de la Palestina, llegando a ser, más tarde, los custodios de los Santos Lugares.

Solamente una centuria pudieron conservar esta ciudad los caballeros de San Juan, apesar de su heroísmo, que llegaba a imponer miedo, a infundir pavor en las filas de sus enemigos. Solo bastaron treinta y tres días para que cayera en poder del sultán de Egipto, apesar del valor heroico del Gran Maestre Guillermo de Clermont, ante el cual huían los sarracenos, como huyen las ovejas a vista del lobo, pero que, rendido de fatiga, cayó del caballo, en medio de las huestes enemigas, siendo víctima de su furor y de su saña. ¿Y por qué tanta facilidad en la defensa de la ciudad, apesar de tantos elementos valiosos de defensa?

Preciso es confesarlo con pena en el alma y dolor en el corazón. No fué el número de ciento cincuenta mil hombres que sitiaron la ciudad ni mucho menos su valor, su heroísmo, la causa de tan vergonzosa derrota. Fueron las discordias de los cruzados y la diversidad de criterio en

orden al mando y dirección del ejército; y sabido es que, si la unidad produce la fuerza, y hace prodigios, la división la destruye; la falta de unidad de miras y de ejecución produce los mayores estragos.

Y como San Juan de Acre era el último baluarte del reino cristiano en Palestina, con esta enorme derrota, los adoradores de la cruz perdieron hasta la esperanza de reconquistarlo, la esperanza de sostenerse por más tiempo en aquel país lleno de recuerdos, comprado a costa de tanta sangre, vertida por la flor y nobleza de Europa. De aquí, los esfuerzos titánicos que hicieron sus vencedores para no dejar huella alguna de la obra de la Redención, nada que recuerde el valor y heroísmo de aquellos caballeros, nada que signifique piedad, religión cristiana. De aquí, los tantos crímenes horribles que cometieron, profanando los templos del Señor, ultrajando en su honor, a las doncellas y a las esposas; y exponiéndolas, luego a la venta pública; degollando a los niños y mutilando y asesinando a los hombres. Y cuando no tienen más vidas que tronchar, su furor busca iglesias, casas y murallas, para convertirlo todo en un montón de ruinas y escombros.

Un hecho consigna la historia que pone de relieve la heroica virtud de las almas consagradas a Dios, de las religiosas de Santa Clara, que ven amenazada su virginidad por aquellas turbas desenfrenadas. No pueden huir de sus garras, pues son pobres y sencillas mujeres, ni pueden ~~defenderse~~ ~~la vida~~, pues lo prohíbe Dios. ¿Qué hacer? No ignoran que les espera una doble corona, la del martirio y la de la misma virginidad moral que no hay quien se la pueda arrebatar contra su voluntad, aumentando su mérito el sacrificio forzoso e involuntario de su virginidad material; pero es tal su amor a esta virtud, a esta hermosa flor, que por no ~~dejarla~~ ~~la~~, porque el hálito impuro de la soldadesca no la ajara, destruyeron su belleza física, ocultaron los encantos de su rostro con la amputación de la nariz. Con el rostro mutilado y ensangrentado todo, parecían verdaderos espectros que horrorizaban, y apenas se acercaban a ellas para quitarles la vida.

Hoy es la bandera turca la que ondea en San Juan de Acre como en toda la Palestina. Hace ya cuatro siglos que

viene dominando allí la Sublime Puerta (1). Cuando a principios del siglo pasado, Napoleón Bonaparte intentó sacudir su ominoso yugo en favor de tantos cristianos europeos que moraban en la ciudad, Inglaterra se interpone, luchando a favor del Sultán de Turquía, y aquel gran capitán se vió en la necesidad de retirarse. Aún se conserva, no a mucha distancia de la ciudad, un pequeño promontorio donde Napoleón emplazó la artillería para bombardearla.

A la media hora estábamos todos en la estación, la cual es muy pobre. Como no utilizamos los coches para bajar de la montaña, como lo hicimos para subirla, atravesamos la villa de Caifa, y llegamos a la estación fatigados y sudando lo indecible. Notábase la falta de aquella suave y fresca brisa que, en la cima del monte, mitigaba los rigores del sol. Abajo, en la villa, que está al pie del Carmelo, el aire era tibio; y la tierra humeaba, al parecer.

Aquí volvió a dividirse la peregrinación. Una mitad marchó a Nazaret a coche; la otra, a Tiberiades, en tren, en la cual estaba yo incluido.

A las dos de la tarde salimos con rumbo a Tiberiades, con una velocidad de treinta kilómetros por hora, y acompañados de dos Padres Franciscanos. Eran nuestro intérpretes y los encargados de irnos indicando los lugares, en donde se habían realizado todos los acontecimientos, que sabíamos por la historia sagrada y profana. Por eso, los importunábamos a preguntas, satisfaciendo ellos nuestra curiosidad, con una afabilidad y delicadeza exquisitas; pero ordinariamente los buenos Padres se adelantaban a nuestras preguntas, desviándose por darnos noticias de todo.

A los pocos momentos de salir de Caifa, pasamos junto a un pequeño torrente. Era el torrente Cisión, nos dijeron, donde el pueblo de Israel dió muerte, por orden de Elías, a los cuatrocientos cincuenta sacerdotes del Dios Real, después de haberlos confundido, en el monte Carmelo, según queda dicho, y a los pocos minutos entramos en la llanura de Esdrelón pasando junto al pequeño promontorio, en donde Napoleón emplazó la artillería, como ya

(1) Después de la guerra europea, está en poder de Inglaterra.

llevo dicho. La llanura es inmensa, formando horizonte, de cincuenta kilómetros de largo por veinte de ancho, y rodeada de montañas al oeste y sur, la montaña del Carmelo y los montes de Gelboé, donde murió Saul, siendo su cultivo de trigo exclusivamente.

A nuestra derecha vimos sobre la cima del Carmelo una pequeña ermita. Señala el lugar donde Elías hizo bajar fuego del cielo, y poco más adelante, al pie de los montes Gelboé, unas ruinas, las de Sebaste de Palestina, que nos recuerdan las orgías y bacanales del sensual e incestuoso Herodes y la decapitación del Bautista por haberlo así pedido una bailarina a instancias de su madre, la cual quería vengarse del enviado de Dios, por haberle echado en cara a su cuñado el incesto cometido con ella. Había oído ella también aquel *non licet tibi*, no te es lícito vivir con la esposa de tu hermano, que turbaba constantemente el corazón de Herodes, y juró recluirle en oscura y lóbrega cárcel y terminar con la vida del gran penitente del desierto. Una pasión baja e indigna fué la causa próxima de su muerte.

Antes de salir del Esdrelón encontramos algunas tiendas de campaña, formadas con piezas de tela y ramas de árboles y arbustos. Eran los beduinos que viven a campo raso. Revelan estas viviendas una suma pobreza y una falta de higiene, apenas concebible. No me cabía en la cabeza cómo podían vivir en aquellas miserables chozas que reciben los ardores de un sol abrasador en verano y las torrenciales lluvias, propias de aquellos climas, en invierno, el padre y la madre, y cuatro o cinco hijos, amén de la cabra, de la oveja, y del indispensable caballo. Digo indispensable caballo, porque el jefe de aquella familia o tribu va siempre armado sobre su cabalgadura. No quisiera verme a solas con un beduino, armado o sin armar. Es de los que exigen la bolsa o la vida.

Pasamos el Jordán que nace en el lago de Tiberiades o de Genesaret y parecióme un arroyuelo. De cauce estrecho y profundo, llevaba muy poca agua. No creo que merezca los honores de río, por la parte que nosotros atravesamos. Sólo antes de morir en el mar Muerto se ensancha y adquiere una profundidad tal, que lo hace navegable.

A las cuatro de la tarde llegamos a Samaj, a orillas del

lago, que no pasa de ser un villorrio, una miserable aldea cuyos habitantes son todos pescadores.

El lago de Genesaret es un verdadero mar, de veintidós kilómetros de largo por dieciocho de ancho, recibiendo constantemente las aguas de un río que baja del Antilibano, y saliendo constantemente también por el extremo opuesto, las que forman el Jordán. Su profundidad no pasa de cuarenta a cuarenta y cinco metros.

Apenas nos vamos acercando a aquel extenso lago de aguas dulces y potables vemos en lontananza y en la misma dirección que lleva el tren, los montes del Libano y Antilibano juntamente con la inmensa llanura que lo separa, toda cubierta de una espléndida vegetación que al pasar por allí, no cesábamos de admirar, como ya he dicho. Pero esta visión apenas distrae la atención de nuestro espíritu. La absorben por completo los recuerdos del lago que, por momentos, se iba a ofrecer a nuestra vista. Es el lago que eligió Jesús para testigo de sus enseñanzas y prodigios, recorriéndolo muchas veces con sus discípulos, que escogió de entre los pescadores de sus orillas, subyugándolos con una sola palabra. *Seguidme* es la palabra que emplea Jesús, y con ella ahuyenta todas las sombras, todas las incertidumbres de sus inteligencias, en orden a su persona; y de su voluntad, todos los desalientos, como de su corazón todos los temores. Ya no había más que profundas convicciones, grandes alientos y encantos soberanos. Sin duda que fué el primer prodigio que hizo en las riberas del lago, pues solamente una palabra que sea divina, que lleve consigo una luz más radiante que la del sol, y alientos más fuertes que la muerte y encantos más arrobadores que los cielos, podía obrar semejante prodigio en sencillos y rudos pescadores. Es el lago donde Jesús calmó las agitadas y furiosas olas que amenazaban hundir la barquilla en que iba con sus discípulos, pero dormido con sueño misterioso. Desde aquel lago que tan cerca estaba de nosotros, y en una barca, la barca de Pedro, instruía con hermosas parábolas a las muchedumbres que se apiñaban para oírle, acerca del reino de Dios. Sobre sus aguas caminó con soberana tranquilidad indicando su absoluto dominio sobre ellas, e hizo caminar a Pedro. Yo recordaba todas estas cosas, así como la pesca milagrosa, y cada momento me parecía un siglo,

La emoción que al llegar allí, siente el hombre de fe, no es para descrita.

Una tempestad que hacía saltar las olas por encima del muelle de madera, que allí hay, me recordó la del tiempo de Jesús: Si alguno ponía en tela de juicio hasta la posibilidad de una tempestad en un lago, fué aquel el argumento más convincente de esta posibilidad.

Había allí el número suficiente de pequeñas embarcaciones para trasladarnos a Tiberiades; pero la dificultad estaba en acercarse al muelle, sin estrellarse contra él. Las embravecidas olas jugaban con ellas, como juega un niño con su pelota. Era, pues una temeridad embarcarnos en esquifes tan pequeños. Aquellos marineros, sin embargo, gente avezada a estas lides del mar, dieron garantías de plena seguridad personal, pues el furor de las olas sólo era en la orilla, y mar adentro, había calma y bonanza.

Con todo, las Señoras no se resolvían a embarcarse. Ni lo experto de los marineros ni las razones que alegaban pudieron convencerles. Temían un renojón y algo más. Pero, después de muchas consideraciones, que les hacíamos, y gracias a la tempestad que amainó un poco, decidieron, aunque siempre con un voluntario *secundum quid*, como dicen los moralistas.

Huelga decir que, por la deferencia y consideración que merece su sexo, fueron ellas las primeras en embarcarse. Pero, apenas ponían el pie en la barca, había que oír los gritos tan exagerados en que prorrumpían, a cualquier balanceo o movimiento brusco, o también a cualquier caricia que las olas les hicieran. Nosotros, que desde la orilla presenciábamos este espectáculo, lo echábamos todo a la risa y a la broma, como si nada pudiera afectarnos ni preocuparnos, justificando así nuestro calificativo de *sexo fuer e*. Pero, al tocarnos el turno de embarcar, volviéronse las cosas. Lo teníamos bien merecido, por lo poco considerados que estuvimos. Nos pagaron con la misma moneda, pues la pena del talión, rara vez falta. Es verdad que los gritos nuestros no eran tan estridentes, tan exagerados, pero hubo *mieditis* y no pocas caídas, con sus correspondientes contusiones y caricias de las olas.

Después del susto consiguiente y sin desgracia alguna personal, nos hicimos a la mar, y en efecto. sucedió lo que

nos aseguró aquella gente. A los diez minutos de navegación, apenas se movían las olas, amainando los vientos y renaciendo la calma. Sólo quedó una brisa suave, que nos acompañó hasta la misma población de Tiberiades. Era lo suficiente para ir a velas desplegadas. A las tres horas de navegación llegamos a Tiberiades, después de algunas peripecias que nos acontecieron en la travesía, y que yo las cuento aquí, para que el lector comprenda lo que son aquellas gentes.

Se trata de un timo que querían darnos, pero, a tiempo, descubrimos sus aviesas intenciones y pudimos evitarnos un disgustazo. Es que, a la media hora de salir del puerto de Samaj, observamos, con verdadera sorpresa, que nuestra embarcación iba quedándose rezagada y sin la dirección que llevaban las demás, y paulatinamente la desviación iba siendo mayor. Escamados ya de tanto alejamiento de los compañeros, llamamos la atención a la pequeña tripulación.

Pero, que si quieres. Seguían impávidos, como el que está completamente ayuno del idioma y del lenguaje de acción. Ni gestos, ni ademanes los arrancaban de su gran flema.

Por nada se daban por aludidos, y siempre desviándose, hasta que, a uno de los nuestros, se le crisparon los nervios y les enseñó con una mano el puño cerrado y dispuesto a saltarles un ojo de la cara, y con la otra, hizo ademán de sacar del bolsillo un revólver. Entonces entendieron por lo enérgico del lenguaje; y al instante dieron media vuelta y enfilaron la barca hacia Tiberiades. Eran las siete y media cuando llegamos a esta villa, situada en la orilla meridional del lago, con un pequeño muelle.

Nos dirigimos a la hospedería de los Padres Franciscanos y después de descansar un poco rato, asistimos a la Conferencia religiosa que, con motivo de haber ~~hecho~~ la Peregrinación española, tuvo lugar en la iglesia de los mismos Padres Franciscanos, predicando en ella, uno de los sacerdotes peregrinos, sintiendo no recordar su nombre, pues, por su elocuencia, merece honorífica mención. Nos habló del primado de honor y de jurisdicción que Jesús confirió a Pedro, después de su resurrección, en aquel mismo lugar donde se levanta la iglesia. Al terminar el acto reli-

gioso, pasaba ya de la hora acostumbrada de comer, pero sin que el hambre se dejara sentir con tanto vigor como otras veces. Es que el calor era intenso y sofocante y no producía más que sed ardiente y un copioso sudor. Estábamos a doscientos metros bajo el nivel del Mediterráneo; y era natural que, en la mitad de Mayo, se dejaran sentir grandes calores, propios de aquellos climas.

Fué esta la causa de comer muy poco y no poder conciliar el sueño durante toda la noche.

Tocóme para comer y dormir en aquella noche, un hotel de no muchas comodidades, pues la hospedería de los PP. Franciscanos era incapaz para todos los peregrinos. Hállóse a unos quinientos metros de la hospedería; pero para llegar a él, y a la hora en que salimos de la función religiosa, necesitábase Dios y ayuda. Era una obra de romanos recorrer aquel trayecto, en completa oscuridad y por vericuetos infernales. Estas no son calles ni cosa que se les parezca: sin una luz que nos sirviera de guía y que impidiera dar con nuestros cuerpos en tierra.

Apenas comimos, me senté en una ventana que daba al norte, única cosa buena que encontré en mi habitación, y allí me pasé toda la noche. Algunas veces intenté dormir, echándome en la cama, pero me lo impedía, además del calor asfixiante, el ruido infernal de aquellas gentes que, desde las doce de la noche, bullían y traficaban por las calles, amén del ladrido de tantos perros y el rebuzno de infinidad de asnos que tanto abundan en el Oriente.

A las cuatro y media de la mañana, me eché a la calle dirigiéndome a la orilla del lago para esperar allí a los compañeros y a los esquifes que habían de conducirnos a Cafarnaum, en donde pensaba celebrar aquel día.

DIA 17 DE MAYO

Navegando por el lago de Tiberiades.—Una visita a Cafarnaum.—Cafarnaum, desde el punto de vista material e histórico.—Ruinas de la Sinagoga.—Una nota simpática.—Predilección de Jesús por Cafarnaum.—La patria de Jesús olvidada por tantos siglos.—Otro notable sermón sobre la Eucaristía.—Labor meritísima de un religioso.—Regreso a Tiberiades.—El hielo y los médicos.—Montaña de la multiplicación de los panes.—Monte de las Bienaventuranzas.—Llanura de Hittín.—Campo de las espigas.—Caná de Galilea.—Llegada a Nazaret.—Dulces emociones ante el Santuario de la Encarnación del Verbo.—Una noche bien aprovechada.

Eran las cinco y media de la mañana cuando salimos de Tiberiades con rumbo a Cafarnaum, navegando a velas desplegadas, por el histórico lago que lleva el nombre de aquella población.

Habíamos de recorrer trece kilómetros, de los veintidós que tiene el lago. Sus aguas dulces, pero azuladas como las del mar, surcadas por nuestros ligeros esquíes, evocan los mismos recuerdos que el día anterior, con la sola diferencia de que, hoy, aquellos recuerdos se nos ofrecen con más viveza, con más intensidad, aparte de que el rumor de las olas nos habla, con un lenguaje más claro y más tierno, de las conmovedoras escenas allí realizadas, y las que no se han podido borrar de la memoria de los pueblos que viven a la sombra de la Cruz, veinte siglos, llenos de profundos trastornos. Es que la ruta que hoy llevamos, fué la más favorecida con la presencia de Jesús. Es la ruta que le vió en la barquilla de Pedro, convertida en cátedra de la verdad para enseñarla a las muchedumbres, que, ávidas de oírle, se agrupaban en la próxima orilla. Es la ruta

que vió a Jesús durmiendo en medio de deshecha tempestad, y a las olas y a los vientos, obedeciendo al imperio de su palabra que manda se calmen y sosieguen; la ruta que vió a Jesús caminando sobre las aguas con una tranquilidad y grandeza soberanas, y a Pedro, tímido y vacilante, sumergiéndose en ellas, pero al fin, libre de un naufragio seguro y caminando también sobre las aguas, merced a un rasgo de amor y poder de su divino Maestro.

Dejamos a nuestra izquierda, y en la ribera occidental del lago, dos aldeas con alguna que otra casa, pero de aspecto miserable y en estado ruinoso y con una vegetación escasa y pobre en sus alrededores. Son Magdala y Betsaida; aquélla, famosa por ser la cuna de una mujer de quien el buen Jesús lanzó siete demonios, siguiendo después a su bienhechor hasta la misma montaña del Calvario, atraída por el dulce acento de su voz e impulsada por la gratitud y por el vehemente deseo de recoger en su corazón las palabras de vida eterna que caían de sus divinos labios. Era Magdalena esta mujer, célebre en los fastos de la historia. La otra aldea, Betsaida, vió nacer a los primeros discípulos de Jesús, sus predilectos por la fe y por el amor a su divina persona. Eran estos Pedro y Andrés, Santiago y Juan.

Ni un monumento, ni una cruz queda allí en pie que recuerde la cuna, la casa solariega del príncipe de los Apóstoles. Apenas se ven unas miserables ruinas de la iglesia que se levantó en el siglo V, sobre el lugar en donde aquella estuvo emplazada. Y estas ruinas evocaron en mi memoria el recuerdo de una amarga queja de Jesús, que comprende a Betsaida y a Corozain, situadas en la parte norte del lago. Quéjase Jesús de su ingratitud, más grande, más negra que la de Tiro y Sidón, porque si estas ciudades hubieran visto los prodigios que se habían hecho en ~~arabias~~ ^{arabias}, seguramente hubieran llorado sus extravíos y necho penitencia..

¡Ay de ti, Betsaida!; ¡ay de ti, Corozain! Es la frase que emplea Jesús para revelar la amargura de su Corazón, acompañada de una amenaza que brota del seno de su justicia ultrajada, pero siempre con designios amorosos. Es que, cuando despreciamos su amor, se vale del temor para llevarnos a El. Y cuando nuestro desprecio se extiende

también a sus amenazas, entonces se cierran, para nosotros, todas las puertas, se obstruyen todos los caminos, se secan todas las fuentes de vida y se pierde toda esperanza de redención. Entonces, no queda más que la desolación, la muerte, como muerte y desolación es lo que vemos en aquellas ruinas.

A las siete llegamos a Cafarnaum. Allí, la misma desolación que en Betsaida y Corozain. Un desembarcadero, si es que merece tal nombre, hecho de piedra seca, sin nada que signifique vida y movimiento; las ruinas de una sinagoga, muy próxima al lago; y a dos pasos, una casita pobre, pero rodeada de un huerto de hortalizas y algunos árboles frutales, con unos cuantos limoneros, geráneos y rosales que perfuman el ambiente; he ahí lo que queda del antiguo esplendor y riqueza de Cafarnaum, de la ciudad que los romanos eligieron para aduana y recaudación central de los derechos de tributación en aquella comarca. He ahí lo que resta de aquella ciudad, que Jesús eligió por patria adoptiva, reservando, para ella, las primicias de su palabra oficial, solemne y pública, como había reservado, para Caná de Galilea, las primicias de su poder, en atención a su Madre. Todo lo demás redúcese a ruinas y escombros.

Parecióme que algo fatídico se cernía sobre aquel lugar, en donde reina una soledad que impone miedo y un profundo silencio, interrumpido solamente por estas palabras que parecen salir de aquellas ruinas y recogerlas en sus senos las brisas para llevarlas a los pueblos vecinos:
¡Ay de los pueblos ingratos!

Pero, si desde el punto de vista material, Cafarnaum no ofrece interés alguno, al contrario, causa profunda tristeza por su soledad y ausencia de vida; desde el punto de vista histórico, tiene una importancia suma.

Es Cafarnaum, históricamente considerada, un punto de recuerdos para el cristiano, empezando por las mismas ruinas de la sinagoga, recientemente descubiertas. Es que, aquí en este templo judío, empezó Jesús a predicar el reino de Dios a sus discípulos y a las muchedumbres. Ni aún el templo de Jerusalén fué tan favorecido por la presencia del Hijo de Dios. Es más: hay, en aquella sinagoga, una nota simpática, llena de ternuras y delicadezas que no las hay en el templo de Jerusalén.

En este, mostróse Jesús con el carácter de dueño y Señor, más bien que con el de Padre bondadoso, tomando en sus manos divinas un látigo para arrojar de él a los que lo profanaban con acciones indignas de la casa de Dios. Y lo hizo desde el primer día que entró en él, y con la sorpresa y la admiración de todos, pero sin que pudieran resistir a su mandato. En el templo de Jerusalén mostróse Jesús más bien que Pastor de las almas, Maestro de la humanidad, con intuición divina; y sabio consumado, con las llamaradas del genio en su frente. Pero, en el de Cafarnaum, sin ocultar su altísima penetración que domina todas las cosas y todos los tiempos, aparece ante todos, como Padre que busca al hijo perdido y como Pastor que apacienta sus ovejas.

Es que, aquí, en la misma Sinagoga de Cafarnaum, cuando los fariseos le echan en cara que come con los pecadores, Jesús pronuncia una frase que ha llevado a Dios millones de almas que habían perdido toda esperanza de vida. *Yo no he venido a buscar a los justos, sino a los pecadores.* Es que, aquí, en esta misma Sinagoga, aborda Jesús el asunto capital de la Eucaristía, prometiéndola solemnemente. *El pan que yo os daré es mi carne que entregare para la vida del mundo.*

Aquí, en esta Sinagoga, la discusión con los fariseos es suave, pacífica. Cuando, al hablar de su cuerpo y sangre como comida y bebida, como el pan bajado del cielo, oye Jesús, de en medio de su auditorio, *Durus est hic sermo*, se concretó a ratificarse en su afirmación rotunda y categórica. Y si observa que el pueblo y algunos de sus discípulos empiezan a desfilarse y echarse a la calle, Jesús no está dispuesto a rectificar, no está dispuesto a ceder un ápice, así le dejen solo. Al contrario, insiste en la necesidad de comer su carne y beber su sangre, so pena de no alcanzar la verdadera vida. Es un pasaje que hace estremecer ante el desprecio de unos y la indiferencia de otros el orden a la comunión.

Allí, en el templo de Jerusalén, la discusión es viva, acalorada, y se desenvuelve, más bien que en un terreno práctico, en un terreno especulativo. Es que el auditorio es distinto. Componíanlo, además de la gente sencilla y de los fariseos, como en Cafarnaum, los saduceos y es-

cribas, como si dijéramos, los intelectuales de Jerusalén.

Por eso, la controversia necesariamente había de versar, no solo sobre si Jesús era el Cristo prometido en la ley y en los profetas, y por tanto, Hijo de Dios, que era el punto capitalísimo, sino también sobre la inmortalidad del alma y sobre la resurrección de los muertos al fin de los tiempos, que negaban los saduceos, así como sobre el verdadero concepto de la virtud y de la penitencia que tergiversaban los fariseos y sobre la verdadera y genuina interpretación que falseaban los escribas por hacer causa común con los anteriores contra el divino Maestro que era el blanco de todas las iras, de todos los odios.

A pesar de la mansedumbre de Jesús, la discusión tenía que ser viva y acalorada por parte de sus enemigos. Es que estos no buscan la verdad que no aman, ni la virtud, de la cual hacen alarde, afectando rigor y austeridad, pero que no la practican. Y de puro sabido se calla que se trabaja lo indecible para no apearse del criterio sugerido por bastardas pasiones, o merced a escasas luces intelectuales.

Y a tal punto llegó la obstinación de los enemigos de Jesús, que a pesar de los prodigios con que éste evidenciaba su divinidad, y a pesar del torrente de luz con que esclarecía la verdad de las Escrituras, insistían siempre en hacerle la misma pregunta: *Si tú eres el Cristo, Hijo de Dios, dínoslo de una vez.* Pero Jesús, con una serenidad que los desconcierta, no tiene otra respuesta para ellos ni apela a otro argumento contra la contumacia de aquellos intelectuales, que éste: *Si no queréis creerme, creed...* Y de tal modo llegaron a exacerbarse por ello, que quisieron apedrearle. Es la susceptibilidad de todos los malvados y de todos los tontos.

Pero, en la Sinagoga de Cafarnaüm, cuyas ruinas hemos visto, hasta un espíritu inmundo, el autor del Evangelio, proclama a Jesús el Santo de Dios, así como otros, lanzados por Él del cuerpo de los poseídos que le presentaban, proclaman públicamente su divinidad: *Quia tu es filius Dei.* Es su afirmación rotunda.

Aquí, nadie le discute su realeza divina.

Pero, no solamente son las ruinas de la Sinagoga, las que tienen vivo interés para el mundo católico; es todo Cafarnaüm. No hay palmo de tierra que no evoque un re-

cuerdo de algún rasgo del amor y del poder de Jesús.

Aquí, es un paralítico que le presentan y a quien cura al imperio de su palabra. Allí, un poseso, de quien lanza un demonio mudo. Mas allá, es una mujer, la suegra de Simón Pedro, la que siente la mano bienhechora de Jesús, que manda a la fiebre, causa de su postración, y la fiebre obedece al que es la salud de los hombres. Ahora, es la hija de Jairo, príncipe de la Sinagoga, la que experimenta todo el poder del Autor de la vida, volviendo de la región tenebrosa de la muerte, lo mismo que el criado del Centurión romano, cuya fe grande mereció los elogios del divino Maestro. Después es una mujer que sigue muy de cerca a Jesús, pero sin atreverse a manifestarle la enfermedad que venía padeciendo hacía ya doce años. Bastóle tocar la orla de su vestido para quedar completamente curada. Fué una inspiración de su fe, por parte de la enferma; pero, por parte de Jesús, fue una señal de predilección hacia su patria adoptiva, pues fué siempre propio de corazones nobles y bien nacidos honrarla y enaltecerla.

Esto basta y sobra para explicar los vivísimos deseos que todos sentíamos de visitar a Cafarnaum. Para mí, eran más intensos que los deseos que se sienten por visitar la patria que vió nacer a los hombres, cuya fama ha traspasado todas las fronteras, todos los continentes. Para mí, no tienen punto de comparación, los que se experimentan por ver la casa solariega de los que han sido honra y gloria de la humanidad, pero ni siquiera los grandes anhelos por tocar los objetos de su exclusivo servicio y dominio. Es que todos estos no pasan de ser un efecto de la noble aspiración del alma hacia lo grande en el orden natural, mientras que aquellos suben a regiones superiores para alimentarse de lo sobrenatural y divino.

Así se explica que nos sugestionen y cautiven las manifestaciones espléndidas de lo grande, de lo infinito, ora sean estas manifestaciones las profundidades del sabio y su altísima penetración, ora las intuiciones del genio y las bellezas y armonías de sus obras inmortales. Pero estas manifestaciones del Autor del orden natural, con ser tan espléndidas, palidecen ante aquellas otras del Autor del orden sobrenatural, del Autor de la gracia. Las primeras revelan poder, luz y belleza. Las segundas, amor, perdón

y misericordia. Por eso tienen estas un encanto indefinible.

De este encanto y del consuelo consiguiente vieronse privados los católicos, durante muchos siglos, no por incuria de ellos, pues muchas veces, han dado cuantiosas sumas a la Sublime Puerta por aquél, arrebatándolo otras tantas para dárselo al mejor postor, que se haya enamorado de él. Parece que una mano oculta ha tenido alejados de allí, a los custodios de Tierra Santa, durante la sucesión de los tiempos.

En los tres primeros siglos de la era cristiana, Cafarnaum corre la misma suerte que los demás Lugares Santos. Roma, dominadora del mundo conocido y enemiga de la Cruz, trabaja lo indecible para borrar hasta el recuerdo de Jesús de la memoria de los hombres, ora cubriendo de escombros los lugares que fueran teatro de sus hechos más culminantes y que ponen más de relieve su poder infinito, su virtud sublime y su caridad inagotable, ora colocando sobre ellos estatuas de los dioses que adora. Aquí, es Júpiter olímpico; allí, la impúdica Venus, y más allá el estúpido Baco. Tres siglos de sombras, de desolación, para expiar la ingratitude del país de Cristo.

Pero los cristianos no olvidan aquellos lugares cubiertos de escombros y profanados por los dioses. Y cuando Santa Elena, en el siglo IV, recorre la Palestina, levantando monumentos y hermosas Basílicas sobre los más venerandos, ellos, los cristianos, fueron los poderosos auxiliares de la piadosa reina, señalándole los lugares de referencia. Entonces fué la primera vez que, sobre los escombros y escombros de Cafarnaum, se ofreció, por los pecados del mundo, la víctima infinita, el mismo pan del cielo que Jesús había prometido en aquel lugar; siendo la última, en el siglo XII, cuando los cruzados caen vencidos bajo el alfanje de Saladino, en las llanuras de Hittin.

Ahora son ocho siglos de sombras y desolación. En vez más tienen exacto cumplimiento las palabras del divino Maestro: *Serás abatida hasta el infierno, porque si en Sodoma y Gomorra, se hubieran hecho las cosas que en ti se han hecho, hubieran subsistido hasta hoy.*

Hace pocos años que, por centésima vez, los católicos se han hecho con aquellas ruinas y sus alrededores. Pero fuimos nosotros los primeros en celebrar allí después de

ocho siglos, junto a las mencionadas ruinas de la Sinagoga, merced a un rasgo de piedad y distinción de Pío X para con la quinta Peregrinación española.

Al ofertorio de la misa de Comunidad, Don José Portales, Párroco de Castellón de la Plana, hizo una hermosa plática sobre la promesa de la Eucaristía. Huelga decir que la misma circunstancia de ser aquel el lugar en donde se había hecho la promesa solemne y oficial, daba al orador unción y e'ocuencia, y al auditorio, una sensibilidad exquisita para sentir, con toda intensidad, las emociones más tiernas y delicadas.

Terminado el acto religioso, pudimos admirar la meritisima labor de un religioso de raza teutónica, alto, fornido como los suyos, de larga y poblada barba y de carácter afable en medio de un continente grave. Es un eminente arquitecto y a la vez arqueólogo, quien, encariñado con sus estudios, practicados en las ruinas de la Sinagoga, vive sepultado en aquella soledad, sin otra compañía que un pobre lego. Es un sacrificio que no se concibe sino por un amor grande al saber y a la obediencia que le ha destinado allí para levantar la Sinagoga con las mismas proporciones y con el mismo estilo, detalles y pormenores, que tenía en tiempo de Jesús.

Hállanse muy adelantados los trabajos de escavación, midiendo las paredes descubiertas más de dos metros de altura en algunas partes, con el pavimento en regular estado de conservación y con infinidad de piedras, talladas y tallar otras, encontradas entre los escombros por aquel religioso.

Creo que no tardará mucho en ver coronada su obra con el éxito más completo. ~~Entonces podrá decir con satisfacción y orgullo:~~ *He aquí un templo, con el mismo pavimento que Jesús santificó con su planta divina; y en parte, con las mismas paredes y el mismo recinto en donde resonó su palabra vigorosa y penetrante como espada de dos filos, y que llevó, dentro de sí, el germen de la verdadera vida y esparció en torno suyo una luz radiante y esplendorosa. He aquí la Sinagoga, en donde Jesús prometió solemnemente dar a la humanidad su carne y su sangre.*

Ese día se coronarán de gloria la Arqueología y la

Religión. Para aquélla, será un triunfo. Para ésta, será un tesoro.

Desayunamos y emprendimos nuestro regreso a Tiberiades, siendo las diez y media de la mañana. Salimos bajo un cielo espléndido, sin nubes, pero con un sol ardiente.

A la media hora, densas nubes lo cubren, y el agua cae a torrentes. Afortunadamente, la lluvia duró muy poco, reapareciendo un cielo hermoso, con un sol tan abrasador, que, a los pocos momentos no quedaban ni vestigios del enorme remojón que nos llevamos. A las doce estábamos en Tiberiades.

El calor que experimentamos en el lago, con ser grande, era pan pintado respecto del que se dejaba sentir en esta población.

Apenas se podía andar en las calles, apesar de ir provistos de quitasol. Creímos estar encima de un volcán. Por algo está a doscientos metros bajo el nivel del mar, la villa que nos recuerda un acto de adulación de Herodes Antipas para con Tiberio, emperador romano. Por congraciarse con él, la fundó, dándole el nombre que lleva, si bien se levanta hoy junto a las ruinas de la primitiva población.

Almorzamos en la Hospedería y en un salón de grandes dimensiones. Pero, a poco de empezar, un conflicto se nos vino encima, con motivo del agua que nos daban en la mesa, la cual estaba tibia, sin exageración alguna, sin que en toda la población, la hubiera más fresca.

Como la sed que padecíamos era ardiente, ~~andábamos~~ beber agua helada, si era posible. Pero la dificultad no estaba en que no hubiera hielo con que helarla, sino en que los señores galenos, que nos acompañaban, se oponían tenazmente a ello, en nombre de la ciencia. Era esta una de las prescripciones más fundamentales que habíamos de seguir en aquellos climas tan perjudiciales para los europeos. Una infinidad de chicos desarrapados pregonan el hielo a la puerta misma del salón, constituyendo una verdadera ocasión próxima que aumentaba de una manera irresistible la sed y excitaba bárbaramente nuestros deseos. Huelga decir que caímos en ella, apesar de las torvas miradas de los galenos, semejantes a las del famoso doctor que puso en peligro de muerte por hambre al no menos

famoso Gobernador de la Insula Barataria, el insigne Sancho. Es más; no nos cabía en la cabeza lo nocivo del hielo, sabiendo que, en el vapor, nos sentaba divinamente y allí nos lo pedía el cuerpo, y de no acceder a su petición, seríamos víctima de un accidente desgraciado. Nos reíamos nosotros del *salus populi* que se suele invocar en estos casos.

Rompió el fuego, es decir, saltó por encima de todas las consideraciones que a los galenos se deben, un peregrino a quien la sed había puesto en los confines de la desesperación. Colocado en el extremo más cercano a la puerta, casi codeándose con los chicos del hielo, compra un kilo, sin parar mientes siquiera en la falta de limpieza y no sobra de aseo de los desarrapados. Claro está que, en este acto de rebeldía, guardó las formas, quiero decir que no lo hizo descaradamente, pero lo suficiente para que la Junta y los Señores galenos lo observaran, así como todos los comensales. Aquéllos hicieron la vista gorda, pero éstos abrumaron al peregrino rebelde con peticiones de hielo, sobre todo las Señoras. La rebeldía fué tan contagiosa, que a los pocos momentos, todos los comensales del extremo aquel de la mesa pedían hielo, dando por él lo que les exigían los chicos. Ya era inútil toda oposición ni aún en nombre de la ciencia. Es el caso de una sedición en que el pueblo, por espíritu de conservación, desoye las órdenes terminantes de los que le gobiernan, y estos vencidos de su impotencia par asofocarla, acceden a sus deseos. Pero no son los comensales, es la Junta organizadora quien solicita y compra el hielo.

Apenas el hielo deja de ser contrabando, animanse los comensales; renace la alegría que estaba desterrada de la mesa por la prohibición de los galenos; nuestros pulmones se enfrían con el frescor del agua, que no cesábamos de deber, aún a trueque de convertirnos en sapos; nuestras facultades recobran su energía y expedición; la memoria recuerda con suma facilidad anécdotas curiosas, la razón discurre con más acierto, y las ideas rifen por ser las primeras en echarse a la calle. Pero, especialmente la lengua, adquiere una facilidad para expresarla, que el más premioso da quince y raya al bachiller más vanidoso y atrevido.

Afortunadamente los galenos se habían equivocado de medio a medio, tratándonos tan severamente. Ni uno siquiera sintió los efectos que pronosticaban. En adelante, dejaron en paz a la ciencia y a nosotros también.

Como la hora señalada para salir de Tiberiades con rumbo a Caná de Galilea y Nazaret era la una y media de la tarde, apenas nos quedaba tiempo de ver la iglesia de los PP. Franciscanos, dedicada a San Pedro.

La iglesia, no muy grande, es de estilo greco-romano como la del Carmelo, con tres altares muy sencillos, presidiendo una escultura de San Pedro, exacta reproducción de la que está en el Vaticano. Fué un regalo de la segunda peregrinación francesa.

Al salir de la iglesia, era tanto el calor, que nos era imposible andar por las calles, sin asfixiarnos. Por esto, decidimos ver la villa así como las ruinas de la antigua Tiberiades en su conjunto, desde la cima de la pendiente, que habíamos de subir con dirección a Nazaret.

Vista desde arriba, su perímetro no pasa de un kilómetro por la parte más larga, dándole un aspecto original las palmeras que están diseminadas en ella. Su población es de nueve mil almas, siendo ochomil, judíos, los cuales tienen allí su más afamada escuela, concurriendo a ella muchos rabinos de todos los países. Hablan el idioma castellano con relativa propiedad y de ello se glorían, pues manifiestan y prueban así que son descendientes de los expulsados de nuestra patria.

Las ruinas de la primitiva villa, fundada por Herodes Antipas, no tienen nada de particular. Solo se mantienen en pie, viéndose, en la falda de la montaña, algunos sepulcros, abiertos en la roca.

A las dos, ya estábamos todos en la cima de la montaña, al pie de la cual está Tiberiades. Mientras subíamos la villa en nuestros respectivos coches, nos pareció aquél un horno encendido, arrojando llamas por todas partes, pero al ponernos al mismo nivel que el Mediterráneo, una brisa suave y fresca, que venía de la parte norte, en la misma dirección del lago, llenó de oxígeno puro nuestros pulmones, cansados ya de buscarlo, sin poder dar con él.

Por última vez, contemplé, desde aquella altura el histórico lago de Tiberiades o de Genesaret, y adoré los al-

tísimos juicios de Dios, al escogerlo para que fuera testigo, el primero de todos, de sus enseñanzas y milagros, y donde pasaría las molestias consiguientes a su bajo nivel.

A nuestra derecha dejamos el monte no muy elevado, donde Jesús obró el primer milagro de la multiplicación de los panes, pero sin que nada recuerde allí ese prodigio, ni tampoco la iglesia que levantó Santa Elena en la explanada donde se sentó la muchedumbre que, ávida de oír la palabra divina, seguía a Jesucristo Nuestro Señor. Poco después, se ofrece a nuestra vista el monte de las Bienaventuranzas. Fué testigo del célebre sermón que llaman de la montaña, donde Jesús expuso todo un sistema de doctrina y de moral, lo más perfecto, lo más acabado y hermoso que puede concebirse. Si no hubiera otra razón para demostrar su divinidad que esa doctrina, que esa moral, ella sería más que suficiente para llevar la convicción más íntima y profunda a las inteligencias claras y serenas, sin pasiones ni odios sectarios. Muchas veces había reflexionado yo sobre esta prueba de la divinidad de Jesús, pareciéndome cada vez más apodíctica, más convincente.

Yo quiero conceder, por un momento, a todos los superhombres que rinden culto de latría a la pobre razón humana, desprestigiada ante la conciencia individual y ante la historia, semejante a las ruinas de un colosal y artístico edificio; yo quiero conceder a los intelectuales de todos los tiempos que caen del lado acá de la Cruz, a la raza que se cree privilegiada en el campo de la ciencia, en la república de las letras y en el mundo de las artes, con su patente exclusiva de pensar alto y sentir hondo; yo quiero concederles que las obras maravillosas de Jesús están desprovistas del carácter sobrenatural. Aún quedaría en pie su divinidad, sostenida por su doctrina y por su moral, atendiendo sólo al modo de adquirirlas y a la fuerza misteriosa y divina que fué necesaria para hacerlas aceptar.

¿Dónde aprendió Jesús la doctrina y la moral que enseñó a los pueblos y especialmente en el sermón de la montaña?

Es la pregunta que debe hacerse quien desee estudiar este interesante y capital asunto, con razón serena e imparcial.

¿Qué escuelas famosas frecuentó Jesús? ¿Qué sabios

fueron sus maestros? La historia debió consignar esas escuelas, esos sabios, como los consigna cuando se trata de un genio, de un sabio de primer orden. Es que su ciencia irradia resplandores intensos, luz vivísima sobre aquellos. Es que su fama, su elevado prestigio intelectual redundan en honra y gloria de aquellos sabios, de aquellas escuelas. Pero, respecto de Jesús que, con sus obras, su moral y su doctrina, ha llenado la historia de veinte siglos; y con las promesas y esperanzas de su venida, llenó la historia del género humano desde su cuna hasta la plenitud de los tiempos, esa historia guarda profundo silencio, lo mismo que la tradición. Solo sabemos que, desde la edad de cinco años en que regresó de su destierro de Egipto, estableció su residencia en Nazaret y allí permaneció hasta los treinta, en que salió a predicar el reino de Dios por toda la Palestina.

Durante estos treinta años de su vida seméjase Jesús a esas cometas que, de cuando en cuando, aparecen en el cielo, llamando la atención por su luz y por su figura.

En su infancia, no es Él quien personalmente da a conocer su grandeza y su poder. Son los ángeles los encargados de esta misión, en la cueva de Belén; y más tarde, una estrella. Aquéllos le dan a conocer a los pastores, y ésta a los reyes y sabios de Oriente. Y cuando es presentado en el templo, en brazos de su Madre, es un hombre timorato de Dios, es un anciano quien hace resaltar su grandeza y su infinita misericordia. Después se oculta a las miradas de los hombres y reaparece a los doce años de edad, dejando ver un rasgo de su inteligencia poderosa y de su ciencia soberana ante los doctores de la ley, en Jerusalén.

Sus preguntas y respuestas suscitan el asombro de aquella respetable asamblea de rabinos, reconocidos en el estudio de las letras sagradas y profanas. Ahora vuelve a ocultarse para no dejar ver la luz radiante y hermosa de su inteligencia y la grandeza abrumadora de su poder, hasta la edad de treinta años, en que salió por todos los pueblos de Israel, predicando el reino de Dios, enseñando a las turbas, ávidas de oír su palabra, una doctrina la más sublime acerca de la naturaleza y de la vida íntima de Dios, acerca del mundo, del hombre y de sus mutuas

relaciones, amén de una moral la más acabada, la más perfecta que ha visto la humanidad. Todo, en Él, transpira algo divino que encanta y seduce: su mirada, su rostro, su modestia y su mansedumbre; y sobre todo, la soberana tranquilidad con que ejecuta las obras más prodigiosas, como el que lleva consigo todos los poderes del cielo, y con que habla de las verdades más sublimes, sin la menor extrañeza, como el que vive en las altísimas cumbres de la verdad, en su misma fuente y en la región purísima de la luz, donde no hay nubes ni ocasos. Tal es la luz que irradia y la ciencia que enseña, y el poder que revela, que unos se postran y le adoran y todos le reconocen como un ser extraordinario. Y cuando a los tres años de tan espléndida manifestación, se oculta, por última vez, bajo la fría losa de un sepulcro, es solo por tres días. Después y durante veinte siglos, ha irradiado, desde ese sepulcro glorioso, una luz más esplendorosa, y ha ejercido una fuerza moral, sobre las almas, más intensa y más encantadora, haciendo aceptar, con ella, su doctrina, apesar de su sublimidad y elevación, de una parte; y de otra, el orgullo de los sabios y filósofos; lo mismo que su moral, apesar de su eminente perfección que contrastaba con la corrupción de los pueblos.

Es más: la misma condición social de Jesús, el estado de pobreza en que vivía, compartiendo sus faenas con un pobre obrero para buscar el sustento de la vida corporal, hacía imposible que saliera de su país para frecuentar las escuelas de Atenas, que aún eran famosas, fundadas por Platón y Aristoteles, la escuela Académica y la Peripatética. Su condición social le imposibilitaba salir de la inculta Nazaret para ir a oír los sabios de Atenas y de Roma. Ni siquiera los famosos rabinos de su pueblo, aquellos doctores residentes en Jerusalén, le conocían.

Por eso, no podían explicarle aque raudal de ciencia que brotaba de sus labios, aquella moral tan austera y tan perfecta que los exacerbaba. Era lo que los fariseos, abrumados por su doctrina y su moral, le echaban en cara para desacreditarle y para anular el prestigio que, con su palabra penetrante y persuasiva y con su grandeza moral, había conquistado ante los pueblos. ¿Acaso no es éste el hijo del carpintero? Es la pregunta que se hacían y que hacían a los demás.

La consecuencia salta a la vista. La moral y la doctrina de Jesús no fueron adquiridas mediante los esfuerzos humanos, si bien en su manifestación, sometióse el Divino Maestro a las leyes que señaló al sol en la naturaleza física, y a la inteligencia en la naturaleza humana. Aquel astro rey, como esta antorcha luminosa, va dejando ver su luz cada vez más intensa, más resplandeciente, a medida que avanza en su carrera aquél y entra en años ésta. Con los primeros destellos de la aurora despierta la naturaleza física, dormida con un sueño reparador, y con los primeros albos de la inteligencia, despierta la naturaleza humana, dormida con el sueño de la inocencia y del candor. Y así como la luz del sol va creciendo en intensidad, hasta que él llegue al punto más culminante de su carrera, al cenit, a la cual corresponde una luz la más intensa, la más esplendorosa y radiante, y un calor el más ardiente y abrasador, del mismo modo, la luz de la inteligencia va aumentando en claridad, hasta la edad de la plenitud de la vida física, hasta la edad de la mayor perfección corporal, a la cual corresponde una explosión espléndida de la vida intelectual en los grandes genios, en los grandes cerebros y una explosión también espléndida de la vida moral, en las grandes almas, en las almas que buscan al Autor de toda santidad y de toda grandeza.

Cuando Jesús subió al monte que tenemos muy cerca y a nuestra derecha para alimentar la inteligencia de una inmensa muchedumbre que le seguía, pendiente de la palabra que caía de sus labios, como cuando subió al primero que encontramos, para alimentar la vida del cuerpo, dejando traslucir un rayo de su divinidad, la multiplicación de los panes, había llegado ya a la plenitud de su vida física. Contaba treinta años de edad. Por eso, sus tres años de vida pública, los últimos de su vida; los que consagró, de modo especial, a la redención del género humano, fueron como una espléndida manifestación de la vida divina, como un derruche de poder y de sabiduría.

Al pie del monte de las bienaventuranzas, vimos la llanura de Hittin, de tristísimos recuerdos para los cristianos. En aquella misma llanura se encontraron los caballeros de San Juan y del Temple a la cabeza de cincuenta mil combatientes, con Saladino que mandaba un ejército mu-

cho más poderoso que el cristiano. Allí esperaba el ejército sarraceno que había tomado todas las posiciones estratégicas, siendo cosa poco menos que imposible vencerlos y fácil vencer a los cruzados apesar del heroísmo y valor indomable. Una lamentable equivocación de los jefes llevó allí al ejército cristiano, siendo recibido a pedradas desde la cima y desfiladeros de la montaña, y al mismo tiempo, con una lluvia de flechas lanzadas de todas partes. Jamás se vió valor semejante al del ejército cristiano, sostenido por la palabra cálida y ardiente de sus jefes y sacerdotes, alimentado por el sentimiento del propio peligro y llevado al paroxismo por la presencia de la Cruz. Pero, por altísimos juicios de Dios, todo ese derroche de valor iba a ser inútil. Privados de víveres y de agua, el hambre y la sed se ensañaban en ellos; y fatigados, bajo la acción de un sol abrasador, caían de cansancio y faltos de fuerza. Y cuando repuestos, durante la noche, de tanta fatiga, intentan acometer, por segunda vez, al enemigo, los mismos elementos naturales se les ponen de frente. Un viento impetuoso los envuelve en nubes de polvo, que los deja casi ciegos, y más tarde, la mano de Saladino, prendiendo fuego a los pastos de la montaña y de los valles, los envuelve en llamas abrasadoras, que hacen imposible toda victoria. Pero lo más grave para ellos, es que la cruz, teñida en sangre, cae en poder de la media luna. Era su bandera gloriosa y ninguno de aquellos ilustres guerreros hubiera querido sobrevivir a tanta desgracia; todos hubieran querido morir, abrazados a aquel madero, signo de nuestra redención. Es que combatían para ellos la prenda más delicada de sus amores; es que habían nacido a la sombra de la cruz y a su sombra habían vivido, y por eso querían morir, abrazados con ella. ~~Es que, por ella, habían dejado sus patrios lares y arribado a las playas de Palestina, dispuestos a verter toda su sangre por defenderla de sus enemigos.~~ Aquel *Dios lo quiere*, que tantos cruzados llevó al país de Jesús, no cesaba de resonar en sus oídos; pero ya no sentían los entusiasmos y los alientos de otro tiempo. A ellos sucedieron la tristeza más profunda y las lágrimas más dolorosas. Por eso, prefieren la muerte a la vida, y claman a Dios por aquélla. Y cuando Sa'adino decreta la muerte a los valientes guerreros que habían caído prisione-

ros, refléjase en sus rostros una inmensa alegría. Esperaban, con ansiedad, la palma del martirio.

Causóme inmensa satisfacción no ver, en aquella llanura, ni en la cima de la montaña de Hittin, señal alguna que recordara tan humillante derrota para los soldados de la cruz que puso fin al reino latino de Jerusalén, y, con él, a la gloriosa dominación de los cruzados en la Palestina.

Al pasar junto a aquella histórica llanura, viéñense a la memoria las palabras del Dante en la *Divina Comedia*: *Non ragionar di lor, ma guarda e passa.*

A los pocos momentos pasamos por el campo de las espigas, dedicado todavía al cultivo del trigo, en donde Jesús defendió a sus discípulos de las iras de los fariseos, porque, acosados por el hambre, tomaron, desde el camino, unas espigas para desgranarlas y mitigar, algún tanto, el hambre. Era sábado, y los fariseos todo lo toleraban, aún los crímenes más graves, con tal que fueran ocultos; pero ciertas exterioridades de la ley, aunque fueran minucias, falsamente interpretadas, no podían consentir que quedaran incumplidas. En esto, eran intransigentes, inexorables. Para ellos, el día sábado, no se podía tomar de la tierra, siquiera fuera de pasó, unas cuantas espigas de trigo para saciar el hambre. No les cabía en la cabeza por tener el corazón lleno y cargado de malicia, que la conservación de la vida era un deber sagrado y un derecho inalienable, fundado en la misma ley natural. Por algo dijo Jesús: *Si vuestra justicia no fuere mayor y más perfecta que la de los fariseos, no podéis entrar en el reino de los cielos.* Tampoco hay una señal que recuerde este pasaje en la escritura. La tradición es la que se ha encargado de señalar el lugar de referencia.

Eran las cuatro de la tarde cuando llegamos a Caná de Galilea. Habíamos recorrido veinticinco kilómetros desde Tiberiades con un sol ardiente, pero mitigado por una suave y fresca brisa. Si no fueran sus gratísimos recuerdos, no merecía los honores de una visita, si bien sus alrededores ofrecen un hermoso panorama, con infinidad de olivos y hermosos árboles, regados por manantiales de aguas frescas y cristalinas.

Como población no merece la pena de visitarse. Es una aldea que apenas cuenta seiscientos habitantes,

sin faltar musulmanes y cismáticos; aquéllos, con su mezquita, de aspecto pobre y miserable; y éstos, con su iglesia, también pobre y de aspecto desagradable. Hasta los mismos protestantes han querido, han intentado echar raíces allí haciendo prosélitos, pero todos se reducen a quince. Por lo visto su culto frío, como los hielos de las cumbres y seco y árido, como los desiertos africanos, es una planta exótica, no tiene aceptación alguna, allí, donde la Madre de Dios, cuyo culto ellos desprecian y trabajan lo indecible para desterrarlo del mundo cristiano, tiene un monumento inpercedero de su inmensa compasión por la pobre humanidad y de su poderosa y eficaz intercesión ante Dios. Nada les ha valido el gastado y burdo argumento de que los católicos tributamos a María un culto propio y exclusivo de Dios, el culto de latría. Sálenlo refutar hasta los niños de la escuela.

Pero basta y sobra su doctrina acerca de la Madre de Dios para inspirar repugnancia y hasta horror a las almas de aquellas gentes que sienten toda la ternura y delicadeza del culto a María. ¿Qué es esta mujer para el protestantismo? Una del montón que no merece homenaje alguno por sus privilegios, ni por sus gracias, ni tampoco por su eminente santidad. Ni siquiera merece un culto especial por el hecho de ser Madre de Dios. Esta maternidad no es negada por él, y la reconoce como sobrenatural y divina, pero sin que, para ello, tuviera una predestinación especial y fuera preparada de antemano, con el privilegio de su Inmaculada Concepción y con el de su perpetua virginidad, amén de una santidad que solo tuviera por encima la santidad infinita de Dios. Pero así y todo, negarle un homenaje, un culto especial como lo tributa el catolicismo, es el colmo de la insensatez, y yo diría, del odio sectario. Es una sociedad, tribútase a las personas el homenaje, la consideración debida a sus propios méritos, a su rango elevado, y a su posición social. Eso significan las apoteosis, las veladas literario-musicales que se celebran a la memoria de los hombres distinguidos, ora sea un genio de la guerra, de las letras y de las artes, ora un bienhechor de la patria que le vió nacer. Eso significan los grandes preparativos que hacen los pueblos para recibir a sus reyes, a sus príncipes y a todos los que componen la

familia real. Eso significan los vítores y aplausos que se oyen a su paso por los pueblos y ciudades de su reino. Y tanto mayor será la veneración y el homenaje que le tributan esos pueblos, cuanto mayor sea la grandeza, su poder y sus méritos personales; cuanto mayor y más elevado sea su rango, y cuanto más noble y generoso sea su corazón. Así lo exigen el orden y la justicia. Así lo han reconocido, practicándolo, los hombres de todos los tiempos, de todas las razas y de todos los climas. ¿Por qué, pues, esta excepción que hacen los protestantes con la Madre de Jesús, a quien ellos reconocen como a su verdadero Dios y Redentor? ¿Acaso no participan los hijos de la nobleza de sus padres y los padres de la grandeza de sus hijos? ¿No es el mismo Jesús quien nos da el ejemplo del respeto y consideración que debemos a su Madre? Ahí está Caná de Galilea que nos recuerda el milagro de la conversión del agua en vino, en atención a Ella.

No hay un cristiano medianamente instruido, que ignore el segundo diálogo público que tienen la Madre con su Hijo en aquel mismo lugar en que estábamos. *No tienen vino*. Es la frase que emplea María, invitada con Jesús, a unas bodas de Caná, ¿Qué la motiva? El haberse concluido el vino, sin terminar el banquete de boda. ¿Cual fué su finalidad? Evitar a los desposados una vergüenza, una humillación, al percatarse los comensales de la falta de aquél. Dos cosas resaltan en esta primera parte del diálogo, una tierna compasión de María con los desposados y una confianza ilimitada en su Hijo. Aquella compasión ~~es tan~~ generosa, que, sin manifestar los recién casados su necesidad, Ella se adelanta para evitar y prevenir la humillación vergonzosa, ~~que se prevenía encima~~, de no remediaria; y esta confianza es tan grande, que, ~~con~~ una mera insinuación, pide una cosa físicamente imposible: ~~que~~ un milagro, que solo Dios puede hacer. Y apesar de la respuesta de Jesús, al parecer, áspera y negativa, pero en realidad, profundamente misteriosa y reveladora del respeto y consideración que guarda para con su Madre; ésta insiste, pero ahora no pide; parece que manda y ordena que se haga lo que pretende. Es que, si antes habló con el carácter de humilde criatura, después lo hizo con el carácter de Madre. Mujer, ¿que nos va en ello a ti y a mí? Aún no ha llegado mi hora.

Es la respuesta de Jesús, dura al parecer, pero de un sentido misterioso y divino. Seméjase a la que dió cuando María se le quejó en el Templo de que su padre legal y Ella le habían estado buscando con profunda pena y dolor de su alma. Aquélla fué la primera vez, que, con su palabra, manifestó lo que se ocultaba en El, su ser divino, su personalidad divina, con la misión altísima de ocuparse en las cosas que fueran del agrado de su Padre, ocupación que estaba por encima de la obediencia que a ellos debía. Ésta es la segunda vez, que desea se fijen todos en que, tras de aquel exterior, que tanta veneración infundía, había otra cosa, a la cual debía extenderse la fe de sus discípulos y amigos, el ser divino que en El se ocultaba. Y la prueba de ello debía ser la prodigiosa conversión del agua en vino.

A vista del prodigio los discípulos se arraigaron más en la fe en su Maestro. Y confirma el sentido misterioso de sus palabras lo que añade Jesús: *Aún no ha llegado mi hora.* ¿Qué hora era esta? La decretada por su Padre, celestial para comenzar a probar su misión con milagros. ¿Qué faltaba ya? Que los invitados se percataran de que no había vino, lo que era necesario para que quedasen íntimamente convencidos del milagro y del poder divino con que lo hacía.

Si la primera parte del diálogo es reveladora de los delicados y tiernos sentimientos de la mujer cristiana, representada en María, ante los infortunios de la vida, amén de su esperanza en El que la hizo tan compasiva y tan delicada, y al mismo tiempo manifestadora de un sentido misterioso, la segunda parte nos pone de relieve la autoridad de una madre que manda a su hijo, en la completa seguridad de que será obedecida. *Haced como El os dijere,* dijo María a los que servían. Ya cesa de pedir; ahora ordena y manda directamente a los sirvientes, pero indirectamente a su Hijo. Es su Madre y ha tenido tiempo suficiente para conocer los sentimientos de su Hijo. Sabe que es Dios, y por eso puede convertir el agua en vino. Sabe que le está sometido, y por eso le obedecerá y adelantará su hora, en atención a Ella, como en efecto lo hizo, con la admiración de todos los circunstantes. En adelante, quien no honra a María, como la honró Jesús, es un

mal cristiano; quien no confía en su intercesión es un insensato; quien niega su culto es un sectario.

No es extraño, pues, que el protestantismo sea una planta exótica allí, donde se levanta una hermosa iglesia, en el mismo lugar, que evoca el recuerdo de la conversión del agua en vino, hecha por Jesús y a instancias de su Madre. Y esto, a pesar de no haber llegado la hora decretada por el Padre Celestial.

Era aquella iglesia la que, desde luego, atrajo y robó nuestras miradas, y apenas pusimos el pie en tierra, allí nos fuimos.

Es de reciente construcción, pues data del año ochenta del siglo pasado; pero después ha sido ampliada, resultando, además de hermosa, muy capaz. Se levanta sobre las ruinas de los templos que allí edificaron los cristianos, en diferentes épocas, y derribados por Cosroes y más tarde por Saladino, si bien los peregrinos no dejaron nunca de visitar este lugar que presencié el primer milagro de Jesús. Pavimento y escalinatas para subir al altar mayor, todo es de mármol blanco, y debajo del altar hállase la cripta, donde se realizó el prodigio. Vimos, en ella, seis ánforas del mismo tamaño y figura, según la tradición, que las famosas hidrias de que nos habla el Evangelio, y que Jesús mandó llenar de agua convirtiéndola, luego, en vino exquisito y generoso, hasta el punto de haber llamado la atención por la costumbre de servir primero en los convites el vino más generoso. Siéntese allí la grandeza de Dios que, con un simple acto de su voluntad, las cosas se transforman sustancialmente en otras, pero no se siente en ellos la ternura de María con todo su valimiento delante de Dios.

De allí pasamos al convento de los Padres Franciscanos, que tiene departamentos para escuelas de niños de ambos sexos. Nos recibieron con una amabilidad exquisita, dándonos un refresco, amén de galletas muy sabrosas y vino muy rico y generoso. A los cincuenta metros de distancia, tienen los cismáticos griegos su iglesia, de aspecto exterior muy pobre, a la cual asomamos las narices para no ver nada que valiera la pena.

La pequeña aldea de Caná cuenta, entre sus hijos, a dos Apóstoles, Simón Cananeo y San Bartolomé. Al primero nos lo recuerda la iglesia que obtuvo las primicias de

© Der Autorrechte, alle Rechte vorbehalten. Digitized by Google. Original: Biblioteca Nacional de España. Madrid, 1900.

nuestra visita. Está edificada sobre el lugar de la casa solariega de Simón Cananeo y en donde se celebraron sus bodas y se obró el prodigio de la conversión del agua en vino. Evoca la memoria del segundo una pequeña iglesia, una ermita, que a la entrada de la aldea, encuentra el peregrino que viene de Tiberiades. Se levanta sobre el lugar de la casa solariega de Natanael que después se llamó Bartolomé, y a este Apóstol está dedicada. Su nombre nos recuerda el decidido empeño del Apóstol Felipe en traer a los pies de Jesús a Natanael para que viera en su persona al Mesías prometido; nos recuerda las dudas del mismo Natanael rayanas en la incredulidad acerca de Jesús, fundadas en que de Nazaret no podía salir nada bueno.

Del diálogo que Jesús tuvo con él, resultó un ferviente discípulo, que le siguió por todas partes, y cuya rectitud y sinceridad merecieron los mayores elogios de su Maestro. *He ahí un verdadero israelita en quien no hay dolo ni engaño.* Es un panegírico completo y acabado que, por ser de la verdad eterna, revela un hombre íntegro y cabal, pero raro y excepcional en la sociedad. Es que la intención es el alma de nuestras obras, el principio que les da vida, la cual será robusta y lozana si aquella es recta y sin engaño. Así todas nuestras obras estarán plétoricas de justicia y serán dignas de eterna recompensa. Pero desgraciadamente, es una virtud rara, una planta excepcional en la tierra pobre e infecunda del corazón humano.

A las cinco menos cuarto ya estábamos todos en nuestros respectivos coches para continuar nuestro viaje a Nazaret.

A los pocos momentos pasamos junto a la fuente de Caná, que es un manantial de agua fresca y potable, de la cual se surte el vecindario de ~~aquella aldea~~ por ser la fuente más cercana.

Es de ~~aquella~~ que, en ella, llenaron las seis hidrias o cántaros los criados que servían el convite de las bodas, según el mandato de Jesús. Y a dos pasos de esta fuente, está una pequeña mezquita, de aspecto miserable. Pasamos de largo, sin preocuparnos de su visita, por no valer la pena de bajar del coche, y sin hacer caso de tantos desarrapados que nos alargaban la mano, pidiendo una limosna, con la consabida palabra *banich*. Es la primera palabra que los padres enseñan a sus hijos sin que el pedir sea, por aque-

llas tierras señal de necesidad y pobreza. Piden por costumbre.

Dejando a la derecha sobre una pequeña colina, la patria del profeta Jonás que no pasa de ser una miserable aldea, llegamos a la célebre fuente del Berro, donde los cruzados sufrieron una tremenda derrota, de parte de Saladino, quien se vengó de la prisión, que ordenaron los cruzados, de una caravana en la cual iba la madre del famoso guerrero musulmán. Después de caminos escabrosos, con sus pendientes difíciles y peligrosas, y dejando, en una de ellas, a Séforis, patria de San Joaquín y Santa Ana, pequeña aldea habitada casi en su totalidad por mahometanos fanáticos, avistamos a Nazaret, desde lo alto de la colina, que domina la villa, por la parte norte. Eran las seis de la tarde. Con razón se llama a Nazaret la perla y la flor de Galilea.

Rodeada de colinas por todas partes. hállase como recostada en la del poniente, en forma de anfiteatro, con edificios limpios y blanqueados, destacándose, entre ellos, el de los Salesianos, en la misma cima de la colina, las hospederías de rusos y católicos, convento de religiosas y la Basilica de la Encarnación o de la Anunciación.

Después de recrearnos con esa mirada general de Nazaret, con el hermoso panorama que nos ofrecía, en su conjunto, nuestros ojos se fijaron en lo que más nos interesaba, desde el punto de vista cristiano, en la Basilica de la Anunciación. Allí se iban todas las miradas del cuerpo y las miradas del alma. Allí, en aquel lugar donde se levanta la Basilica que vemos desde la colina, se realizó el más grande de los misterios, el misterio de la Encarnación, que tiene sus más profundas raíces en la naturaleza del hombre y en la naturaleza de Dios, el misterio que es la plena satisfacción de las grandes aspiraciones del hombre y de Dios, saliendo de las entrañas de aquél que lo pidió con lágrimas y de las entrañas de éste que accedió con amor; el misterio que es el feliz y dichoso encuentro de los dos amores que se buscan, el amor humano y el amor divino; aquél, que ansía oír a su Dios como suspira el buen hijo oír a su padre, y Este que se inclina amorosamente para hablar al hombre, como se inclina y aspira el padre a hablar a su hijo; aquél, que siente deseos casi in-

finitos de ver a su Dios con sus propios ojos, como los siente el amante de ver a su amado, y Este que suspira por manifestar al hombre su belleza infinita, en la forma que Este apetezca, como suspira un corazón inmenso, tierno y generoso por comunicar sus dones y tesoros al ser que ama y adora; aquél, que siente inquietud intensa por tocar, con sus propias manos, a su Dios, besarle, y estrecharle contra su corazón, y Este que se siente dulcemente atraído a calmar su inquietud.

Estas consideraciones que me sugería la vista de la hermosa Basílica llenaban mi alma de dulces y fuertes emociones. Recordaba, entonces, todas las interesantes circunstancias de la Encarnación del Verbo, así como la infancia de Jesús, aquella primera edad que, si siempre es encantadora y llena de atractivos por la vida candorosa y alegre del niño y por la gracia inimitable de su lenguaje en ciernes y a medias, mucho más, inmensamente más encantadora y llena de atractivos fué la primera edad de Jesús, porque a los encantos naturales unía los celestiales, los divinos.

Aquella hermosa, pero pequeña villa que apenas cuenta seis mil almas, me recordaba el taller del carpintero José, donde Jesús ennoblecó y santificó el trabajo con el contacto de sus manos e hizo depender su vida mortal del sudor de la frente y de las manos encallecidas de su padre adoptivo; me traía a la memoria la casa solariega de María, testigo de la vida de familia, que ha sido y es el modelo más perfecto de la vida doméstica y testigo, además, de la muerte preciosa del varón insigne que mereció del Eterno Padre que compartiera con Él su autoridad sobre el Verbo; testigo de la muerte preciosa que también ha sido y es el modelo más acabado de la muerte cristiana porque nada puede haber más consolador para nuestra alma que morir en brazos de Jesús y de María como murió aquel dichoso Patriarca.

Uno sólo de estos recuerdos basta y sobra para robar toda la atención de nuestro espíritu. Es que la fe se sobrepone a todo, y cuando esta fe tiene por objeto un asunto tan hermoso y tan simpático como todo lo que se relaciona con el primer misterio de nuestra redención y con la infancia y vida oculta de Jesús, entonces la fe subyuga y seduce.

Bajamos de la colina, en nuestros respectivos coches, dejando a la izquierda el hospital de los hermanos de San Juan de Dios, que es un edificio de regulares dimensiones y de una posición encantadora por abarcarse, desde allí, y de una sola mirada, el espléndido panorama de Nazaret y donde se respira un aire puro y oxigenado. Eso tienen que agradecer los enfermos a los iniciadores de la idea de construir allí, en las alturas de la colina del norte, una casa de salud, porque pueden recrear su vista, ensanchar sus pulmones con aire fresco y puro, haciendo así más llevadera su enfermedad. Nada pudimos saber de las comodidades interiores del hospital, pues ya era tarde para detenernos allí y nos esperaban en la Basílica; aparte de que los momentos nos parecían siglos. Tales eran nuestros deseos de visitar, por primera vez, aquel santuario tan venerando desde los primeros días del cristianismo, sin que pudieran borrar su recuerdo, de la memoria de los cristianos, las persecuciones de los tres primeros siglos, ni las brutalidades de los sarracenos, ni las infamias y crueldades de Bibars, ni el odio sectario de los turcos.

Cuando llegamos a la Basílica, apenas podíamos ver los objetos clara y distintamente. La noche parece se había dado prisa para extender su negro manto sobre la naturaleza. Y al pisar los umbrales de aquel augusto santuario, nos sorprendió agradablemente el toque del *Angelus*. Emocionados fuerte y dulcemente, calmos de rodillas, rezando la oración. Sentí algo que me oprimía y me hacía brotar lágrimas, pero lágrimas dulces y consoladoras. ~~Fra la grandeza de Dios que parecía descender sobre nuestras cabezas. ¡Qué hermosa, qué celestial y divina me pareció aquella aparición en los cielos, en el mismo lugar, donde ella la oyó de un Ángel hace veinte siglos!~~

La imaginación exaltada, vivamente impresionada por tantos recuerdos, reprodujo el sublime cuadro que el divino artista trazó, con mano maestra, en aquel lugar, y parecía repetirse la misma escena tierna, conmovedora y llena de encantos para los que gemimos en este valle de lágrimas.

Al que dirigí el rezo no se le ocurrió intercalar o añadir el adverbio demostrativo de lugar, *hic*, que pronunciado en estos lugares históricos, tiene una fuerza mágica que cautiva el alma. Hubiera sido de un efecto tierno y conmove-

dor. El añadirlo, tal vez, será un privilegio, reservado al sacerdote, cuando celebra el augusto sacrificio; pero entonces, no solo es privilegio, es un deber decir *et hic incarnatus est*. Yo, sin embargo, lo dije mentalmente. Es que, diciéndolo, me parecía estar más cerca del grandioso acontecimiento. Se acortaba inmensamente la distancia de veinte siglos que de él me separaba, y a fuerza de repetirlo imaginábame ver, en aquel momento, al Ángel del Señor que replegando sus alas, poníase delante de la Virgen, sin mancilla, y desde el lugar en que me hallaba postrado en tierra, me pareció oír el hermosísimo diálogo que llenó de gozo al cielo y de alegría a la tierra, el diálogo entre el Ángel que encumbraba a María, llamándola llena de gracia, y María que se humillaba profundamente llamándose esclava del Señor; parecíame oír el diálogo hermosísimo, entre el Ángel que anuncia a María los designios de Dios, en orden a hacerse hombre en sus purísimas entrañas, y María que se turba como cándida paloma, en presencia del Ángel, y que pregunta el modo de conciliar su virginidad con la dignidad de Madre de Dios; el diálogo hermosísimo entre el embajador del cielo que esclarece todas las dudas de María, todas las sombras que envuelven su inteligencia y María que pronuncia un *fiat* poderoso y fecundo como el primero que de la nada hizo surgir todos los seres.

Después de orar por breves momentos, un Padre Franciscano sube la escalinata de mármol blanco que da acceso al altar mayor, y, apoyado sobre la hermosa balaustrada del mismo altar pronunció un discurso de bienvenida. Era el Padre Pereda que estaba encargado de saludarnos y felicitarnos por nuestro feliz arribo a Tierra Santa y a la hermosa Nazaret.

Como yo no sabía una palabra de la simpática y laudable costumbre de saludar tan pública y tan solemnemente a los peregrinos españoles, costumbre, por otra parte, que también dice con la hidalguía española, fué para mí una verdadera sorpresa aquel acto de cortesía y deferencia, pero una sorpresa agradable. Nos tuvo pendientes de su palabra por espacio de media hora y me pareció un momento. Aparte cierta mímica, que parece estudiada, y que no se compagina bien con la gravedad del orador sagrado, me resultó un orador de cuerpo entero. Su decir es correç-

to y elegante, su palabra vibrante y fogosa, y su voz timbrada y corpulenta. Su discurso, jugoso por la doctrina y tierno por los afectos, versó sobre la grandeza y poder de María, en cuyas manos puso Dios nuestra felicidad. Fué un canto a María, un canto a España, cuya felicidad está en sus manos, y un canto a los peregrinos que, en medio de un siglo indiferente y frío, como el hielo de nuestras montañas, emprendimos aquel viaje, lleno de sacrificios, para alimentar nuestra piedad, en el país de Jesús, y dar testimonio de nuestra fe ante el mundo entero. Parecióme, en la segunda parte de su discurso, un español de vieja cepa. El fuego sagrado de la patria arde en su corazón con tanta intensidad, que constantemente saltan chispas, que prenden e incendian a los que le rodean. En tierra extranjera, en vez de extinguirse la llama que Dios ha puesto en el centro de nuestro corazón, se hace más viva y toma proporciones colosales. Por su lenguaje castizo y por el amor a los suyos, no dudé un momento de que, por sus venas, corría sangre de un hombre ilustre en las letras. El apellido lo denuncia y sus prendas personales lo confirman. Es la sangre del genial novelista cristiano, del insigne autor de *Tipos y paisajes*, que dió fama y renombre a su patria chica con sus obras inmortales.

Acto seguido, cantóse el *Te Deum*, en acción de gracias, y a continuación, bajamos, de dos en dos, a la cripta, para besar el lugar en que se hallaba la Virgen cuando el Ángel se le apareció y tuvo con Ella el diálogo de todos conocido.

Está señalado con un rosetón de ~~mármol~~ blanco bajo el altar de la Anunciación. ¡Qué imponentes son estas espléndidas manifestaciones de nuestra fe! Hay allí tanta grandeza moral, que las emociones sucedense, sin cesar, en nuestro espíritu, bañado por tanta ~~gracia~~ y rodeado de tanta grandeza.

Al poner los pies en el primer peldaño de aquella hermosa escalinata para bajar a la cripta, siéntese uno, con un temor en el alma, que trasciende a todo el cuerpo, pero de un modo especial, a nuestras piernas, que parece han perdido sus energías, y temblando se doblan nuestras rodillas para.... iba a decir, para adorar aquel lugar. Pero, no; la inteligencia rectifica lo que el corazón cristiano qui-

siera, llevado de su acendrada devoción a la Reina de los cielos. Su palabra propia y adecuada que debe emplearse, la que no puede excitar las iras del protestantismo es venerar, pero venerar profundamente hasta llegar casi a los confines de la adoración. Al fin es la Madre de Dios que, en dignidad y perfección, dista inmensamente de los hombres, de los bienaventurados y de los ángeles. Pero una cosa no puede ni debe rectificarse, y es el dulce y espontáneo movimiento del corazón a dejar allí una lágrima con la impresión del ósculo, lleno de cariño y de ternura. Es que, *velis nolis*, asoman las lágrimas a nuestros ojos y asoman en cantidad suficiente para correr por nuestras mejillas. Las que allí quedan y se derraman, Dios las convertirá en hermosas perlas para engazarlas en la corona de gloria con que ceñirá nuestra frente, si practicamos obras de justicia. Por eso, son una esperanza consoladora para el peregrino, en medio de las penalidades de la vida.

Salimos de allí, pero dejando todos nuestros cariños, todos nuestros amores en aquella santa gruta; y a los pocos momentos estábamos en la hospedería Casa-Nova de los Padres Franciscanos. Es un edificio amplio y espacioso, donde pueden alojarse crecido número de peregrinos. En el salón-comedor cabíamos holgadamente todos los peregrinos, que habíamos venido de Tiberiades. Eran las siete, cuando nos sentamos en la mesa, reinando, en ella, mucha animación, y contando cada cual sus impresiones. A las nueve y media, nos retiramos a nuestras respectivas habitaciones para descansar. Pasé la noche de un tirón, habiendo perdido la tierra de vista, a los dos minutos de echarme en la cama.

DIA 18 DE MAYO

Celebrando en la cripta de la Anunciación.—La piedad de los nazarenos y peregrinos.—Escolares edificantes.—Una función solemne.—Visita interesantísima al taller de San José.—Fuente de la Virgen.—Iglesia de griegos católicos y maronitas.—Mensa Christi.

No fui de los últimos ni de los primeros en dejar la cama; y la dejé sin sentir pereza ni cansancio, a pesar del enorme estropeo del día anterior. Es que me preocupaba una idea, la idea de celebrar en la santa gruta de la Anunciación; y sino, en el mismo altar, dedicado a este misterio, por lo menos, en uno de los tres restantes que allí hay, a saber, el del Ángel, de San José y de San Joaquín y Santa Ana. Yo iba dispuesto a esperar hasta las nueve, pues a las nueve y media había de comenzar la solemne función que allí celebran siempre los peregrinos españoles, con sermón y a toda orquesta. Pero no fué preciso esperar tanto tiempo. A las ocho tenía turno para celebrar en el mismo altar de la Anunciación. Fué una de las satisfacciones más grandes de mi vida.

Revestido de los ornamentos sacerdotales, respirase un ambiente divino, y encuéntrase todo impregnado de perfumes celestiales.

Aquel *et hic incarnatus est*, pronúnciase con estremecimiento. Aunque no fuera de rúbrica preceptiva doblar la rodilla, no podía resistirse a ello. Tal es la profunda veneración que inspira aquel *hic*, *pronunciado* en el mismo lugar donde la Virgen estaba en altísima contemplación.

A pesar de lo reducido de la santa gruta y del excesivo número de fieles que allí había, quedé en ella para dar gracias a Dios por tan señalado beneficio. Parece que no acierta uno a salir de aquel santuario. Busqué un rincón, desde donde pudiera dirigir mis miradas, nunca satisfechas, hacia el altar de la Anunciación y del Ángel, que están frente por frente, pues inclinar la cabeza y cerrar los ojos para recoger el espíritu y concentrarse en sí mismo sin

mirar hacia aquel lugar, es cosa poco menos que imposible. Diríase que de allí brota una fuerza mágica que subyuga y cautiva.

Consuela ver tantas almas piadosas que van a postrarse ante el altar de María, desde las primeras horas de la mañana. Allí, nazarenos que en número considerable, bajan a la cripta para comulgar y saludar a la reina de los cielos, dándonos ejemplo de compostura y modestia, sin que sus labios se abran más que para rezar o leer en algún libro piadoso; allí, peregrinos de ambos sexos que, después de fortalecer sus almas con el pan de los ángeles, permanecen en la santa gruta en fervorosa oración, sin que sientan ganas de salir; allí, sacerdotes que no se sacian de contemplar aquel cuadro tan sublime y hermoso que nos ofrece la gruta; allí, éste que no se cansa de besar el rosetón de mármol dejando en él, con cada beso, una lágrima; y aquél que clava sus ojos en el cuadro de la Anunciación, que está sobre el altar, murmurando una oración, y dejando caer también una lágrima por sus mejillas.

Nos desayunamos, aprisa corriendo, para poder estar en la Basílica a las nueve y media, hora en que comenzaría la función. Cuando llegamos, por esta vez, a la santa Basílica, lo primero que hicimos fué bajar a la cripta para alimentar nuestra piedad con el aroma divino que se desprende de todo cuanto en ella existe.

La Basílica estaba adornada con las más ricas y preciosas galas, en atención al extraordinario acontecimiento que la motivaba, como era la llegada de la quinta peregrinación española, asociándose a celebrarla, con su presencia, el pueblo católico indígena, siempre edificante, pero, especialmente, los escolares, que educan los Padres Franciscanos. Ya los habíamos visto durante las misas rezadas de la mañana. Una de estas misas, que dice un religioso, llamase misa de los escolares. Se dice expresamente para ellos y a las siete en punto, si mal no recuerdo. Conté unos cincuenta y dos niños, colocados en fila, de dos en dos y por orden de edad y hasta de tamaño; y era tal su compostura y modestia, amén de lo morigerado de sus movimientos y ademanes, que llegué a dudar por un momento si los niños del Oriente serían naturalmente traviesos y vivos, como los de por acá. Tuve que rectificar,

pues la viveza y travesura las llevan en la sangre los de Oriente y los de Occidente, con la sola diferencia de que, en aquellos, ejerce una influencia grande la educación escolar, el ejemplo de sus padres, en sentido religioso y social. Y ya sabemos lo persuasivo que es la educación de la escuela y el ejemplo de los padres. Esta era la causa de aquella compostura y modestia, que los hacía tan simpáticos. Pero mi sorpresa llegó a lo sumo cuando, apenas empezó la misa, uno de los mayores, director y maestro de ceremonias, al parecer, de aquella comunidad de pequeños, puestos de rodillas, abre un libro y comienza a leer en árabe y en alta voz, de modo que le pudiéramos oír todos. Aquel lenguaje, para nosotros desconocido, con su infinidad de letras y sílabas guturales y en boca de aquel niño, tenía un encanto, una gracia tal, que no sabíamos ni podíamos separarnos de allí. Era la meditación que hacían todos los días, cerrando el libro después de un rato de lectura, y reinando un silencio sepulcral, sin que se diera un solo caso de levantar los ojos o mirar a los lados ninguno de aquellos inocentes.

Terminada la meditación con la misa, otra cosa, tan agradable como la primera, vino a sorprendernos. Era el rosario, la oración hermosa y popular, en obsequio de la Virgen. Me parecían ángeles hablando con Ella en lengua desconocida. No era posible separarse uno de aquellos niños hasta que terminaron de saludar a la doncella de Nazaret.

Así es como se forman hombres honrados y cristianos. Y cuando se desencadene la horrorosa persecución contra su fe, esa educación, favorecida por el ejemplo de padres y maestros dará copiosos frutos. Entonces esperarán tranquilos la muerte, antes que ~~abdicar~~ en lo más mínimo, de sus ideas, de la fe que recibieron con entusiasmo, y siempre la conservaron robusta y lozana. Es una labor meritísima que realizan, en Oriente, las órdenes religiosas, ya de hombres, ya de mujeres; labor que no sabemos agradecer como se debe y ella merece. Eso solo basta y sobra para colmarlos de prestigios.

Pues bien; esos niños eran la nota saliente, que, después, contribuían con su presencia, a dar esplendor a la fiesta, en la cual presidía el Sr. Arzobispo Nozaleda, pre-

dicando el Director espiritual de la peregrinación Sr. Mújica. Vestía el traje morado como Proto-Notario Apostólico, y su sermón versó sobre la Encarnación del Verbo. Es el tema obligado, en todas las peregrinaciones; el suceso que se verificó en el lugar que se visita. Al Sr. Mújica, sin ser orador de grandes vuelos, se le oye con gusto. Es un varón apostólico por su actividad y unción. En su sermón hizo resaltar el amor inmenso, infinito de Dios en la Encarnación hacia el hombre y la esperanza del perdón que inspira a la humanidad caída.

A las once regresábamos a nuestra hospedería de Casa-Nova, y después de almorzar recorrimos, en grupos, la población, para ver lo más notable que contiene, empezando por la Santa Basílica, pues su visita estaba todavía a medias.

El lugar sobre el cual está levantada fué siempre objeto de suma veneración para todos los cristianos, quienes lo visitaron constantemente, apesar de las persecuciones y crueldades de los enemigos de la Cruz. Entre aquellos, figuran dos santos que llenaron su siglo, San Francisco de Asís y San Luis rey de Francia. Cuando la visitaron, aún no estaba en pie, si bien restaurada por los cruzados, la magnífica Basílica construída por Santa Elena. La Basílica actual con su convento data del año treinta del siglo pasado. De estilo greco-romano, tiene tres naves amplias y espaciaosas, conservadas en muy buen estado. con dos altares en la nave de la Epístola, dedicadas a San Antonio de Padua y a San Joaquín y Santa Ana, amén de dos soberbios cuadros que representan a sus titulares, llamando poderosamente la atención el bellissimo rostro de la Virgen que está al lado de sus padres. Junto a estos altares hay otros dos cuadros de la nave del Evangelio con sus correspondientes cuadros que representan la muerte de San Francisco de Asís y la Sagrada Familia. Ambos cuadros están pintados de mano maestra.

De la nave central arrancan dos escaleras de mármol blanco, de quince peldaños, que dan acceso al piso superior donde está el coro de los religiosos con dos órganos y un cuadro de la Anunciación de bastante mérito artístico; y al bajar a la cripta, encuéntranse, en el octavo peldaño, dos piedras negras que señalan el límite meridional de la

casa de la Virgen, que hoy se conserva en Loreto; y a los siete peldaños más, hállase la capilla del Angel con dos altares, consagrados al Angel y a San Joaquín y Santa Ana; y a los dos más, visitamos la capilla de la Anunciación con un solo altar. Detrás de esta capilla, está la de San José, pero sin luz, en medio de una penumbra algo densa, con un solo altar también y un cuadro representando al Angel cuando, en sueños, se aparece al Santo Patriarca y le ordena que huya a Egipto con el niño y la Madre. Al pie se leen las palabras del Angel. *Surge et accipe puerum et Matrem ejus et fuge in Aegyptum et esto ibi usque dum dicam tibi.* Algunos compañeros celebraron en este altar. Salimos de este santuario y visitamos el taller de San José, que hoy lo recuerda una capillita con un solo altar y dos cuadros preciosos, dedicados a la Sagrada Familia. En sus alrededores, los Padres Franciscanos están haciendo trabajos de excavaciones y han encontrado los cimientos con ricos mosaicos en el pavimento de la antigua Basílica, edificada por orden de Santa Elena. Todo respira allí la humilde condición de aquella Trinidad terrestre; pero sobretodo, los dos cuadros que he mencionado, uno que representa a Jesús junto a María y José ayudando a éste a aserrar una pieza de madera, y otro que nos presenta a Jesús, leyendo las Sagradas Escrituras a sus padres.

De allí nos dirigimos a la fuente de la Virgen, en las afueras de la villa. Según la tradición, es la misma que utilizó María, yendo Ella personalmente a buscar el agua con un cántaro a la cabeza. Por eso, no hay un peregrino que no tome agua de esta fuente. Desvíanse ~~las~~ mujeres que encontramos allí por obsequiarnos con un vaso de agua, correspondiendo a tanta amabilidad con una propina.

Visitamos después ~~la iglesia de los católicos griegos,~~ edificada sobre el solar de la antigua sinagoga de Nazaret, en donde Jesús predicaba, y de donde le sacaron sus paisanos para arrojarle por un precipicio. Es que no pudieron sufrir que Jesús les dijera que nadie en su patria es profeta. Cuando llegamos, celebrábase el mes de las flores, con bastante concurrencia de fieles, lo mismo que en la iglesia de los maronitas, la cual es muy pobre. Y como la noche se daba prisa para echársenos encima, visitamos de prisa y corriendo el venerando santuario llamado *Mensa*

Christi, en donde Jesús comió con sus discípulos después de su resurrección. Es una capilla de pequeñas dimensiones, teniendo, en el centro, una enorme piedra de un metro de altura por tres de ancho. Sentados alrededor de ella, encontró Jesús a sus discípulos, comiendo a puerta cerrada. La piedra no ha sufrido, al parecer, modificación alguna; lo cual contribuye a inspirar mayor veneración. Besámosla con temor y profundo respeto por estar santificada con el contacto divino de Jesús; y al mismo tiempo, con amor y ternura, porque, en todos estos lugares, nos parecía ver las huellas divinas de su misericordia infinita para con nosotros; y a Casa-Nova nos fuimos. Eran las seis y media de la tarde y había necesidad de comer y reparar nuestras fuerzas para prepararnos a la expedición al Tabor que estaba señalada para el día siguiente.

A las nueve y media todos nos habíamos retirado a descansar.

DIA 19 DE MAYO

Expedición al Tabor.—Nuestra sorpresa ante las caballerías.—Unas albardas imposibles.—Hermosas vistas.—Aldea de Daburich.—Exhuberante vegetación.—Nuestras impresiones en la cima de la montaña.—Bellísimo panorama.—Almorzando en aquellas alturas.—Una insolación.—Un verdadero ~~causar~~ y un ~~lari~~ ignominioso.

Desde las cuatro de la mañana, el movimiento de peregrinos, en las calles de Nazaret, era extraordinario. Apenas vimos un poco de claridad, no podíamos estar en la cama, y como movidos por un resorte, nos echamos a la calle en busca o en espera de nuestras caballerías. Es que la expedición al Tabor había despertado tal entusiasmo, que no podíamos resignarnos a estar en la hospede-

ría. Parecíanos que las caballerías tardaban siglos y temíamos que nos tocara en suerte, una de las peores. Aunque sabíamos que la expedición era a burro, nunca llegamos a sospechar que hubiera allí tantos esperpentos, pequeños y flacuchos. Apenas los vimos, acompañados de sus respectivos dueños, de caras patibularias, y reflejando todas las concupiscencias, menos las de la soberbia de la vida, se nos cayó el alma a los pies. Pero repuestos de una impresión tan desagradable, lo echamos a la brota y los tomamos por asalto, sin esperar órdenes de la Junta encargada de señalarlos. Fué aquello una revolución en miniatura, apoderándonos del jumento que nos venía en ganas o del que le dejaran a uno. Prevaleció el derecho del más fuerte y atrevido. Yo tuve que resignarme con el que me dejaron; y huelga decir qué tal sería él; como que tuve mis dudas si llegaría al labor con hueso sano; y no por lo inquieto y cosquilloso, sino por la falta de fuerzas para llevarme hasta la cima de la montaña, que le obligaría a caer en tierra, y con él, mi pobre humanidad, a no ser que me resignara a ir caminando la mayor parte de la jornada. En mi pobre opinión, tenía todos los defectos habidos y por haber.

Era hasta cojo inclusive. Pero, en fin, como yo estaba decidido a hacer la expedición así fuera *pedibus andantibus*, me conformé hasta con la dichosa cojera.

Pero todavía era peor lo de las albardas, que si bien siempre son molestas, pero aquellas llegan *al summum* de la incomodidad. Por lo anchas que son, apenas quedan colgando las piernas desde las rodillas. A más de violentísima, es ridícula la posición, por no decir otra cosa. Llegué a pensar, sin que en ello haya temeridad alguna, que aquellas gentes ~~avanzaban así para que el viajero eche, con frecuencia, el pie a tierra, y deje descansar al pobre jumento.~~ Dígolo por la inmensa compasión que manifiestan del animalito, apenas le ven sudando, un pelo que sea; pero sobre todo, la manifiestan cuando, el viajero no accede a sus pretensiones propinescas, reveladas con el frecuente *gout*, que es el *placet* de los latinos, verdadera lisonja o adulación que siempre tienen en sus labios. En tales condiciones, emprendimos nuestra expedición. Eran ya las seis de la mañana cuando subimos la colina que rodea la villa por la parte nordeste, dejando, a nues-

tra izquierda, el hospital mencionado de San Juan de Dios. Desde la cima de la colina, hay que volver la vista hacia atrás, pues no se cansa uno de contemplar el hermoso panorama de Nazaret. De frente llevamos el sagrado monte con una figura gigantesca. Parece que está a dos pasos, ya de la llanura, ya de la pequeña colina que, con frecuencia, se nos van presentando, pero nunca llegamos a su base.

Mientras más andaba, más interminable me parecía el camino, contribuyendo a ello, no solo lo largo sino lo pedregoso, las cuestas que hay que subir y bajar, el paso por barrancos y gargantas de montecillos con falta de vegetación y sobra de aridez en muchas partes, si bien, en otras, no faltan olivos, encinas y lentiscos.

Pasamos junto a la aldea Daburieh, en donde Jesús dejó a nueve de sus apóstoles para subir al monte con los tres predilectos Pedro, Juan y Santiago. Nada hay, en ella, que recuerde el prodigio que hizo Jesús de arrojar al demonio del cuerpo de un niño poseso, de aquel niño, que, mientras Jesús permaneció en el monte Tabor, presentáronle a los nueve apóstoles que quedaron en la aldea, y a quien no pudieron curar, apesar de sus buenos deseos y esfuerzos, llenándose de confusión y vergüenza por la impotencia que, para ello, revelaron ante los muchedumbres que se acercaron para presenciar la curación del niño. Y cuando, a solas, preguntaban a su Maestro ¿por qué no habían podido lanzar el demonio? Porque esta clase de demonios, dijo Jesús, solo con la oración y el ayuno pueden lanzarse. La iglesia que allí levantaron los cristianos en el siglo IV, se encargó de destruirla la mano sectaria de los enemigos de la Cruz, y el tiempo vino a ocultar hasta sus ruinas.

Llegamos, por fin, a la falda de la montaña, después de pasar la cuenca vecina a la misma con un calor abrasador, sofocante. Nos parecía aquello un verdadero infierno, sin que la vegetación más abundante y vigorosa de aquel lugar mitigara el rigor, la severidad con que el astro rey nos castigaba, resultando completamente inútiles los quitasoles. Con toda el alma anhelábamos salir de allí lo más pronto posible; pero nuestros anhelos, nuestros deseos quedaban frustrados ante la resistencia pasiva de los

jumentos, siendo cómplices los mismos dueños que los guiaban.

Empezamos la ascensión de la histórica montaña, y a los pocos momentos, una brisa suave, llena del aroma que exhalaba la variada vegetación, viene a impedir que muramos por insolación.

Ya no sentíamos los rigores del sol y nos importaba un comino la pasividad de nuestros jamegos; al contrario, queríamos ir despacio para contemplar el panorama que se ofrecía a nuestra vista y cuya grandeza y hermosura iban creciendo a medida que subíamos. El monte aparece vestido de verdura, cubierto de hierba y variados arbustos, abundando lentiscos, olivos y encinas, sin faltar la amapola y los lirios morados que esmaltan el suelo, ni el romero y hierbabuena que perfuman el ambiente.

A las nueve y media, estábamos todos en la cima, y a una altura de ochocientos cuarenta metros sobre el mar de Tiberiades, y de seiscientos cincuenta sobre el Mediterráneo. A esta altura quiso Jesús transfigurarse, manifestando a sus tres discípulos predilectos algo de sus grandeza y de su gloria. No fué más que una centella de su divinidad, un resplandor de aquella luz visísima, indefinible y eterna de que gozan los ángeles y bienaventurados.

De ella solo participaron, en la cumbre del Tabor, los discípulos que habían de ser testigos de sus abatimientos y tristezas en Getsemani. Por parte de Jesús, fué un rasgo de caridad para sostener y fortificar la fe de los suyos. Respecto de éstos, una garantía del premio a sus trabajos y sufrimientos y un medio de evitar el escándalo al presentarse la aparente debilidad de la pasión de su Maestro.

En aquella cima, de unos quinientos metros de largo por doscientos cincuenta de ancho, lo primero que se nos presenta es un arco almenado; y, a poca distancia, la capilla de la Transfiguración, con estas palabras que se leen en el frontisicio: *Hic transfiguratus est Christus*. Casi todos los sacerdotes expedicionarios celebramos allí; y en ello cabe una inmensa satisfacción al sacerdote católico. Celebrar en aquellas alturas y en aquel lugar que, después de veinte siglos, parecen exhalar el aroma y fragancia de la virtud más sublime, y en donde parece oírse la misma voz del cielo: *Hic est Filius meus dilectus in quo mihi*

hene complacui; ipsum audite, ¡cuánta devoción inspira! Como San Pedro, siéntese uno con ganas de quedarse allí. ¡Qué bien se vive en aquellas alturas, en un ambiente tan puro material y moralmente considerado! Allí, en aquella soledad, lejos de mundanos ruidos; allí, en la cumbre sagrada lejos de la tierra y cerca del cielo! Al parecer, no tiene, allí, fácil realización la frase tan amarga y tan verdadera. *Homo homini lupus*. Por lo menos, estaremos olvidados, libres de las luchas intestinas y de los odios y rencores de los hombres. Allí, estaremos a cubierto de la inmunda baba de la calumnia y del veneno de la envidia, si bien es cierto que aún nos queda la verdad triste y desconsoladora de aquella otra frase: *Inimici hominis domestici ejus*. Es la cruz de los que nos rodean y de los enemigos que llevamos con nosotros mismos.

La subida de Jesús al Tabor con su admirable transfiguración ha sido y es lo que ha interesado a la humanidad, haciéndola llegar hasta su elevada cumbre. Otras ascensiones consigna la historia en sus distintas épocas; y su recuerdo no ha logrado mover, no ha logrado interesar un corazón siquiera. Suben los Faraones, suben Vespasiano, Saladino, Bibars y Napoleón con todo el brillo de sus armas y con todo el clamoreo de sus ejércitos; y su recuerdo es fijo como los hielos de nuestras cumbres. Y es que no han podido prender en el corazón de la humanidad una chispa de entusiasmo ni de amor. Eso está reservado exclusivamente al divino artista que lo ha creado, que conoce sus fibras más delicadas y las hace vibrar a su antojo.

La humanidad se ha acercado a la montaña sagrada y ha visto impresas la huellas divinas. Las huellas de Jesús, en la nueva senda que hoy nos conduce a su cima; y ha caído de rodillas besando aquella tierra santificada con la presencia de Jesús y con el contacto divino. Tímida y vacitante, la ha subido, temiendo profanarla con sus pasos y con su presencia; pero se ha hundido de gozo y ha sentido como nosotros las emociones más tiernas, más delicadas, al llegar a su cúspide y caer de hinojos ante aquel *hic transfiguratus est Christus*. Figúrase uno ver la nube que desciende sobre los representantes de la ley, de los profetas y del Evangelio, y parécenos adorar a Dios y sentirle más de cerca.

Así se explican aquellos deseos vehementes por subir a la montaña. Así se explican aquellos sacrificios que todos se imponen para hacer una expedición tan penosa; y, sobretudo, para realizar sus piadosos anhelos de comulgar, en aquellas alturas, después de una jornada de tres horas y media por caminos escabrosos. Es que no eran solamente los sacerdotes los que estaban en ayunas; eran también muchas señoras y caballeros, para alimentar sus almas con el pan de los ángeles. Y, sin embargo, todo el mundo contento y satisfecho, como si tal expedición no hubieran hecho. Es la fe que, en esto casos, nos hace olvidar de nosotros mismos.

A las diez y media estábamos todos oyendo la misa de comunidad. Se celebró en el mismo lugar donde Sante Elena levantó una grandiosa Basílica convertida por Saladino en una fortaleza inexpugnable. Hoy se está reconstruyendo.

El Director de la peregrinación hizo una fervorosa plática alusiva al prodigio, obrado en aquel mismo lugar; Y apenas terminada la misa, nos faltó tiempo para subir al punto más culminante del Tabor y contemplar, desde allí, toda la Provincia de Galilea con su extenso anchuroso lago de Tiberiades; y más allá, el Líbano y Antilibano; amén del monte de la multiplicación de los panes y las llanuras de Hittin, en donde los cruzados fueron vencidos; y, a nuestros pies, otra llanura inmensa, salpicada de aldeas de parduscas y ruinosas casas; aquí, Ender, célebre por la pitonisa a quien consultó Saul el día antes de empezar la batalla, en la cual perdió la vida; allí, Nain, famosa por la resurrección del hijo único de la viuda que lloraba junto al féretro de aquél cuando pasaba Jesús; más allá, el Esdrelón, formando horizonte con sus montañas de Geiboé y el Carmelo. Solo por contemplar este soberbio panorama, vale la pena de subir al Tabor.

Eran ya las once y media de la mañana y nos esperaban, en su convento, aquellos buenos Padres Franciscanos para almorzar. Era un almuerzo de fiambres que la Junta había mandado con anticipación. Como el hambre había hecho de las suyas, especialmente con los sacerdotes que celebramos en el Santuario de la Transfiguración y con los caballeros y señoras que, en el mismo, comulgaron, pues aún estábamos en ayunas, excuso decir que el ape-

tito era devorador, contribuyendo a ello el aire puro y fresco que allí se aspira y la animación franca y fraternal que reinó durante el almuerzo. Era la una y medín de la tarde cuando salimos del convento para bajar de la montaña, llamándome mucho la atención que los cismáticos griegos no se dejaran ver el pelo, pues, en curiosidad, nadie les va en zaga. Tienen estos señores una gran parte de la cima del Tabor con vegetación vigorosa y rica, pero sin participación en el lugar mismo de la Transfiguración.

Bajamos la montaña a pie, pues, en caballería, es siempre peligroso y nadie tenía empeño en morir, aunque fuera en el histórico monte. En su falda, nos esperan las caballerías asnales que nos llevaron a su cima, excepción hecha de una que, en ella, dejó sus huesos. Era uno de los jamelgos, falto de energías y no sobrado de carnes que, rendido del cansancio y fatigas del camino, amén de los rigores de un sol ardiente, cayó muerto repentinamente, apenas dejó de moverse. Fué un caso de verdadera insolación. Pero, al montar cada quisque en su caballería, un conflicto se nos vino encima que nos obligó a seguir *pedibus andantibus*. Era que las albardas estaban completamente soleadas, cayendo sobre ellas los rayos de aquel sol abrasador con tanta intensidad y rigor, que era imposible sostener siquiera el contacto de las manos por un breve rato. Montar, pues, era un grave peligro para la salud y nadie quiso exponerla a tan grave riesgo.

Deprisa y corriendo salimos de aquella cuenca o garganta para evitar una insolación, y al llegar a la primera colina, pudimos respirar. Una brisa fresca vino a ensanchar nuestros pulmones, y al poco rato montamos en nuestros respectivos jamelgos. Pero, allí empezó otro Calvario.

En poco tiempo, habíase desarrollado, en los guías, una compasión tan grande para con los animalitos y una indiferencia tan glacial para con nosotros, que, a cada momento, nos veíamos en la necesidad de echar el pie a tierra, no tanto por el cansancio de los jumentos, cuanto por la marrullería y astucia de los guías, quienes los paraban intencionalmente, resultando nuestros cuerpos más molidos que a palos, por el sol, por las albardas, por el constante ajeteo de subir y bajar colinas y de montar y apaar-

nos a los cinco minutos. ¿Qué finalidad perseguían aquellos turquitos? Muy sencillo, que les diéramos propinas, a más de lo que recibían de la Junta; pero todos nos pusimos de acuerdo; no hubo de qué. Para explotar al viajero son una especialidad. Y por no faltar nada, ni siquiera faltó el ignominioso *turl*.

Al llegar a la colina que rodea a Nazaret por la parte sur, resolví apearme para bajar la cuesta a pie; pero, ya fuera por el apretón del viaje y de la posición violenta que traía sobre la dichosa albarda, y por la poca costumbre de montar, lo cierto es que los muslos habían perdido su actividad y energía, cosa que noté cuando di en tierra con mis estropeados huesos, costándome Dios y ayuda para ponerme en pie. Excuso decir que mi caída provocó una carcajada homérica, que me llenó de humillación y vergüenza. Pero, luego tuve el consuelo de no ser yo el único acróbata desgraciado. Algún otro midió también el suelo. En estos casos no se paran mientes en lo del refrán español *Mal de muchos, consuelo de tontos*.

A las cinco estábamos en la villa. Descansamos en la hospedería, y al poco rato, nos fuimos a la Basílica para rezar el rosario y hacer nuestra obligada visita a la santa capilla de la Anunciación. Es una fuerza misteriosa que nos atrae.

Eran las seis cuando estábamos en la mesa, y a la media hora de haber comido, el sueño, favorecido por el cansancio, pudo más que nosotros. Nadie podía tenerse en pie, y a la cama nos fuimos. No era fácil despertar aquella noche ni a tres tirones. Yo de mí sé decir que dormí como un lirón hasta las seis de la mañana.



DIA 20 DE MAYO

Ultimo día en Nazaret.—Capilla del Pasma de la Virgen.
—Su historia.—Un telegrama del Papa.—Una joven peregrina enferma de gravedad.—En el vapor.—Una nota triste.—Dora y Cesarea.—Desenlace fatal.

Deprisa y corriendo me eché de la cama a esa hora de las seis, lavándome en un sancti-amén para ir a la Santa capilla de la Anunciación con el propósito de esperar turno para celebrar en ella. Pero no llegué a realizarlo, pues había muchos compañeros que no habían tenido la dicha y el consuelo de celebrar en el altar de la Virgen, pero ni siquiera en los demás de la Santa capilla. Creí de educación y hasta de caridad cristiana ceder mi turno, como, en efecto, lo cedí. Celebré en el de San Antonio de Padua.

Después de dar gracias, llegó la simpática comunidad de niños para oír la misa y hacer los ejercicios de reglamento, de que ya hice mención.

Hoy me pareció sentir mayores simpatías por ellos, que el día primero. Su compostura, su modestia y aquel lenguaje en que recitaban el rosario, tenían para mí una gracia inimitable. No me cansaba de verlos y oírlos. Pero, en fin, había necesidad de dejar aquel lugar de tan gratos recuerdos.

Después de desayunar visitamos un santuario que nos quedaba por ver. Era la capilla del Pasma de la Virgen. Levantada sobre una pequeña colina que se eleva fuera de la villa y en medio de cipreses, jardines y hermosas vinas que perfuman el ambiente, hállase frente al precipicio, por donde los judíos quisieron arrojar a Jesús, indignados con El, por haberles dicho, en la Sinagoga, que nadie en su patria era profeta; pero, al llegar allí, conducido por sus enemigos, retroceda, sin decir una palabra, y pasa por medio de ellos, sin que éstos se atrevan a echarle mano para precipitarle. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Dónde está la indignación y el furor de aquellos malvados que llevan a Jesús hasta el mismo precipicio? ¿Es que se han compadecido de El? Muy lejos de

eso. Es que Jesús quiere dar una prueba incontestable de su divinidad. Por eso permite que le lleven hasta el precipicio; y cuando van ya a desahogar su odio, retrocede por medio de ellos, con una soberana tranquilidad que no es propia del hombre que tiene delante de sí una turba de enemigos que respira contra él indignación y venganza. Su grandeza y su poder se dejan sentir en medio de sus enemigos, a quienes llena de asombro y espanto. Diríase que eran seres petrificados, convertidos en verdaderas estatuas. Y fué tal el pánico que se apoderó de ellos, que, en adelante, ninguno se atrevió a atentar más contra su vida. Era lo suficiente para comprender que Jesús era algo más que un simple mortal: pero el odio los cegó y se hicieron indignos del inestimable don de la fe.

Pues bien; cuando la Madre de Jesús se dió cuenta del crimen que sus paisanos iban a cometer con su Hijo, salió desalada hacia el lugar del precipicio. No lo dice el Evangelio, pero lo afirma la tradición constante, y aunque la tradición no lo afirmara habría que suponerlo. Lo exige el mismo corazón maternal, el cual, de no llegar al paroxismo del dolor, sería un corazón monstruo que Dios mismo, que lo hizo, no lo conocería. Pero la exigencia es inmensamente mayor tratándose del corazón de la Virgen, en donde Dios infundió todas las delicadezas, todos los amores, todas las ternuras para con Jesús.

Por eso, no es extraño que, al llegar a la colina y verse impedida por un barranco, que la separa del precipicio de acercarse a su Hijo para proteger su vida, aún acosta de la suya, caiga en tierra bajo el peso de tanto dolor. Es lo que se llama síncope, acompañado siempre del espasmo. La mencionada ~~caída~~ ~~levantada~~ sobre el mismo lugar del suceso, nos lo recuerda, así como el dolor de la Virgen nos lo dicen siete cuadros colgados en sus paredes laterales, a modo de *viacrucis* de María.

Regresamos a la hospedería cuando se aproximaba ya la hora del almuerzo. Allí nos encontramos con un telegrama de su Santidad Pío X, en contestación a un radiograma que el Sr. Urquijo le había dirigido, apenas pisamos tierra de Palestina, dándole cuenta de nuestro feliz arribo y pidiéndole su bendición apostólica.

El Papa nos felicitaba por nuestra dicha de visitar el

pais de Jesús, enviándonos su bendición. Al terminar la lectura del telegrama hubo una explosión de entusiasmo, resonando, en el salón-refectorio, vivas al Papa y a la Iglesia Católica. Pero otra noticia vino a sumirnos en profunda tristeza. Era la salida de Nazaret, con rumbo a Caifa, de la Srta. Concepción Sagarminaga, joven bilbaína. Por prescripción médica, había salido a las diez de la mañana, pues la indisposición que había sentido hacía tres días, y que le había impedido hacer la expedición al Tabor, de tal modo se había acentuado, que su estado de salud inspiraba serios temores a los señores galenos. No había que perder tiempo para prodigarle, en el vapor, todos los cuidados que aconsejaba la ciencia, pues, allí, quedó el completo botiquín que iba a cargo de las Siervas de Jesús, aparte de que podían utilizarse, en el vapor, los conocimientos y pericia del médico de nuestro yath, Dr. Murat.

La noticia nos causó un efecto desastroso. Era una joven amable, delicada en sus modales, con una cara de bondad que la hacía sumamente simpática, pero, sobretodo, de una virtud sólida que la hacía un ángel. Era para sentir, con intensidad, la enfermedad que padecía y para hacer votos al cielo por su salud.

Apenas almorzamos, nos despedimos de la Madre de Dios en su hermosa y devota capilla de la Anunciación, dejándole allí todos nuestros amores; y acto seguido, tomamos nuestros coches y subimos una pendiente bastante penosa para entrar en la llanura del Esdrelón, dejando, a nuestra derecha, la aldea de Jafa, patria del Zebedeo y que vió nacer a sus dos hijos Juan y Santiago. Una pequeña iglesia regida por Franciscanos recuerda el lugar del nacimiento de estos discípulos predilectos de Jesús. Los caminos no merecen el nombre de carreteras, a lo sumo, son de caminos vecinales descuidados. Nos dijeron que no se habían limpiado, desde que Guillermo II de Alemania anunció su viaje a Palestina; pero lo peor es que, apenas llegamos a una llanura, los áurigas se disputan el paso, echándose, con frecuencia, fuera del camino, con peligro inminente de rompernos la cabeza, si lo creen necesario, para triunfar en la carrera. En cambio, encontramos una vegetación rica y abundante de naranjos, olivos y viñas que nos convidaban con sus hermosos frutos, accediendo solamente a

la invitación de unos frondosos naranjos que encontramos junto a un manantial de agua fresca y cristalina, haciendo un refresco que nos su o a gloria. De cuando en cuando, venise algunos caseríos de beduinos y drusos, enemigos históricos éstos de los maronitas armenios.

A las cinco de la tarde llegamos a Caifa. Habíamos recorrido treinta kilómetros; y a los pocos momentos nos embarcamos. El mar de fondo, que hallamos en la bahía, hizo que algunos echaran gran cantidad de bilis; y gracias a una falúa, movida por gasolina, que tiraba de nuestras embarcaciones, trasladándonos al vapor en un sancti-amén, no la echamos todos a pesar de las condiciones marineras de muchos.

A las cinco y media estábamos todos en nuestro yath, muy decidores y satisfechos de nuestra visita a Tiberiades, Nazaret y Tabor. Pero, desgraciadamente, la satisfacción no fué completa, a causa de la enfermedad de la joven bilbaina. Su salud iba cada vez perdiendo terreno y de un modo alarimante, inspirando su estado serios temores, y la ciencia médica no las tenía todas consigo, perdiendo las esperanzas de salvarla. Era la nota triste en aquel concierto de alegría y entusiasmo; y tanto más triste cuanto más relevantes eran sus prendas de carácter y virtud cristiana; y esto, en plena juventud.

A las seis salimos para Jafa. Quedábanos hora y media para contemplar la costa filistea en donde hay dos villas levantadas sobre las ruinas de las antiguas ciudades, Dora y Cesarea, que fueron sedes episcopales y aún se conserva el título de *sede in nomine*, que la Santa Sede da a los obispos que crea, sin diócesis determinada, a quienes se les llama *obispos in partibus*. Cesarea fué metrópoli de todas las iglesias de la Palestina y en ella se celebró el concilio que decretó la celebración de la Pascua en día domingo, por serlo aquel en que Jesús triunfó de la muerte. Es famosa, además, por que, si su nombre nos recuerda un acto de baja adulación del monstruo de tiranía, Herodes el Grande, para con César Augusto a quien consagró un templo, en la ciudad que había edificado, su historia nos trae a la memoria la residencia de aquel Centurión llamado Cornelio quien, por sus oraciones y limosnas mereció de Dios que ordenara a San Pedro viniera, en persona,

a su casa para instruirle, en unión de los suyos; y después, bautizarlos. Allí, fué donde San Pablo compareció varias veces, para defenderse de sus enemigos y donde hizo valer sus derechos de ciudadano romano, apelando al César con el *civis romanus sum*.

Sentía aquella noche un calor que me causaba angustia grande, por lo cual resolví quedarme sobre cubierta en una perezosa y abrigado con una manta de viaje que había comprado en Barcelona. Apenas pude conciliar el sueño. Es que me di cuenta del gravísimo estado de la enferma por las idas y venidas de las personas que la asistían.

A la una de la madrugada, la ciencia, representada por los galenos que iban a bordo, pronunció su última palabra, es decir, se declaró impotente. Envanecida con sus progresos y adelantos, es para ella una gran humillación el hacer una manifestación sincera. Debiera tenerla siempre presente para que reconociera, en todos sus adelantos y progresos, al Autor de la vida y de la muerte y para que jamás hiciera alarde de bastarse a sí misma, sin tener en cuenta para nada la intervención de Dios, cuya Providencia niega, ni la espiritualidad e inmortalidad del alma, cuya existencia no ha podido comprobar con el bisturí. *Risum teneatis, amici?*

La muerte no esperaba más que una señal de Dios para hacer presa en aquella joven. Había que administrarle los últimos sacramentos. Ella los desea con toda su alma; la extremeunción para limpiar las reliquias que quedan de sus pecados ya perdonados; el Viático para robustecer su espíritu y tener un compañero de viaje, experto, conocedor del terreno. Es Dios que, en esta hora, tiene especiales delicias y especial empeño en descender a las almas para librar, a su favor, el último combate, la última batalla que el demonio nos presenta. Es Dios que se inclina para darnos la mano en medio de las sombras de la muerte.

A la misma hora celebró el Director de la Peregrinación, pues no había reservado a bordo. Apenas recibió los auxilios espirituales, entregó su alma a Dios. Eran las dos de la madrugada cuando yo empecé la misa que apliqué en sufragio de su alma, y a continuación celebraron los demás compañeros con la misma intención, encargada

por el Presidente Sr. Urquijo. Los caballeros y señoras comulgaron también en sufragio de su alma.

Tomadas todas las medidas y precauciones del caso, su cadáver quedó depositado en capilla ardiente para trasladarlo a Jerusalén en el tren especial que nos había de conducir allá, desde Jafa.

DIA 21 DE MAYO

Jafa.—Un mar de leva.—Procesión fúnebre.—Salida de Jafa.—Hermoso panorama.—Llanura de Sarón.—Sus recuerdos.—Lidda y Ramla con sus recuerdos.—Napoleón en Ramla.—Por qué no visitó a Jerusalén.—Las montañas de Judea.—Algunas aldeas de mucho valor histórico.—Fuente de San Felipe.—Mis impresiones a vista de Jerusalén.—Imponente manifestación de fe y de piedad.—Nuestra llegada a la Basilica del Santo Sepulcro.—En la Piedra de la Unción y Santo Sepulcro.—Discurso de bienvenida.—Recuerdos y dulces emociones.—Una página hermosa de Lamartine.

A las siete de la mañana llegamos a Jafa, la antigua Jope, con un ~~mar de leva que imponía miedo~~, y con la agravante de estar la bahía cuajada de escollos, y el vapor, muy lejos de lo que, allí, llaman muerte. Me pareció que aún estaba en su estado primitivo, si, en aquellos tiempos, había también tanto abandono e incuria, como hoy.

Las formalidades que habían de llenarse con las autoridades turcas, con motivo de la traslación del cadáver a Jerusalén, retrasaron el desembarque de los peregrinos hasta después del almuerzo, es decir, a eso de las doce de la mañana, hora en que se había calmado un poco, el movimiento de las olas. Todos esperamos, en el muelle, el

cadáver que venía en un bote, encerrado en un decente ataúd, y rodeado del Director espiritual y siervas de Jesús. Le acompañaba también su desconsolada hermana Señorita Aurora Sagarmínaga, en un bote especial, con algunos señores de la Junta.

Formóse, en el muelle, una imponente procesión fúnebre, atravesando la villa hasta la estación. Fué una novedad que atrajo todas las miradas, sin distinción de razas, ni de religión, ni de sexo. Todo el mundo se echó a la calle compadeciendo el desgraciado accidente. Y con los mismos honores con que vino hasta tierra, fué trasladado, en un vagón especial, a la ciudad de Jerusalén.

En las afueras de la población, pasamos por entre jardines, notables por la variedad de sus plantas y de sus flores y por la exuberancia de su vegetación. Es que Jafa se encuentra rodeada de jardines en una extensión de tres kilómetros, sobresaliendo la colonia alemana por sus bonitas y espaciosas casas en medio de tantas flores y tantas plantas. Parecía aquello un paraíso, donde la vista se recrea y donde se percibe un ambiente perfumado con el aroma de las flores, abundando árboles frutales, y entre ellos, naranjos, limoneros, granados y gigantes palmeras.

Apenas recorre el tren el primer kilómetro, aparece, a nuestra derecha, la capilla levantada sobre el mismo solar que fué de la joven Tabita, resucitada por San Pedro. Está en la colonia rusa, sin que los católicos tengan, en ella, la más mínima participación.

Después de los jardines que rodean a Jafa, empieza la llanura de Sarón que se extiende hasta las montañas de Judea, midiendo cuarenta kilómetros de largo por ciento cincuenta de ancho, con una fertilidad admirable, siendo la morera el cultivo principal.

Es esta llanura el campo, desde donde los filisteos hicieron sus correrías en diversas épocas. Desde el tiempo de Abrahán, ya eran dueños de estas tierras, extendiéndose hasta la costa en una extensión de cien kilómetros, y dividiendo el territorio en cinco principados, a saber, Ascalón, Accarón, Azot, Gaza, Gette. Fué un pueblo providencial para castigar las infidelidades del pueblo de Dios, del cual era enemigo declarado. Pero cuando más famoso se hizo, fué en tiempo de los jueces, sobre todo,

durante el gobierno de Sansón. Contra toda prohibición, casóse éste con una filisteo, llamada Dalila, y desde esa fecha, no cesaron sus enemigos de raza y de religión: de hostigarle y perseguirle, pero siempre triunfó de ellos hasta que declaró a su esposa el secreto de su fuerza y poder personal que tenía en jaque a todos sus adversarios. Ahora se venga de ellos, destruyendo sus cosechas, con trescientas zorras, que suelta en sus campos, en aquellos mismos, que íbamos recorriendo, con sus colas atadas, y en ellas, antorchas encendidas. Después los deja burlados echando, sobre sus hombros, las puertas de la ciudad, en donde le encerraron durante la noche. Y cuando, descubrió el secreto de su poder y avisados sus enemigos por la traidora Dalila, que le había cortado el pelo de su cabeza, caen sobre él y ciegos le llevan al templo de Dagón. Dios oye su oración y le devuelve sus fuerzas para aplastar a sus enemigos bajo las ruinas de aquél. Derriba la columna a la cual le tenían atado y desplómase el templo, periciendo él con todos sus moradores.

También hizo famosa a esta histórica llanura el rey de Inglaterra, Ricardo, Corazón de León. Era éste el terror de los sarracenos por sus grandes hazañas. Por eso, le buscan y ponen su cabeza a precio de oro. En número considerable, caen sobre él y sus compañeros, un día que salen de casa por aquella inmensa llanura. Apesar de su bravura, se ve agobiado por el número de sus enemigos; pero un rasgo de heroísmo de uno de sus compañeros vino a evitar que cayera en sus manos. *Salvad mi vida, yo soy el rey*, gritó uno de aquellos guerreros legendarios, y sobre él cayeron los enemigos.

Mientras apresan a éste, el rey pudo escapar y llegar a Jafa.

No olvidó la acción tan heroica de su compañero y le rescató a precio de oro.

A derecha e izquierda de la vía férrea, vense muchas aldeas y caseríos de poca importancia; pero entre ellas, hay dos que la tienen suma, históricamente consideradas. Son Lidda y Ramla, la primera famosa por haber obrado San Pablo el milagro de la curación instantánea de un paralítico, llamado Eneas, siguiéndose al prodigio la conversión de todos sus moradores; la segunda, primera estación

que encontramos después de Jafa, nos recuerda, además de la patria de José de Arimatea y Nicodemus, el odio sectario de los sarracenos para con los peregrinos de los santos lugares, en tiempo de los cruzados.

Allí acometen a siete mil de éstos que se dirigían a Jerusalén, con lo indispensable para llegar a la histórica ciudad. Se defendían con piedras, durante tres días; pero, al fin, capitulan y les perdonan la vida, a condición de entregarles todo el oro que llevaban, sirviendo de parlamentario el Arzobispo de Maguncia que iba con los peregrinos. El general sarraceno no espera que éste venga a su cuartel general; se presenta en el campo cristiano, y apenas el Arzobispo empieza a hablar, le interrumpe brusca y ásperamente diciéndole que él no había peleado por tres días consecutivos para que los cristianos vinieran a imponerle la ley, siendo ellos los vencidos y él el vencedor; y que estaba dispuesto a comerse la carne y beberse la sangre de todos ellos. Y al querer atar al Arzobispo con un lazo, hecho con su turbante, éste que estaba en la plenitud de la vida, robusto y fornido, como buen alemán, lleno de bríos y arrestos, dióle tan tremendo golpe con su mano, que le derribó en tierra y le apresó con sus compañeros; y colocándolos a una altura que pudieran ser vistos por los suyos, les amenaza con darles la muerte sino cesaban en sus hostilidades. Fué tal su terror, que se retiraron: y para que los peregrinos pudieran llegar a Jerusalén, con toda seguridad personal, les dió una escolta el Emir de Ramla, enemigo irreconciliable de aquellos piratas.

Allí tienen los Padres Franciscanos una iglesia con su convento, levantado sobre las casas solariegas de José de Arimatea y Nicodemus, en donde se alojó Napoleón con su estado mayor, convirtiendo la iglesia en hospital de sangre. A su salida, los musulmanes se vengaron del alarde de fuerza que hizo aquél en la Palestina. Después de saquear y derribar el convento, fueron víctimas de su furor los pobres religiosos. España lo restauró a principios del siglo pasado. Hoy es una verdadera fortaleza.

Ha llamado la atención a muchos, y con justa razón, que Napoleón, estando tan cerca de Jerusalén, no la visitara, ya que, por allí, han desfilado miles de generaciones, atraídas por el esplendor y grandeza del sepulcro de

Jesús. Hay quien lo explica por su indiferencia religiosa y otros por su odio sectario, que le hacía despreciar todo lo que se refería al orden religioso. Creo yo que ambas explicaciones son erróneas, no satisfacen a las inteligencias imparciales y serenas que no se dejan cegar por las pasiones del pobre corazón humano.

Y a la verdad: por desmedida que fuera su ambición, su soberbia, por mucho que fuera el vértigo de las alturas que alcanzó y mucha su embriaguez de grandeza y honores, parece que no bastaban a precipitarle por el camino de la impiedad y del desprecio formal hacia aquel sepulcro que, prisionero, después, en Santa Elena, le sirvió de argumento apodíctico para demostrar la divinidad de Jesús. Le pasó a Napoleón lo que a tantos que tienen un fondo de fe; la fe que aprendieron de sus mayores y que manifestaron franca y noblemente hasta que las pasiones le salieron al encuentro e impidieron que se manifestara en palabras y en obras, relegándola al ostracismo, al fondo del alma, esperando mejores días, para revelarse al exterior. En Napoleón no fueron los vicios que degradan y envilecen, los vicios de la carne, los que interceptaron el paso a la fe para dejarse ver en obras y palabras. Fué su desmedida ambición, fué la suerte loca que le seguía a todas partes. Fué también la baja y rastrea indulgencia de los de abajo que le consideraban como un semidiós. Pero, apenas se eclipsa su gloria en Waterloo, cuando cae de su grandeza, y como legítima consecuencia, ya no tiene aduladores, cuando la desgracia le visita y con ella recibe el bautismo del dolor que ilumina, purifica y embellece las almas, aquella fe, que vivía oculta en el fondo de su alma genial, sale, radiante y esplendorosa, favorecida por su grande y clara inteligencia. Y tan esplendorosa se deja ver que se indigna contra los que no creen como él. «Me pesa de haberos hecho general» dice a uno de los suyos que le acompañaban en el destierro, y que llegó a dudar de la divinidad de Jesús, apesar de las poderosísimas razones que la demostraban. Como hombre que había sentido todo el peso del olvido y de la ingratitud de los hombres, fijase principalmente en el sepulcro de Jesús, desde donde ve, reina e impera. Vence con el cetro de caña que los enemigos le ponen en su manos,

reina con la corona de espinas con que ciñen sus sienes, impéra con el andrajo de púrpura que colocan sobre sus hombros y se corona de gloria inmortal sobre el sepulcro que, durante tres días, guardó sus restos mortales. El que de una manera tan rara, vive en la memoria de la humanidad y después de veinte siglos tiene innumerables almas que le adoran, corazones que le reservan todos sus amores, todos sus cariños, todas sus ternuras, y súbditos que le sirven dispuestos a derramar por Él hasta la última gota de sangre, ese no puede ser un simple mortal.

Hay, por último, quien afirma que la razón poderosa de no visitar la ciudad Santa fué evitar la muerte a los religiosos que los turcos habían recluido en la Basilica del Santo Sepulcro. La condición formal y terminante, que éstos le pusieron para respetar sus vidas, fué que Napoleón no se acercara a Jerusalén. Enterado por el P. Custodio, se retiró con su ejército. De aquí aquellas palabras que pronunció al proponerle uno de sus generales que llegara hasta Jerusalén. *Jerusalén no entra en la línea de mis operaciones.*

A poco rato de salir el tren de la estación de Ramla, entra en las montañas de Judea. El paisaje, que ahora se ofrece a nuestra vista, es muy distinto. Ha cesado ya la rica vegetación que desde Jafa veníamos admirando y sólo se nos presentan escarpadas y estériles montañas, cuyas faldas va recorriendo el tren en atrevidas curvas, al mismo tiempo, que costea profundos valles. De cuando en cuando, vense pequeñas aldeas y caseríos, como, en la inmensa llanura que hemos dejado atrás, que si, al presente, nada valen, nada significan, tienen un valor histórico grande por los recuerdos que evocan. Aquí, la colina israelita de Accarón que fundó el banquero y multimillonario Roschild, con su presidente o gobernador a quien el mismo fundador elige; y que nos recuerda los castigos enviados por Dios, a causa de estar el Arca de la Alianza en poder de los filisteos de los cuales se apodera tal pánico, que de Gaza la trasladan a Azot y de Azot a Accarón pero, como observan que el Dios de Israel deja sentir su ira sobre los pueblos que guardan el Arca, resuelven confiarla a una yunta de vacas para que la lleven a donde su instinto les impulse. Batsamés, ciudad sacerdotal, fué la agraciada. Quin-

ce mil judíos, dice la escritura, murieron por mirarla curiosamente contriviendo las órdenes del Señor. Hoy no quedan más que ruinas y escombros sobre dos colinas que se ven a nuestra derecha. Allí, el valle de Bettir, que nos trae a la memoria el sitio que le pusieron los romanos, el cual duró unos tres años, en el siglo II de nuestra era, por atrincherarse en él, con quinientos mil soldados, Barcoqueba, famoso por sus soberbias pretensiones de hacerse pasar por Mesías. Allá, la fuente de San Felipe, donde éste Apóstol bautizó al eunuco de Candace, reina de Etiopía. Más allá, la fuente que, según la tradición, brotó en la mandíbula de asno, con que Sansón mató a mil filisteos.

A los tres kilómetros, antes de llegar a la última estación, vimos la ciudad de los grandes destinos y de los grandes recuerdos, gratisimos unos y extremadamente tristes, otros. Fué un momento de profunda impresión en que intervenían el respeto, el temor y el asombro. Por eso en un sanct-ánim se hizo un silencio sepulcral en todos los vagones del tren. Apenas nos dábamos cuenta del ruido de la locomotora que aún llevaba una gran velocidad.

Hasta la respiración parece que la conteníamos instintivamente. Tal es la emoción que siente el peregrino a vista de Jerusalén.

De mí sé decir que la primera visión de la ciudad fué para mi espíritu como especie de sacudida eléctrica. Es que cruzó por mi mente la idea que siempre había crispado mis nervios, la idea del deicidio cometido, hace veinte siglos, en aquella ciudad.

De su accidentada historia antes de Jesús, de sus páginas más gloriosas, más allá de la cruz, ni un solo recuerdo vino a mi memoria.

Parece que un velo ocultaba toda su grandeza y poderío guerrero, todas las hazañas de su rey David que venga el destronamiento de Melquisedec por jebuseos y la hace señora de todos los pueblos limítrofes hasta Herodes el grande que la hermosea y embellece con monumentos y acueductos, cuyas ruinas aún subsisten. Ni una idea siquiera me ocurre de su antigua grandeza comercial que la hace centro de todos los pueblos comarcanos ni de su colosal riqueza, manifestada, ora en el templo de Salomón, admiración de propios y extraños y la primera mara-

villa del mundo, ora en el templo zorobabélico, revelador del profundo sentimiento religioso de Israel, corregido y aumentado, durante el cautiverio de Babilonia, en donde sintió hondamente la nostalgia de su patria y de su templo. Es que sobre Jerusalén figúrase ver algo extraño, algo anormal que roba la atención del espíritu. Diríase que es el espectro de la muerte que bate sus alas fatídicas sobre ellas, dejando, tras de sí, sombras de tristeza y de dolor; o acaso una misteriosa visión del profeta de las lamentaciones, que cargado de duras penas, sigue llorando los infortunios de aquella ciudad, repitiendo las palabras de la sagrada liturgia, que tan hondamente conmueven al corazón arrepentido y lleno de fe. *Jerusalén, Jerusalén, conviértete al Señor, tu Dios.*

Aquellas sombras producen, en quien, por primera vez, descubre de lejos la ciudad, lo que el criminal que ll va en su frente, como otro Caín, el estigma de maldición; y esta visión trae a la memoria la frase del Evangelio tan tierna, tan hermosa, tan llena de todos los amores divinos: *Flevit super eam.* Jesús lloró al verla como llora el padre, como llora la madre a vista de los extravíos, de la ingratitude y de las desgracias de su hijo.

Éran las seis de la tarde cuando llegamos a la última estación, separada de la ciudad por un profundo valle árido, sin vegetación alguna. Allí esperaba un carro fúnebre que había de conducir el cadáver de la pobre joven bilbaína, fallecida, como llevamos dicho, en la noche anterior, durante la travesía de Caifa a Jafa. Fué acompañado por algunos religiosos con sobrepelliz y cruz alzada hasta la iglesia de San Luis de los Franceses, en donde quedó depositado para darle cristiana sepultura, al siguiente día, en el monte Sión.

Revestidos los sacerdotes de sobrepelliz y con las insignias de peregrino, que también llevaban señoras y caballeros, se organizó la procesión, formando dos filas, presidida por el Señor Arzobispo Nozaleda. A las siete menos cuarto bajabamos la pendiente del valle, rezando el santo rosario, en un diapasón bastante alto para que nos oyera todo el mundo que quisiera oírnos, y subiendo luego, la pendiente opuesta, entramos en la ciudad por la puerta de Jafa. Aquí, empezamos otra parte del rosario, cuando

la noche ya se nos había echado encima. Con este motivo hallábanse todos descansando en sus casas, de las fatigas del día, y atraídos por la novedad, salían de las mismas, presenciando aquel espectáculo edificante y lleno de religiosidad.

Por acá, en los países civilizados, un espectáculo semejante hubiera sido un *casus bellis*, hubiera dado pretexto a los señores de la cáscara amarga para armar una bronca de muy señor mfo, y esto, en nombre de la libertad de conciencia. Por menos que eso, han con etido ya verdaderas salvajadas, y a diario, escarnecen, en sus papeles públicos, los sentimientos de los que tienen la suerte de no pensar como ellos. Por allá hablan menos de libertad, pero la respetan más. Y como tienen tan arraigado el sentimiento religioso, no les chocan estas explosiones de fe y de piedad, que exacerban a los *turcos y beduinos intelectuales* de Europa. Ellos tendrán sus vicios y pasiones, pero éstos no han podido extinguir aquel sentimiento. De tantos, que dejaban asomar sus rostros, tostados por el sol abrasador de Oriente, no recibimos la menor muestra de desagrado. Esto solamente está reservado al odio satánico de los judíos a quienes estas manifestaciones cristianas les recuerdan el crimen de sus antepasados, llenándolos de rabia y furor. Pero ellos no pueden salir al paso de la procesión. Es que los turcos los tienen recluidos en el barrio de las inmundicias, que es el lugar extremo de la ciudad, por donde sus padres trajeron a Jesús desde Getsemaní a la casa de Anás, pues temían al pueblo.

Al llegar a la plaza de la Basílica del Santo Sepulcro, ya habíamos terminado la tercera parte del rosario. Y era preciso que fuera así, porque, apenas el peregrino llega a vislumbrar la puerta de la Santa Basílica, ya le es imposible dejar de concentrar, en ella, todas las miradas, las del cuerpo y las del alma. Esta no puede pensar en otra cosa, no se aviene a distraerse, apesar de sentirse tan inclinada a ello, y de tal modo aceleráanse las palpitaciones del corazón que parece quiere salirse del pecho. Es que presiente tras de aquella puerta toda la grandeza de Dios que le oprime y agobia y le llena de un santo temor. Y al caer de rodillas sobre los umbrales de aquel templo que contiene los recuerdos más gratos para el cristiano, siente éste una

emoción tan soberana, tan intensa, que las lágrimas asoman necesariamente a sus ojos; y su frente se inclina hasta el suelo para santificarse con su contacto.

Bajo esa emoción tan intensa, tan soberana, recorrimos de rodillas, unos veinte metros, al final de los cuales, hállase un sepulcro de mármol blanco; y colgando, sobre él, cincuenta lámparas que arden constantemente. Es la Piedra de la Unción, en donde fué colocado el cuerpo de Jesús cuando lo bajaron de la Cruz y del Calvario para ungirlo antes de darle sepultura. Sino fuera costumbre entrar de rodillas hasta aquel venerando lugar, lo haríamos por instinto religioso.

Al llegar a él sucedense las emociones, cada vez más fuertes; y el corazón late más aceleradamente. El recuerdo de que el cuerpo de Jesús, desangrado, exánime, con su cabeza profundamente herida, con su corazón abierto y llagados sus pies y manos, había estado allí santificando aquel mismo lugar con su contacto, me hacía estremecer de temor, si bien filial, pareciéndome reproducirse la escena divina del monte Horeb. *Descázate, porque la tierra que pisas está santificada con mi presencia.*

Lo más perfecto hubiera sido imitar a los antiguos peregrinos que llegaban allí con los pies descalzos, desnudos, y cubierto el cuerpo de cilicios; pero ya que no limitáramos su heroico sacrificio, sea por nuestra delicadeza corporal o por el peligro de quebrantar nuestra salud, lleváramos, como ellos, una fe grande en nuestra alma y un pesar no menos grande en el corazón. Son las dos cosas necesarias y esenciales de la penitencia que purifica y que nos acerca y une con Dios.

Hay que entrar allí, como verdaderos penitentes, y entonces ni nuestra propia indignidad ni el recuerdo de la mujer públicamente escandalosa y detenida por una mano invisible en aquella misma puerta que habíamos dejado atrás, vendrían a turbarnos con el miedo de los esclavos, ni con la fuerza oculta y misteriosa que rechazó y detuvo a aquella mujer.

Con lágrimas en los ojos besamos la sagrada Piedra de la Unción, sin sentir siquiera, por lo que a mí respecta, el frío del mármol que la cubre. Es que aquel beso trae a los labios todo el fuego del alma creyente en presencia del objeto que venera, que adora y ama.

Al levantarme de aquel lugar me doy cuenta de que tengo a mi derecha el Calvario y a mi izquierda, pero algo más distante, el Sepulcro del Salvador del mundo. Dos emociones, a cual más fuertes, experimentó mi espíritu. Es que tiene tanta grandeza moral cada uno de esos lugares, que me sentí con una angustia que, otra vez, hizo asomar las lágrimas a mis ojos, pero con mayor intensidad y abundancia, apesar de los disimulados esfuerzos para contenerlas. Jamás había sentido de un modo tan sensible los efectos de ese encuentro del alma con Dios, que se llama religión. Jamás mi alma se había sentido más cristiana como en aquellos momentos, en presencia del Calvario y del Sepulcro de Jesús.

Junto a este Sepulcro nos esperaba el Rvdo. P. Antonio Aracil, Franciscano, en unión del P. Guardián y otros religiosos, quien nos dió la bienvenida y nos felicitó por nuestra llegada al término de nuestro viaje, a la ciudad cuya visita constituía nuestros sueños dorados, a Jerusalén, que encierra los más ricos tesoros un Calvario salpicado en sangre divina y un sepulcro santificado con el contacto del cuerpo del Redentor. Me resultó un orador de primera fila. Su palabra era penetrante y cálida, su forma elegante y correcta y el fondo sustancioso, de mucha miga. Desde los primeros momentos se quedó con el auditorio, comunicándole las emociones de su alma, las ideas de su clara inteligencia y los afectos de su piadoso corazón.

El Director espiritual, Sr. Múgica, dió las gracias por las honrosas frases que nos dedicó, y en breves y sentidas palabras, nos exhorta a que visitemos tan venerados lugares con espíritu de fe y de piedad. Y con ese espíritu de fe entramos, uno a uno, en aquella roca abierta, que cedió José de Arimatea para tumba del Salvador. Es la tumba que tres siglos de sombras, de desolación y de muerte no pudieron borrar de la memoria de los hombres. Es la roca abierta, convertida en foco de luz esplendorosa y de gloria inmensa, incomparable, que ha llevado allí a miles de generaciones, a innumerables almas inocentes y candorosas, así como a infinidad de pecadores que deseaban mezclar sus lágrimas con la sangre del Salvador. Es el Sepulcro que ha visto postrados junto a sí a sabios emi-

mentes para rendir homenaje al Autor de toda ciencia, a insignes guerreros para ofrecer su espada al Dios de los ejércitos, a inspirados artistas para bendecir al que es la fuente y origen de toda inspiración, de toda belleza.

Pero mientras llegaba mi turno, ¡qué emociones tan opuestas sintió mi espíritu! Por un lado, temía que llegara el momento de entrar. Era el temor del que presiente un poder superior, oculto y misterioso. Era el temor que siente el reo de verse con su juez, o el miedo a que le descubran sus torcidas intenciones con los secretos de su pobre y miserable corazón; y por otro, tenía anhelos inmensos de ver lo que siempre fueron mis sueños dorados en fuerza de oír, desde mis primeros años, de labios de una mujer fuerte, según Dios, cristiana de vieja cepa y de una piedad acrisolada, las hazañas de los caballeros cristianos que habían defendido aquella tumba adorada, contra los desmanes de los enemigos de la Cruz. Sentíame atraído hacia la concavidad de aquella roca para postrarme de hinojos ante el Sepulcro de Jesús, inclinar mi frente y depositar sobre la fría losa de mármol un beso pletórico de todos mis amores, haciendo caer, sobre ella, las lágrimas que, en abundancia, brotaban de mis ojos.

Miraba el vestíbulo que precede a la sagrada roca sostenido por columnas salomónicas y profusamente iluminado; y en él un ángel, en actitud gallarda, sobre un trozo de la piedra que sirvió para cerrar el Sepulcro, pareciéndome reproducirse algo semejante a la escena con las santas mujeres. *Venid y ved el lugar donde le colocaron.* Es verdad que su cuerpo no está aquí, pero ved cuánta grandeza y poder se siente en este lugar, cuánta gloria, cuánta luz irradia este Sepulcro. Hace veinte siglos que salió triunfante de él, y desde aquel día, este Sepulcro se convirtió en trono de gloria, que no han podido derribar los titánicos esfuerzos del infierno. Desde aquel día, una fuerza mágica brota de este Sepulcro, que seduce y subyuga. Es que Jesús reina, desde él, sobre el corazón de los hombres, constituyendo este reinado la prueba más evidente de su divinidad.

¡Ah! es que el hombre, mientras vive, si la fortuna le favorece y le mira; si se sienta en trono secular, empuña un cetro en sus manos y cife en sus sienes diadema real;

si el genio bate sus alas sobre su cabeza, llegando a ocupar un puesto distinguido en la república de las letras o en el mundo de las artes; si su palabra vibrante y cálida ha sabido electrizar las turbas; en una palabra, mientras se halla rodeado de ese nimbo de gloria, que dan la grandeza, el poder, la ciencia y la riqueza, tendrá simpatías, reinará sobre nuestros corazones agradecidos o entusiastas admiradores de tanta gloria y ejercerá un poder mágico sobre los que le rodean. Pero dejad que baje al sepulcro, y el tiempo se encargará de poner sobre él la fría losa del olvido. Pasadas una o dos generaciones, no habrá un corazón siquiera que sienta la influencia de su gloria, de su poder y de su grandeza. Es que en su sepulcro no ha dejado más que la muerte, la corrupción que nunca atrae y siempre repele. Tal es el horror que inspira.

No pasa lo mismo con esta tumba adorada, bendecida hace veinte siglos. El tiempo no ha podido echar sobre ella esa fría losa del olvido ni destruir la fuerza oculta, misteriosa, que ha traído aquí a millones de generaciones, ni hacer desaparecer la belleza moral, que encanta y seduce, de la figura de Jesús que parece reanimarse sobre ella y centellear con nuevos destellos. Ante su presencia han caído y caerán siempre de rodillas reyes y emperadores, sabios e ignorantes.

Llegó mi turno y entré. Si la puerta no fuera tan baja había que hacerla. Es que allí no se puede entrar, sin que preceda una profunda inclinación, como no se puede besar aquel Sepulcro, sin estar postrado en tierra. Sobrecogido de temor, no sea que, con mi presencia y contacto de mis manos, manchara aquel lugar de tanta veneración al postrarme y besarlo, el temor se trocó en una confianza tan grande en la misericordia y en el perdón, que me hizo derramar abundantes lágrimas, las cuales me parecieron dulces como las lágrimas del amor.

Al salir recordé la página hermosa, tierna y sentimental, que había leído, de Lamartine, relatando lo que pasó por su alma cuando tuvo la dicha de visitar el Santo Sepulcro. Entonces comprendí que no había, en ella, exageración alguna. He aquí sus palabras.

«Entré a mi vez y el último en el Santo sepulcro; el espíritu asediado de estas ideas inmensas, conmovido el co-

razón de las impresiones más íntimas, que quedan, siendo un misterio, entre el hombre y su alma, entre el insecto pensador y su Creador. Estas impresiones no se escriben, se exhalan con el humo de las lámparas piadosas, con el perfume de los incensarios, con el vago y confuso murmullo de los suspiros; cae con las lágrimas que se agolpan á los ojos el recuerdo de los primeros nombres que hemos balbuceado en nuestra infancia, del padre y de la madre que nos los enseñaron, de los hermanos, de las hermanas, de los amigos con los cuales los hemos murmurado. Todas las impresiones piadosas que han removido nuestra alma, en todas las épocas de la vida; todas las oraciones que han brotado de nuestro corazón y han salido de nuestros labios al nombre de aquél que nos enseñó a rogar a su Padre y el nuestro, se despierta en el fondo del alma y producen por su resonancia, por su confusión, este deslumbramiento de la inteligencia, este enternecimiento del corazón que no buscan palabras, pero que se resuelven en ojos húmedos, en pechos oprimidos, en una frente que se inclina, y en una boca que se pega silenciosamente sobre la piedra del sepulcro.

Si se quiere comprender todo el valor y significación de estas palabras, téngase presente que Lamartine es un testigo ocular, nada sospechoso, pues, si bien su primera educación fué esmeradísima, al abrigo de la fe, después, en la juventud, en la edad de las ilusiones, los hielos de la indiferencia hicieron que aquella planta divina, la fe, viviera raquítica, sin apenas poder dar fruto, en la sombra de la conciencia, en el fondo oscuro del alma, a mucha distancia del foco de luz, separada de Dios; pero, aún así, tuvo el poder suficiente para proteger su honradez cristiana en orden a los primeros principios de la sana moral y su honradez intelectual para no abrazarse conscientemente con el error. A este abismo no llegan más que las almas degradadas por los vicios. Con estas impresiones tan íntimas y con estas ideas tan inmensas salimos de aquella Basílica, si bien dejando allí todos nuestros amores, todos nuestros cariños.

Subimos por calles estrechas con un alumbrado muy deficiente y llegamos a Casa-Nova que es la hospedería de los PP. Franciscanos.

Aunque esta es inmensa no todos los peregrinos pernoctaron en ella, pues la Junta quiso tener una deferencia con los dueños de los hoteles de la ciudad y ordenó que algunos se hospedaran en ellos. Yo tuve la satisfacción de que me tocara la hospedería de los Padres.

Eran ya las ocho de la noche. Cenamos y acto seguido fuimos a la iglesia de San Salvador, que está, a dos pasos de Casa-Nova, para hacer el ejercicio del cristiano y terminado éste, nos retiramos a descansar.

DIA 22 DE MAYO

Solemnes funerales en sufragio de la joven bilbaina. — Conducción de su cadáver al monte Sión. — Un entierro modelo. — Nuestra primera visita. — La Basílica del Santo Sepulcro. — Su abandono. — Quiénes son los culpables. — Una prueba más de la debilidad de las naciones católicas, tratándose de los Santos Lugares. — La Piedra de la Unción. — El monte Calvario. — Impresiones del peregrino. — Cosas dignas de notarse. — Lugar desde donde las Santas mujeres contemplaban la Crucifixión. — La Rotonda. — El Santo Sepulcro. — Una noche junto al Santo Sepulcro. — Coro de los griegos cismáticos. — Capilla de la Magdalena. — Capilla latina. — Idem de la división de las vestiduras, de Longinos, de Santa Elena y de la Invencción de la Cruz. — Interesante relato — La capilla de Santa María Egipciaca y su historia. — El monte Sión. — Iglesia de Santiago el Mayor. — Abandono de España. — Un sacrilegio frustrado. — El Cenáculo — Dormición de la Virgen. — Casa de Caifás.

Amaneció un día espléndido, hermoso; pero las primeras horas de la mañana presagiaban ya un sol ardiente. A

las cinco y media andábamos, por aquellas calles de Jerusalén, algunos sacerdotes, en dirección a San Salvador para celebrar. Era el primer día que celebrábamos en aquella ciudad y lo hicimos en la iglesia más próxima hasta orientarnos y poder salir a la calle sin peligro de extravíarnos.

A las nueve volvimos al templo de San Salvador. Era la hora señalada para los solemnes funerales en sufragio del alma de la joven bilbaína.

Sobre un modesto catafalco se colocó el ataúd que contenía el cadáver, envuelto por un paño de terciopelo negro, que ostentaba la cruz de Jerusalén. Y mientras se cantaba solemnemente la vigilia, todos los altares estaban ocupados por sacerdotes que celebraban en sufragio de su alma.

Terminada la misa y reponso de rúbrica, organizóse la procesión fúnebre que recorrió las calles de la ciudad hasta el cementerio católico del monte Sión. Abrían la marcha los siete g-nizaros, que están al servicio y a las órdenes del representante de España en Jerusalén, vistiendo de gala como en los días de mayor solemnidad. Seguían, luego, los peregrinos, empezando por las señoras, tras de éstas los caballeros, y después, los sacerdotes, revestidos de sobrepelliz, presidiendo el duelo el Sr. Arzobispo Nozale da en unión del representante de España y la Junta organizadora. Junto al féretro iban un número considerable de pobres que, en árabe, rezaban el rosario.

Jamás he asistido a un entierro en que los acompañantes tengan más recogimiento y gravedad en miradas y modales, reinando, en toda la carrera, un profundo silencio, como lo exigía la misma naturaleza del acto, el respeto al cadáver y consideración y aprecio en que era tenida la joven difunta. Ni uno siquiera se permitió fumar. Es que hubiera sido una falta imperdonable de respeto y educación. Aquel acto tenía de edificante lo que tienen de escandaloso en nuestra tierra, actos semejantes. Hablar alto, reír, a veces, a carcajada limpia y fumar, son las tres cosas que nos dejan en muy mal lugar ante los extranjeros que presencian nuestros entierros. Parece que se ha perdido la noción del respeto a los muertos, que es cosa elemental y rudimentaria en todos los pueblos así bárbaros como civi-

lizados. Acusa todo esto una notable deficiencia de educación social y religiosa.

Llegamos al monte Sión; y después de las oraciones prescritas por la Sagrada Liturgia, fué colocado en la losa el cadáver de aquella joven tan virtuosa, tan pura y tan hermosa.

En ella, vieron todos un instrumento de que se valió la divina Providencia para la realización de sus designios. Acababa de salir de una enfermedad, que la puso al borde del sepulcro; y aún convaleciente, sentía deseos ardientes de volver a los santos lugares con la quinta peregrinación. En la peregrinación anterior había estado en ellos; pero, huérfana de padres, no tuvo otra persona que con más amor y cariño le aconsejara que desistiera de su propósito, como su hermana, pues podía realizar su segunda visita con la sexta peregrinación. Pero no fué posible disuadirla. Era una verdadera obsesión, según decía su desconsolada hermana. Parecía que una voz misteriosa la llamaba, y una fuerza oculta la atraía hacia los Santos lugares. Era Dios que, en sus eternos consejos, había dispuesto que sus restos mortales descansaran en Jerusalén hasta el fin de los tiempos, allí muy cerca del valle de Josafat y junto á la torre y sepulcro de David; allí, en la ciudad que había recogido la sangre divina, vertida por nosotros; allí, en la ciudad, en donde se respira el mismo ambiente que respiró Jesús, y en donde uno se siente protegido por el mismo firmamento que a El le sirvió de dosel espléndido en los días de su mayor gloria. He aquí a Dios, como causa primera, obrando en sus criaturas racionales según su naturaleza libre, valiéndose de ellas, como de instrumento, para realizar sus miras amorosas sin violentar su libertad.

Regresamos a nuestra hospedería; y después de almorzar, divididos en grupos, nos esparcimos por la ciudad para visitar sus muchos monumentos. Y como es natural, empezamos por la Basílica del Santo Sepulcro, en donde estaban concentradas, desde la noche anterior, todas las miradas de nuestro espíritu y todos los amores de nuestro corazón.

Precede a la Basílica una plaza cuadrada de regular tamaño, teniendo, en el fondo, la fachada única del templo, de muy mal gusto artístico; y a los dos lados, conventos

griegos y armenios, los cuales comunican con la Basílica, así como el convento católico y el de los coptos; de modo que puede decirse que son parte integrante de la misma, lo cual produce un efecto desastroso. Su grandiosidad externa queda ahogada por aquel conjunto abigarrado de edificios, sin que haya solución de continuidad respecto de los demás de la ciudad.

Lo único que se destaca es la cúpula de la Rotonda que es la iglesia propiamente dicha del Santo Sepulcro, la cual, ocupando el centro de aquel inmenso edificio, se comunica por medio de pasadizos, escaleras y galerías con muchas capillas, formando un solo cuerpo. Aquí es la capilla de la aparición de Jesús a la Magdalena; allí, la de la aparición a la Santísima Virgen; allá, es la de Santa Elena, más allá la de la invención de la Cruz, y en un montículo, la del Calvario. Nada de este inmenso edificio revela simetría ni gusto artístico. Es una obra de distintas épocas, notándose, como consecuencia casi necesaria, la falta de unidad de plan y la variedad de estilo, pero predominando el romano y bizantino.

Aparte de esta variedad de estilo y de la falta de unidad de plan que siempre es un demérito en una obra de esta índole, causan también un efecto desastroso en el ánimo de quien por primera vez contempla aquel monumento, que tantos y tan gratos recuerdos contiene, las paredes mugrientas y ennegrecidas y cubiertas de polvo, con el techo descarnado y amenazando caer a pedazos. Es que, allí, desde que las religiones disidentes han metido la pata en los Santos Lugares, adquiriendo derechos con engaños y la adulación a los Sultanes de Constantinopla, amén del oro con que han avivado la desmedida pasión de la avaricia, no puede haber unidad de criterios, unidad de sentir, siquiera en orden a la necesidad de asear el templo y de hacer reparaciones en él.

Ha contribuido sobremanera a este estado de cosas el *statu quo* vigente en la Palestina, el cual ha fomentado las discordias entre los disidentes y católicos, legalizando las usurpaciones de los griegos, armenios y coptos, en los Santos Lugares, y dejando, con ello, la puerta abierta a otras usurpaciones, pues no determina lo que cada uno tiene sino que se concreta a legitimar lo que posee, así lo

adquiera por la fuerza bruta o por cualquiera otro medio injusto.

Lo impuso Rusia; y a pesar de haber dado lugar a la Guerra de Crimea, en la cual sufrió el coloso una tremenda derrota, prevaleció su criterio en el Tratado de Berlín del 78 del pasado siglo. De aquí que estén siempre a la greña y buscando ocasión griegos y armenios cismáticos para extender sus derechos, en la completa seguridad de que, una vez adquiridos, serán reconocidos por el *statu quo* vigente. Para ello, apelan a la prescripción que reconocen las leyes turcas, sin tiempo alguno determinado, hasta el punto de que basta ejercer funciones de dominio por una sola vez, aunque sea por medios violentos y brutales, con uno o dos testigos turcos, que no tienen inconveniente en servir a quien mejor les pague, para obtener en su favor el derecho de prescripción.

Para evitar estos abusos a que da lugar el *statu quo* se han extremado las medidas de rigor hasta no poder darse una mano de cal y albeo a los muros y paredes ennegrecidas ni ponerse un clavo más en parte alguna ni colocarse un cuadro nuevo en los altares, ni siquiera colgar de la bóveda una lámpara más, sin provocar una cuestión seria, un conflicto grave que pone en movimiento a cónsules, a embajadores y al Gabinete de la Sublime Puerta. Es el único medio para que cada cual se mantenga en sus respectivos derechos, sin excederse un ápice. Será ridículo, pero esta es la realidad y hay que atenerse a ella, mientras la Sublime Puerta siga amparando la injusticia y el derecho del más fuerte y del más osado.

Culpable, pues, de aquel abandono es la política que mantiene en Palestina el mencionado *statu quo*; es la demasiada condescendencia de la protectora Francia con la Sublime Puerta; es la debilidad de las naciones católicas ante el coloso del Norte; pero no los custodios de los derechos de los católicos en los Santos Lugares. ¿Qué van a hacer aquellos pobres religiosos indefensos, si se permite a los griegos y armenios que usurpen sus derechos inmemoriales, alternando, con ellos, en el ejercicio del culto, como en Belén y en el Santo Sepulcro; o excludiéndolos de tal ejercicio, como en el monte Olivete, Sepulcro de la Virgen y en el Cenáculo? Allí donde los católicos con-

servan intactos todos sus derechos no se presencia semejante espectáculo de abandono e incuria.

Otro síntoma de debilidad de las naciones católicas es el haber permitido que los turcos hayan tenido, durante tanto tiempo las llaves de la Santa Basílica, en señal de dominio; y *vells nolls*, hay que darles una propina diariamente, (que no baja de tres a cuatro francos) si queremos que se abra el templo a la hora que convenga a los católicos.

Ante tamaña afrenta y vergüenza hacíame yo esta pregunta: ¿Los Santos Lugares y en particular la Santa Basílica son propiedad de los católicos? En esto no cabe la menor duda. Ellos los han comprado y rescatado, a precio de oro, infinidad de veces, y sin embargo, no tienen las llaves de un edificio que es suyo y en el cual, de hecho, tienen participación los cismáticos, viéndose en la necesidad de dar una propina para poder entrar en él. Es una de las tantas anomalías que no me han cabido nunca en la cabeza, siendo, por parte de los turcos, una tiranía, respecto de los católicos, una vejación intolerable, y con relación a los santos lugares una verdadera profanación.

El peregrino que llega allí, lleno de fe y de piedad, y con el respeto, con la veneración debida a la santidad de aquel lugar, no puede menos de pasar un mal rato al ver a dos turcos, echados en un diván, colocado a las izquirda del vestíbulo que sigue a la puerta de la Basílica. Es irritante el desparpajo de aquella gente que no para de charlar y fumar, como pudiera hacerse en una plaza de mercado. También causa mal efecto lo de estar cubiertos con la consabida gorra turca, que no dejan ni a sol ni a sombra. Pero pase por aquello de no considerarse, entre ellos, como falta de respeto; al contrario, es una señal de consideración.

Frente a la misma puerta está la Piedra de la Unción. Señala el lugar, en donde fué ungido el cuerpo de Jesús, antes de colocarlo en el Sepulcro, como era costumbre entre los judíos. Santa Elena cubrió la roca desnuda con mosaico que duró hasta que los Padres Franciscanos tomaron posesión oficialmente del Santo Sepulcro. Fué su verdadera defensa de la indiscreta devoción de los fieles. Apenas aquellos religiosos se hicieron cargo de tan sagrado lugar, cubriéronlo de mármol blanco.

La Piedra de la Unción es una losa rectangular de tres metros de largo con uno y medio de ancho y treinta centímetros de alto. Los católicos habían rescatado este lugar en veinte y cinco mil duros; y no obstante, hoy tienen derechos, en él, griegos, armenios y copios, manteniéndolos por medio de lámparas, constantemente encendidas, que cuelgan sobre él. Inspira tal devoción y respeto, que no hay peregrino que, al llegar allí, no se arrodille y lo bese, dejando en él una lágrima. Es la primera que derrama en la Santa Basílica.

A la derecha y á poca distancia, encuéntrase una escalera estrecha con veintinueve peldaños, por la cual subimos al Calvario. Su cima es casi cuadrada, convertida en iglesia y dividida por dos pilastras que hacen de ella dos naves. La nave de la derecha es propiedad de los católicos, la de la izquierda es de los cismáticos griegos con escalera y balaustrada completamente independientes.

En la capilla de los católicos hay tres cosas dignas de toda veneración. Dos altares, en el fondo, que señalan el lugar de la Crucifixión y aquel en que la Santísima Virgen recibió en sus brazos al Hijo de sus entrañas; y a la mitad de la pared lateral, un rosetón de mármol blanco, que indica el lugar en que despojaron a Jesús de sus vestiduras, viéndose, desde allí, otro lugar venerando, en donde estaba la Virgen con Juan y la Magdalena, presenciando aquel tristísimo espectáculo. Y cuenta la tradición que, al ver la Madre a su Hijo que iba a quedarse desnudo ante aquel pueblo soez e impúdico, corrió desalada y como fuera de sí, por entre las turbas, subiendo al monte fatigada y jadeante; y sin que nadie osara impedirselo, cubrió con su velo, el sacratísimo cuerpo, en que se recrean los ángeles, antes de ser expuesto a las miradas del populacho. Allí se levanta hoy una hermosa capilla, la capilla de los francos.

Varias veces tuve la dicha de celebrar en ambos altares. Sentí allí, en aquella altura, en aquella soledad, dos emociones distintas. Me pareció más íntima, más familiar, más consoladora la comunicación del alma con Dios. Apesar de los veinte siglos de distancia, hay momentos en que parece oírse el eco de la voz de Jesús que un día, allí mismo, dejó caer de sus labios palabras de perdón, pala-

bras de misericordia. El *Pater*, *dimitte illis* y el *hodie mecum eris in paradiso*, infunden una confianza ilimitada en nuestro pobre corazón, que ha prevaricado tantas veces. Respirose, allí, un ambiente divino que fortifica nuestra debilidad y, Julcifica nuestras penas. Pero hay otros momentos en que se deja ver el eco de otras palabras que oprimen y angustian. Es la queja amorosa que Jesús dirige al cielo y que revela un abismo de tristezas, de sombras, de aflicción. *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?* Entonces, siéntese temor, el temor que inspirará la recta justicia del divino Juez que parece se acerca a nosotros para pedirnos cuenta de nuestra vida. Es el *redde rationem villicationis tuæ* del Evangelio, que nos hace estremecer. Entonces no se quedaría uno solo allí, como si presintiera que va a reproducirse el sangriento drama del Calvario.

El altar de la Crucifixión es de cobre. Un cuadro nos recuerda el feroz suplicio que se verificó allí mismo; y un mosaico, debajo del altar, señala el lugar. Lo besamos con amor y con respeto.

Parece que la Providencia ha dispuesto que, allí, nada haya de artístico y bello, que recree nuestra vista corporal, para que toda su belleza, toda su hermosura sea moral. Oculta a los ojos del cuerpo, solamente el alma puede verla, puede sentirla y saborearla, pero el alma alumbrada por la luz de la fe.

El otro altar, el de *Stabat Mater Dolorosa*, no tiene cosa particular que llame la atención, fuera de la ternura que inspira la escultura de medio cuerpo, a modo de busto, que representa a la Virgen, en el período álgido de su dolor, y teniendo, en sus brazos a su Hijo ya exánime, sin vida. No es obra de arte, pero la expresión de su rostro conmueve hondamente. Es que, allí, el dolor tiene más de divino que humano, lo cual es patrimonio exclusivo del arte cristiano. Jamás el arte pagano pudo llegar a semejante altura, pues para llegar a esas cumbres, necesitase beber en la misma fuente del dolor divino, en Jesús, padeciendo por la humanidad caída.

La piedad y devoción, que inspira aquella imagen, refléjase en los innumerables exvotos que tiene, abundando corazones de oro y piedras preciosas, collares, cadenas,

dijes y anillos, relojes y charreteras militares. Constituyen una inmensa riqueza.

En la otra nave del Calvario, que está en poder de los cismáticos griegos, podemos verlo todo y tocar, con nuestras manos, la abertura, en donde los judíos fijaron la Cruz del Salvador, las dos losas negras que señalan los hoyos, en donde plantaron las cruces de Dimas y Gestas, así como la hendidura que apareció un una roca del Calvario en el mismo momento de la muerte de Jesús; pero no podemos celebrar en el altar, levantado sobre la abertura. Es una prohibición terminante y expresa de aquellos cismáticos.

Bajamos del Calvario y visitamos el lugar, desde donde las santas mujeres contemplaban a Jesucristo en la Cruz. Hállase a unos doce metros del lugar de la Unción, y lo señala una piedra circular, cubierta con un templete de hierro. De allí pasamos al Santo Sepulcro que ocupa el centro de la Rotonda, la cual tiene veinte metros de diámetro con dieciocho pilares, alrededor, sosteniendo dos galerías sobre puertas, con dieciocho arcos cada una. Cubre una cúpula llena de pinturas arabescas, pero de muy poco mérito artístico. En su centro, levántase un templete que contiene el Santo Sepulcro. El exterior de este templete revela poco gusto artístico, si bien no carece de grandiosidad por estar sostenido y adornado por dieciséis pilastras de piedra y coronado por una balaustrada de columnitas con su correspondiente cúpula en el centro.

Profusamente iluminado, como sucede en las grandes festividades y memorables acontecimientos, es una cosa fantástica. Nuestra llegada, en la noche anterior, mereció los honores de esos acontecimientos, quedando gratamente sorprendidos.

En el vestíbulo que lleva el nombre de capilla del ángel, vense cuatro hermosas columnas salomónicas a los lados, siendo su interior de mármol blanco con una bóveda ricamente decorada, y colgando de ella, unas quince lámparas. En el fondo y junto a la puerta del Santo Sepulcro, está un trozo de la piedra que removió el ángel; y sobre ella, el mismo ángel, en actitud gallarda, como diciendo a todo el que se acerca allí: *El triunfador de la muerte no está aquí. No queda más que su sepulcro, pero con toda su gloria y toda su grandeza.*

El sepulcro es una roca abierta con una concavidad de unos dos metros de largo por otros dos de ancho, y revestida de placas de mármol blanco. A la derecha, entrando, fué colocado el cuerpo de Jesús, quedando santificado para siempre el lugar ocupado por aquél. Cubierto de mármol, como el lugar de la Unción, es también una losa rectangular aunque no alcanza las mismas dimensiones que aquella de la Unción. Así ha podido estar a salvo de la indiscreción de fieles y peregrinos.

Cuarenta y tres son las lámparas que cuelgan de su bóveda, de las cuales cuatro son de los coptos y las restantes, de católicos, griegos y armenios por partes iguales. Para la celebración de los Santos oficios, hay un turno riguroso, empezando los católicos que terminan a las seis de la mañana, si bien, desde las cuatro, celebran misas rezadas en un altar portátil, hecho ad hoc. Los coptos no pueden celebrar sus funciones dentro del Santo Sepulcro. Lo hacen por la parte exterior del templete.

En aquel altar portátil, levantado sobre la misma losa de mármol, celebramos, con preferencia a los demás, los que estábamos encargados de predicar en la peregrinación. Vi llorar a un sacerdote por no haber alcanzado turno para celebrar, reflejándose en el rostro de otros una profunda tristeza por la misma razón. Es que para un sacerdote no hay mayor dicha ni mayor consuelo, en la tierra, que celebrar sobre aquella tumba tan sagrada. Yo puedo decir que apenas pude conciliar el sueño la noche anterior al día en que me tocó el turno. Era el temor de quedarme dormido y verme privado de tanta dicha. Era también el miedo que siente la criatura en presencia de su Criador, avivada en aquel sepulcro con el contacto del sagrado cadáver. Era el miedo que siente el pecador ante la grandeza de la justicia de un Dios, reflejada intensamente en aquella losa de mármol.

Pernoctamos, aquella vez, en el convento de los Padres Franciscanos, adosado a la Santa Basílica: y a las dos de la mañana, nos echamos de la cama los cuatro sacerdotes que habíamos de celebrar. Era la hora en que los religiosos rezaban sus oficios. Bajamos a la Santa Basílica y nos dimos cuenta del movimiento religioso que había en ella, a tan altas horas de la noche.

Encontramos, allí, velando el Santo Sepulcro, las mismas personas que, a las diez, hora en que los turcos cierran el templo, habíamos dejado. Es que querían sentir toda la noche las emociones que experimenta el alma junto a la tumba del Salvador. Es que deseaban aprovechar aquellas horas de profundo silencio y soledad para orar, aquellas horas, en que nada turba el recogimiento que se apodera del alma, apenas llega uno a pisar el umbral de la cámara sepulcral, ¡Qué ambiente de ternura, de amor y de consuelo respiran allí las almas! Lo revelan las lágrimas que espontáneamente brotan de nuestros ojos. Llorar allí es tan natural y necesario como alimentarse. Quien allí no vierte lágrimas tiene un corazón más frío que el hielo de nuestras cumbres. Lo exige hasta aquella explosión de piedad, que venimos a todas horas en grandes y pequeños, en ricos y pobres y sin distinción de razas. Varias veces, entré a besar aquella tumba, y a orar sobre ella; y siempre encontraba un espectáculo hondamente conmovedor. Ora es un señor desconocido, de tez morena y cargado de barba, quien está abrazado con aquella losa de mármol frío, pero que él hace cálida comunicándole el dolor de su corazón por medio de las lágrimas que derrama sobre ella y por los gemidos que exhala su pecho; ora es un caballero de los nuestros que, en la misma actitud, da gracias al Redentor del mundo por haberle concedido la dicha y el consuelo de poder abrazar y besar su sepulcro glorioso, pero sin olvidarse de pedir para sí y para los suyos; ya es una señora que, por su figura y su traje, tiene mucho de sajona, quien llora con los brazos en cruz, y sus ojos fijos en el sepulcro, como quien cuenta todas sus cuitas, todas sus tristezas y pesares; ya es una peregrina la que, puesta de rodillas, y con la frente profundamente inclinada hasta tocar con ella el frío mármol, murmura una oración y deja caer una lágrima sobre aquel suelo santificado.

Frente a la capilla del ángel, visitamos el coro de los latinos que viene a ser como el pórtico del coro de los griegos cismáticos, que ocupa la nave central. Este es espacioso, con sillas de distinción para los patriarcas y obispos cismáticos que asistan al coro en días de gran solemnidad. Aquí observé que muchos fieles acuden al coro a la

hora de los oficios, colocándose a la entrada y dentro del mismo coro. Persígnanse al revés que nosotros e inclinan profundamente la cabeza *al Gloria Patri*. No se les puede pedir más respeto y veneración.

A unos cuantos metros del Santo Sepulcro, visitamos la capilla de la Aparición de Jesús a Magdalena. Es bastante oscura, y no tiene más que un altar, dedicado a esta mujer, delante del cual está un rosetón en el mismo pavimento, que indica el lugar en que se verificó el diálogo hermoso y tierno entre ella y Jesús, consignado en el Evangelio. Sirve de antecámara a la capilla latina, levantada sobre el solar de la casa que José de Arimatea tenía en aquel huerto, y que pasó a disposición de la Virgen; según la tradición. En ella se apareció a su Madre que, llena de fe, no quería alejarse del sepulcro, esperando su resurrección.

El Evangelio no dice una palabra de esta aparición. Lo sabemos por la tradición, de acuerdo con la razón y el sentido común. Es más: el Evangelio no podía ni debía consignar, en sus páginas, este hecho, por que lo que se supone no se dice, ni debe decirse. Sería supérfluo, y lo supérfluo no cabe en el Evangelio, pues lo que lleva el sello de la inspiración divina no contiene más que lo indispensable, lo preciso. En efecto: María es Madre de Jesús; y esta maternidad es título más que suficiente para tener, con ella, sus preferencias, en orden a honrarla y consolarla. Es una verdad que la dicta la razón y la confirma el sentido común.

Esta capilla, que nos recuerda la aparición de Jesús a su Madre después de su triunfante resurrección, tiene tres altares de inmensa veneración. Nada de arte, nada de belleza física hay en ellos. Todo lo que allí atrae las miradas del peregrino, es de otro orden; la belleza es exclusivamente moral. Uno, dedicado a la Virgen, en memoria de la aparición de su Hijo. Este santificó aquel lugar con la presencia definitiva de su cuerpo como antes lo había santificado con la descriptiva, mientras vivió en carne mortal. Ahora tiene otra presencia, la sacramental. Allí está reservado, esperando las almas para robustecerlas en la fe y en la piedad. Otro, que hoy está dedicado a San Antonio de Padua, nos recuerda una reliquia insigne, que se

veneró en él, hasta que los armenios la arrebataron, un trozo de la verdadera Cruz de Cristo. El tercero es el altar de la columna de la flagelación. No es la columna entera. Es un trozo, una parte, la que allí veneramos. Una verja de hierro nos impide acercarnos a ella para besarla, pero nuestros deseos quedan satisfechos tocándola con la punta de una vara que, allí hay siempre; y acercándola, después a nuestros labios para besarla.

En la sacristía custódiase la espada y espuelas de Godofredo de Bullón. Consérvanse allí, desde el siglo trece, en muy buen estado, gracias al interés y solicitud de los religiosos por aquel recuerdo del primer rey del reino latino de Jerusalén.

Aparte de las capillas de los coptos y de los sirios y jacobitas, que están detrás del templete del Santo Sepulcro, hay muchas otras en la nave del norte, que evocan gratísimos recuerdos. Aquí es la capilla de la *prisión de Jesús*, pobre y oscura, pero que nos recuerda el lugar, en donde Jesús y los ladrones esperaron que los judíos terminasen los preparativos para la crucifixión, recibiendo aquél los mayores oprobios de parte de la soldadesca, que le custodiaba, como se custodia a un gran criminal. Por eso, se le llama la nave de los oprobios. Allí, es la capilla de Longinos, el joven sirio de veinticinco años, que con una lanza, abrió el costado de Jesús. Ella nos recuerda la curación instantánea de la enfermedad que padecía, desde su infancia, en un ojo, falto de vista, completamente inactivo, con solo frotárselo con la mano humedecida por la sangre que corrió por la lanza al atravesar el pecho de Jesús. Al verse curado milagrosamente recobró también la vista del alma. La lanza que por mucho tiempo se veneró en la capilla, parte fué traída por San Luis a París, y parte a la iglesia de Santa Cruz de Jerusalén, en Roma. La esponja la vi en la mencionada iglesia de Santa Cruz de Jerusalén.

Allá, es la capilla de la *división de las vestiduras*, que nos recuerda el lugar, en donde los soldados echaron suertes sobre la túnica inconsútil de Jesús. Más allá, la capilla de Santa Elena que nos trae a la memoria el lugar, en donde esta Santa Emperatriz oraba, mientras se hacían las excavaciones en busca de la Cruz del Redentor. De su bóveda cuelgan algunas lámparas y huevos de avestruz. Y en el ex-

tremo de la nave, y bajando por una escalera de trece gradas, visitamos la capilla de la *Invencción de la Cruz*, que exclusivamente pertenece a los católicos. Está construida sobre la cisterna, en la cual los judíos arrojaron las cruces y demás instrumentos de la crucifixión, en el mismo día, viernes, por temor a quedar impuros al simple contacto de los mismos, desde que comenzaba la Pascua.

Tres siglos de despojos y escombros bastaron para cegar la cisterna, si bien los enemigos de Jesús se adelantaron a ocultar a las miradas cristianas aquella insigne reliquia, salpicada en sangre divina. Era el odio que les inducía a borrar de la memoria de los hombres todo lo que se relacionara con el Nazareno. Pero fué vano todo su empeño. Si la estatua de Venus en el Calvario y la de Júpiter en el Sepulcro de Jesús, que mandó poner allí el emperador Adriano, alejaron a los fieles, de aquel lugar que guardaba tan gratos recuerdos, jamás lo olvidaron. Se lo impedía su fe grande, su piedad acrisolada, su amor inmenso, tierno y delicado a Jesús.

Por eso, cuando el cristianismo pudo respirar un ambiente de paz y de libertad, cuando pudo salir de la oscuridad de las catacumbas y romper las duras cadenas con que le tuvo atado, la tiranía de los Césares, durante tres siglos, el amor a Jesús revólase en los vehementes deseos, que se despiertan, por todas partes, de pisar la tierra que aquél santificó con su presencia y con sus obras, de visitar los Santos Lugares; pero de un modo especial, aquellos en que más resplandeció su misericordia y su amor a los hombres, el Calvario y su Sepulcro glorioso. Ya no era posible ver al objeto de todos sus cariños, de todos sus amores, con los ojos corporales. Jesús después de su resurrección, se sustrajo a las miradas de los hombres. Solo por un milagro, dejóse ver de los suyos, durante cuarenta días, en forma humana, como en los días de su vida mortal. Por eso, la humanidad cristiana, que le recuerda con amor y con ternura, quiere verle en los lugares que El santificó, quiere tocarle en las cosas que El usó, quiere abrazarle en los instrumentos de su Pasión.

Una mujer grande como su fe, generosa como su piedad, es la primera que realiza esos deseos de su corazón. Santa Elena, la madre del libertador de la Iglesia, deja

todas las comodidades de la corte; y, sin parar mientes en los grandes sacrificios que lleva consigo una jornada tan penosa, se pone en camino de Tierra Santa. Todas las miradas de su espíritu, todos los anhelos de su corazón, los lleva concentrados en el Sepulcro y en el Calvario que guardarían la cruz, salpicada en sangre divina.

La tradición, que los cristianos guardan, como oro en paño, le señala el lugar del Sepulcro, y de la cisterna, en donde los enemigos de la cruz la había arrojado, desde aquel monte, cubriéndola de escombros; y la Emperatriz no tardó muchos días en ver realizados sus deseos, satisfecha su nobilísima aspiración. Después de tres siglos de sombras y oscuridades, ven la luz del sol aquellos tres preciosos tesoros.

Sin embargo, la circunstancia de aparecer mezclada la cruz de Cristo con las de los ladrones, proyectaba, sobre ella, una sombra, una oscuridad que había que disipar, pues la tradición no recordaba nada que fuera nota característica de la cruz de Cristo. ¿Cómo distinguirla de las demás? Los medios naturales no eran suficientes; luego era indispensable acudir a la intervención sobrenatural, so pena de no saber jamás cual era la cruz del Salvador.

San Macario, Obispo de Jerusalén, es el instrumento de que se vale la Providencia para disipar todas las sombras.

Tres días de penitencia y de rogativas públicas, he ahí lo primero que ordena el Santo Obispo. Acaso sea la primera vez que Jerusalén presencia un espectáculo tan edificante. Acaso sea la primera vez que dos santos, San Macario y Santa Elena, rodeados de muchas almas justas y fervorosas, recorren las calles de aquella histórica ciudad, con las lágrimas en los ojos, para recabar de Dios un favor especialísimo. Y Dios no se hace esperar. Es que la oración del justo es omnipotente. Es que las lágrimas que el dolor o el amor hacen brotar desde el fondo del alma continúen hondamente su corazón divino. Al contacto de una sola de las cruces, una mujer moribunda de la ciudad recobra instantáneamente su salud con toda su actividad y energía. Pero era necesario otra prueba más apodictica y más evidente para que nadie pudiera, con razón, dudar, en los siglos venideros, de su autenticidad. Y ahora es un di-

funto que llevaban a enterrar, el que resucita al simple contacto de la misma cruz. Dios no podía ser más explícito en la manifestación de la verdadera cruz de Cristo.

Además de Jerusalén, dos fueron las ciudades privilegiadas que participaron de aquel gran tesoro, Constantinopla, residencia del Emperador, y Roma, sede del Pontífice romano.

La parte de la Santa cruz, que Santa Elena dejó en Jerusalén, quedó encerrada en un hermoso estuche y bajo la custodia de San Macario. Pero robada, más tarde, por Cosroes, y llevada a Persia, conservóse siempre encerrada en su estuche, sin que nadie osara abrirlo, gracias, sin duda, a los ruegos de la esposa de aquel rey, la cual era cristiana.

El estar en poder de Cosroes este precioso tesoro fué la causa de que el emperador Heraclio le declarara la guerra. Vencedor éste, exigióle, como condición de paz, la devolución, acompañando, más tarde, a los cruzados en todas sus empresas guerreras, hasta que cayó en poder de Saladino. Y cuando, algunos años después, pudo ser rescatada de los infieles, para evitar más profanaciones del precioso madero, dividióronlo en partes muy pequeñas y las distribuyeron entre varias iglesias del orbe católico. Allí, en la capilla de la *invencción de la Cruz*, hay una parte que nos recuerda su hallazgo y su exaltación al ser rescatada por el emperador Heraclio.

La capilla, artísticamente, no vale nada, y encima es muy oscura, debido a su mucha profundidad. Los Padres Franciscanos celebran allí todos los días, en un altar regalo de Maximiliano de Austria, emperador de Méjico, cuando visitó los Santos Lugares.

Debajo del Calvário, hubo en un tiempo una capilla, la capilla de Adán, pues llegó a creerse que allí había sido enterrado nuestro primer padre. Más tarde, los cruzados la convirtieron en capilla fúnebre, donde celebraban las honras por los difuntos, conteniendo los sepulcros de Godofredo de Bullón y de Balduino I, los cuales han sido sustituidos por dos bancos de piedra. Es la obra sectaria de los griegos cismáticos.

No podíamos retirarnos de lugares tan venerandos, sin visitar otra capilla, de una historia interesantísima, la ca-

pilla de Santa María Egipciaca. Levántase en el mismo lugar en que esta mujer fué detenida por una fuerza misteriosa y oculta, al pretender entrar en la Santa Basílica para visitar el Sepulcro del Salvador.

Dios quería convertirla; y para ello, era necesario que reflexionara sobre su vida escandalosa y llorara sus pecados. Dios la había llevado allí, junto a su sepulcro, infundiendo en ella vehementes deseos de visitarlo, con el fin de prepararla a recibir la vida divina. Pero aquel corazón, endurecido por la vida depravada y escandalosa que llevaba, resistió a esos primeros impulsos de la gracia. No sintió la voz de la conciencia que trae consigo el conocimiento propio y el pesar de haber ofendido a Dios. Deseaba visitar aquel Santuario, pero sin la condición que Dios quería, sin asomar a sus labios la palabra *perdón* que tanto conmueve las entrañas de Jesús. Era una especie de profanación que iba a cometer, mezclándose con la inmensa muchedumbre para postrarse de hinojos y besar, con ella, aquel tesoro tan precioso. Su vida le impedía saber que no podía pisar aquella tierra ni besar aquel Sepulcro, sin llevar en la mente una fe grande, en el espíritu una piedad sólida, y en el corazón una contrición sincera, la contrición del verdadero penitente.

La gracia sigue obrando en aquella alma, marchita y ajada por el vicio que más degrada y envilece. Se vale de la explosión de piedad de aquella muchedumbre, que conmueve y hace entrar en sí a las almas más indiferentes y frías; pero aún no accede. Esta gracia resultó también ineficaz. Es la prueba más evidente de cuanto había ahondado aquel vicio en su pobre y miserable corazón. Era necesario un medio extraordinario para despertarla del profundo letargo de la culpa. Y Dios, que había decidido sacarla del fango y lodazal del pecado, Dios que había resuelto hacer una espléndida manifestación de su misericordia, emplea ese medio a que no está obligado.

Aquella mujer escandalosa quiere entrar como todos los demás en la Santa Basílica y no puede. Mira en derredor suyo, para ver la mano que la detiene, y no la descubre; y llega a convencerse, con asombro suyo, de que es una fuerza oculta y misteriosa. Fué, para ella, una luz resplandeciente que iluminó todos los pliegues de su concien-

cia, todos los senos de su alma, todas las tenebrosidades de su corazón. Ya no es extraño que suba al rostro la vergüenza, la confusión que experimenta su espíritu, no tanto por las personas que se percatan de aquel prodigio, cuanto por su vida indigna que, en un sancti-amén, cruzó toda por su mente.

El remordimiento de su conciencia, la pena que siente su alma por la inmensa ingratitud para con Dios cuyo Sepulcro viene a visitar, la llena de amargura, le oprime su espíritu, y las lágrimas de dolor, que acaso nunca habían asomado a sus ojos, corren silenciosamente por sus mejillas; y la palabra perdón, mágica y seductora para Dios y tan dulce y consoladora para nuestro corazón, brota de sus labios, caldeada por el fuego divino que ha prendido en su alma, purificándola de todas las manchas, de todas las impurezas de su vida. De un infierno hase convertido aquel corazón en un cielo. Ya no hubo dificultad para entrar y abrazarse con el Sepulcro de aquel Señor que tan delicadamente había tocado su alma. En adelante sirvió de modelo a todos en la fe, en la piedad y en la verdadera penitencia.

Terminada la visita de la Santa Basílica, nos dirigimos al monte Sión, subiendo unas callejuelas de la parte vieja de la ciudad. Es una de las tres colinas sobre que está fundada la ciudad de Jerusalén, si bien primitivamente, lo estuvo solamente sobre las de Acra y Moria.

Aquella fué convertida por los Jebuseos en una fortaleza, al parecer, inexpugnable, para defender la ciudad, hasta que conquistada por David la hizo su residencia habitual. Desde esta fecha data su importancia, llegando a ser la parte más interesante de la ciudad por guardar en su seno, durante algún tiempo, el Arca de la alianza y por las soberbias y hermosas obras que David mandó construir allí, entre otras, su palacio, con todas sus dependencias. El tiempo se ha encargado de ocultarnos hasta sus ruinas. Apenas quedan las de aquella fortaleza que se llamó torre de David, en la cual la tradición señala la ventana desde la cual David vió en el baño a Betsabé, esposa del fidelísimo y valiente Urías. Figúrase uno ver la esfinge del rey-profeta en la forma que presentan aquellas ruinas que han visto desfilar delante de sí tantos siglos. Ahora se nos antoja verle con

sus ojos rebosando concupiscencia y con su rostro reflejando la dureza de su corazón para con el que fué víctima de su pasión. Después, vésele junto al profeta Natán que le echa en cara sus pecados, y más tarde se nos figura triste y lloroso y entonando el más tierno y consolador de sus salmos, el Miserere, que contiene todos los remordimientos de su espíritu, todas las tristezas de su alma, todos los dolores de su corazón.

Si hoy el monte Sión no tiene esa importancia que conservó hasta el tiempo de Jesucristo, pues aún entonces era el barrio de la aristocracia de la sangre y de las letras y la residencia habitual de los pontífices que turnaban en el ejercicio de las funciones del templo, en cambio, contiene recuerdos gratísimos para todos los cristianos, siendo uno de los más interesantes para los españoles el que evoca la primera iglesia que, en aquella parte de la ciudad, visitamos.

Era la iglesia de Santiago el mayor. La primera impresión fué de tristeza, mezclada con algo de indignación, al ver que los armenios cismáticos campaban, allí, a sus anchas, como dueños que eran de aquel templo, levantado sobre el mismo lugar de la decapitación del Apóstol de España y a expensas exclusivamente de ésta. Ni aún estos lugares tan venerados y de tantos recuerdos, me decía a mí mismo, podemos conservar los españoles. Hemos sido grandes conquistadores, unas veces, por las armas, y otras, por medios pacíficos como en el nuevo mundo, descubierto por Colón, alentado por la religión y favorecido por la magnánima Isabel la Católica, llegando a conseguir que el sol no se pusiera nunca en nuestros dominios. Jamás se han visto tantas perlas preciosas, engarzadas en la corona de nuestros reyes. Eran de tan valor como un mundo en América, un imperio en Europa, grandes territorios en África y otro imperio colonial en Oceanía y en las Antillas, amén del hermoso y rico archipiélago Balear en el Mediterráneo y del Canario en el Atlántico. Hecha excepción de estas dos últimas, las demás han caído ya de la corona de Castilla, haciéndose mil pedazos. Creo que debieran incapacitarnos por lo de pródigos y desastrosos administradores. Y por no conservar ni aún; conservamos lo único que teníamos en el continente asiático, lo que nos recuerda la religiosidad y patriotismo de otros tiempos mejores de España,

el templo que, a sus propias expensas, levantó en el lugar del martirio de su Apóstol, del varón insigne que le trajo la fe católica y cuyo espíritu, decaído por la resistencia de los primitivos iberos, supo alentar la Madre de Dios en las orillas del Ebro

Y no se diga que fué la rapiña la que puso en su posesión a los armenios. Fué el abandono de aquel lugar por parte de España. Llegó a tener el carácter de *bona derelicta*, y ya se sabe que estos bienes son de *primi captentis*. Por eso, como sacerdote católico, sentí profunda pena, y como español, vergüenza e indignación.

Es una de las iglesias más hermosas y ricas de Jerusalén, con tres naves espaciosas y esbeltas, terminando en una elegante cúpula, y con preciosos azulejos que cubren sus paredes, los cuales dan al templo el aspecto de un palacio árabe.

Son muy notables los sitials y tronos de los patriarcas, semejantes en su figura a los de nuestros obispos, pero resplandeciendo, en ellos, un lujo verdaderamente oriental, así como en las puertas de la sacristía. Cada uno es un verdadero mosaico de nácar, concha y marfil, de un gusto exquisito que revela una labor esmeradísima; y el pavimento está cubierto de ricas y preciosas alfombras de Turquía, así como sus tres altares del fondo lo están por tres grandes velos. De su bóveda cuelgan infinidad de huevos de avestruz, que revelan un gusto demasiado cursi y antiestético.

Pero lo que más llama la atención, apenas entra el peregrino, es la capillita que indica el mismo lugar de la decapitación del Apóstol, a su regreso de España. Allí, en aquel reducido recinto, cayó la primera sangre del Apóstol, vertida por el Divino Maestro, y cayó por orden de *un descendiente* del que había despreciado a Jesús, de Herodes Agripa. Es que los judíos le aborrecían de muerte por el grande celo que mostraba en promover la gloria de Jesús, y aquel tirano quería complacerles. Consiguió con creces su objetivo y esto le alentó a prender a Pedro para hacer otro tanto con él. *Videns quia placeret judaís* es la frase que emplea la Escritura. Agradar al pueblo, buscar el aura popular, adquirir fama y renombre fué siempre la causa más poderosa de todas las grandes injusticias en

todos los tiempos y en todos los climas. Ahí está la historia que no nos dejará mentir.

Aquel *videns quia placeret judæis* se está repitiendo siempre, lo mismo en los de arriba, como en los de abajo, lo mismo en los que ocupan los primeros peldaños de la escala social, como en los que ocupan los últimos, pero con aspiraciones desmedidas a subir y escalar los puestos más elevados sin mérito alguno para ello.

Aquéllos, halagan las turbas, a los de abajo; éstos, halagan a los de arriba. Aquéllos, por complacer al pueblo, por buscar un aplauso, por llenar el inmenso vacío de su soberbia y vanidad pasan por encima de todo, desoyendo la voz de la justicia que clama al cielo, conculcando los principios del derecho y de la moral, pues no tienen otro principio jurídico ni otra moral que el *videns quia placeret judæis*; y éstos, por complacer a los de arriba, de quienes pueden esperar todo, cometen las mayores bajezas, las más grandes iniquidades bajo la capa de humildad, de respeto y consideración. Es que no pueden subir por sus propios méritos en la escala social; y en cambio, no se avienen con el puesto que ocupan; tienden a subir como tienden a ello los cuerpos ligeros, los cuerpos huecos y voluminosos, cuyo peso no llega al del aire que desalojan.

Al arrodillarme para venerar aquel lugar y besarlo, recordé la curación instantánea que antes de caer bajo la cuchilla del verdugo, obró en un paralítico que, lleno de fe, se le acercó; y la conversión de su denunciador y guardián, gracias a su palabra, llena de unción y pletórica de fuego divino, que prendió en su alma, mereciendo la gracia de compartir, con él, la gloria del martirio. Recé una oración pidiéndole una gracia especial para España.

La puerta de la capillita es una obra de arte por sus incrustaciones de marfil y nácar, combinadas en preciosos arabescos. No puede pedirse más aseo y limpieza en los armenios cismáticos que tienen a su cargo aquel hermoso templo, donde los españoles no poseen más que un recuerdo y en donde los PP. Franciscanos ya no pueden celebrar, siquiera la víspera de Santiago, como hasta el año setenta del siglo pasado, los divinos oficios. Es que en ese año se le ocurrió al Patriarca armenio poner en tela de juicio el derecho que habían conservado, hasta aquella fecha, los

mencionados PP. Franciscanos desde tiempo inmemorial. La cuestión está todavía *sub iudice*, legalmente considerada; pero, la han resuelto los cismáticos *auctoritate qua fungor* y sin encomendarse a Dios ni al diablo, prohibiendo, en absoluto, a los católicos, que ejerzan allí funciones del culto.

A una distancia de veinte metros visitamos una columna pequeña que indica el lugar en que fué detenido el cadáver de la Santísima Virgen, cuando lo llevaron a enterrar en el valle de Josafat. Al llegar a aquel lugar, en hombros de los apóstoles, según cuenta la tradición, una turba de judíos, poseída del odio sectario, se empeña en arrojar al suelo aquellos venerandos despojos. Sus deseos de venganza no quedaron satisfechos con la muerte de Jesús. Por eso, no respetan los restos de su Madre, pues es propio del odio ensañarse con los más allegados al que considera como su enemigo. Es la razón también del odio satánico, veinte veces secular, contra la Iglesia Católica, sin que el terrible castigo con que expían su crimen les haya abierto los ojos para conocer al verdadero Mesías. Pero la Providencia se vale de ellos para que los demás conozcan a Jesús, objeto de sus iras. Errantes, sin rey, sin altar, sin sacerdocio, llavan sobre sus espaldas las credenciales de su divinidad. Hoy como ayer el pueblo judío es el enemigo más formidable de la Iglesia porque es Esposa de Cristo. Hoy como ayer el israelita es el enemigo más formidable de la doctrina de Cristo, de la moral de Cristo, de los sacramentos de Cristo, porque, en esos sacramentos, en esa moral, en esa doctrina, flota la figura majestuosa y soberanamente tranquila de Cristo; pero, al mismo tiempo, es un apóstol inconsciente de su divinidad.

Al fin, no pudieron realizar sus deseos sacrílegos, pues intervino Dios en la defensa de los despojos de María. El sacerdote, que osó tocar el féretro, sintió todo el peso de la mano de Dios. La vida llena de rubor y vergüenza, huyó presurosa de la mano sacrílega, quedando el brazo paralítico, sin movimiento. Los cómplices fueron envueltos en densas tinieblas, pues heridos en la niña de sus ojos por una mano oculta, invisible, por la mano de la justicia divina, no pudieron percibir la luz que todo lo hermosa, todo lo embellece. Si el Hijo no se hubiera adelantado a

defender con su intervención directa los restos de su Madre, el sol se hubiera negado a darles su luz, por ser Ella hermosa como la luna y escogida como el sol.

De dura cerviz aquellos profanadores, requeríase un golpe enérgico, fuerte, capaz de llegar al corazón, de herirlo, humillarle y hacerle verter lágrimas de contrición. Y ya sabemos que una sola cosa puede hacer eso en el corazón, el dolor. Si; solo puede hacerlo ese agente de la justicia divina que apareció sobre la tierra en el mismo momento en que el hombre, con la primera culpa, se despojó de la rica vestidura de la gracia, que cubría su desnudez y le hacía hermoso y grato a los ojos de Dios; solo puede hacerlo ese agente de la justicia divina, que hizo su primera aparición sobre la tierra en el mismo momento en que el hombre arrancó de su cabeza la corona de rey del Universo, e hizo mil pedazos el cetro que empuñaba en sus manos; solo puede hacerlo el dolor que, si bien como agente de la justicia divina agobia y desespera, en cambio, como agente de la Providencia, alegra y consuela. Es que, entonces, la misericordia infinita de Dios toca las almas con mano delicada para despertarlas del sueño total que producen los encantos de la vida. Es que, entonces, el dolor es luz que ilumina y fuego que purifica; es altar en que las almas se inmolan en agradable holocausto; es taller augusto en que se forman las almas y en que se engrandecen y adquieren una belleza celestial, divina. Por eso, al sentirse heridos por la mano de Dios, se humillaron y lágrimas de arrepentimiento brotaron de su corazón y surcaron sus mejillas.

Dios, tampoco en esta ocasión se hizo esperar. Restituye la salud del cuerpo y la del alma. Devuelve el movimiento, la vida, al brazo sacrilego, y engendra en sus almas, la vida divina. Abre los ojos del cuerpo y al mismo tiempo abre los del alma. Depusieron su odio y fueron discípulos sinceros de Jesús.

Destruído, en el siglo VII, por Cosroes, el oratorio que allí levantaron los primitivos cristianos en memoria de este prodigio, no volvió a edificarse. Hoy no queda más que una simple columna que recuerda el milagro.

A los cincuenta metros de esta columna, encuéntrase el Cenáculo. Al visitarle por primera vez dos sentimientos

se apoderaron de mí espíritu. Uno de amor y respeto; el otro, de indignación. ¿Por qué lo primero? Porque está lleno de recuerdos gratísimos para todo cristiano. Es otro de los lugares en que parece sentirse todo el peso de la grandeza de Cristo, todo su poder, que se revela en las palabras que producen la conversión del pan en su Cuerpo y del vino en su Sangre. Es otro de los lugares en que parece a uno ver su figura, llena de bondad y dulzura, pero con una majestad infinita, en medio de sus discípulos, celebrando la pascua que tanto tiempo había esperado con suma ansiedad y con todos los anhelos de su corazón; siéntense allí todas las ternuras de Jesús, lavando los pies a sus Apóstoles e instituyendo el misterio del amor, la Eucaristía. Pero, al mismo tiempo, experimentase la profunda pena que causan las predicciones de la traición de Judas y de la caída de San Pedro. Y cuando recuerda el alma que allí Jesús regaló a los suyos con su presencia, después de su resurrección, y que, en el mismo lugar, oyó Días la oración más fervorosa que han visto los siglos fuera de la oración de Jesús, como preparación para recibir el Espíritu Divino que había de enseñarles toda verdad, siéntese ruborizada y confundida ante su imperfección y tibieza que aleja a Cristo de su presencia y retarda la venida de su Espíritu.

¿Por qué lo segundo? ¿Qué produce esa indignación? Es el abandono, por parte de las naciones católicas y la profanación de aquel lugar tan venerado, por parte de los hijos del profeta.

Hace cerca de cuatro siglos que las naciones católicas presencian impávidas la ocupación del Cenáculo por los musulmanes con pretexto de estar allí el sepulcro del real profeta David, en quien creen y a quien veneran, pero sepulcro que los católicos profanaban. Ni allí ha estado nunca el sepulcro de David, ni ha habido tales carneros. Son dos afirmaciones completamente gratuitas. Es cierto que sus restos mortales descansaron en el monte Sión, pero no lo es que fuera precisamente el lugar del Cenáculo.

Hacia dos siglos que los católicos estaban en posesión de este tan Santo Lugar, es decir, desde Roberto de Anjou, rey de Sicilia, y en posesión pacífica y tranquila, así

como de todos los demás lugares santos, mediante la suma de diecisiete millones de escudos de oro, que aquel piadoso rey y su esposa Doña Sancha habían dado al Sultán de Damasco, cediéndolos a la Santa Sede con la condición expresa y terminante de que los Franciscanos habían de ser sus custodios à perpetuidad. Pero los hijos del profeta no respetaron esa propiedad de dos siglos; y con un pretexto tan vano y burdo, como el que alegaron, se apoderaron del Cenáculo.

¿Y qué han hecho las naciones cristianas para defender y rescatar aquel lugar tan sagrado, propiedad de sus súbditos? Fuerza es confesarlo, aunque sea con rubor y vergüenza. No han hecho nada. Es un abandono que acusa una insensibilidad que aterra, una indiferencia que desespera. Si hubieran mediado intereses materiales, si hubieran ultrajado el pabellón nacional, la bandera sagrada de la patria, a buen seguro que no hubiera faltado una reclamación por la vía diplomática ó por la fuerza armada. Ni aún ha hecho esto la que estaba más obligada a hacerlo, la que tenía el protectorado de los Santos Lugares, la cristianísima Francia. Añádase a esto la prohibición absoluta de hacer allí manifestación alguna de religión, después de exigir una propina, como condición *sine qua non*, para visitar aquel monumento histórico que nos recuerda las más intensas ternuras del amor de Jesús a la humanidad, y tendremos el cúlmo de la indignación y de la tristeza. ¡Allí, donde Jesús oró, en la noche de la última Cena, para que los suyos fueran una misma cosa, mediante el vínculo de la caridad, no pudimos arrodillarnos para orar nosotros también! ¡Allí, donde Jesús instituyó el Sacerdocio, el sacerdote católico no puede ejercer este sublime ministerio! ¡Allí, donde Jesús instituyó el Santísimo Sacramento para ser nuestro alimento espiritual y nuestro compañero en este valle de lágrimas, los fieles no pueden acercarse a la Sagrada mesa! Los hijos del profeta, apenas cometieron la rapiña sacrilega, la convirtieron en mezquita.

Lo confieso ingénuamente. Me pesó de haber visitado el Cenáculo por el mal rato que me pasé allí, pues, aparte de la profanación, me molestaba la actitud de los guardianes que no nos dejaban ni a sol ni a sombra, expiando nuestros pasos y movimientos con miradas recelosas.

Materialmente considerado, el Cenáculo nada tiene que llame la atención. Un salón largo, dividido, por columnas, en dos partes, que semejan naves de una iglesia, todo desmantelado, sin vestigio alguno de cristianismo; y pare usted de contar. Además, tiene un entresuelo, convertido hoy en harem. Con esto, huelga decir que está prohibida la entrada. Según la tradición, es el lugar en donde Jesús lavó los pies a sus Apóstoles. ¡Donosa manera de honrar aquel lugar!

Salimos del Cenáculo sin deseos de volver a visitarlo mientras continúe el sacrilego despojo y la profanación más indecorosa, y visitamos el hermoso templo de la Dormición de la Virgen. Data del año noventa del siglo pasado, en que Guillermo II de Alemania visitó los Santos Lugares y compró el lugar que la tradición señala como solar de la casa, en donde murió la Santísima Virgen, regalándolo a los PP. Benedictinos al manes, quienes están construyendo un soberbio templo, a juzgar por lo que tienen hecho, a saber, una cripta de grandes dimensiones y en forma rotunda con un gran número de columnas. Sobre ella empezaban ya a levantar el templo que costará una suma enorme, pero que será, tal vez, el primer templo de Jerusalén. El convento está junto a él.

La Providencia divina dispuso que María muriera en Jerusalén, acompañada del discípulo amado y de los demás apóstoles, excepción hecha del mismo discípulo que no creyó en la resurrección de Jesús hasta que le vió con sus propios ojos y tocó sus llagas con sus manos. Era su muerte efecto de su misma condición natural, nunca pena del pecado original, como la nuestra. Y si Dios no le concedió el don de la inmortalidad respecto de su cuerpo, como lo hizo con Adán al crearle en el estado de justicia original, si bien con la condición de que se conservase siempre en aquel estado, no fué por culpa alguna personal suya ni original siquiera, pues fué pura e inmaculada, desde el principio, instante de su ser y confirmada en gracia como correspondía a su dignidad de Madre de Dios. Fué para seguir las huellas de su Hijo. Después de una crucifixión espiritual por el dolor más intenso que puede haber en el corazón humano y de una soledad más angustiosa hasta los setenta y dos años de edad, viene la muerte temerosa

de acercarse a tocar el cuerpo de la Madre del Autor de la vida. Fué necesario que Dios se lo ordenara de una manera terminante.

Así osó tocarlo ligeramente. Más bien fué un sueño dulce y tranquilo. Por eso, se llama aquel solar el lugar de la Dormición de la Virgen. Se explica ahora la suma veneración que los cristianos han tenido siempre a este lugar, levantando, en distintas épocas, oratorios públicos y sin perderlo de vista, aún en las persecuciones que lo han llenado de escombros y ruinas.

Los PP. Benedictinos nos obsequiaron con dulces y vino generoso, amén del rico licor de que ellos tienen la patente de invención, sin que hasta la fecha se haya podido descubrir el secreto.

Complacidos de tanta amabilidad y admirando el porte distinguido y delicado de aquellos religiosos alemanes, salimos de su convento con dirección al convento Armenio, cuya iglesia se levanta sobre el solar de la casa de Caifás, pasando, en el trayecto, junto a la gruta que señala la tradición como el lugar a donde se retiró San Pedro para llorar su caída. Fué lo más solitario y lo primero que encontró para postrarse de hinojos y llorar amargamente su cobardía y negra ingratitud. La mirada de Jesús, llena de amor, llena de fuego divino, penetró hasta el fondo de su alma, llevando a ella el dolor más intenso y el perdón más generoso.

Entramos en la iglesia y parecióme ver una sombra de tristeza que apenas nos dejaba distinguir sus paredes, su pavimento y su bóveda. Era el recuerdo de Jesús ante Caifás y los falsos testigos, afirmando su divinidad con un aplomo y una tranquilidad que desespera a sus enemigos. Era el recuerdo de Caifás, rasgando sus vestiduras ante una afirmación tan categórica, que considera una blasfemia. Eran los testigos, deponiendo contra Jesús, pero manchándose con el perjurio. Era, por fin, un criado del Pontífice que se adelanta y descarga una bofetada en el rostro de Jesús, en donde se recrean los ángeles.

Pero esa sombra de tristeza se hace todavía más densa, se acentúa más en una capilla que indica el lugar en donde Jesús pasó el resto de la noche, atado y en medio de la chusma que le llena de oprobios. Siéntese el alma, con

deseos de velar en aquella capilla, acompañando, en espíritu, al mansísimo Jesús. Es que, allí, brotan las lágrimas con espontaneidad, sin uno quererlo y corren con más facilidad por nuestras mejillas. Eran ya las siete de la tarde y resolvimos *nemine discrepante* regresar a nuestra hospedaría de Casa-Nova. Comimos con poco apetito y después del ejercicio piadoso de la noche, rendidos por tanto ajeteo, nos retiramos a descansar.

DIA 23 DE MAYO

El monte Moria. — Sus recuerdos. Mezquita de Omar. — Cuna de Jesús. — Subterráneos de Salomón. — Mezquita de Adsa. — Puerta dorada y sus recuerdos. — Basilica de la Natividad de la Virgen y Seminario de los PP. Blancos. — La Piscina probática. — Iglesia de la Flagelación. — Capilla del Ecce Homo. — Las Damas de Sión. — Un rasgo sublime de caridad y de piedad de Ratisbona.

Me levanté muy de mañana para celebrar en el monte Calvario. Uno solamente se me adelantó, quien estaba celebrando cuando yo llegué, pero como había dos altares, según llevo dicho, yo celebré en el de la Crucifixión. Hasta la fecha no había sentido yo emociones tan fuertes en la celebración de la misa como en aquella mañana. Era la primera vez que ofrecí el mismo sacrificio que allí se ofreció hace veinte siglos, aunque no de un modo cruento, sino místico. Era la misma víctima que se sacrificaba por la salvación del mundo. Y ya sabemos cuánto influye en nuestra pobre condición humana la circunstancia de lugar respecto de nuestros afectos e impresiones. Es que la imaginación, salvando la distancia del tiempo, repro-

duce los hechos con una viveza y claridad que nos parece asistir a su génesis y desarrollo.

No es posible ir a la Santa Basílica sin visitar el Sepulcro de Jesús. Es una fuerza que atrae, que subyuga. Hay que postrarse junto a él, besarlo y orar. Satisfecha esta necesidad de mi espíritu, regresé a Casa-Nova.

Después de almorzar salimos a continuar nuestras visitas. Tocábale el turno al monte Moria que se encuentra al sudeste de la ciudad. Basta su nombre para inspirarnos un interés grande por los recuerdos que evoca. Ora es Abraham, subiendo la pendiente de aquel monte, acompañado de Isaac, cargado con la leña para el sacrificio, que Dios le ordenó, pero lleno de incertidumbre respecto de cuál sería la víctima; ora es David, ofreciendo un sacrificio agradable a Jehová, y Salomón levantando un templo en su cima, que fué la primera maravilla del mundo. Ahora es María, la hija de Joaquín y Ana, pasando allí los últimos años de su infancia y los primeros de su juventud, es decir, la edad de los encantos, de la belleza y de la hermosura; después, es la misma doncella, pero envejecida con una maternidad divina y sobrenatural, ofreciendo de un modo oficial y solemne a su santísimo Hijo como víctima de expiación por los pecados de los hombres y rescatándole con el óbolo de los pobres; más tarde es Jesús, dejando escapar alguna ráfaga de luz divina en sus preguntas y respuestas a los doctores de la ley, cuando apenas cuenta doce años. Por último, es el mismo Señor que arroja del templo a los cambistas y mercaderes; que protege y perdona generosamente a la mujer adúltera; que enaltece la limosna dada por una pobre viuda; que enseña muchas veces su doctrina sublime y su moral purísima; que predice la destrucción del templo, gloria de Israel, y que con una soberana tranquilidad se escapa de entre las manos de los judíos que intentaron prenderle cuando paladinamente dijo a sus enemigos que era Dios en contestación a una pregunta que le hicieron: *Si tú eres el Cristo, Hijo de Dios vivo, dinoslo de una vez*. Estos son los recuerdos que trae a la memoria el nombre de aquel monte que ibamos a visitar.

Con la debida antelación había obtenido la Junta la autorización necesaria para visitar el monte sagrado con

las ruinas del templo zorobabélico y con las mezquitas de Omar y de Adsa. Antes de la guerra de Crimea, la prohibición era absoluta y terminante a todos los cristianos bajo pena de muerte; pero vencida Turquía y obligada por las naciones vencedoras a establecer en sus estados la libertad de cultos, cesó la prohibición. Solo se exige hoy la condición de calzarse las sandalias, mediante una propina, para entrar en las dos mezquitas, como sucede en las demás de alguna importancia.

La cima del monte o recinto sagrado, en donde se levantaba el templo de Salomón, y más tarde, el zorobabélico con todos sus atrios y dependencias, es una inmensa explanada en forma de cuadrilátero irregular, teniendo, en uno de sus extremos, los solares, en donde se alzaban la célebre Torre Antonia, el palacio de Herodes y el Pretorio de Pilato, convertido hoy en cuartel turco. Cubierta de una gran variedad de hierbas, arbustos y árboles, aparecen en medio de ellos un número considerable de templetos coronados de cupulitas, amén de algunas fuentes, columnas y escalinatas, esparcidas sin orden ni concierto. Diríase que reina allí el bello desorden.

Apenas nos acercamos, lo primero que se presenta a nuestra vista son las ruinas del templo, apuntaladas y en buen estado de conservación, pudiéndose formar por ellas una idea aproximada de la grandiosidad y solidez de aquella maravilla, pues por su altura parece confundirse con las nubes, produciendo la impresión de moles gigantes al borde de un abismo, y por su espesor, desafían otros tantos siglos y retan a las más furiosas tempestades.

En el punto céntrico de la inmensa planicie se levanta la mezquita de Omar. Corresponde al lugar del *sancta sanctorum*, reservado al sumo Sacerdote, que contenía el Arca de la Alianza con sus dos tablas de la ley, la vara de Aarón y un poco de maná, aparte del Propiciatorio desde donde Dios oía a su pueblo por medio del sumo Sacerdote, con su blancha de oro y los dos ángeles que batiendo sus alas, uno frente al otro, sin mirarse directamente, se ven en él. Era el emblema de la sagrada familia, de la trinidad terrestre. En Jesús, verdadero propiciatorio, vense sin mirarse directamente, los dos ángeles de la tierra, los esposos más castos y puros, destinados por Dios a cubrir con

sus alas la divinidad de Jesús, a ocultarla de las miradas de los hombres; uno, con su verdadera maternidad, y el otro, con su paternidad legal y aparente, pero con todos sus privilegios y deberes. Fué un verdadero eclipse del sol de justicia durante treinta años.

Después de Santa Sofía, en Constantinopla, es el edificio más hermoso, y apenas se encuentra uno que pueda rivalizar con él por la ligereza de sus formas, por su elegancia, lujo y armonía de sus proporciones. Los Califas de Damasco primero, y los Sultanes de Constantinopla después, mostraron siempre una predilección especial por esta histórica mezquita, no perdonando gastos para embellecerla y haciendo un verdadero derroche de riqueza en hermosarla, empleando en ella miles de obreros y gastando más de dos millones de francos en restaurarla el año setenta y cinco del siglo pasado.

Su plano es un octógono regular de cincuenta y cinco metros de diámetro, con pavimento de ricos mármoles, ventanas de bellísimos colores y coronado por una cúpula de veinte metros de diámetro, la cual arranca de otro cuerpo octógono, sostenido por un verdadero bosque de pilares y columnas que producen un efecto sorprendente.

En el centro de este hermoso edificio, que corresponde a su enorme cúpula y rodeada de una preciosa verja de hierro, hállase la célebre e histórica piedra que sirvió de altar para el sacrificio que Abrahán ofreció por orden de Jehová, y sobre la cual estuvo el Arca con el Propiciatorio. Elévase un metro sobre el pavimento, pudiéndose ver perfectamente desde la verja.

Los musulmanes han forjado muchas leyendas acerca de esta piedra; la primera leyenda es que está suspendida en el aire, sin ningún punto de apoyo. Es que orando Mahoma sobre la piedra, pero montado en su caballo y arrebatado en éxtasis, fue tal la fuerza de éste, que se llevó consigo el caballo y la enorme e histórica piedra adherida a sus plantas. Pero el ángel San Gabriel pudo evitar que la piedra fuera arrebatada hasta el cielo, privando a la tierra de tan valioso recuerdo. No pudo llegar más que a cierta altura. Allí quedó suspendida y quedará según los hijos del profeta, hasta la consumación de los siglos.

La segunda leyenda es que, por cada limosna que cae

en una abertura que hay en el pavimento junto a la piedra, sale un alma libre de las penas de la otra vida.

Nos acompañaba, haciendo las veces de un *cicerone* mudo por no entender nuestro idioma ni nosotros el suyo, un anciano que, apesar de su físico bastante estropeado por los años que pesaban sobre su humanidad y que le hacían semejante a los restos de un naufragio, que el mar arroja a su orilla, resultaba muy simpático. Al parecer, era el custodio de la mezquita. Se desvivía por agradarnos mostrándonos todo lo más notable; pero, sobre todo, al acercarnos a la verja, señalaba, con mucha insistencia, para la mencionada abertura.

Huelga decir que, para corresponder a tantas atenciones, depositamos allí una moneda, lo que le hizo saltar de gozo. Sin embargo, a pesar de su inmensa satisfacción y de tanta amabilidad, era inexorable cuando se trataba de hacernos cumplir lo preceptuado para los extranjeros que entran en su mezquitas de gran veneración entre ellos. Nadie podía estar sin sandalias, apesar de lo molestas que son, sobre los zapatos.

Bajamos, después, a la cripta en donde oraba Mahoma, y nos enseñó dos pelos de la barba del profeta, que dejó éste pegados a la piedra junto a la cual oraba. En un éxtasis, según otra leyenda, rozó la barba con la piedra dejando allí esa reliquia, que aquella gente guarda como oro en paño. Por último, vimos una balanza que ellos llaman del juicio final. Con seguridad que es un regalo que les hizo San Miguel, quedándose éste sin ninguna hasta el día del juicio en que se la devolverá. Son las gentes de las leyendas y de las influencias con el debelador de Satán.

Salimos de allí y nos dirigimos al ángulo sudeste de la explanada para visitar lo que llaman la *Cuna de Jesús*, no porque allí naciera el Redentor del mundo, sino porque, según la tradición, allí, el anciano Simeón dió hospitalidad a la Virgen María e hizo descansar al divino infante, en el misterio de su presentación en el Templo. Allí le tomó en sus brazos y pronunció el *nunc dimittis servum tuum, Domine*, que revela un corazón lleno de amor celestial y de inmortales esperanzas. Es una piedra de grandes dimensiones, en forma de concha, que se halla en el fondo

de una habitación cuadrada, subterránea, a donde se llega mediante una escalera estrecha.

No solo los cristianos sino los mismos musulmanes tienen gran veneración a este lugar y a esta concha. Allí encontramos a uno de ellos postrado en tierra y en actitud orante. Es que Jesús es para ellos un gran profeta, por lo menos como David y como Mahoma. De aquí bajamos a los magníficos subterráneos que hizo Salomón para aumentar la cumbre del monte y así poder dar mayor magnificencia al templo. Es una obra colosal, con un bosque de grandes y gruesos pilares que sostienen la parte sur de la explanada. En tiempo de los cruzados sirvieron de caballerizas, pero hoy están en completo abandono y habitadas por infinidad de palomas que poco a poco van desmoronando los pilares hasta dar con ellos en tierra.

Quedábanos por visitar otra mezquita que está construida sobre aquellos subterráneos; es la mezquilla de Aksa. En su origen fué un templo católico, dedicado a la Santísima Virgen en el misterio de su presentación; y una hermosa capilla que encontramos a la derecha, entrando, señala el lugar del templo zorobabélico, en donde la Virgen pasó los años de su infancia, consagrada enteramente a Dios. Pero, conquistada Jerusalén por el Califa Omar, éste entró en ella a orar y ordenó que, en adelante, se consagrara al dios Alá y a Mahoma su profeta con el nombre de Aksa. Y si bien, en la época de las cruzadas, fué palacio de los templarios, apenas pudo contar una centuria con tal carácter. Saladino le dió el mismo destino que su predecesor Omar; la convirtió en mezquita, y hasta la fecha no ha cesado de serlo.

Es, sin duda alguna, el mayor de los edificios de la cumbre del monte Moria con sus noventa metros de largo, por sesenta de ancho, amén de sus siete naves espaciosas, separadas por arcadas góticas, elevándose, en el centro, una cúpula de bastante altura y de vivos colores con hermosos ventanales que llenan el templo de una luz radiante y esplendorosa.

La impresión que allí recibe nuestro espíritu es la que produce lo grande, lo sublime, lo bello, pero, al mismo tiempo, velada por la sombra de una profunda tristeza al considerar que está bajo la dominación sarracena aquel monu-

mento que nos recuerda el misterio de la Presentación de nuestra Señora en el templo, consagrándose a Dios, de una manera solemne.

Apenas entramos, vense dos columnas, acerca de las cuales tienen aquellas gentes su correspondiente leyenda. Hállanse muy cerca una de otra, de tal modo, que apenas cabe, entre ellas, una persona medianamente robusta. Llámanselas columnas *de la prueba*, porque tienen la creencia de que la persona que puede subir por entre ellas tiene segura la salvación. De lo contrario, *nulla est redemptio*. Al mismo tiempo, recuérdanles lo difícil que le es al rico entrar en el reino de los cielos. Pero, a la verdad, no se le ve la punta a este símbolo, pues no todos los gordos son ricos ni todos los ricos serán reprobados. No lo serán los que hagan buen uso de sus riquezas, según el precepto de Cristo. *Quod superest date eleemosynam*; pero ellos no paran mientes en estas consideraciones tan racionales, y no hay quien les quite de la cabeza que el subir por aquella senda tan estrecha es señal infalible de predestinación, así como lo es de reprobación no poder escalar las alturas por la misma senda, llegando su fanatismo hasta el extremo de que algunos han hecho esfuerzos de gigante para realizar su ascensión quedando despanzurrados.

Tales barbaridades han obligado a la Sublime Puerta a poner entre las columnas unas barras de hierro, que hagan imposible la prueba de predestinación o reprobación. Hoy, pues, ningún musulmán puede echar en cara a otro, por muy gordo y rollizo que éste sea, que es un candidato del infierno; por lo menos, no se le puede probar con el argumento apodíctico de la ascensión por entre las dos columnas.

Cerca del ábside hay una hermosa tribuna, reservada al Sultán. Cuando está en Jerusalén allí ora y allí practica ejercicios espirituales. El púlpito que está a su lado es de una labor delicada y admirable.

Quedábanos que ver una losa de recuerdos gratísimos para el cristiano. Era la *puerta dorada* por donde Jesús entró en el templo el Domingo de Ramos, cuando el pueblo le recibió con vitores y aplausos y cantando el *Benedictus*, si bien a los cuatro días, azuzado por los fariseos y escribas pidieron su muerte. Hoy está tapiada y la tienen

así con su cuenta y razón. Es que aquellas gentes tienen la creencia arraigadísima de que, por ella, entrarán los cristianos para libertar a Jerusalén del yugo sarraceno. Es pues, una medida preventiva para defenderla. Por eso la han tapiado con cal y canto de un metro de espesor.

Yo les aconsejo que duerman tranquilos y se dejen de tapiar puertas, pues mientras los Estados cristianos no sientan los remordimientos de su conciencia por su abandono e incuria respecto de los Santos Lugares, aquí no pasará nada; pero el día que despierten de su profundo letargo, de nada les valdrá ni uno ni veinte metros de espesor, ni tampoco las enormes y sólidas murallas que rodean la inmensa plaza en donde se levantó la primera maravilla del mundo, el templo de Salomón.

Grande era la idea que tenía formada de esta maravilla por los libros sagrados, con los siete años de labor constante de treinta mil judíos, que empleó Salomón para cortar cedros del Líbano, de setenta mil extranjeros para exportarlos y de ochenta mil canteros y sobrestantes para labrar, tallar y colocar las piedras. Es una labor que supone una grandiosidad y magnificencia que abruma, pero no tuve que rectificar un ápice a vista de aquellas colosales ruinas que han resistido a la acción de tantos siglos y de aquella inmensa explanada que formaba el emplazamiento del templo, pareciéndonos dos puntos insignificantes las dos grandes moles que se llaman mezquitas de Omar y de Aksa.

Las últimas horas de la tarde las pasamos visitando la capilla de la *Flagelación*, el convento de las damas de Sión y la Basílica de la Natividad de la Santísima Virgen, tres santuarios, a cual más dignos de veneración. Están a dos pasos del soler del templo de Salomón. Basta atravesar una calle, la calle que sube de la puerta de San Esteban, para dar con ellos.

Empezamos por el Santuario de la Virgen, el más devotamente poético que hay en Jerusalén, pues, allí nació esta Virgen Inmaculada y pasó los primeros años de su infancia. La Basílica, apesar de su restauración, conserva el sello de su antigüedad y la belleza de sus formas; y aunque no se distinga por su grandiosidad, tiene tres naves espaciosas, por una de las cuales y mediante una escalera

de veintidós peldaños bajamos a la cripta en donde la tradición señala el lugar del nacimiento de la Madre de Dios, sin que la sana crítica histórica haya podido demostrar lo contrario hasta la fecha; al revés, después de los trabajos realizados por el Cardenal Lavigiére, parece que no cabe discusión alguna sobre el asunto. Ni Séforis, pues, patria de San Joaquín y Santa Ana, ni Belén, patria de San José, ni Nazaret, que presencié la Encarnación del Hijo de Dios después de aquel terno y hermoso diálogo entre el Ángel y María, desvaneciéndose, en él, todas las dudas de esta doncella y poniendo de relieve toda su grandeza, pueden disputarse el alto honor de ser la cuna de la Madre de Dios. Era natural que ésta naciera allí, donde sus padres residían habitualmente, donde tenían su casa propia. Y esta estaba en Jerusalén, muy cerca del templo, en el mismo lugar en que hoy se levanta la Basílica. Por algo, los antiguos manuscritos llaman a María la Virgen jerosolimitana.

Mi fe, mi íntima convicción en este particular, hacía que, en aquellos momentos, sintiera yo grandes pero dulces y tiernas emociones, como las que se despiertan en el corazón al recuerdo de los seres queridos, como las que siente el hijo bien nacido al tocar los objetos propios de una madre idolatrada. Aquí, en este mismo lugar en que me encuentro, me decía a mi mismo, nació la mujer fuerte, anunciada desde el Paraíso, que había de quebrantar la cabeza de la serpiente maldita, venciendo, en lucha formidable, el poder de Lucifer; aquí nació la Virgen anunciada por los profetas que había de dar a luz sin detrimento de su pureza; aquí, nació la Madre de Dios y de los pecadores, nuestra abogada en el tribunal divino. ¡Oh, qué fuerza mágica *tiene ese aquí!* Nótase en la facilidad con que hace asomar a nuestros ojos las lágrimas que se fabrican en el corazón, ya sean lágrimas de dolor, ya de gratitud. En esta ocasión fué el agradecimiento el que las hizo brotar, fué la gratitud la que dió la nota característica y culminante.

Hállase a cargo de los Padres Blancos, llamados así por el hábito que llevan, fundados por el Cardenal Lavigiére. Aunque esta Congregación fué fundada en Argel para cristianizar los infieles del centro de Africa, ya ha exten-

dido sus ramas por el Asia, dando en todas partes testimonio de su vida lozana y robusta.

Junto a la mencionada Basílica de la Natividad de la Virgen tienen estos Padres Blancos un edificio de moderna construcción, grande y hermoso, destinado a seminario, en donde educan y preparan al clero griego melquita, tan extendido en la Siria. Fué un espléndido regalo de Francia al Cardenal Lavigiére después de la guerra de Crimea.

Salimos de aquel lugar venerable y atravesando un espacioso y hermosísimo jardín, propiedad también de los Reverendos Padres Blancos, llegamos a la Piscina Probática.

A las emociones tan tiernas que hace pocos momentos había experimentado nuestro espíritu sucedense otras, no menos tiernas, no menos conmovedoras. Son las que siente el alma ante la grandeza, ante el poder infinito puesto al servicio de un corazón inmensamente, infinitamente compasivo de las miserias físicas y morales de la humanidad, ante la grandeza y el poder del Corazón de Jesús.

A los ojos del cuerpo, aquella Piscina, hoy no es más que un pozo profundo, con muy poca agua en el fondo y con peligro de caernos en él, si temerariamente bajamos muchos escalones.

A los ojos del alma, todo es grande, todo hermoso, todo es tierno. Es que Jesús pasa junto a él, a donde desciende el Ángel del Señor algunas veces para remover las aguas, obteniendo la curación completa e instantánea el enfermo que primero logra bañarse en ellas, después de removidas. Y entre la muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos y paráliticos que aguardaban el movimiento de las aguas, había uno tendido en tierra que llevaba treinta y ocho años de enfermedad. En éste se fijó Jesús, atraído, sin duda, por el mayor abandono en que los demás hombres le tenían; y después de pedirle su consentimiento para obrar en él una curación prodigiosa con esta frase tan delicada y amorosa: *vis sanus fieri?*, le dice: *Levántate, toma tu lecho y anda*. Y con asombro de todos, caminaba por las calles de la ciudad llevando a cuestas su lecho.

Vuelve el mágico *aquí* a hacer de las suyas. Nuestra imaginación reproduce la escena, y como cinta cinematográfica corre ante nuestra vista, pareciéndonos percibir

hasta los últimos pormenores y detalles. Y nuestro espíritu, atraído por el dulce acento de Jesús, cuya ternura se siente allí con soberana intensidad, se eleva y se extasia. Es un recuerdo que hace brotar lágrimas de gratitud y de contrición.

Dejamos tan Santos Lugares y seguimos la calle que viene de la puerta de San Esteban hasta el lugar del emplazamiento de la Torre Antonia. Fué esta una gran fortaleza, destinada parte a residencia de los gobernadores romanos, en donde administraban justicia, y parte a la guarnición que custodiaba el templo y vigilaba el orden público. A juzgar por el solar, debió ser un edificio espacioso, de grandes dimensiones, comprendiendo también el Pretorio de Pilatos, en donde ataron a Jesús y de donde salió con la cruz a cuestas después de ser condenado a muerte.

Hoy, aquel solar está dividido por la calle que hemos seguido, ocupando la parte izquierda un cuartel turco, al cual se sube por una rampa, en la cual vimos una puerta tapiada que señala el lugar donde estuvo la escalera de mármol que subió Jesús por tres veces, y que hoy se halla en Roma, en la iglesia de la Escala Santa, junto a San Juan de Letrán.

La parte de la derecha está ocupada por la iglesia de la Flagelación y por el convento de las Damas de Sión, con su Capilla del *Ecce Homo*. Aquélla está levantada sobre el mismo lugar en donde Jesús recibió los azotes, y ésta Capilla señala el lugar del balcón desde donde Pilatos presentó a Jesús al pueblo con el fin de arrancar un movimiento de compasión, pronunciando la frase que han recogido millares de generaciones; el *Ecce homo*.

Lo que el espíritu cristiano experimenta en ambos lugares no es para descrito. Las emociones, los sentimientos intensos, a veces de horror, a veces de compasión, sucedense allí, según las ideas que van cruzando por nuestra mente, según los recuerdos que se van agolpando a nuestra memoria. Al leer la inscripción latina *Hic flagellatus est*, un sentimiento de horror apodérase del corazón; pero, al postrarnos en tierra para besar una placa de mármol bajo el altar mayor que señala el lugar en que estaba Jesús recibiendo los azotes y al ver en la pared un trozo de la columna a que ataron sus manos divinas, besándola

también con todos los amores de nuestro corazón, experimentábase otra emoción, otro sentimiento más noble, más delicado, el sentimiento de la compasión hacia la augusta Víctima.

Mientras adoramos aquel misterio, en el mismo lugar que le presencié, nuestra imaginación nos hace ver la insolente soldadesca clavando las espinas en aquella cabeza que encierra todos los mundos y tratando como rey de burla al que es principio y origen de todas las realezas, de todas las majestades, sintiéndonos subir las lágrimas desde el fondo del corazón hasta nuestros ojos que no pueden contenerlas ante tanta humillación y tanto opróbio.

A los pocos metros de esta pequeña pero devotísima iglesia visitamos la mencionada Capilla del *Ecce Homo*, a cargo de las Damas de Sión, religiosas muy observantes que nos recuerdan al célebre Ratisbona, judío alemán que se convirtió al catolicismo, se hizo sacerdote y fundó aquella institución para rogar a Dios por la conversión de sus hermanos. A sus expensas levantóse el convento con su Capilla del *Ecce Homo*.

Fué un pensamiento hermoso de Ratisbona y un rasgo sublime de caridad en favor de los judíos; pero levantar una capilla expiatoria en el mismo lugar que oyó el *Ecce Homo* de Pilato y el *tolle, tolle* del pueblo; levantarla allí mismo, en donde sus hermanos pidieron que la sangre del Justo cayera sobre ellos y sobre sus hijos, es un rasgo de piedad sublime. Allí congregó aquellas Damas para responder al grito satánico de su pueblo con las consoladoras y tiernas palabras de Jesús: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*. Hoy cuenta la Institución algunas israelitas de una acendrada piedad y de un espíritu religioso edificante.

A los lados de la Capilla y frente al altar mayor halláanse las tribunas de donde salen los continuos cantos de expiación. Es lo único que consuela y mitiga el horror que allí siente el cristiano al recordar la crueldad de un pueblo y la cobardía de un juez.

Eran las siete de la tarde cuando regresamos a Casanova para comer y hacer en San Salvador los ejercicios de la noche. A las diez nos retiramos a descansar.

DIA 24 DE MAYO

Excursión a Belén.—Hermoso panorama.—Tiernos recuerdos.— La célebre estrella de plata.—El comercio de Belén.—Las mujeres betlemitas.—Monte Olivete.—La mezquita de la Ascensión.—Nuestras impresiones.—Convento del Pater Noster.—Lugar en donde los Apóstoles compusieron el Credo.—Consideraciones sugeridas allí.—Lugar en donde Jesús lloró a vista de Jerusalén.—Un soberbio mausoleo.—El valle de Josafat, la gruta de la Agonía, huerto de Getsemaní y Sepulcro de la Virgen.—Nuestras impresiones.

Era el día señalado para visitar a Belén, la villa de los tiernos recuerdos, que se halla al sur de Jerusalén a una distancia de ocho kilómetros. Dios nos favoreció con un día espléndido y una brisa suave y refrigerante que soplabá del norte.

Salimos de Jerusalén a las seis y media de la mañana en coches bastante cómodos; y a las siete y media estábamos en la histórica villa, viendo en el trayecto y desde el camino, el pozo de los Magos, que nos recuerda el lugar de la reaparición de la estrella a estos reyes y sabios de Oriente, cuando se dirigían a Belén.

Hállase la villa situada sobre una colina y rodeada de hermosos y fértiles valles que ofrecen un panorama encantador y nos traen a la memoria interesantes recuerdos. Aquí, es el hermoso campo de Booz, lugar del encantador idilio de Rut, que aparece en el fondo de un valle; allí, el campo de los pastores, donde éstos oyeron el mensaje del Ángel, viendose, en medio de olivos y frondosos árboles, una capilla levantada sobre las ruinas de la casa solariega de San José, donde nació y pasó los primeros años de su vida; allí, los estanques célebres del rey Sabio, con las fuentes que los alimentaban y que nos recuerdan su gran-

deza y el inmenso beneficio que hizo a Jerusalén surtiéndola de agua fresca y cristalina; más allá, una llanura inmensa, con la *fente sellada* y el *huerto cerrado*, de una significación mística de todos conocida y en donde se inspiró aquel rey para escribir el Cantar de los Cantares. Y en los confines de estos campos, una dilatada región con sus fértiles valles de Mambré, hoy Hebrón, residencia habitual del Patriarca de los grandes destinos, del Patriarca Abrahán, a quien Dios, desde la Caldea, le trae allí para morar en la tierra que El mismo santificó tomando en sus manos divinas un puñado de barro y animándole con un soplo de su boca, con un aliento de su pecho, con un latido de su corazón, según una antiquísima tradición. Es la región en donde aquel Patriarca recibe la infausta noticia de la invasión y saqueo de la Pentápolis por reyes extranjeros, llevándose prisionero a su sobrino Lot. Es el lugar en que Dios se aparece en sueños, prometiéndole multiplicar su descendencia como las estrellas del cielo y las arenas del mar, e imponiéndole el precepto de circuncidar a los niños en señal de alianza y como nota característica de su pueblo escogido. Es la región que nos recuerda la visita de los tres ángeles anunciándole al Patriarca la concepción de su esposa, apesar de su avanzada edad, y la destrucción de las nefandas ciudades de Sodoma y Gomorra, haciendo caer fuego del cielo que las redujera a cenizas y escombros, sin que pudiera realizarse la promesa de perdón que pudo arrancar a la misericordia de Dios siempre que hubiera diez justos. Es que ni siquiera diez almas que caminaran por la senda de la justicia había en aquellas ciudades depravadas.

Más tarde, aquellos hermosos valles y aquella dilatada región fueron teatro de las predilecciones de Dios para con el joven David, cuando aún se dedicaba a apacentar sus ganados; allí es ungido por Samuel, rey de Israel, en sustitución de Saul, desechado por Dios en castigo de su desobediencia.

Pero, por muy interesantes que fueran estos recuerdos a vista de aquellos valles y de aquellas llanuras, otra cosa nos interesaba más, inmensamente más. Era el Santuario de Belén, la cuna del Salvador del mundo. Hállase junto a la plaza, única que hay en la villa, en la cripta de la Basíli-

ca de la Natividad, formando ésta con el convento de los Padres Franciscanos y su iglesia de Santa Catalina, un conjunto abigarrado, visto desde afuera.

No me fué posible celebrar en la gruta de Belén. Eramos muchos sacerdotes y el tiempo apremiaba. Celebré en la mencionada iglesia de Santa Catalina, que es la parroquia de los moradores de la villa, católicos en su inmensa mayoría. Es un hermoso templo de tres naves, de estilo greco-romano, con pavimento de mármol y un cuadro en el ábside que representa el nacimiento de Jesús.

Eran las ocho y media cuando empezó la misa de comunidad, celebrada con gran solemnidad, contribuyendo a su esplendor la pequeña orquesta de la peregrinación. Siento no recordar el nombre del compañero que nos dirigió la palabra haciendo resaltar las delicadezas y ternura de Dios, pasando por todas las debilidades físicas de la infancia para que el hombre no temiera ya acercarse a El y para avivar la llama del amor que es lo que inspira esa edad de los encantos, del candor y de la inocencia. Su oración produjo en el auditorio dulces emociones. La consideración de que aquella tierra que pisábamos, vió nacer al Hijo de Dios y fué teatro de las tiernas escenas que nos cuenta el Evangelio, daba una fuerza mágica a las palabras del orador y llevaba al alma un no sé qué de divino que encantaba.

A pesar de no ser día de comunión general, casi todos los peregrinos se acercaron a la Sagrada Mesa. Es que, allí, se siente la presencia de Dios Niño, y este sentimiento tan dulce arrastra a las almas a unirse con El sacramentalmente.

Bajamos luego a la cripta de la Basílica para visitar el Santuario propiamente dicho. Dieciséis son los peldaños que hay que bajar; pero a mí me parecieron mil. Tal era la ansiedad de ver aquel augusto lugar, el deseo de besar aquella tierra santificada por las primeras lágrimas que Dios Niño derramó por la salvación del mundo; de besar aquellas paredes que oyeron los primeros gemidos, los primeros sollozos de Jesús; de aspirar aquel ambiente divino que dejó allí el Hijo del Altísimo y que aún hoy, apesar de los veinte siglos que nos separan, percíbese con la misma intensidad y fragancia.

Después del Santo Sepulcro y de la gruta de la Agonía, no hay lugar más venerado y más interesante que aquel establo. Ni el empeño de Adriano, colocando allí la estatua de Venus como lo hizo sobre el Santo Sepulcro, para echar sobre ellos el velo del olvido, ni las iras del islamismo, semejante a las fieras de los bosques, ni la codicia de los sultanes, ni las profanaciones de los cismáticos, han podido borrar de la memoria de los cristianos de todos los siglos el recuerdo de aquel Santuario. Es que la cuna del Salvador es el trono desde donde toma posesión de su reino; desde donde comienza a reinar sobre las almas de los pobres y de los sencillos, de los grandes y de los reyes, de los sabios y de los ignorantes: desde donde hace temblar a los orgullosos de la tierra, apesar de su pobreza y de su debilidad de niño. No tiene más que un establo por palacio y por trono un pesebre, y por púrpura real pobres pañales, y sin embargo, ese pesebre, ese establo, esos pañales, han sido, en todas las edades, un imán divino que atrae y encanta las almas. Todo rodea esa cuna tan pobre; los siglos, el cielo y la tierra, los patriarcas y profetas, los reyes y legisladores, y en su derredor giran todos los pueblos dueños del mundo, todos las grandes sucesos, todos los oráculos. Es que todos esp-raban y esperan de aquel Niño la paz universal, todos esperan oír junto a su cuna el hermoso canto de los ángeles. *Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.*

Al poner los pies en aquel Santuario, por primera vez, experimentase una emoción tan dulce y tan tierna que es imposible no caer de rodillas para adorar a Dios que tan cerca se siente allí, y para llegar nuestros labios, purificándolos con su contacto, al lugar mismo del Nacimiento del Salvador, señalado por una estrella de plata.

En su aspecto material ¿qué es aquel Santuario? Una gruta de muy reducidas dimensiones, que consta de dos piezas naturales de apenas doce metros de largo por tres de ancho, con tres altares, uno en el mismo lugar, donde la Virgen dió a luz a su hijo; otro levantado sobre el pesebre, y el tercero sobre el lugar desde donde los Magos adoraron al Niño Dios. Llámase éste el altar de los Magos. El pavimento es de mármol y hállase alumbrado por cin-

cuenta lámparas que arden día y noche. Es lo que ven nuestros ojos corporales, pero los ojos del alma ven un mundo de recuerdos siempre gratos, siempre tiernos. Recuerdos de la infancia en que soñábamos con aquel establo, aquel pesebre y aquellos Magos, contando los días y las horas que nos separaban de las Pascuas de Navidad. Recuerdos de la juventud, de la edad de las ilusiones en que esperábamos impacientes las Pascuas para hacer un paréntesis en nuestras tareas de estudiante. Es que esta festividad tiene encanto para todas las edades de la vida y en todas siente el hombre algo especial que le hace olvidar, durante unos días, sus tristezas y sus penas; pero de un modo particular, en las dos primeras edades en que Dios Niño ejerce una atracción más suave y más fuerte, a la vez sobre las almas, caracterizadas por la sencillez y la inocencia.

¡Y cosa rara! Allí mismo, en aquella gruta donde se oyó por primera vez el cántico sugestivo de la paz universal para la tierra y de gloria para el cielo, un centinela turco velaba constantemente. ¿Qué peligro amenaza a esa paz en aquel lugar? La ambición desmedida de los cismáticos.

Después que pusieron el pie en los Santos Lugares, debido como queda dicho, a su astucia y rapacidad, han trabajado lo indecible para apoderarse de aquel venerando Santuario. El último esfuerzo lo hicieron el año setenta y tres del siglo pasado. Decididos a poseerlo para su uso exclusivo, armaron la de Dios es Cristo. Trescientos de sus correligionarios, azuzados y armados por ellos de fusiles, pistolas y sables, entraron a saco en la santa gruta robando todo cuanto tenía algún valor e hiriendo gravemente a cinco religiosos Franciscanos que, en ella, oraban, por haberse opuesto a la obra sacrilega de devastación.

Entre los objetos robados, hállase la estrella de plata que señalaba el lugar mismo del nacimiento del Salvador, y que fué regalo de Francia. Día llegará en que, si las potencias europeas no ponen coto a semejantes desmanes y audacias que revelan una ambición desmedida, no podrán celebrar los Padres Franciscanos ni los sacerdotes católicos en ninguno de los tres altares que tiene la santa gruta. Hoy, apenas pueden celebrar en dos de ellos. Herida

Francia, por aquella vez, en su propia dignidad, por ser la estrella regalo suyo, reclamó enérgicamente y los cismáticos se vieron en la necesidad de devolver, aunque a regañadientes, algunos objetos de aquel sacrilego latrocinio, entre ellos, la consabida estrella que tiene esta inscripción: *Hic de Virgine Maria Jesus-Christus natus est; 1717*, si bien la intervención de Rusia en este enojoso asunto para defender a sus súbditos cismáticos armó una bronca descomunal que dió lugar a la guerra de Crimea, luchando contra Turquía y sus aliados, Inglaterra y Francia. Por esta vez, nada valió al coloso del norte su inmenso poderío. Sus enemigos la humillaron haciéndole morder el polvo.

Pero, pasados algunos años, los cismáticos intentaron de nuevo apoderarse de la estrella que era testimonio irrecusable de la propiedad de los latinos. Desde entonces, a ruegos del representante de Francia, ordenó la Sublime Puerta que no faltara nunca un centinela turco en la gruta de Belén para garantizar los derechos de los católicos.

Contiguas a este Santuario hállanse otras grutas, que nos recuerdan al Patriarca San José, Santos Inocentes, San Gerónimo y Santa Paula. Esta dama, ilustre por su cuna, pero mucho más por sus virtudes, abandona las delicias que, en Roma, le daban su posición y su inmensa fortuna y se consagra a Cristo, con una vida penitente y cenobita, junto a Belén, en donde está el sepulcro que guardó sus restos mortales. Y aquel gran Doctor de la Iglesia, después de recorrer varios países del Oriente, trabando amistad con todos los hombres grandes de su tiempo en ciencias y en letras, se retiró a los desiertos de Siria, entregado a la meditación y estudio de las Sagradas Escrituras y a la penitencia más austera; pero, pasando a la Palestina, concibió la idea de acabar sus días junto al pesebre del Salvador, idea que realizó, si bien su fama de hombre versadísimo en la lengua hebrea y en las Sagradas Escrituras fué causa de que el Papa español San Dámaso le sacara de su destierro llamándole a Roma para que hiciera de la Biblia una traducción latina, que ha pasado a la historia con el nombre de *Vulgata*, haciéndola suya la Iglesia. Pero terminada su misión, pudo llenar las aspiraciones de su alma volviendo al lugar de sus amores, en

donde está su sepulcro santificado con los restos mortales de tan gran Santo. Su celda, en donde se entregaba, día y noche, al estudio y a la oración, se ha convertido en un oratorio de pequeñas dimensiones.

Es allí donde le parecía oír la trompeta del juicio final que tanto contribuyó a hacerle un modelo de penitentes y anacoretas. Por algo la tradición nos le presenta golpeando su pecho con una dura piedra y postrado de rodillas en actitud de oír algo que le hace estremecer. Era el *tuba mirum spargens sonum del Dies iræ*.

Visitamos a continuación la Basílica de la Natividad. Sabíamos que estaba en poder exclusivamente de los cismáticos, pero lo que no sabíamos era que estaba completamente desmantelada, revelando, a cien leguas, el abandono en que se la tiene. Una profunda tristeza, que hace caer el alma a los pies, apodérase de uno apenas entra allí. Hay que cerrar los ojos para no ver tanto excremento y guarida de palomas. Diríase que está convertida en un palomar y en mercado y paseo de todos los vagos, la que fué una joya arquitectónica de las más preciosas que los Franciscanos tenían en Oriente; y de su grandiosidad dan una idea las cinco naves grandes y espaciosas de que consta. Pasamos al convento de los padres Franciscanos, quienes nos obsequiaron con vinos y galletas. Esta pequeña refección nos dió alientos y bríos para echarnos a la calle y esparcirnos por la villa. Con sus diez mil habitantes, en su inmensa mayoría católicos, como he dicho en otro lugar y lo demuestran los centros de enseñanza católica y los hospitales que allí hay. Allí están establecidas para atender a la educación de las niñas las hermanas de San José de la Aparición y para la de los niños, los padres Franciscanos, los Salesianos, con escuela de artes y oficios, los Carmelitas y los sacerdotes del Sagrado Corazón. Las Hermanas de la Caridad tienen un hospital para atender a los enfermos. A unos cinco minutos de la villa hállase la gruta de la leche que la tradición ha hecho célebre. Es la gruta en donde se refugió la Sagrada Familia momentos antes de partir para Egipto, cumpliendo las órdenes terminantes del Angel. Allí van las madres faltas del alimento necesario para amamantar a sus hijos. Para ellas es una reliquia la tierra de aquella gruta, que la toman disuelta en algún li-

quido, pidiendo a la Virgen que les conceda o devuelva el mencionado alimento.

Está convertida en una capilla en la cual los Padres Franciscanos celebran todos los días el Santo Sacrificio de la misa. Sobre el altar venérase una lindísima imagen de la Virgen en actitud de amamantar al Niño Dios, y de su bóveda cuelgan algunas lámparas que le prestan abundante claridad, aparte de la que recibe de varias claraboyas, así como perfuman aquel ambiente las flores de un hermoso y ameno jardín que está sobre la gruta. Es el lugar desde donde Belén tiene las mejores y más preciosas vistas.

El comercio de la villa, casi todo se reduce a objetos religiosos, como crucifijos, medallas, rosarios, etc., estando en manos de judíos y mulsumanes principalmente, apesar de su odio sectario respecto de todos los adoradores de la Cruz. Cristianos hay muy pocos que se dediquen al comercio. Judíos y mulsumanes nos asediaban por todas partes sin dejarnos ni a sol ni a sombra, amén de llamarnos desde el interior de los bazares, ofreciéndonos objetos muy buenos a precios muy módicos. Pero nuestro gozo en un pozo. Apenas entrábamos para proveernos, el desengaño era fenomenal. Los rosarios y crucifijos no eran ya los que nos habían presentado, o los precios eran otros muy distintos, pero siempre en su favor. En contra jamás se engañan. Aunque me revienta la gente ligera e informal me vi en la necesidad de transigir con tanta informalidad, temiendo que, en otra parte, me iría peor. Me proveí de algunos cientos de rosarios y crucifijos, dejando en aquel comercio de Belén unos cuatrocientos francos. Fui de los más moderados en comprar.

Me convencí de la justicia y verdad de la fama que tienen las betlemitas en orden a su belleza. Tienen hermosas facciones y ojos grandes que semejan soles resplandecientes en un cielo algún tanto oscuro. Según ellas, es un privilegio que les ha dejado la Virgen. Yo ni lo afirmo ni lo niego; pero lo que sí puedo afirmar es que se distinguen de todas las demás mujeres de Palestina por su hermosura, apesar de su vestimenta que las desfigura bastante. Consiste ésta en una amplia túnica de vivos colores, ligeramente abierta en la garganta, con una chaquetilla ricamente bordada, y sobre la cabeza una especie de bonete alto y

redondo cubierto con un velo blanco que cae sobre las espaldas hasta la cintura. Me resultaba un promontorio sobre la cabeza, en forma cónica, que revela mal gusto estético en la mujer betlemita.

A las once y media regresábamos a Jerusalén. Poco más de tres cuartos de hora gastamos en el camino, pues veníamos a una velocidad poco acostumbrada en aquel país. Fué un favor especial de los aurigas para estar en Jerusalén a la hora del almuerzo.

Acosábanos el hambre con alguna saña y no había que perder tiempo; y a los pocos momentos, casi sin sacudir el polvo del camino, nos llamaron para almorzar. Fué uno de los días en que con más apetito nos sentamos a la mesa y en que menos repugnancia sentimos respecto de los manjares, los cuales saben mal a los europeos, sobre todo, por la manera de condimentarlos, que deja mucho que desear.

Eran las dos de la tarde cuando nos echamos a la calle para continuar nuestras visitas. Tocábale el turno al monte Olivete y Huerto de Getsemani. Al salir de la hospedería, recibimos una agradable sorpresa, al ver que nos esperaban en la calle los mismos coches que por la mañana nos llevaron a Belén. Fué una verdadera delicadeza de la Junta que agradecemos mucho, pues si bien era un paseo, desde la ciudad, al monte Olivete, sin embargo, nos sentíamos un tanto estropeados, a consecuencia de nuestra excursión a Belén.

Está situado el Olivete al nordeste de Jerusalén, de la cual le separa el valle de Josafat. Con una altura de trescientos ochenta metros sobre el Mediterráneo, es uno de los puntos más culminantes de la Judea. Tiene tres colinas; la colina de la Ascensión, la del *Viri galilæi* y la colina del Escándalo.

La primera es la que forma el monte Olivete propiamente dicho y recuerda la subida de Jesús al cielo por su propia virtud; la segunda trae a la memoria las palabras con que el Ángel del Señor se dirigió a los apóstoles y discípulos de Jesús, sorprendidos y llenos de asombro a vista de la Ascensión de su Maestro, haciéndoles dos afirmaciones soberanas, a saber, que Jesús real y verdaderamente había subido a los cielos y que aquel mismo Jesús que ellos habían visto, ascendiendo a los cielos, vendría un día, al

fin de los siglos, lleno de gloria y majestad, a juzgar al mundo. La tercera colina, evoca el recuerdo de los altares que sobre él levantó Salomón a los falsos dioses, secundando los deseos de sus concubinas idólatras.

Huelga decir que la colina de la Ascensión, que es la central, era la que más nos preocupaba, yo diría que era la única que atraía nuestras miradas y la única que robaba nuestros amores, pero sin tener en cuenta para nada la pequeña aldea que hay en su explanada, importándonos un comino que fuera grande o pequeña, hermosa o fea, limpia o sucia. Nuestro pensamiento lo absorbía por completo ¡quién lo dijera! una pequeña mezquita en medio de un espacioso patio amurallado. Es que encerraba un gran tesoro, un valioso recuerdo que nos dejó nuestro buen Jesús, la huella santísima de sus pies en el último pedazo de tierra que pisó.

Así se explica nuestra ansiedad por llegar al monte que desde Jerusalén vemos a dos pasos frente a nosotros. Así se explica la prisa para bajar de los carruajes. Queríamos ver y besar aquella reliquia tan veneranda y los momentos nos parecían siglos.

Entré y sentí los escalofríos que produce el temor. No había visto una señal tan sencilla de la humanidad de Jesús, como la que sus pies dejaron estampada en una roca que ocupa el centro de aquella mezquita. Solo queda la huella del pie izquierdo. De la del derecho, apenas se perciben sus notas características; están muy borrosas, pero no ha sido la perversidad humana ni la acción demoledora de los tiempos lo que ha hecho desaparecer la santísima huella. Ha sido la piedad misma de los fieles, pero una piedad indiscreta que no llegaba a satisfacerse sino teniendo consigo una reliquia de aquella roca veneranda, pero de aquella parte precisamente que había recibido el contacto divino del pie derecho de Jesús. Si la Iglesia no hubiera conminado con pena de excomunión a los fieles que llevaran a cabo el despojo sacrilego, así fuera por motivos de una acendrada piedad, a la fecha no tendríamos la dicha de ver y besar la huella del pie izquierdo.

Al acercar nuestros labios para depositar en aquella santísima huella el ósculo de nuestro amor y de nuestra piedad, temblamos sin quererlo, temiendo profanarla; al fin

es una huella divina, por eso, besarla y caer de rodillas son dos cosas que no pueden separarse.

Allí también se siente el peso de la grandeza de Dios como la siente el marino ante las encrespadas olas que juegan con su bajel y amenazan hundirlo en el abismo; como lo sentimos en medio de oscurísima noche de deshecha tempestad o ante el inmenso poder del huracán que troncha árboles seculares y derriba las obras más sólidas del genio; como la siente el hombre en presencia de un volcán en erupción con sus penachos de humo, intensas llamaradas de fuego y torrentes de ardiente lava.

Después de orar un breve rato ante la roca veneranda y volver a besarla como el último adiós de despedida, salimos de allí con el alma alentada por el recuerdo que nos dejó Jesús, pero, al mismo tiempo, llena de tristeza al verlo en poder de los musulmanes. Nos esparcimos por el amplio y espacioso patio que rodea la mezquita contemplando el solar de la antigua Basílica, levantada por Santa Elena en el siglo IV, y de la que en el siglo XII, levantaron los cruzados sobre las ruinas de la primera, destruidas ambas por los sectarios del Korán. Es verdad que la actual mezquita es obra de otro musulmán poderoso en honor de Jesús y que los Padres Franciscanos tienen derecho y permiso de la Santa Sede para celebrar en ella la festividad de la Ascensión con canto de Vísperas y misa solemne; es verdad que allí los musulmanes son muy complacientes con los Padres Franciscanos y con los peregrinos católicos, sin que opongan la menor resistencia; pero, al fin, es una mezquita y nos duele mucho que esté aquel lugar en manos de infieles.

A continuación, visitamos el Convento del *Pater Noster* que se levanta sobre el mismo lugar en donde Jesús enseñó por segunda vez la oración del Padre Nuestro. Fue regalo de una princesa europea, quien lo dejó a cargo de religiosos Carmelitas; y aún hoy, lo custodian y lo viven ellos.

Entramos por un jardín cubierto de flores y arbustos, que con su aroma perfuman aquel ambiente. Quédate una sorprendido ante lo espacioso y fuerte de aquellos claustros, escribiendo, en su paredes, el Padre Nuestro en treinta y cuatro lenguas sobre otros tantos cuadros de azulejos. Es una de las cosas más curiosas que he visto.

Visitamos otro convento, el que tienen allí los padres Benedictinos, quienes nos colmaron de atenciones, obsequiándonos con el célebre Chartreux que ellos fabrican y con vinos y dulces. En amabilidad y delicadeza creo que no hay quien les vaya en zaga, ni aún sus hermanos que custodian la Iglesia de la Dormición, en el monte Sión.

Salimos de la residencia de aquellos buenos padres Benedictinos, en donde habíamos pasado un rato delicioso; visitamos una galería subterránea que, en su fondo, tiene una capillita. Señala el lugar, en donde los Apóstoles compusieron el Credo, según reza una antiquísima tradición.

Allí se reúnen doce hombres sencillos, rudos e ignorantes, según el mundo, para redactar una profesión de fe que comprendiera los principales misterios que habíamos de creer; compendio sencillo, dice San Agustín, para acomodarse a la rudeza de los ignorantes; corto, para facilitar su memoria, y perfecto, para instruir plenamente. Allí, en las entrañas de la tierra, se esconden doce pescadores galileos para formular, en doce afirmaciones soberanas, la doctrina de Cristo, que ellos habían oído de sus divinos labios; allí, en aquellas alturas, no redactados aún los Evangelios, los Apóstoles con su inteligencia bañada de luz divina y con su corazón, abrasado en fuego celestial, meditan aquella doctrina, la sondean en sus más lejanas profundidades y hacen de ella tantas afirmaciones cuantos son ellos para lanzarlas al mundo sin temores ni vacilaciones.

Espectáculo sorprendente. Un resumen completo, claro, definitivo; un símbolo hecho para todos los tiempos, para todos los climas, para todas las almas; un símbolo al que no pueda perjudicar, en la más mínimo, la injuria del tiempo, y que de hecho, después de veinte siglos de trastornos de toda clase, puede mostrarse idéntico, así mismo, aún en las palabras más secundarias, si es que las hay, a los que son amigos y enemigos; y esto, hecho por doce hombres humildes, sin nombre ni reputación científica ni literaria, es lo más admirable y digno de estudio por parte de todos los hombres de ciencia y que se estiman un poco. Es que todas las obras del hombre, aún las del genio, llevan el sello de la inestabilidad, el sello de la destrucción y de la muerte; pero esas doce afirmaciones, hechas por doce pescadores, permanecen en pie. Esas doce fórmulas, esas

semillas sagradas llenas de vida infinita, que nosotros esparcimos y sembramos en el siglo veinte y en el seno de la sociedad, son las mismas, idénticas a las que esparcían aquellos doce pescadores sobre la corrupción del primero, sobre una tierra abrumada por una multitud de dioses.

Pero no es eso lo más sorprendente. Lo que constituye una verdadera maravilla es el carácter de esas afirmaciones, de esas fórmulas. Son impenetrables, incomprensibles, la razón no tiene acceso a ellas. Un Dios único en tres personas distintas y una humanidad manchada con una falta que personalmente no cometió: un Dios que se hace hombre en el seno de una mujer y una mujer que, al mismo tiempo que es Madre, es también Virgen; un Dios que muere en un infanante patíbulo, chorreando sangre solo por salvar al hombre, a su criatura, he aquí el símbolo. Jamás se ha visto cosa igual. ¡Una religión presentándose al mundo y llevando por todo equipo doce afirmaciones incomprensibles y que sublevan el orgullo de los filósofos, de los sabios y de los paganos, con la agravante de ir acompañadas de una moral tan austera, tan perfecta, que seguramente sería la desesperación de todos los vicios, de todas las pasiones que el hombre, en su sed de placeres, había divinizado! «Si algún romano de la corte de Augusto, dice Chateaubriand, pasando cerca de este subterráneo hubiera advertido a los doce judíos que componían esta obra sublime ¿con qué desdén hubiera hablado de estos primeros fieles? Y sin embargo, ellos iban a derribar los templos de este romano, destruir la religión de sus padres, cambiar las leyes, la política, la moral, la razón y hasta los pensamientos del hombre.»

Que estos doce hombres, sin prestigio literario ni social, hayan impuesto al mundo sus doce afirmaciones y que el mundo las haya aceptado, apesar del orgullo de los sabios, de la avaricia de los sacerdotes paganos y de las supersticiones de los pueblos, es un hecho que no admite explicación natural posible. La sana razón exige la intervención divina. Es una maravilla, es un milagro de los más sorprendentes.

A poca distancia, hállase una capilla muy pequeña, levantada sobre el mismo lugar en donde Jesús lloró en vísperas de su muerte, al ver a Jerusalén desde aquellas altu-

ras. La visitamos para recordar siquiera las lágrimas de Jesús. Una placa de mármol, colocada en la parte exterior de la puerta, está indicando al peregrino que allí lloró Jesús. He aquí la inscripción: *Locus in quo Dominus, videns civitatem, flevit super illam*. Lo substancial de la frase está literalmente tomado del Evangelio.

Fs la segunda vez que éste nos dice que Cristo Jesús lloró. La primera fué junto al Sepulcro de Lázaro. Eran las lágrimas del amigo. La segunda lloró a vista de Jerusalén. Eran las lágrimas del padre y del bienhechor. Por eso, estas lágrimas tuvieron siempre para mí un encanto soberano, una ternura incomparable.

En el fondo no hay más que amor y compasión, pero una compasión infinita, como propia del corazón divino de Jesús. Es que Jesús ama a Jerusalén como a la ciudad de los grandes recuerdos y de los grandes destinos. Ama a Jerusalén como a la ciudad que simboliza todas las grandezas de su patria, todas las maravillas que Dios había obrado en favor de su pueblo. Ama a Jerusalén como al centro del culto tributado a Jehová, como al lugar escogido para adorar la divinidad y desde donde Aquel oía a su pueblo predilecto, por contener, en su seno, el *Sancta Sanctorum* con el Arca de la Alianza y el Propiciatorio. Ama a Jerusalén como al emblema de la patria celestial, cuyas puertas vino El a abrir. Ama a Jerusalén como a figura del alma justa redimida con su preciosa Sangre. Es que el fuego sagrado que hace prender en todas las almas por la patria y que arde en todo corazón bien nacido, en el suyo, arde con una intensidad inmensamente, infinitamente mayor. Es que el santo orgullo que siente el hombre de noble y generoso corazón por las glorias de su patria, de la patria que le vió nacer y en donde se deslizaron sus primeros años, los años de su infancia, y en donde la vida de relación le ha creado lazos estrechísimos de amor, de cariño y de ternura, en su corazón hállase más puro y más intenso. Y este amor de Jesús es lo que engendra el sentimiento que tanto dulcifica nuestras penas, que tanto nos consuela en medio de nuestros dolores y que tanto roba nuestro corazón, su compasión a vista de los infortunios, de las desgracias. Y son tales las desgracias, que su inteligencia infinita ve caer sobre aquella ciudad predilecta, que le hacen exclamar: *Non*

relinquetur lapis super lapidem; todo quedará convertido en ruinas y escombros, sin excluir siquiera la primera maravilla del mundo, el templo zorobabólico.

Tito es el encargado de hacer cumplir esta tremenda profecía, y las ruinas veinte veces seculares de aquel templo que hoy presencia el viajero en un extremo de la explanada en donde se levantó, están testimoniando a los amigos y enemigos de Jesús la verdad de su predicción.

Pero lo que más hondamente conmueve el corazón compasivo de Jesús es la desgracia moral de su patria, su inmensa ingratitud y su inaudita obstinación en la sucesión de los siglos. Era lo que vio el profeta Malaquías cuando anunció a Israel que sería desechado de Dios. *Non est mihi voluntas in vobis et munus non suscipiam de manu vestra*. De aquel pueblo ingrato y obstinado no quería ni aún dones y sacrificios; y en castigo de tanta maldad, andaría errante, sin rey, sin sacerdocio, sin altar, siendo el ludibrio de las gentes y llevando en su frente el estigma de maldición que él mismo iba a ratificar pidiendo que la sangre del Justo cayera sobre él y sobre sus hijos.

Ante ese cúmulo de desgracias físicas y morales, los ojos divinos de Jesús se convierten en dos fuentes de lágrimas preciosas que la humanidad ha recogido y ha guardado para adorarlas, postrada en tierra, porque, siendo divinas, le han enseñado que en los grandes infortunios es lícito llorar, sin ofender a un Dios que también lloró. Solo prohíbe las lágrimas de desesperación, las lágrimas que se vierten sin mirar al cielo, sin pronunciar, aunque sea con el corazón, la fórmula más sublime de la oración, la que cayó de los labios de Jesús, abatido bajo los golpes del dolor más intenso. *Padre, si es posible, pase de Mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya*. Esas son las lágrimas que prohíbe Dios, que prohíbe la religión, porque no atestiguan el dolor sino la ira, no demuestran el amor sino el odio. Estas inspiran horror, aquéllas, ternuras. Las primeras tienen un encanto divino; las segundas, una repulsión soberana. Las primeras revelan una fortaleza admirable; las segundas, una debilidad suma. Es que llorar como lloró Jesús es sobreponerse al dolor que causa; los infortunios de la vida, es luchar con heroísmo contra la desgracia que oprime y agobia. Por eso, aquella pequeña

capilla que señala el lugar en donde lloró el alma más religiosa de todos los tiempos, el tipo ideal de la vida cristiana, tiene tantos recuerdos de una ternura infinita para el cristiano, que, en las lágrimas de Jesús, vislumbra un corazón divino que le ama, que le compadece, ofreciéndole generoso perdón de todas sus culpas a cambio de una lágrima que salga del fondo del alma por las ofensas que haya cometido.

Llena el alma de estos recuerdos, salimos de aquella pequeña capilla para contemplar el hermoso panorama que desde aquellas alturas se ofrecía a nuestra vista. Por su importancia histórico-religiosa, creo que es el primero del mundo; y en su aspecto material, lo hace grandioso la misma altura del Olivete con relación al desierto de Judea, Jordán y Mar Muerto, a saber, la altura de unos ochocientos metros.

Sin subir al monte Olivete no podemos tener una idea del conjunto y aún de ciertos pormenores de la ciudad de Jerusalén, de la que solo le separa un valle de pocas dimensiones, el valle de Josafat. Desde el monte parecemos Jerusalén una ciudad de primer orden, si bien su perímetro no llama la atención por lo excesivamente amplio y extenso. Percíbese como es, histórica y religiosamente considerada, con su sombra de tristeza y melancolía, como la ciudad de los grandes destinos y de los grandes crímenes; y en su aspecto material, vense clara y distintamente los soberbios edificios de la parte nueva, así como los de aspecto desagradable de la parte vieja y su grandioso conjunto, situado sobre las tres célebres colinas de Moria, Sión y Akra. La primera, con su inmensa explanada, emplazamiento del templo de Salomón, y sus mezquitas de Omar y de Akra, confundiendo con las nubes sus majestuosas cúpulas, símbolo del señorío y dominio de la media luna que las termina y corona, amén de sus templetes, así como sus olivos y cipreses de vegetación exuberante, que prestan fresca y deliciosa sombra; la segunda, con sus innumerables conventos, iglesias y mezquitas, desde donde se elevan campanarios, alminares y preciosas cúpulas, y más allá, el arrabal de la puerta de Jafa, con sus hoteles, bazares y consulados; y en su parte sur, el barrio de las *Inmundicias*, en donde viven los judíos; y en medio de él, dos cúpulas

rojas, como la sangre del Justo, que pidieron que cayera sobre ellos y sobre sus hijos, pertenecientes a las dos sinagogas que les han permitido levantar allí; y la tercera, que hoy ocupa la parte septentrional de la ciudad con el nombre de barrio latino, con sus hermosos edificios modernos y sus calles rectas y amplias.

A cualquiera parte que dirijamos nuestra vista, desde aquellas alturas, veremos algo que evoca recuerdos históricos. Ora es el monte del Mal Consejo, en un extremo de Sión, donde se reunió el Sanedrín para deliberar sobre los medios de prender a Jesús; ora es el monte del Escándalo, ya mencionado; ya es el valle de Josafat a nuestros pies, con su tortuoso Cedrón; ya la célebre Betfage, en la falda de la montaña, y un poco más distante la no menos célebre Betania; y a lo lejos, es el desierto de Judca con la cordillera de Moab en su fondo, y al pie de la misma el curso del Jordán marcado con una larga faja de verdura, y el tristemente célebre Mar Muerto; y en medio del desierto, Jericó, como oasis delicioso, pero apenas perceptible, a causa de las pequeñas colinas que, desnudas de toda vegetación, vienen sucediéndose hasta besar el pie del Olivete.

Después de recrear nuestra vista con un panorama tan sorprendente y de ensanchar nuestros pulmones aspirando, desde aquellas alturas, un aire puro y oxigenado, bajamos al valle de Josafat por la pendiente que da a la ciudad, pasando junto a un soberbio edificio que el Zar de Rusia, Nicolás II, levantó hace algunos años, en una extensa explanada que se halla en la pendiente misma que bajamos.

Según cuentan allí, parece que el Zar, en una visita que hizo a los Santos Lugares, se enamoró de aquel lugar para edificar un mausoleo que guardara los restos mortales de la Zarina abuela. Fué la finalidad que manifestó al Sultán de Turquía, pero realmente no fué más que un pretexto para cubrir ciertas apariencias y no llamar la atención de las demás naciones con su desmedida ambición. Su verdadera intención, según se desprende de lo que aconteció, fué sentar sus reales en el país de Jesús, poner su clavito en la Palestina. La criada, sin embargo, le salió sumamente respondona. Es que, antes de trasladar los

restos de la difunta Zorina, cuéntase que pidió al Sultán la autorización necesaria para llevar allí quinientos soldados que custodiaran aquellos despojos, creyendo, sin duda, que aquel Señor de horca y cuchillo, se caería del nido como un mameluco cualquiera que no ve más allá de sus narices. Pero se equivocó de medio a medio. El gobierno de la Sublime Puerta le vió venir, conoció sus arteras intenciones. -En mi imperio- le contestó el Sultán, -son muy respetados los muertos; pero, si fuera necesario custodiar esos restos mortales, en lugar de quinientos soldados, yo pondría cinco mil. - Esta respuesta le desconcertó y desbarató todos sus planes. En adelante, renunció a sus pretensiones y no volvió más a tratar del asunto. Gracias a eso, el pabellón ruso no ondeó en toda la Palestina, a no ser que las demás naciones cristianas hubieran despertado de su profundo letargo religioso.

En vista de la enérgica actitud del Sultán, regaló el mausoleo a unas monjas cismáticas, quienes lo han convertido en un magnífico convento. Y allí viven esas monjas, dando ejemplo, según cuentan, de virtud y de austeridad, prueba evidente de la buena fe de las mismas, al igual de las que moran en el hermoso y amplio convento ruso que está en la cima del monte Olivete.

Muy poco tiempo gastamos en llegar al valle de Josafat, pues para abajo las piedras ruedan, aparte de que era inmensa la ansiedad por visitar aquellos lugares de tantos recuerdos, a saber, el valle de Josafat, el huerto de Getsemaní, la Gruta de la Agonía y el Sepulcro de la Virgen. He ahí todo lo que absorbía la atención de nuestro espíritu. Son nombres sugestivos que, desde nuestros primeros años, los aprendimos de labios de nuestras madres en el hogar doméstico, y más tarde, en la escuela, de labios del maestro, y por último, en la iglesia, de los del ministro del Señor.

En su aspecto material nada de particular ofrecen aquellos lugares. Un valle que no se distingue por su fertilidad, por su vegetación exuberante y lozana, ni por lo ancho del cauce de su tortuoso torrente Cedrón, ni menos por lo caudaloso del mismo, pues en la mayor parte del año está seco, al igual que nuestros barrancos; un jardín a la moderna, un huerto cuyas plantas y flores se dan en

todas las zonas y en todos los climas, con una sola particularidad, a saber, de ocho olivos vetustos, antiquísimos, de existencia secular, descendientes, al parecer, de aquellos que varias veces prestaron fresca sombra al Hijo de Dios y que presenciaron sus tristezas mortales; una gruta con su callejón de entrada y una puerta que da acceso a una escalera de nueve gradas para bajar a la mencionada gruta; y ésta, en su estado natural y primitivo y en su misma forma irregular que tenía en tiempo de Jesús, con diecisiete metros de largo por nueve de ancho, recibiendo su luz por una abertura practicada en la bóveda, sostenida por tres gruesos pilares, formados de la misma roca. Y por último, una pobre fachada de mausoleo con sus tres arcos góticos sobrepuestos de piedra, ennegrecida por el tiempo, adornando la puerta que da acceso a una ancha escalera de veintiséis peldaños, que penetra en las entrañas de la tierra, con una bóveda que le da aspecto de una nave de iglesia inclinada, y en el extremo de la misma escalera, una cripta alumbrada por infinidad de lámparas que cuelgan de la bóveda, de oro y plata, con un templete no muy grande ni artístico a la derecha; he ahí todo lo que ven vuestros ojos corporales, pero los del alma bañada por la luz de la fe, ven, al través de ese valle, el espectáculo más imponente que pueden presenciar los siglos; y en ese huerto, la traición más vil y la cobardía más grande, al mismo tiempo que el poder más estupendo y la mansedumbre más admirable, y en esa gruta, una angustia profunda con una resignación divina, así como en ese mausoleo se siente un ambiente de devoción, la más tierna, la más delicada.

Josafat, Getsemaní, Gruta de la Agonía y Sepulcro de la Virgen, son cuatro nombres que jamás podrán borrarse de nuestra memoria.

El primero va siempre asociado a la idea del juicio final, a la segunda venida del Hijo de Dios para juzgar a los hombres de todas las edades, de todos los climas. La terrible trompeta del Ángel del Señor se dejará oír en medio de aquella soledad imponente como la muerte, y triste como los sepulcros de sus dos vertientes, encargándose sus brisas de hacer llegar hasta los últimos confines del globo las ondas sonoras que en el espacio producirán

aquellas palabras que harán estremecer las entrañas de la tierra. «Levantaos muertos; venid a juicio». Allí parecíanos ver al ángel señalándonos el lugar que ha de corresponder a nuestras obras y oír de labios del supremo Juez el *venite, benedicti*, por el que suspiran todos los justos y el *ite, maledicti*, que tanto horror inspira a todos los réprobos.

A vista de aquel valle tan pequeño en donde han de congregarse los hombres de todos los tiempos, de todas las zonas, recordé la objeción que los enemigos de la Iglesia Católica ponen a la consideración de los fieles. Si, en aquel valle, apenas tienen cabida de ocho a diez mil hombres, ¿cómo es posible que se reúnan allí todos los hombres habidos y por haber? No la pusieran si se tomaran el trabajo de estudiar antes.

Desde luego, hay imposibilidad física, porque, supuestas las leyes naturales de los cuerpos, los cuales naturalmente son impenetrables, es decir, que para ocupar un lugar, excluyen del mismo a otro cuerpo que lo tuviera ocupado; y más claro; que mutuamente se excluyen en un mismo lugar, no pueden naturalmente congregarse en un lugar tan estrecho, en un espacio tan reducido, millares de hombres, tantos cuantos han existido y existirán hasta el fin de los tiempos. Es que exceden inmensamente su capacidad natural. Pero no hay imposibilidad metafísica o absoluta. La hay con relación a las leyes físicas y morales, pero nunca respecto de Dios. Puede hacerlo con su infinito poder. ¿Y por qué? Por una razón muy sencilla. Dios puede hacer que un cuerpo exista sin ocupar lugar. Basta para ello que impida tenga extensión local o externa, pues ella no es de esencia de la cantidad o extensión. Solamente lo es la extensión interna que es la aptitud para ocupar lugar. Sin esta extensión no puede existir cuerpo alguno; sin aquella, que es causa de que un cuerpo ocupe lugar, puede existir. No hay repugnancia, no hay contradicción absoluta. La consecuencia legítima es que Dios puede reunir a todos los hombres en un solo punto matemático, del espacio. Luego, del valle de Josafat sólo se necesita este punto matemático, quedando todos los demás para lo que quieran los enemigos de la Iglesia, con tal de no ser para colocar allí su crasa ignorancia y el consiguien-

te atrevimiento, en estas materias, pues exceden la capacidad natural de aquel pequeño valle.

El segundo y tercer nombre, la Gruta de la Agonía, el huerto de Getsemani, van intimamente unidos, son como partes integrantes de un todo. Ambos nos recuerdan una misma escena con dos partes que no pueden separarse. Allí es Jesús que suda sangre por todos los poros de su delicadísimo cuerpo; es Jesús que en medio de la más profunda tristeza, deja caer de sus labios palabras que la expresan con suma viveza, pero que caen con una resignación que es el sostén y la fortaleza de todos los que sufren; aquí son los apóstoles que duermen y le abandonan, es Judas que le entrega con un beso y Jesús que recibe aquel abandono y esta traición con una mansedumbre admirable, pero revelando, a la vez, su poder infinito con un sencillo *Yo soy* que hace caer en tierra a los soldados romanos que iban a prenderle.

Después del Santo Sepulcro es la Gruta de la Agonía, en donde siente el alma emociones más intensas, más hondas; en donde el alma, rodeada de un ambiente divino, siente una pena inmensa que la hace derramar sangre también, pero la sangre del corazón en forma de lágrimas, las cuales al correr por nuestras mejillas refractan los rayos del sol de Justicia, formando el arco iris, como señal de la alianza con Dios, como señal del perdón más generoso. Es que todo lo que ven nuestros ojos en la Gruta contribuye a ello, a saber, el mismo estado primitivo y natural de aquel Santuario, la misma forma irregular, la misma tierra que pisaron los divinos pies y la misma tierra que humedeció el sudor de su Sangre, la misma roca desnuda que oyó las quejas de un Dios en medio de mortales angustias, llenas de pavor, así como la oración más sublime y más fervorosa y tierna que ha llegado al cielo. De valor infinito debió ser cuando del cielo bajó un ángel que le confortó. Por eso, como movido por un resorte misterioso, cae uno de rodillas, al llegar allí, temiendo profanar aquella tierra empapada en Sangre divina.

Con amor y cariño besamos la cruz de mármol que señala el lugar más venerado de la Gruta, aquel en que estaba Jesús con su rostro en tierra adorando la voluntad santísima de su eterno Padre, cuya justicia exigía el sacri-

ficio de su vida para la redención del hombre. *Hic factus est sudor ejus sicut gutta sanguinis decurrentis in terram*; es la inscripción que se lee en la mencionada cruz bajo el altar central de la gruta. Allí recibió Jesús de manos de su Padre el amargo Cáliz de su pasión y lo recibe con los brazos abiertos. Lo expresa un hermoso cuadro al óleo que se ve sobre el mencionado altar, regalo del Señor Duque de Madrid, Don Carlos VII de Borbón.

De allí pasamos al huerto de Getsemaní. Está a dos pasos de la Gruta. Desde que uno entra en él nota la pérdida de ese sabor especial de antigüedad que tanto influye en el sentir religioso y que se observa en los lugares que, a través de veinte siglos, no han sufrido modificación notable alguna, conservándose en un estado idéntico al primitivo, con las mismas formas, aunque agrestes y de aspecto poco agradable a la vista. Lo han convertido en un jardín a la moderna, como llevo dicho, defendido por altas paredes. De los olivos que permanecen en pie, en medio de tantas transformaciones, nos dieron aquellos buenos Padres Franciscanos un recuerdo que agradecemos mucho. Era una hojita de sus ramas, que guardamos como oro en paño. Sin esta atención no era posible tener aquel recuerdo. Es que los Romanos Pontífices se han visto en la necesidad de castigar con excomunión la indiscreción de algunos fieles y peregrinos, quienes, a la fecha, hubieran dado cuenta de los olivos y hasta de la tierra.

Un compañero de sacerdocio y de peregrinación, muy hábil y ducho en el manejo de la máquina fotográfica, nos sacó en un grupo que no fué de lo peor. Y después de esta operación fotográfica salimos del huerto, salpicado en Sangre divina, por una puerta de hierro; y a los pocos metros, visitamos la *Roca de los Apóstoles*, baja y lisa, en donde pueden sentarse cómodamente algunas personas. Es el lugar en donde Jesús dejó a sus predilectos discípulos Pedro, Juan y Santiago, para retirarse a la Gruta de la Agonía y orar en ella. *Sedete hic donec vadam et orem*, son las palabras que les dirige. Solía retirarse, otra vez, a la soledad de las alturas para orar, ahora elige un profundo valle y en él busca un lugar solitario. Esta vez no quiere ser visto de nadie, ni aún de sus discípulos; a solas con su Padre quiere bañarse en copioso sudor de su Sangre, quiere pa-

decer las mortales angustias que le causan no tanto los tormentos e ignominias que le esperan por parte de su pueblo, cuanto la visión clara, la intuición de los pecados de la humanidad. Debiera llamarse *Sueño de la Roca de los Apóstoles*, pues sentados sobre ella quedáronse éstos dormidos, apenas Jesús se había alejado de ellos. Por eso, después de despertarlos por tercera vez, se quejó de que no habían vigilado con Él en aquella hora de tanta amargura.

Del oratorio o capilla que Santa Elena construyó en este lugar con el nombre de capilla del sueño de los Apóstoles, nada queda. Destruída por Saladino en el siglo XII, hasta las ruinas han desaparecido.

Visitamos luego el lugar del *beso de Judas*, señalado por una columna empotrada en el fondo de un callejón sin salida, que está a los pocos pasos de la Roca.

Dos emociones muy distintas, yo diría contrarias, a cual más fuertes, siente el peregrino al acercarse a aquella columna. Hasta allí se adelantó Jesús al sentir el tropel de gente que, armada de espadas y palos, venía a prenderle. Es lo que nos mueve a entrar en aquel callejón y llegar hasta la mencionada columna. Era tierra que también recibió alguna gota del copioso sudor de Sangre que había tenido en la Gruta. Allí esperó al traidor. La primera impresión que recibí fue de horror, del horror que inspira la mayor de las traiciones que ha habido en el mundo. Me sentí con ganas de salir de allí cuanto antes, de retirarme de aquel lugar, en donde el alma cristiana carece de ambiente que respirar y parece ahogarse por el recuerdo de aquel beso, único en la historia de la humanidad por sus funestas consecuencias, amén de su enorme malicia, pero múltiple por repetirse cada día. Es el beso sacrilego del malvado que, sin reconciliarse con Dios, se acerca al Sacramento del amor. Es el beso del que clava por la espalda el puñal a su enemigo. Es el beso repugnante del que vende la justicia por un puñado de oro y condena la inocencia por una cobardía, por temor a los hombres. El *Ave-Rabbi* de Judas se repite constantemente por los hombres que han declarado guerra sin cuartel a la sinceridad, es decir, por los hipócritas, falsarios y aduladores.

Pero, en medio de tanto horror y tanta repugnancia que nos inspira el beso de Judas, siente el peregrino un

no sé qué tan consolador que ensancha y dilata su pobre y miserable corazón. Lo produce la pregunta de Jesús, llena de dulzura, llena de mansedumbre y de cariño al extraviado discípulo: *Amice, ad quid venisti?* Aún en aquella hora, cuando Judas le entrega con un beso, siente los latidos del amor hacia él, le llama amigo y le pregunta el fin que le ha traído allí para obligarle a confesar su traición y perdonarle. Es que Jesús no rechaza a nadie, ni a sus mismos enemigos, pues su corazón es inmenso, endonde caben todos los hombres y sus puertas están siempre abiertas para recibirlos en cualquiera hora que se conviertan. Ante tanta benignidad, ante tanto olvido de las injurias, alientase sobremanera nuestra esperanza. Y al recordar que allí cayeron sus enemigos en tierra llenos de miedo, al oír de sus labios *Yo soy a quien buscáis*, nuestro espíritu cobra bríos y alientos para pelear a su lado militando bajo su gloriosa bandera contra nuestros enemigos que son los suyos. El les hará morder el polvo.

Dejamos para otro día la visita del Sepulcro de la Virgen, pues, aparte de estar cerrada la Basílica de la Asunción, la noche se nos venía encima y había necesidad de salir de aquel valle lúgubre y triste como la muerte.

Atravesamos el torrente Cedrón mediante un pequeño puente, pasando por el lugar en donde, según la tradición, fué apedreado San Esteban, siendo cómplice de un acto tan cruel e inhumano el joven Saulo que mantenía las ropas de los desalmados. Ganamos la cuesta que da acceso a la puerta de San Esteban, y por ella entramos en la ciudad. A las siete y media de la tarde llegamos a la hospedería, sentándonos en la mesa a los pocos momentos. Hechos los ejercicios de la noche, nos retiramos a descansar.

DIA 25 DE MAYO

Los leprosos en la vertiente del valle de Josafat. — Misa en la Gruta de la Agonía. — Nuestras impresiones. — Visita del Sepulcro de la Virgen. — Tierna escena en el Santo Sepulcro. — Excursión a San Juan de la Montaña. — Campo del Julón. — Lugar de la Visitación de la Virgen y sus recuerdos. — Paisaje sobre el desierto de Judea. — Gruta del Bautista y de Jesús. — El Magnificat cantado a toda orquesta. — Basílica de la natividad de San Juan y sus recuerdos. — Munificencia de España.

A las seis de la mañana bajaba yo con mi amigo el Venerable Párroco de San Mateo, Don Agustín Domínguez, al valle de Josafat para celebrar en la Gruta de la Agonía que habíamos visitado el día anterior.

Tomamos el camino de la parte oriental de la ciudad siguiendo las vetustas murallas que levantó Saladino en el siglo XII, con una pendiente muy suave, y a poco, nos encontramos con un considerable número de leprosos, que allí piden limosna, especialmente, en tiempo de peregrinación. Un recuerdo dulce y consolador evocan en mi memoria estos desgraciados, el recuerdo de Jesús hondamente conmovido a vista de semejante espectáculo. No puede ser más triste. Vese caer la vida a pedazos. Yo diría que son estos infelices como edificios que paulatinamente se van desmoronando, convirtiéndose al final en ruinas y escombros que inspiran horror a los ojos de la carne, pero compasión a los del alma.

Es una labor prematura de los gusanos del sepulcro, que acosados por el hambre, piden adelantado a la naturaleza el tributo que les dejó la primera caída del hombre en el Paraíso, la caída original.

Allí, el dolor clava sus garras sin piedad, sin compasión alguna; lo dicen muy alto sus gemidos, que oprimen y des-

garran el corazón. Allí brilla, por su ausencia, todo lo que físicamente ejerce algún atractivo, algún encanto sobre el corazón, es decir, la hermosura, la belleza humana en su aspecto material y físico.

Solo abunda, con su repugnante realidad, todo lo repulsivo, es decir, el aspecto que inspira horror, las heridas, llenas de cieno. Apenas se concibe otra vida más amarga, pero nuestra demasiada delicadeza y el temor al contagio la han hecho más amarga, más pesada, obligándoles al aislamiento más completo. Por eso viven siempre en las afueras de las ciudades. Y estos seres desgraciados son los que tienen el privilegio de conmovir el Corazón de Jesucristo. Ahora son diez los leprosos que le piden compasión y Jesús les manda lavarse en las aguas de Siloé y presentarse a los sacerdotes para la declaración oficial de su curación; después es uno solo quien hace delante de Jesús esta rotunda y categórica afirmación. *Si vis, potes me mundare*. Te sobra poder, dice el leproso, para curarme. Basta que lo quieras. Es uno de los rasgos más admirables de fe en la divinidad de Jesús, que leemos en el Evangelio. Huelga decir que Jesús no se hizo esperar un momento más. Al instante manifestó el acto de su voluntad y el acto necesario de su poder, *volo, mundare*. No hacerlo hubiera sido una traición a su Corazón divino.

¡Y cosa rara! Hoy tienen su leprosería estos desgraciados junto a la misma fuente Siloé que señaló Jesús para lavarse a los diez que curó. De ella toma su nombre la aldea muy pequeña que se halla al pie del monte del Escándalo, a poca distancia de la ciudad. Allí están las Hermanas de la Caridad, sin temor al contagio, sacrificando los mejores días de su vida, quienes los asisten y cuidan de ellos haciéndoles más llevadera su amarga existencia con sus saludables consejos, amén de alentar su esperanza en la otra vida, en donde no habrá torturas ni llanto.

A vista de tanta miseria corporal oprímese el corazón, brotando de él, sin poderlo remediar, un sentimiento que ennoblece, la compasión que mueve la mano a dar lo único que puede dar el hombre, aparte de sus consejos de aliento y de esperanza, una limosna. Solo Jesús podía decir, *volo, mundare*, ante el dolor y la enfermedad. El hombre se contenta con compadecer y poner en la mano

del pobre y del desheredado de la fortuna algo que sirva de lenitivo a su desgracia, de consuelo a sus tristezas. Y cuán meritoria sea esta obra nos lo dice la Escritura. *Elemosyna redime peccata tua*. A cambio de una limosna, grande o pequeña, según nuestras fuerzas, se nos ofrece generosamente el perdón de los pecados. A mí, en ese día, sirvióme de próxima preparación para celebrar.

Al cuarto de hora estábamos en la gruta de la Agonía. Parecióme que hoy sentía las emociones con más viveza que el día anterior.

Me lo explicaba yo por la hora, el motivo que nos llevaba allí, una soledad más intensa, y por el profundo recogimiento de los fieles que oraban, sin que nada turbara aquel religioso silencio. Pero lo que más contribuyó a ello fué el haber celebrado en el altar central de que ya hice mención. Mientras celebraba tenía delante de mí el cuadro que representaba la escena verificada allí mismo en donde estaba el altar; Jesús, postrado en tierra y con los brazos abiertos para recibir el cáliz de su pasión. Aunque hubiera querido olvidarla, no me era posible. Me lo impedía aquel hermoso cuadro. La impresión no es para descrita. Un santo celebrando allí hubiera sido arrebatado en éxtasis; pero yo me convencí de lo atrasado que ando en la senda de la perfección sacerdotal. Sin embargo, revestido de los ornamentos sagrados, sentía la influencia del cielo en la tierra y mi alma se bañaba en un ambiente de santidad y de pureza. Era el pensamiento de que un representante del que allí oró hace veinte siglos y con los mismos poderes que El para evangelizar a los pueblos, para reproducir místicamente el mismo sacrificio del Calvario y para perdonar los pecados de la humanidad, subía al altar a comenzar su pasión en el mismo lugar en que El la empezó. Parecióme sentir sus pasos, ora cuando salía a dar con sus discípulos que dormían profundamente a un tiro de piedra; ora cuando regresaba a proseguir su oración. Témesese entonces oír la queja de Jesús a sus Apóstoles. «Ni siquiera una hora habéis podido orar conmigo.» Es que nos dormimos desgraciadamente en el cumplimiento de nuestros deberes.

Salimos de aquel santuario venerando con nuestro espíritu rebosando devoción tierna y una paz soberana, como

la que dejan en el alma las lágrimas vertidas por Dios y la pena que sentimos por nuestros pecados. A muy poca distancia visitamos la Basílica de la Asunción que guarda el Sepulcro de la Virgen.

Bajamos por la amplia escalera de que ya hice mención y a la mitad próximamente encontramos a la derecha, una capilla con dos altares, que encierra los sepulcros de San Joaquín y Santa Ana, y a la izquierda, otra capilla muy pobre que guarda los sepulcros de San José y del anciano Simeón. Llegamos a la cripta a la hora precisa en que los armenios celebraban sus oficios con una gran concurrencia de fieles. Apesar de ser cismáticos, edifican por su recogimiento y compostura que revelan una fe grande y una devoción acendrada. Celebraba la misa el Patriarca armenio. Era ésta solemne y al fin de la escalera oficiaban dos armenios, uno seglar y otro clérigo, pero oficiaban en su lengua vulgar. Hasta allí llega la enemiga de esta gente a la Iglesia Católica. Ni aún la lengua latina adoptan en sus oficios y ministerios. Es la lengua oficial de la Iglesia y esto basta y sobra para que le tengan horror, como el que le tienen los estudiantes en España.

El sochantre clérigo era un joven que apenas podía contar veinticuatro años de edad, con una cabellera rubia y suelta que le llegaba hasta la cintura. Aunque yo soy profano en el divino arte, parecióme que lo que tenía de hermoso y esbelto en su persona, lo tenía de feo y antiestético en el canto. Apenas podía dársele el *exequatur* para una parroquia rural.

No obstante lo inoportuno de la hora, pudimos formarnos una idea del conjunto de aquella Basílica. Revela un estado de pobreza muy grande y forma una cruz latina de treinta metros de largo por ocho de ancho próximamente, con un templete que cubre el Sepulcro de la Virgen, el cual es tallado y revestido de mármol. Apenas tiene otra claridad que la luz que dan las lámparas que, en gran número, penden de la bóveda.

Eran ya las nueve de la mañana y había necesidad de ganar la cuesta del valle antes que el sol azotara la tierra con sus ardientes y abrasadores rayos.

Salimos, pues, de aquel santuario, con el alma apenada al vernos privados del derecho de celebrar en el lugar en

donde descansó el cuerpo de la Madre de Dios, por espacio de tres días, saliendo, luego, triunfante del sepulcro. Era el privilegio que respondía al de su immaculada concepción. La corrupción del sepulcro es consecuencia del pecado original. Donde éste no ha podido clavar sus garras, huelga toda corrupción. Si la muerte pudo tocar su cuerpo immaculado, si bien ligeramente y con temor, fué porque respondía a su condición de hija de Adán, pero la resurrección exigía la excepción que de ella hizo Dios desde el primer instante de su ser.

Nuestro derecho, reconocido hasta el siglo XVIII, no hemos podido recuperarlo. Nos privó de él una acusación de los griegos cismáticos, burda como todas las suyas, contra los católicos, ante la Sublime Puerta. Es que los Padres de Tierra Santa habían vendido al Papa el cuerpo de la Santísima Virgen. Tal patraña no se le ocurre ni al que asó la manteca. Para ello necesitase una buena dosis de imbecilidad, tanta cuanto se requiere para creerla. No obstante, surtió efecto ante la Sublime Puerta, que siempre patrocinó el derecho del más fuerte o del mejor postor. Y si bien los embajadores de Francia han recabado varios decretos del gobierno turco restableciendo a los católicos en sus derechos indiscutibles al Sepulcro de la Virgen, el contento nos duró muy poco tiempo. Los cismáticos, sin encomendarse a Dios ni al diablo, o como dicen los latinos *auctoritate qua fungor*, expulsan de allí a los Padres de Tierra Santa, sin que la nación protectora de los Santos Lugares dijera una palabra de protesta. Es que los gobiernos jacobinos querían ser consecuentes con sus principios de irreligiosidad y ateísmo.

En lo que no quisieron aparecerlo fué en no renunciar al Protectorado que había concedido a Francia la Iglesia Católica, a la que perseguían con saña y furor. Por aquí debieron empezar, antes de romper con la Santa Sede. Se lo exigían la justicia y la delicadeza. Envalentonados los cismáticos con aquella persecución sectaria se aprovecharon de la ocasión que no siempre la pintan calva.

Llegamos a la hospedería y nos desayunamos. Como era el día señalado para la excursión a San Juan de la Montaña, y la salida de Jerusalén era después del almuerzo, nos echamos a la calle para la visita diaria del Santo

Sepulcro y monte Calvario, pues es tal la atracción que ejercen estos lugares sobre el corazón católico, es tal el encanto que tienen para el peregrino, que no puede pasarse un día sin visitarlos como impulsado por un misterioso resorte al que no puede resistirse.

Ya lo he indicado. Desde las cuatro de la mañana hasta las diez de la noche, no hay un momento en que aquellos Santos lugares estén solos, sin un alma que lllore, sin un corazón que compadezca, sin un penitente que golpee su pecho; pero en tiempo de peregrinación, ni siquiera en las más altas horas de la noche, faltan grupos de fieles que velen en el Santo Sepulcro. Aquel día encontré una señora que no era peregrina española, para mí completamente desconocida, pero de un porte distinguido. Estaba abrazada al Santo Sepulcro con sus labios en contacto con el frío mármol, cubriendo de besos aquel precioso tesoro y comunicándole todo el fuego de su amor y todo el dolor que agobiaba su espíritu, el cual, a juzgar por su rostro, por su actitud y por sus lágrimas, había de ser inmenso. En presencia de aquella tan tierna escena sentí subir las lágrimas a mis ojos. Me sirvió de preparación a la oración que hice en aquel augusto lugar. Fueron las lágrimas más dulces y más consoladoras que he vertido en mi vida. Fué la oración más fervorosa que ha brotado de mi corazón. Fué la plegaria más espontánea que ha salido de mis labios.

Mi presencia parece que sorprendió a la buena Señora. Diríase que salió de un éxtasis de amor que siempre huve las miradas humanas y no busca más que las divinas que lo producen y sostienen. Pero repuesta ya de su sorpresa, tomó el rosario en sus delicadas manos y empezó a rezar esta oración tan hermosa y tan popular.

Al principio se me antojó que tal vez sería una cristiana afiliada a alguna de las innumerables sectas protestantes, que también reconocen la divinidad de Jesús, si bien en la doctrina y moral cristianas siguen el espíritu privado, causa primordial de las tantas sectas. Yo no sé qué vi en su físico que pudiera sugerirme aquella idea. Había de ser que me pareció de raza sajona, por aquello de que en ella predomina el protestantismo.

Entonces comprendí que no había tal cosa y que yo

me equivoqué de medio a medio. Era una ferviente católica. Y la razón es muy sencilla. El protestantismo no reza a la Madre de Dios. Quiere entenderse directamente con El, sin mediación de nadie, por muy santo y predilecto de Dios que sea. Basado en los dos principios sobre los cuales gira toda su economía, a saber, el libre examen y la suficiencia de la fe especulativa para salvarse, ha privado a sus prosélitos de lo más necesario, delicado y encantador para el humano corazón, así en el orden físico como en el orden espiritual, la maternidad; ha privado a sus sucesores de la mayor grandeza moral que puede concebirse, la que resulta de la humillación delante de Dios por la confesión sincera de los pecados ante su ministro en la tierra; ha privado a los suyos que también adoran a Jesús, de poder manifestarles lo más hermoso que posee nuestro corazón, el amor que solo tiene su pregonero en las obras. El protestantismo ha privado a sus fieles del dogma más consolador de nuestra religión, del dogma del purgatorio, en donde el alma acaba de purificarse para poder ver a Dios *facie ad faciem*.

Por esto me pareció siempre frío como los hielos de nuestras cumbres, y estéril como las estepas de nuestros desiertos. Es planta exótica que no puede vivir en las regiones superiores del espíritu, en las regiones de la luz, en donde no hay ocasos ni eclipses, en las regiones serenas y pacíficas, en las que no hay tempestades ni tormentas ni huracanes, en las regiones pleróicas de vida exuberante, robusta y lozana, en las que se aspira un aire puro y oxigenado. Es planta exótica que solo vive en las regiones inferiores del alma, en la región de las sombras y de las tinieblas, en la región de las tormentas y huracanes de las pasiones, en donde, con frecuencia, el bajel de nuestro corazón queda deshecho, semejante a los restos de un naufragio.

No es extraño; en su mismo origen se revela lo que había de ser andando el tiempo, a saber, una explosión de todas las concupiscencias. Un fraile, el agustino Lutero, que no puede consentir que otro tome a su cargo la predicación de las indulgencias en Alemania. Tal fué su origen. Jamás perdonó Lutero al dominico Juan Tezelt y mucho menos al Papa que se lo encargó el que predicara las

mencionadas indulgencias. Y en el paroxismo de soberbia y de odio a la Santa Sede llega hasta quemar públicamente los documentos pontificios, lanzar excomunión contra el Vicario del Cristo y declarar lícita la desobediencia a su suprema autoridad, erigiéndose por sí mismo en árbitro y juez del que oyó de los labios de Jesús *Tu es Petrus et super hanc petram edificabo Ecclesiam meam*.

Puesto ya en esta pendiente vino lo que era natural que viniera, a saber, llegar hasta el abismo. Es que el que niega un dogma los niega todos, pues para ello existe la misma razón. Roto el freno de la fe por la concupiscencia que San Juan llama soberbia de la vida, las otras dos, la concupiscencia de la carne y la concupiscencia de los ojos tienen ya expedito el camino. Es más: son una consecuencia natural y necesaria de aquel rompimiento. El fraile apóstata siente abiertas todas las válvulas que contenían el cieno de las pasiones humanas. Por eso, aborrece la castidad, el celibato sacerdotal, y lo proscribe de palabra y de obra, siendo su víctima una religiosa a quien pudo convencer y seducir. Es que ya no se contenta con un solo sacrilegio, con el suyo; busca otro, el de una persona consagrada a Dios. Fué consecuente con su doctrina, con sus principios. *Pecca fortiter*, decía este heresiarca, *et crede fortius*. Peca mucho, cuanto tus fuerzas te lo permitan, pero cree con firmeza, sin dudas, sin vacilaciones que Jesús ha muerto por ti, para perdonarte y darte la vida eterna, y esto basta y sobra.

En el protestantismo, pues, huelga en absoluto el Sacramento de la Penitencia así como las buenas obras, y la Eucaristía quédase reducida a la categoría de un recuerdo de aquella justificación que Jesús mereció; es un mero signo que representa la Sangre que derramó por nosotros. Y si el fraile apóstata no tuvo valor para echar por la borda este sacramento, el sacramento del amor, sus sucesores no tuvieron el menor reparo en ello. Por algo habían proclamado como única regla de fe el espíritu privado, el libre examen, lo que a cada quisque le inspirara el cielo o le viniera en gana. Y claro está que así resultaba muy cómoda la religión. Nada de sacrificios, nada de violencias. Aquellas tres cosas que Jesús exigía para ser sus discípulos, a saber, *niégate, lleva tu cruz y sígueme*,

no pasaban de ser verdaderas patrañas, quedando adaptada la religión a las regiones inferiores del alma. No obstante esto, apesar de favorecer tanto las pasiones de la naturaleza corrompida, el protestantismo no hubiera triunfado si sus corifeos no hubieran apelado a la concupiscencia de los ojos. Diríase que ésta es complemento de la concupiscencia de la carne. Vivir cómodamente, sin sacrificios, y a costa de los sacrificios de los demás, es una grave y halagadora tentación. A veces caen hasta los cedros del libano, las virtudes más sólidas. La Iglesia fué la primera víctima de la concupiscencia de los ojos. Se la despojó de todos sus bienes que eran muy pingües. Es que Lutero llegó a persuadir a los príncipes de la licitud y conveniencia de este despojo.

Dada la desmedida ambición de los príncipes no tuvo que hacer grandes esfuerzos por aquello de que *lo que queremos es muy justo y bueno*. El entendimiento procura ajustarse a los deseos de la voluntad.

Después de esto nadie podrá extrañar que el protestantismo haya rechazado el culto de la Virgen. Es que María no puede vivir en una religión tan condescendiente con las pasiones. Lo que hubiera sido extraño es que, desde su cuna, desde su origen, no la hubiera echado por la borda, aparte de que no necesita mediación alguna ante Dios. *Crede fortius* y lo demás son pamplinas.

Cuando salimos de la Basilica eran ya las once de la mañana, hora señalada para almorzar, por lo cual nos dimos prisa para llegar pronto a Casa-Nova.

Terminado el almuerzo, ya estaban preparados y esperándonos los coches para nuestra excursión a San Juan de la Montaña. Ibamos a visitar el lugar del nacimiento del Precursor de Cristo, así como el de la visitación de la Virgen a su prima Santa Isabel.

El entusiasmo, el regocijo de los peregrinos reflejábanse en todos los semblantes. Nuevas impresiones nos esperaban y el alma sentía por ellas anhelos vehementes, una ansiedad suma.

El día se presentaba inmejorable, un poco nublado, lo suficiente para que el sol del Oriente no hiciera de las suyas.

Atravesamos el barrio extramuros de la ciudad con sus

hoteles, consulados, fábricas de altas chimeneas, y entramos en la carretera que no es de las peores. Al poco tiempo llegamos al célebre campo del Julón, de que nos habla Isaías, con motivo de su predicción en orden a una Virgen que había de dar a luz, llamándose Emanuel el fruto de sus entrañas. Es el campo del cual la historia sagrada y profana conservan tantos recuerdos. Ahora es el ángel exterminador del ejército de Senaquerib, quien aparece en este lugar, con espada en mano, dejando tras de sí montones de cadáveres, como instrumento que era de las venganzas divinas; después es una de las más rudas batallas que dieron los Cruzados al poder de la media luna.

No se distingue este campo ni por su rica y exuberante vegetación ni por su esterilidad. Por su altura sobre el nivel del mar tiene magníficas y hermosas vistas, lo bañan suaves y deliciosas brisas y se respira en él un aire tan puro, que se siente uno tentado a decir lo que San Pedro en el Tabor: *¡Qué bueno es estarnos aquí!*

No tardó mucho en presentarse a nuestra vista un paisaje espléndido. Sobre una colina veese un convento con su iglesia, el convento de las Damas de Sión, dedicadas a la enseñanza, hallándose enterrado allí el cadáver del famoso Ratisbona. En el fondo de un valle y a la falda de la montaña en que nos encontramos un pequeño caserío, y en medio de él, otro convento, el de los Franciscanos, con su hermosa Basílica. Y más allá, otro profundo valle, el valle del Terebinto, de gloriosos recuerdos, en donde David, recogiendo unas piedras del cauce del torrente y colocándolas en su onda derribó en tierra al gigante Goliat, llevando, con ello, el desaliento y el pavor a su ejército, que huyó a la desbandada.

Bajamos la cuesta, *pedibus andantibus*, por lo pendiente y escabrosa que es, dejando los coches en la cima de la montaña, en donde nos habían de esperar. En un santiamén llegamos a la pequeña aldea, en la que los buenos Padres de Tierra Santa nos esperaban, colmándonos de atenciones.

En nuestras visitas dimos preferencia a la del lugar o Santuario de la Visitación, que se halla sobre una colina a una distancia de media hora, y rebotando alegría allá nos dirigimos.

En las afueras de la pequeña aldea encontramos una fuente de donde se surte aquella población, y cerca de la fuente una pequeña y miserable mezquita coronada con la media luna, y como se acercaba la hora de la oración vespertina, señalada por el Korán, hallábase en ella el *muecín* que, desde el minarete y con voz lastimera, llamaba a los suyos. Ganamos, luego, la cuesta de la colina, bastante pendiente y con un camino pedregoso; y llegamos a lo alto de la misma, en donde está el Santuario, jadeantes y cansados; pero todo lo dimos por bien empleado a cambio de la inmensa satisfacción que experimentó nuestro espíritu en aquella altura.

Es una verdadera quinta de recreo para el cuerpo y para el alma. Un aire puro, perfumado con el aroma de las flores, que tanto abundan allí en medio de una vegetación rica y lozana, ensanchaba nuestros pulmones, y el sol, que otros días había mostrado tanta saña con nosotros, aquella tarde mostróse sumamente condescendiente hasta el punto de esconderse tras de las nubes, mientras estuvimos en lugar tan pintoresco. Con toda comodidad pudimos apreciar y saborear las hermosísimas vistas de un lejano panorama, del cual forma parte el desierto de Judea con sus famosas y venerandas grutas de Jesús y de su Precursor. ¡Cuántos recuerdos venían a mi memoria! Era la morada del Bautista desde sus tiernos años, testigo primero, del encuentro amoroso, tierno y familiar del Mesías con su Precursor al regresar Aquel del destierro de Egipto, según cuenta una piadosa tradición, en la cual se inspiraron Rafael de Urbino, Murillo y otros genios que trasladaron al lienzo aquellos dos niños jugando en presencia de sus madres y apareciendo el Bautista con una pequeña cruz en la mano; testigo después de una santidad poco común y de una penitencia asombrosa del mismo Precursor, vistiendo una piel de camello y alimentándose con langostas y miel silvestre, mientras esperaba que el Espíritu de Dios descendiera sobre él para comenzar su altísima misión, la misión de dar testimonio de la verdad y preparar sus caminos predicando penitencia. Es la morada de Jesús, testigo del nuncio más riguroso que han visto los siglos y que dió pie a Satanás para presentar al Hijo de Dios un rudo combate. Es que aquél no podía conciliar tanta grandeza y santidad

tan sublime como Jesús había manifestado en el desierto, con el *postea esurivit* de que habla el Evangelio. El padecer hambre y sed es una necesidad puramente animal que pone de relieve nuestra pequeñez, nuestra impotencia y debilidad. De ahí la proposición que hizo a Jesús. *Si tú eres Hijo de Dios, conviérte estas piedras en pan.*

Tanta grandeza de Jesús traía al demonio muy intrigado y llegó a sospechar si sería Dios, cosa que hasta la fecha se le había ocultado. Por eso, ninguna otra cosa quiere saber de Jesús.

El medio más seguro para convencerlo era convertir las piedras en pan. Si al imperio de sus palabras, aquellas piedras que pisaban sus pies se transformaban en otra sustancia, no podía haber la menor duda de que, si era hombre por el hambre que padecía, era también Dios por el poder que ostentaba. ¿Qué poder era éste? El que exigía la conversión de las piedras en pan, el cual está por encima, es infinitamente superior a las fuerzas de la naturaleza creada.

Y para hacer esta afirmación tan categórica no es necesario que conozcamos hasta donde llegan esas fuerzas. Basta saber lo que la naturaleza no puede hacer, basta saber hasta donde no llegan esas fuerzas. Yo sé que el sol por sí mismo, naturalmente, no puede pararse en su carrera, ni las aguas de un río caudaloso suspenderse y no seguir su curso, ni las del mar separarse permitiendo al hombre que lo cruce a pie enjuto, porque sería un efecto contra la tendencia natural del sol y de las aguas, y por ende contra sus leyes. Yo no ignoro que la naturaleza tiene poder para que el hombre viva, pero tampoco ignoro que no puede hacer que un muerto vuelva a la vida por sí mismo. Sería un efecto que está por encima de la naturaleza. Yo no desconozco que la naturaleza puede combatir, puede luchar contra la enfermedad, puede hacer que un enfermo cure de sus dolencias, ya sin apelar a los recursos de la ciencia, ya contando con ellos. Esto es muy natural; pero no lo es que la enfermedad ceda instantáneamente al imperio de la palabra de un hombre que le ordena y manda que deje al paciente, al simple acto de su voluntad, pues es un efecto que está fuera del curso ordinario de la naturaleza.

Pues bien; el ángel no solo conocía y conoce hasta donde no pueden llegar las fuerzas de la naturaleza sino también hasta donde llegan. Es que en su caída perdió la santidad pero no la ciencia que Dios le infundió. Por eso, dijo a Jesús en aquel desierto que veíamos allá, a lo lejos, que convirtiera las piedras en pan y así podía saciar su hambre. Era una transformación que distaba inmensamente de esas otras transformaciones que observamos en la naturaleza, ora cuando nuestro organismo se nutre de los alimentos que tomamos, ora cuando las plantas convierten en savia lo que toman de la tierra. En ésta, no hay conversión completa, ni conversión propiamente dicha. Sólo hay una mutación de la forma substancial mediante la corrupción de la misma, surgiendo otra nueva, pero sin solución de continuidad, así como hay mutación de la forma accidental, mediante el trabajo y la actividad del hombre. Esta actividad y este trabajo no se extiende más allá, no llegan nunca a la forma substancial. Si el escultor cincela la madera o el mármol para dejar en él la huella de su genio, no hace otra cosa que dar a la madera o al mármol una forma más hermosa, más bella, semejante al ideal que concibió su clara inteligencia, pero permaneciendo siempre en pie todo lo que se refiere a la esencia de su sustancia. Aquella forma hermosa no afecta en nada a esta esencia; es el mismo ideal del artista con forma plástica que ha salido del mármol o madera, en donde potencialmente estaba contenida.

Si Jesús, pues, hubiera accedido a la pretensión de Satanás, le hubiera dado una manifestación espléndida de su poder infinito. Pero Jesús no podía secundar los deseos de aquél, porque iba envuelta, en ellos, la tentación de la gula, así como en las otras dos proposiciones, que le hizo, conteníanse la vanidad y la ambición. Ceder a la tentación sería pecar.

En estas consideraciones andaba yo cuando sonó la hora de visitar el Santuario de María. Está levantado sobre el mismo lugar en que tenían la casa de su quinta de recreo Zacarías e Isabel, padres del Bautista e israelitas distinguidos por su posición social, pero más por su acrisolada virtud; él, Sacerdote del Altísimo, y ella, descendiente de Aarón. Es una pequeña iglesia, pero lo suficiente

grande para contener a los doscientos cincuenta peregrinos que componían la peregrinación. No se distingue por su mérito artístico, pero es una monada de construcción moderna, de mediados del siglo pasado, pues haciendo excavaciones los Padres en Tierra Santa, para explorar el terreno, descubrieron los cimientos de la primitiva iglesia que allí levantaron los cristianos. Sobre ellos construyeron el actual Santuario.

A la derecha, entrando, vese un trozo de la *Koca* abierta en donde, según la tradición, Santa Isabel escondió a su hijo para librarle de la persecución de Herodes. La besamos con veneración y amor por haberla santificado el Precursor del Mesías y del cual dijo éste, que entre los nacidos de mujer él era el mayor por su misión, por su penitencia y por su santidad. En el fondo de la capilla está el altar, dedicado al misterio de la Visitación, y a la izquierda del mismo, una fuente que, según cuenta otra tradición, brotó al llegar la Virgen allí, acosada por la sed. Huelga decir que todos bebimos de aquella fuente.

Un recuerdo dominaba y absorbía, en este lugar, a todos los demás. Era que allí la Madre de Dios, inspirada por el Espíritu Santo, cantó un himno profético, el más hermoso, el más grato a Dios de los que han brotado de los labios de una pura criatura, el canto del *Magnificat*.

A vista del prodigio que en Isabel obra la presencia de su persona que llevaba consigo toda la grandeza, toda la santidad y todo el poder de la divinidad, su alma engrandece al Señor y su espíritu rebosa de júbilo. Los efectos admirables de su presencia los siente Isabel en sus entrañas. El Bautista, antes de ver la luz del mundo, ve la esplendorosa y radiante de su Redentor, que le hace saltar de gozo; luz divina que se comunica a la madre, y bañada e inundada en ella descubre un secreto que sólo dos personas lo saben por revelación de un ángel, el secreto de la Encarnación. *¿De dónde a mi tanta dicha, como es el que venga a visitarme la Madre de mi Señor? Eres bendita entre todas las mujeres por esta maternidad.*

Sin duda, fué para María una verdadera sorpresa esta revelación. De sus labios nadie lo sabía, ni aún su mismo esposo. Fué necesario que Dios se lo revelara en sueños.

El diálogo que allí se entabla es divino como el Espí-

ritu de Dios que lo inspira. Parece que el cielo se había trasladado a aquel lugar con toda su luz, con todos sus encantos. Por eso, María, apesar de su profunda humildad, confirma y ratifica todas las alabanzas que Isabel le prodiga; y revela la causa de ello, a saber, porque Dios ha hecho en ella grandes maravillas. Lo restante fué un himno a la misericordia y a la justicia divina.

Y ese mismo himno que resonó en aquella quinta de campo hace veinte siglos, la peregrinación lo repite aquel día, acompañada de la orquesta que llevaba de España. Desde la época de estudiante en que lo cantábamos todos los domingos, tenía para mí un sabor religioso especial. Me parecía más dulce, más delicado que los demás; pero allí en su misma cuna, tiene un sabor a cielo, un sabor divino. Parece que lo oíamos de labios de la Madre de Dios.

Terminado aquel acto tan tierno y tan solemne, bajamos la cuesta por la misma senda escabrosa y pendiente que habíamos andado, pasando por segunda vez por la fuente de la Virgen, pero sin detenernos en ella, y llegamos a la Basilica de San Juan de la Montaña.

Yo no sabía que la preciosa Basilica había sido obra de España, y obra exclusiva de ella, haciéndolo todo, desde la primera piedra hasta la última, tanto de la iglesia como del convento, aparte de los ricos ornamentos y valiosos cálices. Es un recuerdo de la munificencia de la católica España. Por eso, todos los religiosos que custodian aquella iglesia son españoles. Por eso, brillan allí las armas españolas, como escudos gloriosos que revelan su origen, el origen de tanta riqueza.

Ver el escudo de armas de España y sentir arder con más intensidad el fuego sagrado de la Patria que la mano de Dios ha depositado en nuestro Corazón, fué todo una misma cosa. Entonces es cuando mejor se comprende que este precioso tesoro ha sido el origen de proezas sin cuento, de heroismos innumerables; entonces se comprende que con él se han escrito las páginas más hermosas de la historia, y sin él, la humanidad no hubiera podido tener la gloria de contar entre los suyos a un Leónidas, defendiendo a su patria, con un puñado de valientes, de un formidable ejército, ni consignar, en su historia, las palabras

famosas de aquel héroe: *Viajeros, decid a Esparta que hemos muerto por ella*, ni hubiéramos tenido a Guzmán el Bueno, realizando un prodigio de valor junto a las murallas de Tarifa, sacrificando el amor paternal al amor de su patria; entonces se comprende que sin este poderoso estímulo, las naciones no podrían vivir con honor, quedando la honra de su enseña bendita a merced de todas las concupiscencias de los hombres.

La Basílica se levanta sobre el solar de la casa de Zacarías. Las tres naves de que se compone son espaciosas, con sus paredes y pilares revestidos de azulejos hasta cierta altura y con un pavimento de pequeñas losas de mármol de diferentes colores, combinados con muchos gusto estético. Sobre la hermosa bóveda levántase una cúpula con algunos ventanales.

Bajamos por una escalera de mármol también, a una cripta que no tiene otra claridad que la que le dan sus lámparas, que arden constantemente en ella. Es el lugar en donde nació el Bautista. Lo señala un rosetón de mármol.

Caímos de rodillas ante él y lo besamos con veneración profunda, y nuestros labios se abren espontáneamente para murmurar una oración. Es que allí todo convida a ello. El recuerdo del Ángel del Señor que vino a preparar sus caminos, el recuerdo del último y más grande de los profetas que señaló con el dedo al Mesías prometido; la penumbra que resulta de la luz suave y tenue de las lámparas, el profundo silencio que reina por lo apartado del lugar, todo esto abstraía mi espíritu para remontarse hasta Dios, todo lo abstraía de lo presente para hacerle retroceder veinte siglos y presenciar el prodigio que allí mismo se realizó, a saber, una lengua muda por una vacilación de la mente, por una duda al parecer racional, que se desata, recobra su virtud de hablar al escribir la mano el nombre que un ángel le indica. *Joannes est nomen ejus*, dice el ángel a Zacarías, sacerdote del Altísimo. Poco importa que entre sus antepasados no haya ningún otro que lleve este nombre. Lo ha recibido del cielo y esto basta.

Y entonces, cuando ve cumplida la promesa del ángel, a pesar de la esterilidad de su esposa y de la avanzada edad de ambos, cuando se siente con su lengua expedita para hablar después de nueve meses, consagra las pimiicias

de esta lengua a entonar, junto a la cuna de aquel niño, que era la alegría y admiración de vecinos y parientes, un himno que la Iglesia repite todos los días para celebrar las grandezas y misericordias del Señor. *Benedictus Dominus Deus Israel* resuena allí mismo en donde nuestro espíritu oraba. Sus estrofas impremeditadas, salen y brotan sin esfuerzo alguno, naturalmente, al parecer, de los labios del venerable anciano, como salen y brotan las aguas de su fuente. Es que son inspiradas por el cielo que ha trabajado allí para iluminar su mente y convertir su corazón en un foco de luz y de amor. Por eso, profetiza también. Es un verdadero vidente del porvenir de su hijo. *Et tu puer propheta Altissimi vocaberis*. Se le llamará profeta y lo será en realidad, y el mayor de todos los profetas, que cerrará la dilatada y larga serie de ellos, yendo delante de su Señor y preparando sus caminos. Con el *Ecce Agnus Dei* que dirá a los pueblos para que le conozcan y no puedan llamarse a engaño terminarán todas las profecías que pudiéramos llamar oficiales, solemnes y públicas. En adelante, podrá haberlas, porque Dios no se ha impuesto la obligación de no revelar al hombre lo que le pluguiere, no ha empeñado su palabra de no levantar el velo del porvenir a la inteligencia humana, pero éstas serían privadas, nunca solemnes, nunca públicas.

Salimos de allí con el alma llena de tantos recuerdos y emprendimos la subida de la escabrosa cuesta, pero *pedibus andantibus*, como la habíamos bajado.

Conseguimos llegar no muy cansados ni jadeantes a la cima de la montaña en donde nos esperaban los vehículos. Encontramos a nuestros aurigas con cara de tres mil diablos por lo avanzado de la hora, si bien sospechamos todos los peregrinos, sin que fuera un juicio temerario, que aquello no era más que un pretexto. Lo que realmente ellos pretendían era una propina. Cuando llegamos a Jerusalén, el sol se había ausentado ya del horizonte visible. Comimos, y acto continuo tuvieron lugar en la iglesia de San Salvador los ejercicios de la noche. A las nueve nos retiramos a descansar y reparar nuestras fuerzas.

FIN DEL PRIMER TOMO

INDICE

	<u>Págs.</u>
CARTA	iii
AL LECTOR	vii
EN DENTRADOR DE UN IDEAL.—De las Palmas a Barcelona.—La gran urbe.—Timo frustrado.—Manresa y Montserrat. . .	11
DÍA 28 DE ABRIL.—Imposición de la insignia de peregrino en la iglesia de la Merced.—Un grato recuerdo para los canarios.—Solemne despedida de la Virgen a bordo del «Ile de France»	22
DÍA 29 DE ABRIL.—En alta mar.—Nuestra vida a bordo.—Vela y oración al Santísimo Sacramento.—Mes de las flores. . .	26
DÍA 30 DE ABRIL.—Un mar de fondo.—Recuerda de nuestro poderío en Africa.—Cartago e Hipona.—Un susto enorme.—Llegada a Bizerta.—Importancia de esta ciudad.—Costumbres musulmanas.—Degradación de la mujer . . .	29
DÍA 1 DE MAYO.—De Bizerta a Malta.—Entusiasmo general.—La histórica Panteloria.—Un recuerdo no muy grato.—La primera noche del mes de Mayo	35
DÍA 2 DE MAYO.—Malta.—Sus grandes fortificaciones.—Sus costumbres y religiosidad.—La Valette, capital de la isla.—La Catedral de San Juan de los Caballeros.—Su riqueza artística.—El Palacio de los grandes Maestros y sus recuerdos.	37
DÍAS 3 y 4 DE MAYO.—De Malta al Pireo.—En el mar jónico.—Cabos de Matapán y Maleo.—En el mar Egeo.—Archipiélago griego.—El Pireo.—Atenas.—Hermosas vistas desde la Acrópolis.—El Areópago y sus recuerdos.—Lugar donde Sócrates bebió la cicuta.—Ruinas de la Acrópolis.—Los Proscleos, Erecteión y Partenón.—Un sol abrasador.—Hambre canina.—Palacio real.—Estadio.—Museo Nacional.—Academia de ciencias.—La catedral católica.—Salida del Pireo.	43
DÍA 5 DE MAYO.—En pleno mar Egeo.—Su peligro para los navegantes.—Extraordinaria animación.—Entrada en los Dardanelos.—Sus fortalezas.—La tradición y el puerto de Jerges en el Estrecho.—Gallípoli.—Mar de Mármara.	52
DÍA 6 DE MAYO.—Llegada a Constantinopla.—Interesantes recuerdos.—Soberbio panorama.—Nuestros temores.—El representante de España garantiza la seguridad personal.—Constantinopla desde el punto de vista material.—La torre de Gálata.—Santa Sofía.—Mezquita de Ajmed.—Solimán I y la Valldé.—Gran Bazar de Constantinopla	54

	<u>Págs.</u>
DÍA 7 DE MAYO. —Primer viernes de Mayo a bordo.—Excursión por el Cuerno de Oro.—Extraordinaria animación.—Visita a la quinta del Sultán.—Oración pública y oficial del nuevo Sultán en su mezquita.—Excursión por el Bósforo.—Constantinopla desde el punto de vista higiénico.—Necesidad de los canes.—Constantinopla desde el punto de vista religioso y moral	70
DÍA 8 DE MAYO. —Nuestro paso junto a las ruinas de Nicomedia.—Nicea y Lemnos.—Sus recuerdos.—Esmirna y Efeso en el continente asiático.—Sus interesantes recuerdos.—Metelin en el mar Egeo.—La patria de Homero y la del famoso Pitágoras	79
DÍAS 9 Y 10 DE MAYO. —Patmos y sus recuerdos.—Santuario ó gruta de San Juan.—Misa de comunidad a campo raso.—Un Pope desconsiderado.—Rodas.—Barahunda en el muelle.—Recuerdos de su grandeza intelectual, artística y guerrera.—Calle y convento de los Caballeros de Rodas.—Chipre, famosa por sus vinos.—Famagusta	82
DÍA 11 DE MAYO. —Beirut.—Su admirable posición.—Su importancia por el comercio y por su actividad intelectual.—Universidad de los PP. de la Compañía de Jesús.—El santo Cristo de Beirut.—Su tradición.—Sus jardines.—Subida al Líbano.—Su altura y exuberante vegetación.—Un almuerzo de hambre en la cima del monte.—Hermoso panorama al uno y otro lado del Líbano.—Zahlé con su gran Colegio-Seminario y su escuela de artes y oficios.—Horrible persecución por parte de los drusos.	88
DÍA 12 DE MAYO. —Pobre aspecto de Balbek.—Convento de los Maronitas.—La Acrópolis y sus ruinas.—Consideraciones que sugieren al viajero.—Antiguas canteras de Balbek.—Salida para Reyak.—Con rumbo a Damasco.—Hermosos paisajes.—Damasco.—Sus recuerdos.—Naturales deseos del peregrino.—Agradable sorpresa.—Un timo.—La cocina damascena	94
DÍA 14 DE MAYO. —Parroquia de los latinos.—Un hermoso cuadro.—El convento de los PP. Franciscanos.—Su persecución del año sesenta del siglo pasado.—Capilla de San Ananías.—Casa de San Juan Damasceno.—Recuerdo de un gran prodigio.—Casa de los Maronitas.—Sus hermosas prendas de carácter.—El Ministro de la guerra turca y el Patriarca Griego.—El Bazar de los griegos.—La Mezquita de los Omeyas.—Un gran taller.—Lugar de la conversión de San Pablo.	103
DÍA 15 DE MAYO. —Regreso a Beirut.—Gruta sorpresa en el vapor.—Frente a las ciudades de Tiro y Sidón.—Sus interesantes recuerdos.—La tumba de Orígenes y Federico Babarroja.	113
DÍA 16 DE MAYO. —Llegada a Caifa.—Grandes emociones a	

	Págs.
vista de Tierra Santa.—Aspecto material de Caifa.—Subida al monte Carmelo.—Hermoso panorama sobre el mar y San Juan de Acre.—La Basílica del Carmelo.—La cripta o gruta de Elías.—La primera comunión general de la peregrinación.—Un notable sermón.—Escuela de los profetas, fuente de Elías y campo de los melones.—Recuerdos de San Juan de Acre.—Camino de Tiberiades.—Lago de este nombre.—Sus recuerdos.—Una tempestad en su orilla.—Un timo frustrado.—Noche toledana.	116
DÍA 17 DE MAYO.—Navegando por el lago de Tiberiades.—Una visita a Cafarnaum.—Cafarnaum desde el punto de vista material e histórico.—Ruinas de la Sinagoga.—Una nota simpática.—Predilección de Jesús por Cafarnaum.—La patria de Jesús olvidada por tantos siglos.—Otro notable sermón sobre la Eucaristía.—Labor meritisima de un religioso.—Regreso a Tiberiades.—El hielo y los médicos.—Montaña de la multiplicación de los panes.—Monte de las Bienaventuranzas.—Llanura de Hittín.—Campo de las espigas.—Caná de Galilea.—Llegada a Nazaret.—Dulces emociones ante el Santuario de la Encarnación del Verbo.—Una noche bien aprovechada.	134
DÍA 18 DE MAYO.—Celebrando en la cripta de la Anunciación.—La piedad de los nazarenos y peregrinos.—Escolares edificantes.—Una función solemne.—Visita interesantísima al taller de San José.—Fuente de la Virgen.—Iglesia de griegos católicos y maronitas.—Mensa Christi.	162
DÍA 19 DE MAYO.—Expedición al Tabor.—Nuestra sorpresa ante las caballerías.—Unas albardas imposibles.—Hermosas vistas.—Aldea de Daburich.—Exuberante vegetación.—Nuestras impresiones en la cima de la montaña.—Bellísimo panorama.—Almorzando en aquellas alturas.—Una insolación.—Un verdadero calvario y un irri ignominioso.	167
DÍA 20 DE MAYO.—Último día en Nazaret.—Capilla del Pasmo de la Virgen.—Su historia.—Un telegrama del Papa.—Una joven peregrina enferma de gravedad.—En el vapor.—Una nota triste.—Dora y Cesarea.—Desenlace fatal.	175
DÍA 21 DE MAYO.—Jafa.—Un mar de leva.—Procesión fúnebre.—Salida de Jafa.—Hermoso panorama.—Llanura de Sarón. Sus recuerdos.—Lidda y Ramla con sus recuerdos.—Napoleón en Ramla.—Por qué no visitó a Jerusalén.—Las montañas de Judea.—Algunas aldeas de mucho valor histórico.—Fuente de San Felipe.—Mis impresiones a vista de Jerusalén.—Imponente manifestación de fe y de piedad.—Nuestra llegada a la Basílica del Santo Sepulcro.—En la Piedra de la Unción y Santo Sepulcro.—Discurso de bienvenida.—Recuerdos y dulces emociones.—Una página hermosa de Lamartine.	180

- DÍA 22 DE MAYO.**—Solemnes funerales en sufragio de la joven bilbaína.—Conducción de su cadáver al monte Sión.—Un entierro modelo.—Nuestra primera visita.—La Basílica del Santo Sepulcro.—Su abandono.—Quiénes son los culpables.—Una prueba más de la debilidad de las naciones católicas tratándose de los Santos Lugares.—La Piedra de la Unción.—El monte Calvario.—Impresiones del peregrino.—Cosas dignas de notarse.—Lugar desde donde las Santas mujeres contemplaban la Crucifixión.—La Rotonda.—El Santo Sepulcro.—Una noche junto al Santo Sepulcro.—Coro de los griegos cismáticos.—Capilla de la Magdalena.—Capilla latina.—Idem de la división de las vestiduras, de Longinos, de Santa Elena y de la Invención de la Cruz.—Interesante relato.—La capilla de Santa María Egipcíaca y su historia.—El monte Sión.—Iglesia de Santiago el mayor.—Abandono de España.—Un sacrilegio frustrado.—El Cenáculo.—Dormición de la Virgen.—Casa de Caifás. 191
- DÍA 23 DE MAYO.**—El Monte Moria.—Sus recuerdos.—Mezquita de Omar.—Cuna de Jesús.—Subterráneos de Salomón.—Mezquita de Adsa.—Puerta dorada y sus recuerdos.—Basílica de la Natividad de la Virgen y Seminario de los Padres Blancos.—La Piscina probática.—Iglesia de la Flagelación.—Capilla del Ecce Homo.—Las Damas de Sión.—Un rasgo sublime de caridad y de piedad de Ratisbona. 221
- DÍA 24 DE MAYO.**—Excursión a Belén.—Hermoso panorama.—Tiempos recuerdos.—La célebre estrella de plata.—El comercio de Belén.—Las mujeres betlemitas.—Monte Olivete.—La mezquita de la Ascensión.—Nuestras impresiones.—Convento del Pater Noster.—Lugar en donde los Apóstoles compusieron el Credo.—Consideraciones sugeridas allí.—Lugar en donde Jesús lloró a vista de Jerusalén.—Un soberbio mausoleo.—El valle de Josafat, la gruta de la Agonía, huerto de Getsemaní y sepulcro de la Virgen.—Nuestras impresiones 233
- DÍA 25 DE MAYO.**—Los leprosos en la vertiente del valle de Josafat.—Misa en la Gruta de la Agonía.—Nuestras impresiones.—Visita del Sepulcro de la Virgen.—Tierna escena en el Santo Sepulcro.—Excursión a San Juan de la Montaña.—Campo de Julón.—Lugar de la Visitación de la Virgen y sus recuerdos.—Paisaje sobre el desierto de Judea.—Gruta del Bautista y de Jesús.—El Magnificat cantado a toda orquesta.—Basílica de la Natividad de San Juan y sus recuerdos.—Munificencia de España. 257



Precio: 2'50 Pesetas